

«El más destacado autor de novelas  
de espionaje de Estados Unidos»,  
*The New York Times*



# Alan Furst

Espías de los Ba

Lectulandia

Grecia, 1940. En la ciudad portuaria de Salónica, una guerra secreta está a punto de estallar. Mientras Adolf Hitler planea invadir los Balcanes, los espías cercan la ciudad. En los burdeles y en las trastiendas de oscuras barberías los sobres pasan de mano en mano, y los susurros corren por tabernas y locales nocturnos.

Costa Zannis, un oficial de policía de avanzada edad, regresa a Salónica tras luchar contra las tropas de Mussolini. Costa es un hombre valioso, con contactos en las más altas esferas y en los bajos fondos. Pronto se ve envuelto en un operativo para ayudar a refugiados judíos huidos de Alemania. Mientras la guerra amenaza la ciudad, el erotismo y la pasión crecen entre sus habitantes. Tres mujeres cambiarán los últimos años de la vida de Costa: una dama británica expatriada, una mujer de fama poco respetable y la esposa del mayor magnate del lugar.

Lectulandia

Alan Furst

# Espías de los Balcanes

ePub r1.1

ramsan 25.05.15

Título original: *Spies of the Balkans*

Alan Furst, 2010

Traducción: Vicente Villacampa

Mapa: Anita Karl y Jim Kemp

Editor digital: ramsan

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

En agosto de 1939, el general Ioannis Metaxas, primer ministro de Grecia,  
le dijo a un diplomático rumano que  
«la vieja Europa terminaría cuando la esvástica ondeara en lo alto de la  
Acrópolis».



## MORIR EN BIZANCIO

Aquel otoño las lluvias llegaron a Macedonia.

El temporal empezó en el norte —era el quinto día de octubre de 1940—, allá donde las nubes plomizas se cernían sobre las aldeas de las montañas de la frontera entre Bulgaria y Grecia. Hacia mediodía se desplazó hacia el sur, con más fuerza, descendiendo por el valle del Vardar hasta que, al anochecer, alcanzó las alturas de la ciudad de Salónica. Cuando se encendían las farolas, la lluvia ya goteaba de los tejados de las viejas callejas del puerto y veteaba la superficie del mar, llana y oscura.

Inmediatamente después de las seis de la tarde, Costa Zannis, un alto funcionario policial —fuera lo que fuese lo que eso significara, quizá no más que vestía traje en vez de un uniforme—, abandonó su despacho en el último piso de un edificio anónimo en la Vía Egnatia, bajó cinco tramos de crujientes peldaños de madera, salió a la calle y abrió el paraguas. Aquel mismo día había recibido una llamada telefónica del capitán del puerto: algo relacionado con la llegada de un barco turco sin ruta prefijada. «Una irregularidad» fue la frase que empleó el capitán, quien añadió que prefería ocuparse del asunto personalmente. «Usted ya me entiende, Costa», dijo. Oh, sí, Zannis lo entendía todo muy bien, Grecia llevaba regida por la dictadura de Metaxas desde 1936 —entre otras cosas, estaba regulada la longitud de las faldas y se había prohibido leer en voz alta el discurso fúnebre de Pericles—; la gente se mostraba cautelosa al hablar por teléfono. Y con gran parte de Europa ocupada por la Alemania nazi y con los ejércitos de Mussolini en Albania, en la frontera griega, no había seguridad sobre lo que iba a venir a continuación. Así pues no había que fiarse del teléfono. Ni de los periódicos. Ni de la radio. Ni de mañana.

Al entrar en el mercado callejero de la plaza de Aristóteles, Zannis cerró el paraguas y avanzó entre los estrechos pasillos. La lluvia golpeaba las cubiertas metálicas de los puestos, los pescaderos gritaban su mercancía y, cuando Zannis pasaba ante ellos, los comerciantes sonreían, asentían o evitaban su mirada, según la relación que creyeran que debían mantener aquella tarde con la policía de Salónica. Una anciana campesina esquelética, vestida de negro, con pañuelo negro en la cabeza, le ofreció un higo seco. Él sonrió cortésmente y lo rechazó, pero ella se lo tendió con brusquedad, y la burlona ferocidad de su expresión significaba que no tenía elección. Zannis arrancó el rabo, lo arrojó a una alcantarilla y se comió el higo, que era gordo y dulce, alzó las cejas con gesto valorativo y dijo: «Muy bueno, gracias», y prosiguió su camino. Al final del mercado, un vendedor ambulante de esponjas, con un saco echado sobre el hombro, contemplaba ansioso la lluvia que caía en el exterior. Estaba clavado allí, solo podía esperar, pues si sus esponjas se humedecían, tendría que acarrear su peso el resto de la noche.

El edificio de la aduana se alzaba en el centro de los dos muelles principales de la ciudad, y su función la anunciaba un amplio letrero sobre la entrada principal, primero en griego, y luego con la palabra «Douane». En el piso superior, el capitán del puerto ocupaba un despacho en una esquina, la clase de despacho que con los años se convierte en un hogar: cálido con el tiempo helado; el aire, inmóvil, olía a humo de leña y de cigarrillos, y uno de los gatos del puerto dormía junto a la estufa. En la pared detrás del escritorio colgaba una oleografía brillantemente coloreada del arzobispo Alexandras, con la barba y el cabello largos y negros cayéndole sobre los hombros, y las manos recogidas piadosamente sobre el estómago. A su lado, retratos oficiales de un sombrero general Metaxas y una sucesión de funcionarios portuarios del pasado, dos de los cuales, en desvaídas fotos de color sepia, llevaban el fez turco. En la pared de al lado, bellamente enmarcados, estaban la esposa y los hijos del ocupante actual, bien alimentados, vestidos de punta en blanco, de digno aspecto.

El ocupante actual no tenía prisa. Una breve llamada telefónica hizo que, a los pocos minutos, se presentara un camarero de un *kafeneion* próximo con dos tacitas de café turco en una bandeja de latón. Después de tomar un sorbo, el capitán encendió un cigarrillo y dijo:

—Espero no haberle hecho venir para nada, Costa, con este deprimente y jodido tiempo.

A Zannis no le importaba.

—Siempre es agradable verlo. ¿Dónde está atracado ese barco turco, el *Bakir*?

—En el número ocho, a la izquierda. Detrás de un carguero de cereales holandés. Supongo que, ahora, será un carguero de cereales alemán.

—De momento.

Hicieron una breve pausa para saborear las cosas buenas que el futuro podía deparar, y luego el capitán dijo:

—El *Bakir* arribó esta mañana. Esperé una hora, pero el capitán no apareció, de modo que fui a su encuentro. Nada fuera de lo normal, la pasarela bajada, nadie por los alrededores, de modo que subí a bordo y me dirigí al despacho del capitán, que casi siempre se encuentra al lado del puente. Había unos marineros trabajando, pero a bordo reinaba la tranquilidad, y en mi camino hacia el puente, pasé junto a la sala de oficiales. Dos de ellos charlaban en turco y tomaban café, y un hombrecillo de paisano, con zapatos brillantes, leía un periódico. Un periódico alemán. «Vaya — pensé—, un pasajero».

—¿Le vio la cara?

—En realidad, no. Estaba detrás de su periódico. «Me parece que era el *Völkischer Beobachter*». Sí, creo que sí. En cualquier caso, no pensé mucho en ello. Hoy día la gente se embarca donde puede y no va a ninguna parte a menos que no tenga más remedio.

—Los submarinos...



El capitán asintió.

—Y entonces hay que nadar. Encontré al capitán en el puente, un hombre al que conozco desde hace años, dicho sea de paso, y fuimos a su despacho para que yo pudiera echar un vistazo al manifiesto. Pero no hizo ninguna referencia a un pasajero, así que le pregunté: «¿Quién es el caballero que está en la sala de oficiales?». El capitán se limitó a mirarme. ¡Y qué mirada!

—¿Qué significaba?

—Significaba «no me pregunte eso». La vida ya es bastante dura en estos tiempos sin esa clase de tonterías.

Zannis compuso una sonrisa irónica.

—Vaya por Dios...

El capitán se echó a reír, aliviado.

—O sea, que no tengo que preocuparme.

Zannis emitió un leve suspiro.

—No. Soy yo quien debe preocuparse. Por otra parte, mientras no se mueva de donde está... ¿Qué transporta el barco?

—Está en lastre. Se encuentra aquí para cargar fardos de tabaco, y luego zarpará hacia Hamburgo.

—¿No ha visto por aquí al pasajero?

—No, no ha abandonado el barco.

Zannis enarcó una ceja.

—¿Está seguro?

—He tenido un taxi vigilando allí toda la tarde. Si trata de entrar en la ciudad, dos bocinazos.

Esta vez el suspiro fue más hondo, porque los planes de Zannis para la velada acababan de desvanecerse en la noche.

—Utilizaré su teléfono. Y luego iré a dar una vuelta.

Zannis pasó ante el taxi parado en el muelle —el conductor estaba despierto, para su sorpresa— y continuó hasta que pudo ver el *Bakir*. Nada insólito. Un casco gris con manchas de herrumbre, y un cocinero vaciando un cubo de residuos en la bahía. Había pensado mandar un par de agentes, pero decidió no hacerlos salir con aquella lluvia. Ahora, sin embargo, la lluvia había cesado, dejando en su lugar una pesada niebla que formaba halos alrededor de las farolas. Zannis se quedó allí de pie, la ciudad silenciosa tras él y una sirena de niebla gimiendo en algún lugar en medio de la oscuridad.

Aquel verano había cumplido los cuarenta, lo cual no lo hacía feliz, pero qué va uno a hacer. Era de estatura media, con un cuerpo musculoso y solo un poco de estómago por encima del cinturón. Tenía la tez de un color oliváceo pálido, y su aspecto no era en absoluto desagradable, aunque más propio de un boxeador que de

un astro cinematográfico; un tipo fuerte por la manera de moverse y por su porte. Hasta que uno miraba su rostro, el cual sugería una clase muy diferente de persona. Boca amplia y generosa y, tras las gafas con montura de acero, unos ojos muy azules, vivos. Tenía el pelo áspero y negro, y a pesar de que se lo peinaba con agua por la mañana, ya lo llevaba alborotado cuando llegaba a su despacho; le caía sobre la frente, lo que le hacía parecer más joven y blando de lo que era. En conjunto, un rostro expresivo, raras veces impasible: cuando uno hablaba con él, siempre podía advertir lo que pensaba sobre cualquier cosa que se le dijera: regocijo, compasión o curiosidad. Pero siempre algo. Así pues, quizá un policía duro, pero un policía duro amistoso. Y con su traje negro y su camisa gris pálido, el nudo de la corbata siempre floja y el botón del cuello desabrochado, era una versión más bien atenuada de su raza. Deliberadamente, claro está.

Ni que decir tiene que nunca se propuso ser poli. Y cuando acabó siéndolo, nunca se propuso llegar a detective, y una vez ascendido a ese rango, nunca se propuso ser lo que era ahora. Nunca supo siquiera que existiese aquel trabajo. Sus padres no recibieron educación después de los seis años, su abuela no sabía leer ni escribir, y su madre lo hacía con dificultad. Su padre se abrió camino hasta ser propietario a medias de una floristería en la parte buena de Salónica, de modo que la familia nunca fue pobre; se las arreglaba, más o menos como todos los que él conocía. Zannis no estudió mucho, pero eso no importaba porque con el tiempo trabajaría en la tienda. Hasta 1912 Salónica formó parte del Imperio otomano, —Atenas y la parte occidental de la nación lucharon por su libertad y la obtuvieron de los turcos en 1832—, de modo que ser griego consistía en saber cuál era el lugar de uno, y la clase de ambición que llama la atención no era una buena idea.

A la edad de doce años, cuando el ejército griego avanzó para poner fin a la segunda guerra balcánica, la mayoría de los sueños de Zannis implicaban irse de su país. El extranjero lo atraía, de modo que trabajaría en un barco o en un tren. No era inusual. El hermano de su madre había emigrado a Norteamérica, a un sitio misterioso llamado Altoona, en el estado de Pensilvania, desde donde llegaban tarjetas postales que mostraban la calle principal o la estación del ferrocarril. Hasta 1912, cuando, en ocasiones, el dinero se agotaba, la familia Zannis consideraba la posibilidad de reunirse con su pariente y trabajar en su restaurante económico, un edificio plateado de esquinas redondeadas. Sí, quizá deberían irse, deberían hablar de ello. Pronto.

Y seis años más tarde se fueron, en efecto, pero no a Altoona. En 1917, cuando las fuerzas anglofrancesas y griegas se enfrentaron a los búlgaros en Macedonia, un reflejo de la guerra en Francia, Salónica ardió en lo que llegó a conocerse como el Gran Incendio. La casa de los Zannis, en las alturas, junto a las antiguas murallas almenadas, sobrevivió, pero no la floristería, y no había dinero para reconstruirla. Y ahora ¿qué?

La situación la salvó el hermano de su padre. De joven había participado en la

lucha contra los turcos con una pistola, y llegó el día en que, bajo la amenaza de una prisión turca de por vida, tuvo que escapar. Huyó a París, haciendo la mayor parte del recorrido a pie o subiéndose sin billete a los trenes hasta que lo echaban, pero acabó por llegar allí.

Con suerte y decisión, jugando a las cartas por dinero y con la aparición de una alegre viuda francesa de cierta edad, consiguió comprar un puesto en el mercado callejero de Clignancourt, en la muy frecuentada sección conocida como *Marché Serpette*... «Olvídate de Altoona —le escribió en una carta a su hermano—. Te necesito aquí». Envió un poco de dinero, y la familia Zannis, padres y abuela, Costa y su hermano pequeño —una hermana mayor ya se había casado con un electricista y había emigrado a Argentina— embarcó en un mercante frutero y rindió viaje en Le Havre. Y allí, saludándolos desde el muelle, estaban el benévolo tío y su alegre esposa. En el tren, el corazón de los Zannis se henchía con el traqueteo.

Dos horas más tarde alcanzaron su destino: París. Las chicas lo adoraban —él se enamoraba pronto— y disponía de mucho dinero para un muchacho de diecisiete años que procedía de Grecia. Trabajaba para su tío como *antiquaire*, o sea, comerciante en antigüedades, vendiendo enormes armarios y toda clase de cachivaches a los turistas y, muy ocasionalmente, a algún parisiense. Contaban con un magnífico y viejo pícaro, de grandes barbas blancas, que en su patio pintaba Monets y Rubens. «Bien, no puedo afirmarlo porque no está firmado; quizá podría usted recurrir a alguien que lo examinara, pero si la hermosa dama que vino antes vuelve dentro de veinte minutos, como me juró que pensaba hacer, tendré que vendérselo a ella, así que si yo fuera usted...». Aquellos doce años fueron la época más feliz de su vida.

Al menos, pensaba luego, aquella época duró mucho. En 1929, cuando los mercados se hundieron, el padre de Zannis guardó cama por lo que parecía un mal resfriado, pero al día siguiente murió de gripe, mientras esperaban al médico. La madre de Zannis insistió valerosamente en quedarse donde estaban, en vista de que a Costa le iban tan bien las cosas. Para entonces hablaba un buen francés —la *lingua franca* de Salónica—, había tomado clases de alemán y aprendió a hablarlo bien: algún día el puesto sería suyo, había conocido a una mujer, Laurette, unos años mayor que él y que criaba a dos niños, y estaba encantado con ella. Un año antes habían empezado a vivir juntos en Saint-Ouen, donde se encontraba el mercado de Clignancourt. Pero cuando el invierno dejó paso a la primavera, el dolor de su madre no cedía y quería volver a casa. Regresar a donde pudiera ver a su familia y charlar con las amigas.

Ella nunca lo dijo en voz alta, pero Zannis, ahora el cabeza de familia, sabía lo que ella sentía, de modo que regresaron al hogar. Laurette no pudo o no quiso seguirlo; no quería llevarse a sus hijos al extranjero, con lo que se le rompió el corazón. Y a él también. Pero la familia era la familia.

De regreso en Salónica, y ante la urgente necesidad de ganarse la vida, se empleó

como policía. No se preocupaba mucho por su trabajo, pero se entregaba a él y lo hacía bien. El barrio de Bara, en Salónica, contaba con el mayor distrito de Europa oriental dedicado a la prostitución, en una ciudad de antros en los muelles y de marineros de todas las nacionalidades, había siempre mucho trabajo para un policía. Especialmente la clase de policía tolerante que arreglaba las cosas antes de que se fueran de las manos y que nunca aceptaba dinero.

En 1934 fue ascendido a detective, y tres años más tarde, técnicamente, a la categoría de subcomandante en jefe, aunque nadie usaba ese título. Pero el ascenso no se había producido por sí solo. Según una vieja y prestigiosa expresión de los tiempos de la ocupación turca, lo más afortunado era tener un *barba sto palati*, «un tío en palacio», y resultó que, para sorpresa de Zannis, él lo tenía. Su particular talento, una especie de diplomacia elemental, que le permitía que la gente hiciera lo que él quería sin herirla, había sido objeto de observación desde las alturas por el jefe superior de policía de Salónica, una presencia casi mítica en la ciudad. Vangelis tenía por lo menos ochenta años, algunos decían que más, y la sonrisa de un santo; así pues era san Vangelis, al menos para quienes podían apreciar la ironía y la veneración que se escondía en la misma frase. Durante cincuenta años nada había sucedido en Salónica que el anciano no supiera. De modo que en 1937, cuando Zannis decidió dimitir de su puesto, Vangelis le ofreció uno nuevo. Despacho propio, un escribiente y un gran aumento de sueldo. «Necesito a alguien que se ocupe de esos asuntos», le dijo Vangelis, y pasó a explicar lo que necesitaba. Zannis comprendió enseguida, y con el tiempo acabó siendo conocido como «un alto funcionario policial», pero para quienes sabían de los entresijos subterráneos de la vida ciudadana, y pronto en las calles de Salónica, era sencillamente «Zannis».

¿El cónsul belga estaba siendo chantajeado por una prostituta? Llamad a Zannis.

¿Tomó el hijo de un político ateniense un anillo de diamantes a un joyero y olvidó pagarlo? Llamad a Zannis.

¿Llegó un civil alemán extraoficialmente a Salónica en un mercante de una nación neutral?

Cuando Zannis regresó al pie del muelle encontró a su ayudante, Gabriel —Gabi— Saltiel esperándolo, fumando un cigarrillo, acomodado en el asiento del conductor. A Saltiel le gustaba su coche, un Skoda 420 negro, con buena suspensión, fabricado por los checos para las carreteras balcánicas.

—Colócate detrás de la muralla, Gabi —dijo Zannis—. Fuera de la vista, desde donde podamos observar el muelle.

Saltiel accionó el contacto, el motor produjo un ruido sordo y cobró vida; hizo virar el coche y se dirigió al edificio de la aduana. Saltiel, canoso, de cincuenta y cinco años, alto y que caminaba arrastrando los pies, de hombros caídos y miope, veía el mundo con una mezcla de paciencia y cinismo a través de sus gafas de

montura gruesa. Judío sefardita, de la numerosa comunidad de Salónica, se había convertido en policía y había ascendido en su trabajo porque era inteligente, agudo, de muy buen trato con las personas —las que realmente lo eran— y perseverante: un sabueso cortés y tímido. El día en que Vangelis ofreció a Zannis su nuevo puesto y le dijo: «Y encuentre a alguien con quien pueda trabajar», telefoneó a Gabi Saltiel, le explicó lo que iba a hacer y le pidió que se uniera a él.

—¿Cómo se llama ese departamento? —preguntó Saltiel.

—No necesita nombre —respondió Zannis.

Transcurrieron unos segundos, mucho tiempo en el teléfono. Finalmente Saltiel dijo:

—¿Cuándo empiezo?

Ahora Zannis se dirigió al taxi, le entregó algo de dinero al conductor, le dio las gracias y lo mandó a casa. Cuando Zannis se deslizó en el asiento del pasajero del Skoda, Saltiel preguntó:

—¿Qué está pasando?

Zannis repitió el relato del capitán del puerto y dijo:

—Mientras no entre en la ciudad, lo dejaremos en paz. Le daremos unas horas para que haga algo, y si continúa metido en el barco ordenaré que unos agentes nos reemplacen.

—¿Y qué pasa si espera hasta la mañana, se da un paseo hasta aquí y muestra un pasaporte al agente de control?

—Lo seguiremos. No quiero que ande suelto por la ciudad.

—Aleman, dijiste.

—Leía un periódico alemán, pero cualquiera sabe lo que es.

—¿Crees que es un espía?

—Podría ser. El capitán turco lo admitió, más o menos. Con una mirada.

Saltiel se echó a reír.

—Una mirada basta por estas tierras, sí. Yo no quisiera vivir en otro sitio. —Tras un momento, Saltiel añadió—: ¿Qué puede buscar un espía en Salónica? ¿Alguna idea?

—Cualquiera sabe. Quizá solo la guerra, que avanza hacia el sur.

—No digas esas cosas, Costa. ¿A quién le importa esto, que es el culo de los Balcanes?

—A Hitler no. Al menos según los periódicos. Y tiene que saber lo que pasa aquí, en las montañas, cuando nos ocupa un ejército extranjero.

Saltiel adoptó una actitud pensativa.

—Yo me lo tomaría con calma.

—¿Qué?

—Bueno, tengo un sobrino que es profesor de la Escuela Técnica. Enseña geografía, entre otras cosas. Un chico listo. Se llama Manni. Dice que mientras Hitler siga aliado con los rusos, estamos a salvo. Pero si los ataca, podríamos vernos

metidos. En el mapa de Europa somos el flanco derecho: si alguien avanzara hacia el este, el flanco derecho conduce al Cáucaso, donde está el petróleo... En cualquier caso, es la teoría de Manni.

—¿Y tú qué piensas?

Saltiel se encogió de hombros.

—Hitler es astuto. Yo no diría que inteligente, pero sí astuto. Si ataca a los judíos, a los rusos los dejará en paz.

Zannis asintió. Aquello sonaba razonable.

—Antes de que me olvide —dijo Zannis—. ¿Has traído lo que te pedí?

—Está en la guantera.

Zannis la abrió y sacó una Walther PPK automática, el arma alemana preferida por los policías balcánicos. En la base de la culata había unos arañazos que hacían brillar el metal.

—¿Qué has estado haciendo con esto?

—Colgar cuadros —explicó Saltiel—. La última vez que vi mi martillo, uno de mis nietos estaba jugando con él.

—Críos —dijo Zannis, sonriendo.

—Son una bendición. Tú deberías ponerte manos a la obra, Costa, que ya no eres joven.

La sonrisa de Zanni se ensanchó.

—¿Con Roxanne? —preguntó, nombrando a su novia inglesa.

—Bueno... No sé.

20:20. Empezó a llover de nuevo sobre el Egeo, con algunos relámpagos en la lejanía.

—¿Estás despierto? —preguntó Zannis—. Casi.

—Si quieres echar un sueñecito, adelante. —No, gracias. Tal vez más tarde.

22:30.

—A propósito —dijo Zannis—: ¿telefoneaste a *madame Pappas*?

—Esta mañana, hacia las once. —¿Y qué dijo?

—Que odiaba a su marido y que está encantada de que haya muerto.

—Qué honrado por su parte. —Así me pareció—. ¿Algo más?

—No. Iba a gritarme, así que me aparté del teléfono. Tú dijiste que me lo tomara con calma. Zannis asintió.

—Deja que los de homicidios se ocupen de ella.

—¿Lo mató?

—Sí.

—Qué mala.

1:15. Silencio en la ciudad. Solo música atenuada procedente de las tabernas de la cornisa marítima y el crujido del muelle cuando el oleaje golpeaba los pilotes. El sonido era hipnótico, y Zannis pugnaba por permanecer despierto. Sacó un cigarrillo de la pitillera que llevaba en el bolsillo: un Papastratos nº 1, los mejores cigarrillos de Grecia, y encendió con la uña del pulgar una cerilla de madera. Aquellas cosas eran caras, de modo que para él resultaban un lujo. Ahora ganaba dinero, Vangelis se había preocupado de eso, pero «dinero» para un policía no significaba mucho; no lo bastante para alimentar a cuatro personas. Su hermano menor, Ari, diminutivo de Aristóteles, a veces conseguía unas dracmas haciendo de mensajero en la ciudad. El pobre hacía lo que podía, pero no estaba del todo en sus cabales; siempre había sido «diferente», y desde hacía tiempo la familia lo había aceptado tal como era.

El coche se estaba llenando de humo, y Saltiel bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Tú crees que hay hombres en la luna? —preguntó.

—No lo sé. Creo que cualquier cosa es posible.

—Ayer, en la barbería, discutían eso.

—¿Hombrecillos verdes? ¿Con un ojo? ¿Como en *Buck Rogers*?

—Supongo.

—¿Alguien en tu barbería cree que esas películas son realistas?

—Parecía que sí.

—Yo en tu lugar cambiaría de barbero.

3:30.

—Despierta, Gabi.

—No estaba durmiendo. De veras.

—Ahí viene.

De estatura media, el hombre se cubría con un impermeable y llevaba un maletín. Su rostro era de facciones duras, huesudo, sin barbilla, bajo un sombrero con el ala bajada sobre los ojos. Cuando se acercaba al final del muelle, Zannis y Saltiel se agazaparon por debajo del parabrisas. Para entonces podían oír aproximarse las pisadas, decididas y apresuradas, que luego se apagaron al alejarse y encaminarse al edificio de la aduana, rodeándolo por su lado este, en dirección a la ciudad. Hacia el lado este se hallaban el distrito de los almacenes y la estación ferroviaria. Zannis comprobó que llevaba la Walther en el bolsillo de la chaqueta, se deslizó fuera del asiento del pasajero y tuvo cuidado de no cerrar de golpe la portezuela, que dejó entornada.

—Dame treinta segundos, Gabi. Luego sígueme, sin ruido y despacio, con los faros apagados, y mantén la distancia.

Zannis se apresuró hacia el lado este de la aduana, se detuvo en la esquina y dirigió una rápida mirada alrededor. Nadie. ¿Dónde demonios había ido? Solo había

una calle, a la que daban los almacenes. Zannis corrió, alcanzó la calle, dobló la esquina y allí estaba —alguien—, unas dos manzanas más lejos. Zannis se dio cuenta de que se estaba mojando, abrió el paraguas y se puso a resguardo junto al alto muro de ladrillos del primer almacén. Más adelante, el alemán andaba a zancadas, como si estuviera dando un paseo nocturno por el sendero de un bosque de su país, pensó Zannis. Pocos segundos después, el Skoda dobló la esquina tras él y Zannis hizo una señal con la mano hacia atrás, para que Saltiel se quedara donde estaba. Zannis pudo oír el motor al ralentí cuando el Skoda se detuvo. ¿Llegó a oírlo el alemán? Era dudoso, especialmente con lluvia, pero Zannis no podía estar seguro, pues en la calle reinaba un absoluto silencio.

Entonces el alemán miró hacia atrás y torció a la derecha, por un callejón estrecho. Probablemente había visto a Zannis, pero ¿qué? Tan solo un hombre con un paraguas, avanzando con dificultad, encorvado, en medio de una noche desapacible. Zannis rebasó el callejón, con la vista fija en el suelo delante de él, hasta que dobló la esquina, y se perdió de vista. No se detuvo allí, sino que siguió calle adelante —si él podía oír al alemán, el alemán podía oírlo a él—, y luego buscó un lugar donde esconderse. Vio un muelle de carga enfrente y allí se encaminó con rapidez, metiendo un pie en un charco entre adoquines rotos. Subió corriendo las escaleras y se quedó en un rincón entre el umbral y la pared, invisible desde la calle; al menos desde el callejón. El alemán no iba a ir a ninguna parte, comprendió Zannis; al menos desde aquel callejón, donde, unos años antes, un mozo había apuñalado al prestamista Hamid durante una discusión por unas leptas, ni siquiera por una dracma. El callejón lo bloqueaba un gran muro de piedra cubierto por una glicina trepadora. Hamid llegó tambaleándose hasta el muro y tiró de la glicina con la idea de encaramarse por ella, pero la enredadera se vino abajo, y él murió allí mismo. El mozo lo cubrió con la glicina, pero al cabo de unas horas —era verano— Hamid había hecho notar su presencia y el crimen fue descubierto. Un asunto triste, pensó Zannis: los prestamistas convertían a los trabajadores portuarios en sus presas, eran como halcones y palomas. ¿Era esa la ley de la naturaleza? Quizá. Un halcón de verdad trató una vez de capturar uno de los canarios de su hermano menor, que ocupaba una jaula en el alféizar de la ventana, y en aquella estructura de alambre se desató el infierno.

Zannis miró su reloj: las 3:39, y se dispuso a esperar. Aquello era una reunión, desde luego, y alguien iba a dejarse ver tarde o temprano. Si ese alguien era lo bastante incauto como para pasar sin más ante el Skoda con el motor al ralentí, atraparían a los dos. Si no, tan solo al alemán, aunque era probable que Saltiel saliera tras el segundo hombre. ¿O mujer? Quizá. Todo era posible.

3:48. «Daos prisa, cabrones, tened vuestra jodida reunión y dejad que me vaya a la cama». Después de la detención y el viaje a comisaría, donde les sacarían lo que pudieran, los devolverían al barco. Al fin y al cabo no habían hecho gran cosa: entrar en Salónica sin visado. No habría razón para retenerlos. El cónsul alemán graznaría



un poco y Vangelis se mostraría irritado. Y al diablo con el asunto.

4:00. ¿Qué estaba haciendo allí el alemán? ¿Había un paso a otra calle que Zannis desconocía? ¿Estaría bonito que así fuera! «Yo aquí, bajo la lluvia hasta el amanecer, para no volver a verle más». Zannis suspiró, desplazó el peso del cuerpo del pie empapado al seco, y pensó en Roxanne y en hacer el amor con ella, que era a lo que se dedicaban. Sí, un restaurante y... De pronto, su mente volvió a prestar la máxima atención.

En el otro extremo de la calle, en la esquina de un distante callejón, se distinguían unos faros, pero no se veía coche alguno; solo unos haces que penetraban la niebla. ¿Podría distinguirlo a aquella distancia? Zannis no lo sabía, pero las luces giraron a la izquierda y ahora lo enfocaban directamente a él. Se ocultó en el otro lado del umbral del muelle de carga. ¿Qué haría Saltiel? Nada. Los faros seguían apagados. «Bien, Gabi, así debe ser». «Y luego —pensó, dirigiéndose al invisible conductor del otro coche— girarás hacia el callejón». Era un Renault sedán que pasó ante él con un murmullo, avanzando muy despacio, pero su predicción no se cumplió. El Renault se detuvo a la entrada del callejón, lo rebasó unos metros y entró marcha atrás. Inteligente, pensó Zannis; listo para salir pitando. ¿Qué era aquello? ¿Otro asesinato en el callejón? ¿No estaría maldito? ¿Iba aquella noche larga, aburrida y estúpida a terminar en un drama?

Fuese lo que fuese lo que sucedió allí, no llevó mucho tiempo. Sucedió en el callejón y rápidamente, y sucedió donde Zannis no pudo verlo. Una portezuela se cerró con ruido, rugió un motor y el Renault reapareció, dio un rápido giro a la izquierda, tomó por la calle y se alejó deprisa. Zannis forzó la vista entre la lluvia, tratando de ver a través de la nebulosa ventanilla trasera: ¿había alguien en el asiento del pasajero? No, no lo creía. Mientras bajaba a todo correr los peldaños del muelle de carga, vio que el Renault sobrepasaba al Skoda. «Uno, dos, tres, cuatro», y el Skoda encendió los faros, Saltiel dio un grácil giro y siguió al Renault, que había virado al este, por la desierta cornisa marítima.

Cuando Zannis se acercaba al callejón, salió el alemán. Ambos se pararon en seco, uno frente al otro, separados quizá por diez metros, y entonces el alemán, lo mismo que Hamid, el prestamista, se escabulló retrocediendo por el callejón. ¿Se dirigía hacia la glicina? No, tuvo una idea mejor, porque para cuando Zannis penetró en el callejón, él había desaparecido. Un alemán mágico. ¿Dónde estaba? Zannis corrió a lo largo de la pared, muy atento a la mínima presencia a su espalda, convencido de que estaba a punto de ser tiroteado. Pero en el arranque del callejón había una puerta. Una puerta, supuso, que conduciría a la oficina del almacén. ¿La había olvidado? ¿Había estado siempre allí?

La Walther. Sí, había llegado el momento: montar el arma, dar por supuesto que Gabi la había cargado una vez que hubo colgado su cuadro. Porque seguro que la

había descargado, Gabi sabía muy bien que golpear armas cargadas contra superficies duras no era una buena idea: lo menos que podía uno esperar era pasar un mal rato, y a partir de ahí la cosa podía empeorar. El abuelo. El gato. No, Gabi habría hecho lo correcto, él siempre hacía lo correcto. ¿No?

Zannis cerró el paraguas y lo dejó apoyado en la pared, soltó el cargador de la Walther, lo encontró lleno y lo devolvió a su sitio. Luego se colocó a un lado de la puerta, levantó el pie y golpeó el pomo, con el propósito de hacer ruido. No surgieron balas del interior, de modo que alargó la mano, accionó el pomo y abrió la puerta. No estaba echado el cerrojo. ¿Lo había estado alguna vez? En aquel momento no lo estaba. Manteniéndose a resguardo junto a la pared mientras pudo, abrió de par en par la puerta, aguardó el golpe, y se precipitó al interior, agachado, con la Walther apuntando al frente.

Había esperado hallar una oficina, y que tuviera teléfono. Pues estaba equivocado. Era una oficina en la misma planta baja que el almacén, no separada de este: archivadores, dos escritorios y un teléfono pasado de moda, sin disco, de pared. Pero la línea había sido cortada unos pocos centímetros por debajo de la caja. ¿La habían cortado hacía años? ¿O hacía treinta segundos? No lo sabía. Pero sí sabía dónde estaba: en el almacén Albala de especias. El aire era espeso a causa de los olores, un denso compuesto de hinojo, adormideras, fétidos capullos de seda y hierbas mediterráneas: salvia, tomillo y demás. Apilados en sacos de arpillera y en cajones de madera, en la oscuridad, listos para ser embarcados.

Escuchó un momento, pero solo percibió silencio. Luego aguardó, esperando a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, la única luz en el almacén era la que se filtraba por las persianas casi cerradas. Avanzó con una mano por delante, aunque sabía que era inútil, no iba a encontrar al alemán agazapado tras un fardo de hinojo. Así que regresó a la oficina, agarró el pomo de la puerta, dio un portazo y luego se internó en la oscuridad, desistiendo de avanzar sin hacer ruido.

Algo se movió, algo mucho mayor que una rata. De algún lugar por encima de él le llegó el sonido de algo pesado desplazándose sobre unos tablones. Esperó, cambió la pistola de mano y se secó la palma mojada en la pernera del pantalón. De nuevo lo oyó, casi encima de su cabeza. En el segundo piso. ¿Cómo se subía? Ni idea. Buscó en el bolsillo, encendió una cerilla y descubrió que estaba en un pasillo, con fardos apilados a ambos lados. Encendió una segunda cerilla y vio lo que parecía una escalera en la pared más alejada.

No era una escalera, sino una rampa de madera, y allí encontró lo que andaba buscando. Al pie de la rampa había un armario metálico con un interruptor a un lado. Le dio al interruptor y se encendieron las luces. La iluminación no era mucha: unas pocas bombillas desnudas en tomas atornilladas a los tablones del techo, y solo en el primer piso. Pero bastaban. Quienquiera que estuviese allá arriba volvió a correr, y luego se detuvo.

A Zannis le estaba resultando difícil respirar —¿cómo diablos trabajaba allí la

gente?—, pues el aire estaba tan cargado, era tan ácido, que le lloraban los ojos y tuvo que quitarse las gafas y secarse las lágrimas. Luego, se agachó, subió disparado la rampa y se quedó tendido arriba, con la cabeza por debajo del nivel del suelo. Se puso en pie con rapidez para echar una mirada, pero el resplandor de las bombillas que llegaba hasta lo alto de la rampa se diluía pronto en la negrura. Olfateó —aquel lugar verdaderamente lo estaba abrumando— y luego dijo, sin levantar la voz ni emplear un tono airado, en alemán:

—Señor, haga el favor de salir de donde está escondido y permítame verle las manos. Por favor. No recibirá daño alguno.

Funcionó.

Unos pasos apresurados en la parte más alejada del segundo piso, una serie de golpes subrayados por un grito de pánico y, tras unos momentos de silencio, un gemido. Utilizando dos cerillas para ver la pared de enfrente, Zannis comprendió lo ocurrido. Existía otra rampa, pero si no quería usarse había una alternativa: una abertura cuadrada en el suelo, con una escalera estrecha y muy empinada, poco más que una escalera de mano, que bajaba al piso inferior. Había cogido por sorpresa al alemán en su descenso: estaba tumbado, con la cara hacia abajo, la cabeza contra los tablones, los pies en los peldaños superiores —Zannis vio que llevaba calcetines verdes— y el maletín todavía en una mano. Cuidadosamente, con la Walther aún lista, Zannis bajó la escalera. El alemán dijo algo que parecía una súplica, pero su voz sonó amortiguada. Zannis no pudo descifrar sus palabras. Lo registró en busca de armas, no halló ninguna y agarró al alemán por los sobacos, lo volvió, lo levantó y consiguió sentarlo en un escalón. Por un momento permaneció sentado, con los ojos cerrados y la nariz sangrando. Luego se apretó con una mano el centro del pecho y dijo: «Hospital, hospital».

«Bueno —pensó Zannis más tarde—, yo hice lo que pude». Pasó un brazo alrededor del hombre, lo levantó, y bajó con él los peldaños uno a uno, llevando el maletín en la otra mano. Avanzaban torpe y lentamente, y cuando alcanzaron la calle que conducía a la aduana, el amanecer había coloreado el cielo de gris oscuro. Allí tuvieron suerte: un taxi recorría lentamente la cornisa marítima, en busca de los últimos juerguistas de la noche. Zannis le hizo una seña, instaló al alemán en el asiento trasero, el conductor arrancó a toda prisa y llegaron al hospital unos minutos más tarde. Cuando se acercaron a la entrada de urgencias, apareció un médico que se montó en la parte posterior del taxi. Hizo un gesto con la cabeza y dijo:

—No se puede hacer nada por él. Podría llevarlo usted mismo al depósito o, si lo prefiere, usaremos una ambulancia.

—¿Está seguro?

El médico asintió.

—Lo siento.

Hacia las diez de la mañana Zannis estaba hablando por teléfono con Vangelis quien, tras oír una breve versión de la historia, dijo:

—¿Y qué había en el maletín?

—Fotografías. Setenta fotografías. Y un dibujo hecho con un lápiz afilado: un mapa de la zona alrededor del fuerte Rupel.

—¿Cómo sabe que es el fuerte Rupel?

—Está escrito. Con letras latinas. Las fotos fueron tomadas desde cierta distancia: carreteras, alambre de espino, el fuerte. —La línea telefónica silbó, y Zannis dijo—: ¿Oiga?

—Sí, estoy aquí.

Una respuesta convencional, pero el tono era triste y adusto.

Zannis repitió lo que le había dicho a Saltiel en el coche:

—Quizá la guerra avance hacia el sur.

El fuerte Rupel protegía el paso homónimo, en la frontera búlgara, al norte de Salónica. La ruta de las invasiones, desde allí, por el valle del Struma, tenía más de dos mil años de antigüedad. Los arados de los campesinos solían poner al descubierto puntas de lanza, espadas rotas, bayonetas y huesos.

—Todavía no —replicó Vangelis—. A los nazis no les interesamos. Todavía. ¿Qué va usted a hacer respecto al Renault?

—Saltiel no logró alcanzarlo, pero tomó nota de la matrícula. Es de aquí, de modo que no tengo más que llamar al funcionario adecuado.

—Muy bien, Costa, haga lo que crea conveniente.

—He llamado a algunos amigos que tengo en los periódicos: Dirán algo así como: Turista alemán hallado muerto en la acera cerca de su hotel. La causa aparente, un ataque cardíaco. Les he facilitado la información con los datos del pasaporte: Albert Heinrich, domiciliado en Essen, de cincuenta y tres años. —Hizo una pausa y dijo—: No preferiría usted un escándalo de espionaje, ¿verdad?

Vangelis dio un bufido.

—¡Estupendo! ¡Buena idea! —Y añadió una versión de una expresión local albanesa—: Si nos tiramos un pedo en las narices de Hitler dentro de nada los tenemos aquí.

—Pensé que preferiría resolver el asunto así. En cuanto a las fotografías, ¿qué quiere hacer?

—Mándemelas y se las pasaré al Ejército.

—¿Y Spiraki?

—Temía que me preguntara eso. Dígame lo que ha pasado, redáctele un informe. Le gustará. Que su secretaria se lo pase a máquina. ¿Costa? Asegúrese de que se ha quitado de encima el pasaporte antes de establecer contacto con Spiraki. A su gente le gustan los pasaportes.

—Debería ir a parar al consulado alemán.

—Debería. Dígame, ¿de veras fue un ataque al corazón? ¿Usted no le hizo, eh, no le hizo nada? Yo no lo culparía si lo hizo.

—No, señor, se lo hizo solo. Estaba asustado, espantado de que lo cogieran, espantado del fracaso. Corría de un lado a otro como una rata. La caída por la escalera no lo ayudó, pero si yo tuviera que exponer una teoría, diría que murió aterrorizado.

—Un asunto desdichado —dijo con desagrado, y luego—: Bien, manténgame informado.

Cuando hubo colgado, Zannis tomó una hoja de papel de su cajón y empezó a escribir el primer borrador de un informe a Spiraki. Antiguo abogado ateniense, Spiraki dirigía la oficina local de la Geniki Asphalia, encargada de la seguridad del Estado. Había cambiado de nombre varias veces, para convertirse en Organismo de Inteligencia de la Defensa en 1936; y unos meses más tarde, cuando Metaxas se hizo con el poder, en Dirección General de Ciudadanos Extranjeros. Pero la mayoría de la gente seguía llamándola Seguridad del Estado.

Zannis consideraba a Spiraki difícil de tratar. Alto, pesado, con poco pelo, sombrío, con un espeso bigote, solía vestir trajes azul claro, empleaba un lenguaje formal y miraba con ojos fríos. Nunca respondía inmediatamente a cualquier cosa que uno le dijera. Siempre había un tiempo muerto antes de que hablara. Por lo demás, podía haber sido peor. Se suponía que su oficina estaba encargada de asegurar la obediencia a las leyes de la dictadura sobre moralidad, las cuales tenían como objetivos tradicionales el hachís y la prostitución. Pero trataban de ir más allá, extendiendo la prohibición a la lasciva música *rebetika*: sucia, criminal, apasionada y muy querida por los habitantes de Salónica. Sin embargo, Spiraki se mostraba un punto tolerante. Uno no podía acabar con tales cosas en aquella ciudad. Y tras cuatrocientos años de ocupación turca, no era inteligente presionar demasiado a los griegos.

El cielo gris no despejaba, las gaviotas volaban en círculos sobre el puerto y sus graznidos no contribuían a desvanecer la melancolía. Saltiel compareció a las once, cansado y deprimido, y él y Zannis trataron de concluir la investigación. La funcionaria del ayuntamiento dio con el número de la matrícula, para su gran satisfacción. Correspondía a un Renault a nombre de un tal K. L. Stacho. Zannis sabía quién era: un empresario de pompas fúnebres búlgaro, perteneciente a la tercera generación de propietarios de una funeraria que enterraba a búlgaros, albaneses, serbios y valacos, los cuales morían con la suficiente regularidad como para que Stacho se permitiera una hermosa villa en el barrio rico de Salónica, junto al mar, al este de la ciudad.

Zannis telefoneó y Saltiel los llevó allí en coche diez minutos después. Pobre *madame* Stacho, con los ojos enrojecidos y un pañuelo hecho un ovillo, apretado en

el puño. Zannis la compadeció. Su marido salió de casa mucho después de medianoche para ocuparse de un asunto que no había especificado. Y no había regresado. Ella estaba frenética, por supuesto, pero a las ocho de la mañana un vecino llamó a la puerta para decirle que Stacho había telefoneado para pedirle que transmitiera un mensaje: no volvería a casa. Estaría ausente mucho tiempo. Estaba bien. Ella no tenía por qué preocuparse. Aparte de eso, *madame* Stacho no sabía nada.

—¿Tenía el señor Stacho amigos alemanes?

—No, que yo sepa.

—¿Una cámara?

—Sí, tenía una; la fotografía era una de sus aficiones.

—¿Cuánto tiempo hacía que era aficionado? ¿Años?

—No, solo unos pocos meses.

—Por favor, *madame* Stacho, perdónenos; solo estamos haciendo nuestro trabajo. ¿Podemos echar un vistazo por la casa?

Ninguna respuesta. Un gesto con la mano: «Hagan lo que quieran, a mí ya me da igual». Echaron el vistazo. Habitaciones atestadas de pesados muebles, gruesos cortinajes, suelos embaldosados, una criada asustada, pero ningún empresario de pompas fúnebres en un armario o debajo de una cama.

Cuando regresaron al salón, *madame* Stacho preguntó qué había hecho su marido para provocar el interés de la policía.

No podían decírselo, pero acaso él dispusiera de cierta información que necesitaban para una investigación en curso.

—¿Y eso es todo? —preguntó, manifiestamente animada.

—¿No es suficiente?

—Cuando se fue, cuando me enteré de que no regresaba a casa...

—¿Sí?

—Pensé que había una mujer.

—No hay nada de eso.

Ahora estaba muy próxima a sentirse radiante, y junto a la puerta sostuvo cálidamente la mano de Zannis.

—Gracias, caballeros. Gracias.

—Quizá debería usted informarnos si regresa. Puede limpiar su nombre respondiendo a unas pocas preguntas.

Oh, sin duda, faltaría más, no duden lo más mínimo al respecto.

Una vez en el Skoda, Zannis pidió a Saltiel que lo condujera de nuevo al callejón detrás del almacén de especias Albala.

Pero el paraguas había desaparecido.

Aquella noche estaba previsto que llevara a Roxanne al cine, a ver un *western*

turco —*Slade visita Wyoming*, fue su intento de traducción—, pero cuando llegó a la pensión Bastasini, donde ella se alojaba, Zannis estaba de un humor diferente. Su relación con Roxanne Brown duraba desde hacía más de un año y había alcanzado la placentera intimidad regular en la que los planes se hacen como de pasada y cambian con la misma facilidad.

—Quizá el Balthazar —sugirió Zannis.

Era el nombre de una taberna, pero significaba mucho más que eso.

—Entonces ¿no vamos a visitar Wyoming? ¿Con *effendi* Slade?

Esto lo dijo en inglés. Su griego se acercaba a la perfección, pero ella sabía que su inglés lo afectaba. Formal, de clase alta, escueta y fría, una voz perfectamente adecuada a su firme cuerpo de amazona, su rostro curtido y su boca apenas tocada por el lápiz de labios.

—Quizá podríamos ir más tarde. O ahora, si lo prefieres.

—No —dijo ella—. Prefiero la depravación.

El local de Balthazar, escondido en una bodega en los bajos fondos de la plaza Vardar, no estaba lejos, de modo que fueron a pie, protegidos por el paraguas de ella, un espantoso trasto con lunares de color rosa sobre fondo verde. Eran lo más parecido a una pareja: el brazo de él rodeándole los hombros —eran más o menos de la misma estatura—, y los de ella en torno a la cintura de él.

—¿Te han ido bien las cosas esta semana? —preguntó Zannis.

—No demasiado mal. La escuela celebra una representación este fin de semana, pero me niego a preocuparme por eso.

Llegada a Salónica en 1938, tras unos años pasados primero en el sur de Francia y luego en Capri, Roxanne adquirió la Escuela de Danza Monte Olimpo, y una vez cada ocho semanas las hijas de la burguesía local, de todas las formas y tamaños, se arremolinaban en el escenario al son de Chaikovski tal como lo reproducía una gramola que, debido a su vejez, no iba tan rápida como en otro tiempo, de modo que la danza tiraba quizá un poco a majestuosa, lo cual se adecuaba francamente bien con algunas de las hijas.

—¿Estoy invitado al recital?

Ella apretó la mejilla contra la de él.

—Yo te podría pedir muchas cosas, querido, pero...

—¿Actúas tú?

—¿En mallas? Creo que no.

—No me digas a mí que no puedes llevar mallas.

—Para que tú las veas sí, pero no el carnicero y su mujer.

Balthazar estuvo encantado de verlos y les dedicó una solemne reverencia.

—Es un placer —dijo—. Llevaban demasiado tiempo sin venir.

Los condujo a una habitación muy pequeña y muy privada, con otomanas, alfombras tupidas y mesas bajas de latón. La suave oscuridad apenas la estorbaba una lámpara de alcohol que parpadeaba en un rincón. Balthazar prendió incienso y luego

preparó dos narguiles, cada uno con una generosa pella de hachís de color ocre.

—¿Comerán después? ¿Unos *meze*? Pequeños aperitivos: rodajas de berenjena, queso feta, *hummus*.

—Quizá.

Él sabía que los pedirían, pero no quiso insistir, y se limitó a responder:

—Como deseen.

Y cerró la puerta con cuidado, pues su intimidad era responsabilidad suya.

Hubiera estado bien que hubiera música, y la hubo. Si no del propio Balthazar sí de la taberna de al lado, unos *bouzoukis* y una cantante, amortiguados por la pared, al volumen justo. Se sentaron en un sofá de dos alientos, bien juntos, y se inclinaron sobre una mesa de latón labrado. Cuando Zannis inhalaba, el agua del narguile burbujeaba y mitigaba la aspereza del hachís, de modo que él podía retener el humo más tiempo.

Guardaron silencio un rato, pero al cabo ella dijo:

—Es muy agradable esta noche. El humo sabe bien, como... ¿qué? ¿Limón y lima?

—¿Has comido hachís alguna vez?

—No.

—Mejor así.

—Oh.

—Muy fuerte. Te transporta muy lejos. Muy, muy lejos.

—Ahora ya estoy bastante lejos. —Al cabo de un momento, dijo—: ¿Ves aquella lamparita del rincón? Me recuerda a la de Aladino, a una que estaba en un libro que tuve de niña. —Se quedó con la vista fija en la distancia y preguntó—: ¿Qué te parecería si la frotara...?

—Te quemarías los dedos. El genio la mantiene caliente.

—¿No quiere salir?

—Con este tiempo, no.

Ella soltó una risita tonta.

—Con este tiempo, no.

Dejó la boquilla del narguile sobre la mesa, se volvió de lado, apoyó la cabeza en el hombro de Zannis y empezó a desabrocharle la camisa. Hecho esto, se la abrió y apoyó la mejilla en su torso, lampiño y suave, con pectorales amplios y planos. Con los labios sobre la piel de Zannis, dijo:

—Hueles bien.

—Ah, ¿sí? Me he bañado. Podría ser el jabón.

—No, no es el jabón. Es algo tuyo, algo dulce.

Durante un rato sus pensamientos se dispersaron y luego, de regreso de donde Zannis hubiera estado, propuso:

—¿Te gustaría sentarte en mis rodillas?

—Siempre me gusta.



Roxanne se puso en pie, se levantó el vestido, se acomodó sobre los muslos de Zannis, apoyó en él todo su peso y levantó las rodillas, de modo que, como por arte de magia, una mano de Zannis le cubrió el trasero. Al otro lado de la pared, la voz de la mujer que cantaba se volvió suplicante. Eso les hizo reír a los dos, como si la cantante pudiera verles a través de la pared.

—¿Entiendes la letra? —preguntó Zannis.

Ella negó con la cabeza.

—Canta sobre su flor.

—¿La flor de su jardín?

Zannis apartó ligeramente la rodilla que ella mantenía en alto y dijo:

—No, de esta.

Las puntas de sus dedos índice y medio permanecieron sobre el grueso algodón. Pensó que ella era muy astuta al haber escogido esas bragas de algodón blanco, lo adecuado para una inglesa, pues ofrecían un cómodo acceso, y el algodón tenía un tacto muy fino, muy suave para sus dedos. Al cabo de unos momentos, a ella se le escapó un suspiro, y él la oyó y la sintió. Él movió los dedos delicadamente, sin pretensiones; simplemente para saborear la cálida recepción, y se sintió mucho más complacido que orgulloso.

Continuó. Y continuó. Hasta que ella alzó la cabeza y le dijo en voz baja al oído, en un perfecto inglés de clase alta:

—¿Nos quitamos la ropa?

Más tarde, después de que Zannis hubiera ido al aseo y Balthazar les hubiera llevado —ahora que estaban hambrientos— los *meze*, ella extendió *hummus* sobre un trozo de pan de pita y dijo:

—Es extraño, pero ahora se me ocurre que la otomana es un mueble extraordinario, muy ingenioso.

—Ah, ¿sí?

—Oh, sí. Porque, ¿sabes?, también puedes sentarte en ella.

Al día siguiente, después de aquella noche, acudir de nuevo al trabajo fue algo parecido a un castigo. Sibylla, la secretaria, siempre rígida y estirada, se mostraba especialmente hosca aquella mañana. Ni Saltiel ni Zannis lo admitirían, pero ambos le tenían miedo. Permanecía derecha como un palo, con el cabello rubio peinado como cada miércoles en forma de casco de guerrero. Y «guerrera» era, en aquel momento, la palabra adecuada, pues se había presentado a trabajar de mal humor y lo estaba descargando en los archivos.

Había dos tipos de archivos. El primero estaba dispuesto en una hilera de archivadores de madera, en la otra habitación —había dos, y un baño— e incluían los diversos papeles que flotaban en el torrente sanguíneo gubernamental: directrices, copias de correspondencia oficial, cartas de ciudadanos y varios papeles sueltos,

como recortes de periódicos que habían ido a parar allí y se quedaron. Aunque a veces —por obra de los arranques de Sibylla— no para siempre.

—Gabi —dijo Sibylla, sosteniendo un papel para que Saltiel pudiera leerlo—, ¿esto es importante?

Saltiel no quiso leerlo.

—Probablemente no.

—Un memorando de la Comisaría Seis. Parece referirse al cementerio.

—¿A cuál?

—Al antiguo turco. El asunto es «Copolación Nocturna».

—¿A cargo de vivos?

—Si no es así, guárdalo —dijo Zannis, mirándola desde su escritorio.

Desde luego que no conseguían hacer reír a Sibylla, pero nunca dejaban de intentarlo. En lugar de eso, la oficinista suspiró. Qué malos eran aquellos hombres.

—Lleva fecha del 10 de septiembre de 1938.

—A estas alturas es probable que hayan terminado de copular —comentó Saltiel—. Elimínalo.

El otro archivo lo mantenía Zannis y consistía en unas fichas metidas en cajas de zapatos y que, entre todas, componían un mapa útil de los centros de poder —y había muchos— de Salónica. Incluía fichas de navieros y banqueros, sacerdotes grecoortodoxos, delincuentes de clase alta y cortesanos; todo aquel que tenía importancia. Para un funcionario cuya tarea consistía en trabajar entre bastidores, era crucial llevar el registro del reparto de papeles.

Ambos archivos desempeñaban una función esencial en la innominada oficina de la Vía Egnatia, con el apoyo de tres mecanógrafas, tres teléfonos y otro dispositivo que, de vez en cuando, les recordaba su presencia al hacer sonar una especie de campanilla. Así sucedió en aquel momento, provocando que Zannis mascullara «*skata*», el equivalente griego del francés *merde*. «Y ahora qué será». El dispositivo, en su mesa, en una esquina, era un teletipo Siemens modelo 15, y empezó a imprimir por sí mismo, rápido y furioso, una página que fue surgiendo lentamente de una ranura encima del teclado. Zannis, en pie junto a la mesa, leía el texto conforme aparecía.

EN RELACIÓN CON SU SOLICITUD DE 6 OCTUBRE 1940 STOP PRINCIPALES COMISARÍAS FRONTERA INFORMAN NO TENER NOTICIA RENAULT MODELO DESCONOCIDO MATRÍCULA SK 549 ENTRADO EN BULGARIA ÚLTIMAS 48 HORAS STOP SIN CONSTANCIA EN ESTA DEPENDENCIA DEL CIUDADANO GRIEGO K L STACHO STOP FIRMADO LAZAREFF FIN.

El teletipo aguardó, produciendo su sonido *taca-taca-taca* durante treinta segundos, y luego calló. «Bueno —pensó Zannis—, lo intenté». Tuvo la corazonada de que Stacho había huido a Bulgaria, y encargó a Sibylla que enviara un teletipo a su viejo amigo, Ivan Lazareff, en Sofía. Si hubiera creído que Stacho espiaba en favor

de Bulgaria —una suposición perfectamente razonable—, no habría actuado así, pero el empresario de pompas fúnebres, ciudadano griego de ascendencia búlgara, espiaba para Alemania o, al menos, para un hombre que transportaba documentos alemanes, así que probó suerte. Conocía a Lazareff desde hacía años y lo habían pasado bien juntos en muchos bares griegos y búlgaros cuando ambos eran detectives. En otro tiempo hablaban por teléfono —sobre todo en alemán—, pero ahora que tanto Zannis como Lazarreff eran oficiales superiores, se comunicaban por teletipo.

Lógicamente, la adquisición del equipo Siemens debía haber sido el resultado de algún afán de progreso, pero no fue así. A medida que el poder de Alemania se afirmaba en Europa, las compañías de ese país penetraban en los Balcanes, donde compraban materias primas a precios preferentes y, en contrapartida, vendían —o cambiaban— tecnología. El trigo rumano iba al oeste; y del otro lado llegaban cámaras Leica, aspirinas, armónicas y, a algunas comisarías de policía de las ciudades y localidades importantes del sur de Europa, teletipos. En muchos casos, la compra no era opcional, sino dictada por una política exterior muy inquietante: «Tenemos que apaciguar a esa gente; ¡compren esa maldita máquina!». Y sí, había historias de gallinas que anidaban encima de teletipos en aldeas serbias; y no, realmente no servía para cazar a un ladrón de cabras al que andaba buscando la policía rumana, pero el sistema funcionó, y bastante pronto algunos policías balcánicos descubrieron que tenía su utilidad.

*10 de octubre. Hotel Lux Palace, Salónica.*

«Quizá la guerra, que avanza hacia el sur». El extremo de su cigarrillo estaba marcado por su lápiz de labios, rojo oscuro, un color que resaltaba su cabello negro y su tez pálida. «Despampanante», pensó Zannis. Esa era la palabra que le cuadraba. Y seductora, con sugerencias de futuros deleites en las profundidades de su mirada. Y una embustera, porque no tenía la menor intención de irse a la cama con él ni con ningún otro. Aquella mujer era importante y nunca haría esas cosas. Sin embargo, sentía temor, no estaba acostumbrada a aquello, de manera que flirteó un poco con el apuesto policía, pues necesitaba ayuda.

Por sugerencia de Saltiel, Zannis estaba allí con su mejor traje, en el mejor hotel que la ciudad ofrecía. Bueno, por sugerencia no. Había sido una orden, aunque formulada con bastante suavidad. Era un asunto promovido por cierto miembro destacado de la comunidad sefardita, que sabía llegar hasta Saltiel.

Ella pidió café, hizo sentar a Zannis en un sillón de terciopelo marrón, volvió su butaca hasta situarla a media distancia de la mesa y se sentó en el borde, de cara a Zannis. Talones juntos, postura erguida.

—*Frau* Krebs suena excesivamente formal —dijo en un alemán culto y bien modulado—. Todo el mundo me llama Emmi, diminutivo de Emilia.

—Y yo soy Costa, diminutivo de Constantino. Mi apellido es Zannis. ¿Y quiénes

son ellos?

Se refería a dos niños. El chico tendría unos siete años, según supuso, y la niña quizá nueve, y componían un cuadro viviente al otro lado de la puerta abierta del dormitorio. Iban pulcramente vestidos, su aspecto era judaico, la niña leía un libro y el niño pintaba con unos lápices de colores.

—Nathanial y Paula.

La niña levantó la vista de su libro, sonrió a Zannis y luego reanudó la lectura o lo fingió.

—Unos niños muy guapos. Sin duda estará usted orgullosa de ellos.

Silencio. Ella dudó. Era la duda de si mentir, Zannis ya la había visto muchas veces. La mujer dio una calada a su cigarrillo, lo sacudió en el cenicero de cristal y finalmente dijo:

—No.

—¿No está orgullosa?

Zannis sonrió. Por supuesto que ella no pretendía decir eso.

—No son mis hijos. —Luego, arrepentimiento—. ¿Importa eso?

A la mujer le preocupaba haber cometido una equivocación.

—No importa, pero es interesante. Estoy seguro de que usted se explicará.

Llegó el camarero, con cruasanes, mantequilla, mermelada, pastelitos griegos y café. La mujer había cubierto todas las posibilidades.

—Pensé que podía apetecerle algo.

—Quizá luego.

La bandeja fue colocada en una mesa, y ella dio una propina al camarero.

—Hace dos días llegué a la frontera turca en lo que se solía llamar el Orient Express. Pero fuimos devueltos por un oficial de aduanas, de modo que aquí estamos, en Salónica.

—¿Un oficial de aduanas turco? —preguntó Zannis, que hizo el clásico gesto de la *baksheesh*, consistente en frotar el pulgar con los dedos índice y medio, y luego alzó las cejas.

Ella entendió el gesto.

—Oh, lo intenté, pero por alguna razón di con el único funcionario honrado de todo el Mediterráneo oriental.

—¿Por qué razón, Emmi, los hicieron volver?

—Por un asunto de papeles.

—¿Son legales?

—Yo creí que lo eran. Así me lo dijeron.

—¿Quién?

—Un abogado de Berlín. Le pagué para conseguir la documentación adecuada, visados turcos de entrada, pero lo que obtuve fue... hum, papeles falsos. Eso es lo que dijo el oficial.

—Y entonces usted lo ofendió con un soborno.

—Me dispuse a hacerlo, pero, oh, debería haber visto su cara. Creí que nos iba a meter en la cárcel.

Zannis asintió, entendiendo la situación.

—Aquí creemos que más vale evitar el paso por las cárceles turcas. Emmi, si no son sus hijos, ¿de quién son?

—De una amiga. Una vieja amiga de la escuela. Una amiga judía. No puede salir de Alemania, pidió ayuda y yo me presté voluntariamente a sacar a los niños y llevarlos a Estambul, donde hay personas que cuidarán de ellos.

—Y donde usted vivirá.

Negó con la cabeza lentamente y apagó el cigarrillo aplastando su extremo contra el cenicero de cristal.

—No, yo regresaré.

—Perdone, yo di por sentado que era usted judía.

—Lo soy.

Zannis no dijo nada. En el último piso del Lux Palace reinaba un adecuado silencio. Podía oír el zumbido de un aspirador en el pasillo, fuera de la habitación. Se levantó, fue hacia la ventana y miró el mar: un vapor y su columna de humo contra el cielo. Cuando regresó a la silla miró a Emmi a los ojos. Despampanante, volvió a pensar, y dura, mucho más dura de lo que había creído al principio. «¿Con qué me he encontrado?». De nuevo en la silla, se inclinó hacia delante y habló en voz baja:

—No tiene usted que decir nada si no quiere. La ayudaré.

Ella asintió, agradecida por su comprensión. En el dormitorio, el niño dijo, con una voz que era poco más que un susurro:

—¿Esto sería verde?

—No, azul —respondió la niña.

Emilia Krebs se inclinó hacia Zannis y bajó la voz:

—Ha sido muy duro para ellos. No podían ir a la escuela; no podían salir de casa. Berlín es ahora brutal. ¿Comprende?

La expresión de Zannis daba a entender que comprendía perfectamente.

—Así que mi amiga me pidió que los sacara, que los llevara a algún sitio seguro. Porque sabía que yo podía entrar y salir de Alemania. Soy la esposa del coronel Hugo Krebs, un hombre muy poderoso.

—¿En el partido? —preguntó con voz neutra.

Se refería al partido nazi.

—Jamás. —La ofendía que él pudiese sugerir semejante cosa, y su voz sabía cómo reflejar ese sentimiento de ofensa—. No, él no es de esos. Es un oficial de carrera; sirve en el Estado Mayor General de la Wehrmacht como director de logística: que los trenes vayan donde sean necesarios y a tiempo, que haya suficientes calcetines. No es un destino brillante, pero de gran importancia.

—Sé lo que es. ¿Hay una «J» estampada en su pasaporte?

Ahora era un requisito legal en Alemania, una «J» de *Jude*, judío.

—Oh, no, en el mío no. No se atreverían.

—No, probablemente no; si está usted casada con un hombre de esa posición, y lo más seguro es que él no sea judío. No podría serlo, tal como están las cosas en Alemania.

—Es luterano, de una sólida y antigua familia, aunque sin nada especial. Nos conocimos, nos enamoramos y nos casamos. Es un hombre estupendo. No hemos podido tener hijos, pero hemos llevado una buena vida hasta que Hitler llegó al poder. Hugo pensó en renunciar a su carrera. Sin embargo, comprendió que con una esposa judía era mejor para nosotros permanecer donde estaba.

Zannis asintió, como admitiendo una triste verdad.

«Y —pensó— “logística” es la palabra». ¿Cómo mandar a aquella mujer y a los dos niños a Turquía?

—¿Podría decirme cómo piensa regresar a Berlín, una vez que haya llegado a Estambul?

—No considero que eso sea un problema —respondió, insegura de lo que él tenía en mente.

—¿En barco?

—Cielos, no. Es más rápido el avión. De Estambul a Bucarest y luego a Berlín. La Lufthansa tiene vuelos a todos los países neutrales.

—Pero usted no voló a Estambul. Imagino que con dos niños hubiera resultado caro.

—No fue por eso. A mí no me preocupa el dinero. Hugo y yo pensamos que los tres nos haríamos notar demasiado en el aeropuerto de Tempelhof —la Gestapo está por todas partes allí—, así que era mejor ir en tren. Por etapas, ¿sabe? Primero Viena, luego Budapest, Belgrado, Sofía y continuar hasta Estambul. Llegamos hasta el control fronterizo de Edirne, en Turquía.

—Y ahora están en Salónica.

—Porque yo sabía que había judíos en Salónica, «la Jerusalén de los Balcanes», todo eso.

—Sí, en otro tiempo eran mayoría aquí, y todavía forman una comunidad numerosa.

—No se me ocurrió otra cosa. Volver a Berlín ni me lo planteaba, claro está.

—¿Por qué?

—Porque —hizo una pausa— hubiera sido, bueno, un fracaso.

—Y usted no fracasa.

—¿Acaso podría?

Con un movimiento de ojos lo remitió a los niños que estaban en el dormitorio. Zannis se quedó pensativo un momento, y al cabo dijo:

—Me estaba preguntando una cosa.

—Lo que sea —lo animó ella con una sonrisa que decía que esperaba que se hubieran hecho casi amigos.

—Ha dicho: «A mí no me preocupa el dinero», y no es mi propósito husmear, pero sospecho que no se refería usted a la paga de un coronel del ejército.

—¿No se propone husmear? —dijo en tono pícaro y divertido.

Ahora le tocó sonreír a Zannis.

—Poseo fortuna propia. Soy Emilia Krebs, pero fui, y creo que sigo siendo, Emilia Adler. Un apellido que usted reconocería si fuera alemán. Emilia Adler, de los Adler de Frankfurt, banqueros desde la Edad Media y muy, muy ricos. Y allí siguen.

Zannis estaba desorientado y lo exteriorizó.

¿Ahora? ¿Bajo los nazis? Yo tenía la impresión de que habían robado todo el dinero de los judíos de Alemania, forzado la venta de los negocios judíos y prohibido la salida de fondos del país. ¿No es así?

—No del todo, porque una vez que los nazis se apoderaron del dinero, algo tenían que hacer con él. En buena parte fue a parar a Suiza, pero una cantidad sustancial se depositó en el Banco Adler de Frankfurt, el de mi abuelo. Ello se debe a que paga un interés del doce por ciento, cosa que, créame, no hacen los suizos.

Zannis estaba impresionado.

—El doce por ciento.

—No hay forma de que pueda invertir a esa tasa, claro está, pero los nazis creen que sí. Ya sabe, el judío astuto, que labora en secreto... Pero, de hecho, el dinero procede de sus propios recursos. Es una forma elegante de soborno.

Al cabo de un momento Zannis preguntó:

—¿Para siempre?

—No. Pero para un tiempo, quizá un año, quizá más. Él sabía que irían a por él en 1936. Lo sabía, así que él fue por ellos. Con suavidad. Exteriormente es un hombre muy suave, pero en realidad no lo es.

—Ni usted tampoco.

—Yo tampoco.

—Y su padre ¿trabaja en el banco?

—Mi padre murió hace diez años.

—Lo siento.

—En Persia, donde tenía contratos para la construcción de sistemas de canalización de aguas.

—¿De... una enfermedad?

—De pasión. Un ataque al corazón en un burdel. Nos gusta creer que murió feliz. Ahora, *Herr Zannis*, ya está enterado de todo.

—Casi. Me gustaría saber cómo se las arregló para conseguir los papeles de salida de los niños.

—El abogado se encargó de eso. Al menos hizo algo bien.

—¿Y cómo lo consiguió? ¿Lo sabe usted?

—Con un soborno, según él. Cincuenta mil *reichsmarks*. En cualquier caso es lo que le pagué, aparte de su minuta, pero solo tengo su palabra. —Se encogió de

hombros—. Podía haber sido menos.

Zannis enarcó las cejas: «Era un dineral». —¿Cuánto es eso en dólares, veinticinco mil? Hay gente que podría vivir con ese dinero durante años.

—Son casi veinte mil dólares, creo. En cualquier caso, un suma sustancial. Esa clase de transacción se ha vuelto muy cara en el Reich. Los nazis son viciosos y criminales pero, a Dios gracias, también son venales. Para muchos de ellos la ideología es solo epidérmica: aman el poder y aman el dinero.

—Bien, necesitaré los papeles de salida durante un día o dos, quizá más.

Mientras ella fue por su bolso, Zannis se levantó y dijo:

—Ahora creo que tomaré un café. ¿Puedo servirle uno a usted?

—Por favor.

—¿Nathanial? —llamó Zannis—. ¿Paula? ¿Queréis un pastelito?

*12 de octubre. El Club de Salonique.*

Era el lugar más exclusivo de la ciudad, hasta el punto de que incluso al poderoso Vangelis le había resultado difícil que Zannis fuera aceptado como socio.

—No solo tuve que poner el pulgar en cierto sitio —le dijo el anciano—, sino que tuve que apretar fuerte.

No obstante, era esencial que Zannis perteneciera al club, porque algunos de los más importantes negocios de Salónica se hacían allí, en la sede del club, en el lado distinguido de la cornisa marítima. El acceso a aquel comedor, de caoba oscura, con su vista al mar y su silencioso ritual del almuerzo —conversación contenida, sin más música que el entrecuchar de la porcelana y la cubertería de plata—, constituía un privilegio trascendental.

Y también el escenario más adecuado para Celebi, el cónsul turco, una versión fiel del diplomático de película: cabello plateado, sonrisa serena, boquilla de marfil. Curiosamente, Roxanne lo describió una vez como *débonnaire*. Llegó el camarero, pidieron con indiferencia —los platos eran demasiado finos para ser buenos—, y Zannis se mostró adecuadamente agradecido porque Celebi hubiera accedido a verlo tras avisarlo con tan poca antelación. Ya en los aperitivos, Zannis dijo que necesitaba un favor, y la expresión de Celebi solo cambió ligeramente. ¿Oh? Así pues, iba a ser un almuerzo basado en la clase más refinada de entendimiento de la vida y la política, aunque algo menos refinada era la vista a través de la ventana: un mercante torpedeado aquella mañana estaba ardiendo tras los cristales. Predominaba el humo negro, pero si uno dirigía miradas a los lados en el momento adecuado, podía captarse una brillante llamarada.

—Es una mujer muy culta —dijo Zannis—. Judía, y persona de cierto relieve en la sociedad berlinesa.

—¿De veras?

—Eso parece.



—Debe ser inmensamente rica, entonces. Lo siento por los demás...

—Lo sé.

—¿Tiene dificultades?

—En cierto modo. Trata de sacar de Berlin a los niños de una amiga.

—¿Y llevarlos a Turquía?

—Sí. ¿Querrá usted otro?

—Oh, no sé...

—Camarero.

—¿Señor?

—Dos más, por favor.

—Yo no debería...

—Una pequeña licencia, ¿no? Una siesta esta tarde...

—Quizá usted pueda...

—¿Está ocupado?

—Es terrible. Medio mundo espera a mi puerta. Ya he sobrepasado el límite de visados de entrada para enero, y mis superiores de Estambul se están poniendo pesados.

Zannis meneó la cabeza.

—Maldita guerra.

—Podíamos habérnosla ahorrado, es verdad. ¿Por qué no los mete de tapadillo? Todo el mundo lo hace.

—Son niños, Ahmet. No quiero que se meen en los pantalones cada vez que cualquier poli se los quede mirando en la calle.

—Oh, sí, tiene usted razón. Necesitarán documentos válidos.

—¿Puede usted razonar con Estambul?

—Humm, sí y no. Pero la verdad es que tendré que ablandar a alguien.

—Bien, eso no será un problema.

—¿No?

—No, no lo creo.

Celebi sacó un cigarrillo de una pitillera de plata y lo introdujo en su boquilla.

Zannis prendió un mechero y, cuando Celebi se inclinaba hacia la llama, dijo:

—¿Qué le parecen cuatrocientos?

—Doy por supuesto que no se refiere a dracmas.

—Dólares.

—¿Por cada uno?

—Sí. Un adulto y dos niños.

—¿Ella puede conseguir dólares?

—¿En Salónica?

Celebi asintió para sí, divertido: «Desde luego». —Enviaré a *madame* Urglu, digamos... ¿mañana por la tarde?

—La esperaré. Llevo en un sobre los visados alemanes de salida. Puede tomar los

datos de ellos.

—Arreglado —dijo Celebi.

Zannis asintió en señal de acuerdo. El comedor del Club de Salonique era muy elegante, no parecía el lugar más indicado para pasarse sobres por debajo de la mesa.

Aquella tarde, el cielo estaba azul, y muy luminoso tras la lluvia, y el monte Olimpo, coronado de nieve, podía verse desde la bahía. Zannis caminaba de regreso a su despacho por la concurrida Vía Egnatia, tomándose su tiempo, deteniéndose para mirar los escaparates. Se recordó que debía establecer contacto con Emilia Krebs cuando llegara al despacho. Le daría tiempo para que reuniera el dinero del soborno —dudaba que algo de aquel llegara a Estambul—, de modo que la tarde siguiente pudiera entregar un sobre a *madame* Urglu.

No le preocupaba mucho *madame* Urglu, considerada la espía principal de Celebi. Cincuentona, pechugona y corpulenta, con gafas pendientes de una cadena alrededor del cuello y lengua afilada. Spiraki, de la Seguridad del Estado, aseguraba que era el enlace de varios agentes secretos: «Transmite informaciones codificadas por radio las noches de los lunes y los jueves —decía— desde el último piso de la legación». Zannis pensó que tal vez tenía razón, mientras contemplaba un despliegue de raquetas de tenis y un cartel con una rubia dando un medio revés, pero se preguntaba qué espían los turcos en Salónica. Fuese lo que fuese, difícilmente lo sorprendería.

Después de todo, siempre habían luchado con los turcos: la guerra más famosa fue la de Troya, en tiempos homéricos, pero seguramente esa no fue la primera vez. La última empezó en 1919, cuando los ejércitos griegos penetraron en Turquía y ocuparon la ciudad costera de Esmirna. Entonces llegó a hablarse de recuperar Constantinopla —Bizancio—, la gran capital del Imperio Bizantino, tomada por los turcos musulmanes en 1453. Llevaban bastante tiempo allí, ¿no?

Bien, seguían conservándola, y ahora se llamaba Estambul. Los ejércitos turcos reconquistaron Esmirna en 1922: incendiaron la ciudad, aniquilaron a la población griega y le cambiaron el nombre por el de Izmir. El año siguiente se firmó un tratado: trescientos cincuenta mil turcos abandonaron Grecia, y un millón y medio de griegos se trasladaron a Grecia desde Turquía; regresaron al hogar, que llevaban sin pisar desde hacía mil años. Por esa razón, en el otoño de 1940, existía una taberna llamada Esmirna Traicionada, situada en la que en tiempos se llamo calle de Basilio el Matador de Búlgaros. Había sido rebautizada como calle de los Francos, en memoria de otra conquista. Era bastante fácil encontrar nombres nuevos en una ciudad donde las guerras superaban en número las calles.

De regreso en el despacho, telefoneó a Emilia Krebs al Lux Palace. Estaba muy emocionada, próxima a las lágrimas; más de lo que nunca había estado, pensó Zannis,

y eran lágrimas de alivio. Sí, tenía el dinero, y en cuanto colgara el teléfono saldría a comprar dólares. Victoria. Zannis supuso que eso habría que resumirlo así: dos niños destinados a criarse en un país extranjero, y que quizá nunca volvieran a ver a sus padres, pero que al menos estarían vivos.

La tarde del 16 de octubre se trasladó en taxi a la estación del ferrocarril, a fin de que Emilia y los niños pudieran tomar el expreso de las 17:20 con destino a Estambul. En la sala de espera, Nathaniel y Paula permanecían sentados, silenciosos, demasiado silenciosos, y Emilia le entregó una nota, con el membrete del Lux Palace, con su dirección y su teléfono de Berlín.

—Tal vez llegue el día —dijo— en que pueda devolverle el favor.

—Tal vez —respondió él, dando a entender que «probablemente nunca».

—Tal como hoy marcha el mundo, no es posible prever el futuro. —El tren, que se aproximaba, hizo sonar su silbato, y Emilia puso una mano en el hombro de Zannis—. Nunca podré agradecerle bastante su ayuda.

—No tiene nada que agradecerme. ¿Quién podía negarse?

Aquel día abandonó pronto el despacho y se dirigió a su piso: dos habitaciones pequeñas en un callejón adoquinado llamado Santarozza, entre la estación del ferrocarril y el puerto. No era el mejor barrio de la ciudad, estaba junto a lo que había sido la judería antes del Gran Incendio. Jugó con su corpulenta perra pastora, *Melissa* —abeja—, que lo esperaba en la puerta después de un día duro de trabajo en el vecindario. Aquella noche era una de las dos o tres por semana que Zannis iba a cenar a casa de su madre. *Melissa* siempre lo acompañaba y se quedaba hasta que él regresaba para la siguiente visita.

Era voluminosa, más de 35 kilos, con un pelaje espeso y suave, blanco y negro, y un rostro dulce, con morro largo y hermosos ojos, no distinta de un perro de montaña de los Pirineos. Reina de la calle, comenzaba la mañana caminando junto a Zannis unas cuantas manzanas en dirección al despacho, hasta un punto en que el instinto la avisaba de que ya no corría peligro de que la atacaran los lobos. Luego, regresaba a casa para proteger a los niños del barrio en su camino a la escuela, y después acompañaba al cartero en su recorrido. Hecho esto, vigilaba el gallinero de un patio vecino, con la cabeza descansando sobre las gruesas patas. Si no se presentaba ningún zorro merodeador, hacía tiempo hasta la hora de trotar a la escuela para encargarse de que los niños regresaran sin novedad a casa.

Nadie le enseñó nada de eso. Lo llevaba en la sangre, procedía de las montañas, donde sus antepasados —quizá descendientes de los perros turcos *akbash*— guardaban los rebaños pero sin arrearlos. Así, nunca trotaba delante o detrás de aquellos de los que era responsable, sino que se mantenía a un lado, vigilante e independiente. Cuando Zannis trató de ponerle una correa, respondió tendiéndose en el suelo y negándose a moverse. De todos modos era una chica espléndida, y

provenía de una aldea de montaña donde esos perros eran muy apreciados. Zannis se consideraba afortunado por haber podido adquirir uno.

Se levantó cuando él apareció, emitió un ladrido débil a modo de saludo, y luego le frotaron sus lindas orejas y recibió un golpecito en el hocico y unas caricias en el cuello. Al otro lado del callejón, dos señoras ancianas sentadas en sillas —que siempre sacaban cuando hacía buen tiempo— asistían felices al espectáculo. Luego la subió a su piso. El estrecho edificio tenía dos plantas, y él ocupaba la segunda.

—Esta noche vamos a ver a la abuela —le dijo.

*Melissa* enderezó las orejas. La abuela de Zannis siempre tenía en su casa, en el antiguo barrio turco, junto a la muralla, los más suculentos menudillos las noches que *Melissa* acudía a cenar.

Pero las compras no se paraban ahí. Acompañada por la madre de Zannis y por el hermano de este, Ari, la abuela, recorría los mercados y volvía a casa con queso feta fresco y cremoso, rojas huevas de carpa, calamares o un pollo de piel amarilla —la mejor clase de pollos—, asegurándose de que le daban unas patas extra para la sopa. Sí, lo mimaban con exceso, le rogaban que se quedara, cosa que él a menudo hacía, y luego lo dejaban ir con dos camisas lavadas, blancas y perfectamente planchadas.

*17 de octubre.* Gracias a Dios la vida había vuelto a la normalidad. Llegaron unos pocos casos al despacho. En su mayoría no daban mucho que hacer. La esposa de un político había desaparecido; podrían investigarlo, probablemente para descubrir que había huido con su amante. Por lo demás, tranquilidad. Era extraño —con la mitad del continente ocupado por Alemania, y Gran Bretaña como única oposición a los nazis—, pero tranquilidad. En otro tiempo, Zannis recibía cartas de Laurette, desde París, pero ahora, con la ocupación, las cartas llegaban muy espaciadamente. Él las contestaba con cuidado, con mucho cuidado, porque las leería el censor alemán. Así Laurette sabía que estaba bien, que pensaba a menudo en ella y algo sobre el tiempo que hacía en Salónica.

La noche del día 17 se celebraba una fiesta en casa de un joven profesor de literatura, de la universidad, más amigo de Roxanne que suyo, pero le agradó acudir. Roxanne tenía un gran afán por asistir a fiestas. Zannis la acompañaba, sonreía, charlaba y miraba disimuladamente su reloj. Aquella fiesta en concreto no era algo nuevo —la clase alta bohemia de Salónica se reunía para beber, y para seducciones físicas y sociales—, pero al parecer aquella fiesta era una de las más importantes de aquel otoño, porque comparecería Elias, el rey de los poetas de la ciudad, con suficiente estatura y autoestima como para hacerse llamar solo por el nombre, quizá el de pila, quizá el apellido, quizá ninguno de los dos, acaso adoptado por su meliflua sonoridad. Quién sabe. Elias, ciertamente, parecía el rey de los poetas, con su barba de profeta, blanca como la nieve, y el cabello a lo Einstein.

—No tiene peine —se decía—. Se limita a desenroscar una bombilla y a meter el

dedo en el portalámparas.

Al descubrir a Zannis —con el que había coincidido varias veces— escondido en un rincón, Elias giró sobre sus talones y entrecerró los ojos, como un zoólogo que da con un animal interesante.

—Ah, Zannis, está usted aquí.

—Me alegro de verlo, Elias.

—¿Cómo le va la vida con los matones?

—Yo los evito.

—¿De veras? Yo también.

—¿Anda usted ocupado estos días?

—Sí. Quizá saque un nuevo libro el año que viene.

—Cuento con leerlo.

—¿Ha leído los otros?

—He regalado un par de ellos y conservo uno. *El amanecer...* hum...

—El amanecer de la diosa.

—Eso.

—Quizá no sea el mejor. Es una obra temprana.

—A mí me gustó aquel de la lechuza.

Elias permaneció pensativo un instante.

—¿«Noche en el campo»?

—Podría ser. No recuerdo exactamente.

—«Avanzada la noche, la cazadora despierta para cazar». ¿Es ese?

—Exacto. Ese.

—Zannis, no trata de una lechuza. Versa sobre... bien, sobre una mujer, una mujer a la que conocí.

«¿Conoció a una mujer que comía ratones?». —Elias, yo soy solo un policía.

No dijo «un simple policía», pero Elias lo entendió así, lo que significaba que Zannis había pulsado el botón adecuado, porque la palabra lo convirtió en un «trabajador» que, en algún brumoso futuro, sería un «elemento de la clase revolucionaria».

—Bien, quizá tenga usted razón —dijo Elias, y su voz no dejó de ser amable—, si lo toma literalmente.

Zannis tuvo la sensación de que Elias se disponía a escaparse, pero no estaba dispuesto a permitirselo.

—Dígame, Elias, ¿sube alguna vez a las montañas? ¿Va a ver a sus viejos amigos?

Se decía que Elias, y Zannis creía que era cierto, de joven había estado en las montañas y luchado al lado de los *kleftes*, los hombres de las aldeas de montaña que combatieron a los turcos y que unas veces eran pastores y otras bandidos, así como guerrilleros.

Elias cambió, y desapareció su petulancia de invitado de honor a la fiesta.

—No —respondió, apesadumbrado. Ahora era el Elias de una vida anterior—. No, no voy. No los veo. Subo, especialmente en primavera, porque es muy hermoso, pero para lo que usted dice, no. De eso hace mucho tiempo.

—Es verdad, hace muchos años. Pero pensaba que sus viejos amigos aún andaban por ahí. Los que sobrevivieron.

Elias dio el último sorbo a su vino.

—¿Me está preguntando como policía?

A Zannis no le preocupó la pregunta.

—No, en absoluto. Aquellos tiempos quedan lejos, y personas de mi familia hicieron lo mismo, contra los turcos. Era solo curiosidad, si realmente quiere saberlo. Me preguntaba si alguna vez había escrito sobre eso.

Elias negó con la cabeza.

—No, nunca. Hasta ahora, pero aunque aquello queda lejos, uno mantiene la fe... Cuando luchas junto a la gente, su vida está en tus manos y la tuya en las suyas. Eso está por encima de todo: de la familia, del amor, de todo. Ya sabe como se llaman a sí mismos: *adespotoi*. Los sin amo.

—Sí, conozco la palabra. Ellos no son los únicos.

—Bueno, tal vez no. Veremos.

—¿Veremos?

—La guerra.

—¿Cree usted que llegará hasta aquí?

—Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, sí, todos ellos, y habrá cobardía y valor. —Elias se detuvo por un momento, y luego dijo—: Por supuesto que espero equivocarme. La dominación turca ya fue bastante mala, créame, pero esa gente... —Bajó la vista a su vaso—. Me parece que voy a necesitar más de esto.

—Me complace que hayamos tenido ocasión de conversar —dijo Zannis.

Quizá Elias no estaba tan complacido. Su expresión revelaba una vaga inquietud, mientras hacía una inclinación de cabeza a modo de despedida y se alejaba para volver a llenar su vaso. Pero no por mucho rato. Cuando llegó al centro de la habitación exclamó:

—¡Helena! ¡Anhelo de mi corazón! ¿Dónde te habías escondido?

Llegaba gente, nadie se iba, cada vez hacía más calor en la habitación, la fiesta se volvía más ruidosa, alguien puso un disco de música *rebetika*, una mujer cerró los ojos y danzó sin mover los pies. Zannis charló con la esposa de un abogado, con un actor —«Es como Sófocles, pero en moderno»—, con el profesor anfitrión, con el agregado cultural de la embajada alemana en Atenas —«Nosotros somos apasionadamente helenófilos, ¿sabe? Sentimos una gran admiración por Grecia»— y estaba felizmente entretenido con una pintora cuando Roxanne apareció y se lo llevó.

—Tienes que conocer a alguien —dijo.

Un sujeto alto, apoyado en el marco de una puerta, sonrió expectante cuando Roxanne condujo a Zannis hacia él. Zannis advirtió inmediatamente que era inglés: un pelo color arena le caía sobre una hermosa frente, y unas arrugas propias del inicio de la madurez surcaban un rostro juvenil, lo que le hacía parecer un muchacho mayor.

—Te presento a Francis Escovil —dijo Roxanne. Pronunció el nombre como si se esperase que Zannis supiera quién era—. El autor de libros de viajes —añadió.

—¿Qué tal? —saludó Escovil, sonriendo mientras se estrechaban las manos.

Iba con el cuello de la camisa y otro botón más desabrochados, y llevaba, echada sobre los hombros, una vieja chaqueta de *tweed*. Bebía cerveza de la botella.

—Encantado de conocerlo —dijo Zannis en su inseguro inglés.

—Espero que tenga paciencia con mi griego —replicó Escovil, en el idioma de Zannis.

—Francis estudió clásicas en Cambridge —explicó Roxanne.

—Griego antiguo —se excusó Escovil—. Estoy tratando de aprender demótico. Discúlpeme si digo cosas raras.

—Todos decimos cosas raras. En todas las lenguas.

Escovil encontró divertido el comentario.

—Ya comprendo por qué le gusta usted a Roxanne.

—¿Está escribiendo sobre Salónica?

—Creo que lo haré. Lo procuraré.

Zannis estaba confuso.

—No ha venido aquí desde Gran Bretaña, ¿verdad?

Escovil se echó a reír.

—¡Vaya idea, en este momento! «A pesar de la guerra su teatral oscurecimiento del tono de voz equivalía a poner comillas, —salí en dirección a la vieja Salónica, ¡A bordo del alegre acorazado, humm, *Valorious!*!». No, no, cuando declaramos la guerra, en el treinta y nueve, yo estaba en Alejandría y encontré un empleo en el periódico local en inglés. Como trabajo no es gran cosa,— mal pagado, ¿sabe?—, pero, ocasionalmente, me permiten escribir algún artículo de viajes.

Con el rabillo del ojo, Zannis pudo ver que Roxanne poseía el brillo de una mujer cuyos dos atractivos amigos se llevan bien. Él asintió. «Ya entiendo», y luego dijo:

—Pero debe ser difícil encontrar lugares sobre los que escribir en plena guerra.

—Solo quedan los neutrales. «¡Sobre los cielos de la helada Suiza!». «¡Una visita a la soleada España!». Y a decir verdad, incluso es difícil llegar a esos países.

—Al menos queda Salónica. O cualquier sitio de Grecia o Turquía.

—Por eso estoy aquí. No para la vieja literatura de viajes, «fui allí y lo descubrí todo», sino, en estos tiempos, más para hacerse ilusiones, para recordar épocas mejores.

—¿Solo para los lectores de Alejandría?

—Oh, espero que los artículos aparezcan en algunos periódicos británicos. En el *Daily Express*, en cualquier caso; ahí siempre han publicado mis textos.

—Bien, si puedo serle útil... ¿Dónde se aloja?

—He tenido suerte. Roxanne me ayudó a encontrar un sitio en una aldea de pescadores, en la península. La forman casas blancas, callejones con peldaños de piedra, cipreses... Ya sabe.

—Pintoresco —dijo Roxanne en inglés.

—Dios mío, Roxy, no pronuncies esa palabra.

—Que significa... —intervino Zannis.

—Bonito. —Ahora ella estaba burlándose de Escovil. Y luego, dirigiéndose a Zannis—: Hermoso pero anticuado.

—Esas aldeas son hermosas —replicó Zannis—. Y se puede comprar un pescado riquísimo. A propósito, era sincero cuando dije lo de serle útil. Puesto que ya está instalado, parece que va a quedarse un tiempo.

—Quizá un mes; van a ser como unas vacaciones con trabajo. Y, francamente, estoy contento de haberme ido. Alejandría está imposible ahora: soldados y marineros por todas partes, y muchas de las familias de toda la vida se han ido al campo. —Hizo una pausa como para reflexionar y luego respondió a una pregunta que Zannis no había formulado—. Traté de alistarme en el treinta y nueve, pero... —Se dio unos golpecitos en el corazón, y luego sacudió la cabeza—. Resulta difícil creer que me rechazaran —he escalado montañas, corrido para atrapar trenes, montado en camello—, pero dicen que mi corazón no marcha bien.

«Mentiroso», pensó Zannis con una sonrisa comprensiva.

Roxanne apoyó una mano en el brazo de Escovil.

—Tú tienes un corazón perfecto, querido.

—Así lo creo. En todo caso, ahora estamos luchando contra los italianos en el desierto de Libia. Más o menos estamos empatados, pero si las cosas se ponen mal espero que reconsideren mi caso.

—Hasta entonces —dijo Zannis— espero que disfrute de su estancia en Salónica, señor Escovil.

—Por favor, llámeme Francis.

Era muy tarde, no faltaba mucho para que amaneciera en la hundida cama de Roxanne, en la pensión Bastasini. Cansado —del gentío— y aturdido —por el vino excesivo—, Zannis trató de dejar a Roxanne y regresar a su piso, pero ella insistió en que subiera a beber algo, y una cosa llevó a la otra. Las fiestas siempre la animaban, de modo que estaba voraz, y eso tenía un poderoso efecto sobre él. Lo cual condujo a su condición presente: contenta, felina y soñolienta, su húmedo centro contra el muslo de él mientras yacían de costado el uno frente a la otra. Intima, cálida. Él sabía que al rato ella se movería un poco y luego, otro poco más, de modo que Zannis se quedó mirando ociosamente la punta de su cigarrillo.

—¿De qué hablabais tú y Elias? —preguntó Roxanne.



—De nada en particular.

—Parecía algo más que una charla.

—Me habló de su juventud disipada.

—¿Juventud disipada? Toda la vida de ese viejo sátiro ha sido disipada.

—¿Ha tratado de hacerte el amor?

—Desde luego. Y a todas las mujeres que conoce.

—Bien, pues no era sobre eso. Luchó con las guerrillas, los *kleftes*, hace mucho tiempo, y hablamos de eso. Brevemente.

—Ahí hay poca disipación, desde el punto de vista griego.

«Oh, no, va a hablar de política». En lugar de responder, Zannis bostezó.

—No irás a dormirte, ¿verdad?

—Todavía no.

—¿Qué piensas de Francis?

—Un tipo agradable. Y un espía, claro está.

—¿Él? ¿Francis?

—Sí. ¿No te lo ha dicho?

—No. ¿Cómo lo sabes?

—La tontería esa de unas vacaciones con trabajo en medio de una guerra.

—Sí, realmente. —Lo estuvo pensando—. Es un espía británico.

—Llámalo como quieras, pero trabaja para uno de los servicios de inteligencia, y quizá desde hace tiempo. ¿De veras es un autor de libros de viajes?

—Oh, sí, y de los mejores. A la altura de Robert Byron, Leigh Fermor y Waugh. ¿Todos ellos son espías?

—Es posible. Lo más probable es que reclutaran a uno, a dos o a todos después del treinta y ocho, cuando estaba más claro que el agua para cualquiera, salvo para Chamberlain, que Gran Bretaña iba a tener que entrar en guerra.

—¿Vas a... no sé..., a vigilarle?

—Lo dudo. Los británicos son nuestros amigos. De hecho, los británicos son nuestros únicos amigos. No sé qué busca aquí, pero no creo que él, o debería decir ellos, se proponga perjudicarnos. —Cansado de la conversación, bajó la cabeza y le frotó un pezón con los labios—. En cualquier caso, tú eres británica y eres mi amiga.

Ella no respondió.

En lugar de eso, se echó voluptuosamente sobre él e inició cierto movimiento por abajo. Recorrió con la mano el brazo de Zannis y lo presionó contra su espalda, atrayéndolo y volviendo a cogerle el muslo entre sus piernas. Pronunció un apenas audible «Mmm», y de nuevo se movió, deslizándose.

27 de octubre. Avanzada la tarde hubo una llamada de un inspector. Uno de los ciudadanos más eminentes de la ciudad, un banquero, llevaba tres días sin aparecer por su banco. Su segundo en la dirección le había telefonado sin obtener respuesta,

luego acudió a su casa y llamó a la puerta. Otra vez sin respuesta. De regreso en el banco, se descubrió que faltaba una elevada cantidad de dinero: billetes grandes de dracmas, francos suizos y libras británicas.

Zannis conocía al inspector, que era joven para el cargo, con ambición y vanidad de sobra, con un bigotito pretencioso y un perenne sombrero beige muy caro. Fue a buscar a Zannis al despacho y lo condujo al barrio más lujoso, donde, frente a una espléndida villa —pórtico, columnas—, aguardaba un cerrajero.

—Pensé que era mejor llamarlo —dijo el inspector.

No era un barrio en el que uno abriría las puertas a puntapiés. Probablemente tampoco lo hubieran conseguido. La villa, construida por algún bey turco en el cambio de siglo, era muy sólida y segura.

También el interior era de lo mejor: oscura, silenciosa, perfectamente mantenida y, como le dictó a Zannis su olfato, no albergaba ningún cadáver. «Gracias a Dios». Solo una nota para las criadas, en la cocina. Había dos mil dracmas para cada una —mucho dinero, casi doscientos dólares—, gracias por ser tan buenas chicas, volveremos a vernos algún día. El dinero había desaparecido, la casa estaba limpia y el mobiliario, cubierto con sábanas.

Inspeccionaron las habitaciones y encontraron baúles, pero no equipaje de mano.

—¿Tiene alguna teoría, señor? —preguntó el inspector—. ¿Quizá ha estado robando durante años?

—Todo es posible —dijo Zannis.

Pero él sabía más; sabía lo que significaba, y cuanto más pensaba en ello, más claro lo tenía. De repente no se encontró tan bien; sintió una opresión en el pecho. Se dirigió al armario de la cocina, encontró un vaso, lo llenó de agua fría y bebió la mayor parte. Luego encendió un cigarrillo. El inspector fue al salón y regresó con un cenicero.

Cuando terminó el cigarrillo, prosiguieron la inspección. No había pasaportes, ni libretas de ahorros; una pelota de goma para perros con un cascabel dentro, pero ni perro ni correa. Sobre un escritorio, fotografías de familia y tres marcos vacíos. En el tocador de la esposa, pañuelos caros pero ninguna prenda de ropa interior. Vestidos de moda en el armario y tres perchas vacías.

—Muy bonitas —dijo el investigador—. Perchas guateadas.

Una agenda en el cajón del escritorio. Páginas cortadas, no arrancadas, desde el 15 de octubre hasta el 5 de noviembre.

—Han sido cuidadosos —observó Zannis—. Probablemente ya tenía reservas de barco o de hoteles.

—Sospecho que tiene razón, señor. Sencillamente se han marchado. Han abandonado la ciudad. Debido al dinero que falta.

—No. Creo que cuando veamos sus cuentas encontraremos que las vaciaron el día antes de su marcha. Pero hasta ese día, todo normal. Este banquero decidió sacar a su familia de Europa ahora, antes de que ocurra algo más. Y supuso que ese dinero

desaparecería. Así pues, ¿por qué no cogerlo? Cuanto más dinero tiene uno, más facilidades para huir.

—¿Adónde cree que han ido?

—Yo diría que los encontraremos en la lista de pasajeros de algún barco en algún puerto griego; quizá no aquí, sino en Atenas. En cuanto adonde fueron, cualquiera sabe. ¿Argentina? ¿Estados Unidos? ¿México?

—A cualquier sitio a salvo de los cañonazos. ¿Se siente mejor, señor?

—Sí, gracias.

—Quizá le convenga un día libre. —Y luego—: ¿Qué habrá sido del perro?

—Con las criadas. Podríamos buscar un coche, pero si lo dejaron aparcado en algún puerto, es probable que a estas horas lo hayan robado.

El investigador empezó a apagar las luces.

—Haré constar en el informe que se trata de un desfalco. Y pediré una orden de búsqueda.

—No se puede hacer mucho más —dijo Zannis.

Cerraron con llave la casa y se encaminaron al coche del inspector. «Este banquero sabía lo que se avecina», pensó Zannis. Conocía a alguien que conocía a alguien, y le dijeron: «Vete mientras puedas». Y quizá él, ella o quienquiera que fuese, un ser anónimo, no andaba equivocado. «Basta —se dijo Zannis—. Olvídalo, al menos por hoy».

Pero aquello no lo olvidó a él, y no acabó aquel día. Porque, cuando regresó al despacho, Sibylla le dijo que la telefonista de un hotel de Basilea estaba tratando de localizarlo.

Así que Zannis no pudo irse a casa. Esperó en el despacho, Sibylla se fue a las cinco y media y Saltiel, una hora más tarde. El teléfono no sonó hasta pasadas las nueve. En el otro extremo de la línea, «¡Oiga! ¡Oiga!». La conexión era mala, cargada de crepitaciones e interferencias, y la voz de la mujer llegaba débil. Zannis se tapó el otro oído con la mano y dijo:

—¿Sí? ¿Puede oírme?

—Aquí la telefonista del Hotel Mont Blanc, señor. He mandado a un botones en busca de la persona que lo llama. Por favor, no se retire.

—De acuerdo.

Tres minutos más tarde, otra voz distante.

—¡Oiga! ¿Herr Zannis?

La mujer casi gritaba.

—Sí.

—Soy Emilia Krebs.

—Hola. ¿Está usted bien?

—Estoy en Basilea. He venido para llamarlo.

—Oh.

—Es sobre dos hermanas. Se llaman Rosenblum.

—¿Quiénes?

—Dos hermanas, cuarentonas. Eran bibliotecarias en Berlín. Han...

La línea quedó muerta. Zannis dijo:

—¡Oiga! ¡Oiga!

Volvieron las interferencias.

—... a Salónica. ¡Oiga!

—La oigo. Sí, estoy aquí. ¿Qué decía?

—Les di el nombre de usted.

—¿Eso hizo? Ya entiendo.

—¿Han llamado?

Su voz era tensa, apenas la controlaba.

—No, lo siento, no...

De nuevo la línea quedó muerta, y esta vez permaneció así. Zannis no estaba seguro de qué hacer. ¿Esperar a que se reanudara la conexión? ¿O colgar para que la telefonista pudiera efectuar una nueva llamada? Miró el reloj, dejó pasar dos minutos y luego devolvió el receptor a la horquilla. ¿Qué había hecho Emilia? Estaba claro que había enviado a Salónica a unas fugitivas, a dos judías de Berlín. Él debía ayudarlas. «Al menos Emilia pudo haber preguntado». Pero Zannis pensó que tal vez le fue imposible. Permaneció allí sentado, pensando, mirando por la ventana una farola de la Vía Egnatia. Luego sonó el teléfono y él descolgó.

—Aquí la telefonista del Hotel Mont Blanc. Se reanuda su llamada; un mo...

Las interferencias habían empeorado con la nueva conexión. Emilia Krebs gritó:

—¿Hola? ¿Herr Zannis?

—Escúcheme. —La voz de Zannis era fuerte, su tono de urgencia, y habló rápidamente—. No sé quiénes son esas personas, no han establecido contacto conmigo, pero si lo hacen le enviaré a usted una tarjeta postal. No diré nada especial. Simplemente, un saludo desde el extranjero.

—Eso significará que han llegado sin novedad.

—Así será. Si quiere usted escribirme, compre tabletas de Panadon, la aspirina. ¿Las tienen en Berlín? —Sí.

—Disuélvalas en agua fría y escriba con una pluma mojada en esa agua entre las líneas de una carta. Si recibe una carta de Grecia, pláncchela, sin excesivo calor, y aparecerá la escritura.

—¿Cómo ha...?

De nuevo la línea quedó muerta. Volvió a funcionar al cabo de unos segundos, Zannis dijo «¿Hola?» y empezó a hablar, pero tras un clic se produjo una nueva conexión. Ahora la voz de una mujer, alguna operadora en algún país, habló en tono airado en una lengua que Zannis no pudo identificar. Luego, otro clic y la comunicación se cortó. Esperó en el despacho hasta las diez y media, mirando el

teléfono, pero el aparato permaneció en silencio.

Nunca sabría de las hermanas, estaba casi seguro. Evidentemente habían salido de Berlín unos días antes, tratando de llegar a Salónica, donde Zannis podría ayudarlas a que viajaran a Turquía, a Palestina o a dondequiera que pudieran colarse. Colarse o sobornar para tener el paso expedito, porque los fugitivos judíos no eran bien recibidos en ningún lugar del mundo. En ninguno. Y ahora, a pesar de contar en Berlín con una amiga hábil y decidida, las hermanas habían desaparecido. Bien, últimamente eso les ocurría a ciertas personas. Y nunca se volvía a saber de ellas.

De nuevo en su piso, Zannis no pudo dormir. Estaba agotado. Había esperado morir para el mundo en el instante en que apoyara la cabeza en la almohada. Pero se equivocó. Se movía y daba vueltas, con la mente disparada. ¿Qué le había ocurrido en la villa del banquero, aquella opresión en el pecho? Siempre había gozado de buena salud, tenía que estar sano, no podía ser de otro modo. Y ahora ¿qué? Tal vez eran solo nervios, o tal vez algo peor. Pero aquello lo había afectado, tenía que admitirlo: la invasión era inminente. Aquel banquero se ajustaba a cierto tipo de hombre, un tipo que Zannis conocía bien. Tenía amigos que sabían cosas, y no se puede planear una invasión —movilizar soldados, suministrar munición al Ejército, almacenar material sanitario y todo lo demás— sin que haya gente que lo averigüe. Así que el banquero huyó, y huyó a toda prisa. Agarró todo el dinero que pudo y echó a correr. *Sauve qui peut!* ¡Sálvese el que pueda! Escribe una nota a las criadas, haz algo con el perro, cierra la casa y vete. Pobre perro. Los perros eran muy estimados en Grecia: amigos fieles, guardianes sin miedo. «Estoy seguro de haber tenido razón en lo del perro», pensó Zannis, dando la vuelta a la almohada. Las criadas, las «buenas chicas», cuidarían de él.

Sí, los perros guardianes fieles.

Así, fue *Melissa* la que lo averiguó, la que lo sintió antes que él. Zannis debía dormitar porque, inmediatamente antes del amanecer, ella gruñó; emitió una especie de gruñido apagado y pensativo: «¿qué es esto?». Y Zannis se espabiló.

—*Melissa*, ¿qué ocurre?

Se quedó parada frente a la ventana, porque había algo allá fuera, volvió la cabeza hacia Zannis mientras él se liberaba de la enmarañada ropa de cama. Comprobó que lo que había atraído la atención de *Melissa* eran unas voces que provenían de abajo, del callejón de Santaroza. Voces agitadas y temerosas. Alguien, al otro lado de la calle, tenía una ventana abierta y una radio conectada. No se trataba de música. Zannis no podía distinguir las palabras, pero sí oír el tono de voz, grave y adusto.

Abrió la ventana. Una de las señoras que se sentaban a tomar el fresco los días soleados se hallaba de pie en la calle, con el chal negro sobre la cabeza y los hombros, gesticulando mientras hablaba con una vecina.

Zannis se asomó a la ventana, la llamó por su nombre y preguntó:

—¿Qué está pasando?  
Ella levantó la vista hacia él y dijo:  
—Los italianos. Nos han invadido.

Pobre Mussolini.

Valiente cerdo engreído. Pero, tal como él lo veía, un hombre que no podía desdeñarse. Y sin duda había sido desdeñado. Lo habían dejado allí, chillando consignas desde el balcón y agitando en el aire su puño regordete, mientras ese taimado de Hitler conquistaba el mundo. Tomó Austria, Checoslovaquia, Polonia, Francia, Bélgica, Holanda, Noruega y Dinamarca. ¡Eso era un imperio!

¿Y Mussolini? ¿Y su nuevo Imperio Romano? ¿Qué gloria había cosechado? No mucha. Ocupó Albania, públicamente despreciada como «un puñado de pedruscos». Y Etiopía. ¿Cómo llamar a eso? ¿Un puñado de barro? Y Libia, ¿un puñado de arena? Ah, sí, no se olvide que cuando Hitler invadió Francia, Mussolini se apresuró diez días después y tomó... ¡Niza! Así que ahora el portero del Hotel Negresco tendría que inclinarse ante el poderío de Roma.

¡Ja, ja!

Eso decía el mundo. Pero lo peor que puede uno hacer con un dictador es reírse de él, porque ese desdén hacía enloquecer a Mussolini. Bien, había hecho una exhibición ante el mundo y había tomado Grecia. Qué, ¿siguen las risas? No le dijo nada a Hitler, no le pidió permiso. Se limitó a tirar adelante y hacerlo. Y cuando Hitler se enteró de la noticia, al amanecer del 28 de octubre, se cuenta que tuvo un ataque de rabia. Se sabía que era un *teppichfresser*, un mordedor de alfombras, así que probablemente, una vez solo, se puso de rodillas y se dedicó a dar buenos bocados a su alfombra favorita.

Zannis conoció los detalles de camino al trabajo, por los titulares de los periódicos en los quioscos, por el periódico que compró —y que iba leyendo mientras andaba— y por los comentarios de la gente en la calle. Grecia estaba en guerra y todos hablaban con todos: aquel día no había extraños. Y menos que nadie lo eran los soldados, los reservistas movilizados, cientos de ellos, muchos acompañados de sus mujeres y sus niños para que pudieran decirles adiós en la estación. Y aquella mañana nadie, en ningún lugar, se lo impidió.

—Ten cuidado, hijo.

—¡Recuerda mantener la cabeza baja!

—Arréales una buena patada en el culo de mi parte, ¡no te olvides!

—¿No necesitarás un poco de dinero extra? ¿Unas pocas dracmas?

—Toma un cigarrillo. Ya veo que estás fumando, pero tómalo de todas maneras, para más tarde.

Eso era lo que llegaba hasta Zannis, que miraba por encima de su periódico. Podía muy bien unirse a ellos, pensó, antes de que acabara el día. En 1934, cuando se convirtió en inspector, fue automáticamente asignado a la unidad de reserva del Estado Mayor General en Salónica. Si Grecia entraba en guerra, el Ejército podía movilizar a tantos oficiales en la reserva como precisara porque, en un país pequeño, todo varón menor de sesenta años debía estar disponible para el servicio.

Según el periódico, se había celebrado en Atenas una gran cena la noche anterior. El embajador italiano, el conde Grazzi, invitó a las personalidades helenas más importantes, incluido el general Metaxas. Sentados bajo las banderas cruzadas de Italia y Grecia, los invitados brindaron «por nuestra amistad eterna con Grecia». El propio conde Grazzi se puso de pie y propuso el brindis. Luego, todos se fueron a casa. Pero a las tres de la madrugada, Grazzi se hizo conducir al domicilio del general Metaxas, quien salió a la puerta en batín. Grazzi presentó un ultimátum: permita que nuestro ejército penetre en su país y ocupe las ciudades. La respuesta de Metaxas no fue complicada: podía verse en lo alto de las portadas de todos los periódicos.

—No.

Cuando Zannis abrió la puerta del despacho, vio que Sibylla estaba haciendo punto. Trabajaba enfebrada, moviendo las manos rápidamente, entrechocando las agujas y con un ovillo de lana gris en el regazo.

—¡Imagine! Aún no eran las siete y media cuando he ido a la tienda, y habían vendido toda la lana de color caqui. ¡Habían abierto a las seis y media!

—¿Y eso qué será?

—Un suéter. Puede elegirse entre suéter o calcetines, pero como se me da bien, he decidido hacer suéteres.

Por todo el país las mujeres hacían prendas de abrigo para los muchachos griegos que combatirían en las frías montañas. Era un país pobre, de menos de ocho millones de habitantes, y tenían que improvisar. Así que los dedos de Sibylla volaban, y cuando sonaba el teléfono sujetaba el receptor entre la barbilla y el hombro, y nunca perdía una puntada. Lo cual daba lugar, pensó Zannis, a una yuxtaposición más bien curiosa: «¿Y a qué hora ha dicho que fue asesinado?». Clic, clic.

Zannis trató de telefonar a Vangelis, pero la línea estaba ocupada, de modo que levantó la vista hacia Saltiel y dijo:

—¿Y tú, Gabi? ¿Te marchas hoy?

—Soy demasiado viejo para combatir. De momento, debo sustituir a un conductor de ambulancia que se dirige a la frontera con el cuerpo de sanidad. Así que tengo que recorrer la ciudad por la noche con una sirena. Eso es lo que hay.

—¿Y por el día?

—Estaré aquí. ¿Y tú qué?

—Espero órdenes —respondió Zannis—. Estoy destinado en un grupo de reserva, en una unidad de comunicaciones, y soy el enlace con un oficial del cuartel general yugoslavo. Realmente no estoy seguro de lo que eso significa, pero supongo que lo

averiguaré.

Avanzada la mañana, consiguió hablar con Vangelis.

—Estoy a la espera —explicó Zannis— de una llamada o de un telegrama. Pero podría recibir la orden de presentarme. Quizá hoy mismo o mañana.

—¿Ha pensado qué podría hacer si ocuparan la ciudad?

—No, pero supongo que debería.

—No quisiéramos que se hicieran con los archivos. Si hay ocupación, usted tendrá que cargar con esa responsabilidad. Recuerde tan solo que si decide trabajar en la clandestinidad debe ser cuidadoso con su libreta de direcciones. Por si acaso. — Hizo una pausa y añadió—: De momento, ¿quién llevará el despacho?

—Saltiel y Sibylla. Trabajan bien.

Vangelis no respondió inmediatamente, que era su manera de decir que aquello no era cierto.

—No estoy seguro de lo que nos aguarda, Costa, pero puedo necesitar que vuelva. Habrá que ver cómo marchan las cosas.

—Podemos darles una sorpresa.

—Sí, creo que lo haremos. Si no se agotan las municiones.

A media tarde hubo una llamada telefónica para Zannis. No del Estado Mayor General, sino de Roxanne. Su voz sonó vibrante, casi desesperada. Eso era algo nuevo: se había comportado con frialdad y compostura desde el primer día que la conoció.

—No quería llamarte, pero no sabía qué hacer.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que ir al aeropuerto, pero no hay manera de encontrar un taxi en toda la ciudad, y los amigos que tienen coche no contestan al teléfono o están llevando a alguien a Atenas o... ¡lo que sea!

—Roxanne...

—¿Qué?

—Que te calmes.

—Lo siento, acabo de...

—No tiene sentido ir al aeropuerto; todos los vuelos comerciales han sido cancelados. Estamos en guerra... Los militares lo han ocupado. Ahora, dime dónde necesitas ir y veré qué puedo hacer.

—Necesito ir al aeropuerto. Por favor.

—¿Nos vamos a pelear por eso? ¿Crees que no te he dicho la verdad?

—Costa, ¿puedes pedir prestado un coche? ¿O conseguir uno de la policía?

Al cabo de un momento, Zannis preguntó en un tono diferente de voz:

—¿De qué se trata?

—De un favor. Nunca te he pedido un favor, nunca, pero te lo pido ahora. Y parte



del favor consiste en que no trates de que te lo explique por teléfono, porque tengo que estar allí cuanto antes.

—Espera. —Se volvió a Saltiel y le dijo—: Gabi, ¿puedo usar tu coche durante una hora?

Saltiel se lo quedó mirando. «Yo no le permito a nadie conducir mi coche». — Bien, imagino que puedes, si lo necesitas.

Estaba claro que aquello no lo hacía feliz.

—¿Oyes eso? —preguntó Zannis, hablando por teléfono.

—Sí.

—Te recogeré dentro de diez minutos.

El traslado al aeropuerto, a unos quince kilómetros al este de la ciudad, fue penoso. Convoyes de camiones militares se dirigían al oeste, camino de las carreteras que conducían a la frontera albanesa. Y dado que era el primer día de la guerra, los convoyes militares no veían razón, en aras del interés nacional, para no invadir el carril contrario. De tal modo que en una ocasión Zannis tuvo que hacer un viraje brusco y salirse de la carretera, con lo que el Skoda acabó dando tumbos en un pedregal. Apretando los dientes, esperó que un neumático se reventara o que se rompiera la ballesta, pero eso sucedió, una y otra vez, solo en su imaginación. Pero aun así la cosa fue bastante mal.

Mientras tanto, Roxanne rompía ocasionalmente su pétreo silencio con juramentos en inglés, maldito esto, maldito aquello, que soltaba entre dientes cada vez que los camiones les venían de frente. Por último, respondiendo a una pregunta no formulada, dijo:

—Puesto que has de saberlo, se trata solo de unos amigos que quieren sacarme de aquí.

—Tienen que ser unos amigos poderosos si tienen aviones.

—Sí, son unos amigos poderosos. Sé que tú los tienes. Bueno, pues yo también.

—En ese caso, me alegro por ti.

—Maldita... —y murmuró una sílaba.

—¿Qué?

—No hagas caso. Limítate a conducir.

Al tomar una curva, se hallaron de pronto frente a un par de camiones cisterna, uno al lado del otro, haciendo sonar los cláxones. Zannis dio un volantazo, la parte trasera derrapó y fueron a parar de lado a un campo. El motor se caló. Zannis accionó el encendido, el Skoda tosió y se puso en marcha. Pero el Ejército no estaba de su parte. Inmediatamente antes de alcanzar el aeropuerto, un largo convoy llegó a toda velocidad por su derecha, y esta vez estuvieron a punto de no contarlos. El coche se fue a un lado de la carretera y las piedras golpearon el parabrisas. Los soldados hicieron gestos de saludo. Roxanne juró, y Zannis echaba chispas.

El aeropuerto estaba desierto. La Real Fuerza Aérea Helénica —alrededor de un centenar de aviones: unos pocos PZL P.24, cazas de fabricación polaca, y algunos otros modelos sencillos que habían podido adquirir con los años— operaban desde bases situadas al oeste. Un cartel en la puerta del edificio de la terminal anunciaba: cancelados todos los vuelos, y los únicos signos de vida se reducían a un grupito de soldados de guardia y una dotación reunida junto a su cañón antiaéreo. Habían encendido una hoguera y asaban un pollo pinchado en una bayoneta.

Roxanne llevaba solo una maletita. Zannis se ofreció a llevársela, pero ella no se lo permitió. Luego recorrieron el edificio de la terminal, y allí, aparcado en un campo cubierto de hierbajos, junto a la única pista pavimentada, había un pequeño monoplano, un Lysander con una escarapela de la RAF en el fuselaje. El piloto, sentado en el suelo, recostado en la rueda, fumaba un cigarrillo y leía un cómic del Pato Donald. Se puso en pie cuando los vio acercarse y arrojó el cigarrillo. Muy bajo de estatura, a Zannis no le pareció que tuviera más de diecisiete años.

—Lo siento, me he retrasado —dijo Roxanne.

El piloto observó la creciente oscuridad y se acercó a la cabina del observador, inmediatamente detrás de la del piloto: ambas eran abiertas.

—Está oscureciendo —recordó el piloto—. Sería mejor que nos fuéramos.

Roxanne se volvió hacia Zannis.

—Gracias.

Él se la quedó mirando y, finalmente, le preguntó:

—Te vas a Inglaterra, ¿verdad?

—No, solo a Alejandría. Es muy posible que regrese. Se trata de una simple precaución.

—Claro, lo comprendo. —Su voz era inexpresiva y apagada porque estaba desconsolado—. Ahora —añadió— comprendo.

«¿Y cómo pude haber sido tan torpe como para no haberlo visto?». El gobierno británico no mandaba Lysanders para rescatar a propietarias expatriadas de escuelas de ballet. Los mandaban para rescatar a espías del servicio secreto.

Los ojos de ella destellaron. Se le acercó y habló con intensidad pero discretamente, para que el piloto no la oyera:

—No tenía que ver contigo. No tenía que ver contigo.

—No, claro que no.

De pronto lo agarró por la camisa, por debajo del cuello, y lo zarandeó. Sus nudillos eran agudos cuando los presionó contra su pecho. Lo sorprendió su fuerza, y su violencia le chocó: aquella mano, en el pasado, había sido muy amable con él.

—No tenía que ver contigo.

Los ojos de Roxanne permanecían secos, pero él pudo advertir que estaba al borde de las lágrimas. Nunca la había visto así. Y luego comprendió que la mano que le aferraba la camisa no lo hacía con ira, sino que trataba furiosa y casi

inconscientemente de sujetar algo perdido.

El piloto carraspeó.

—Se hace de noche —dijo. Entrelazó los dedos, formando un cuenco con las manos, hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cabina del observador y añadió —: Vámonos, guapa.

Zannis recorrió con Roxanne los pocos pasos que los separaban del avión. Ella se volvió a mirarle y luego apoyó el pie en las manos que la esperaban, y fue impulsada hacia arriba. Resbaló por un momento, se le levantó la falda y mostró la parte posterior de sus muslos. Luego, movió las piernas para introducir las en la cabina. El piloto sonrió a Zannis; una sonrisa infantil que lo hizo parecer incluso menor de los diecisiete, y dijo:

—No se preocupe, colega, soy bueno en esto.

Alcanzó a Roxanne su maleta, saltó apoyándose en el carenado de la rueda y se encaramó a la cabina del piloto. Al cabo de un momento, el motor cobró vida y rugió, y la hélice empezó a girar. Zannis observó cómo el Lysander rodaba por la pista, luego se elevó y viró al sur, hacia el Egeo, en dirección a Egipto.

De regreso en el despacho, encontró una hoja amarilla de teletipo encima de su escritorio. De Lazareff, en Sofía.

COSTA: HACEDNOS A TODOS UN FAVOR Y MANDAD A ESOS CABRONES DE VUELTA POR DONDE HAN VENIDO.

El mensaje estaba en búlgaro, pero Zannis se había criado en Salónica, «una ciudad donde hasta los limpiabotas hablan siete idiomas», por lo que fue capaz de traducirlo. En una situación normal, hubiera celebrado el gesto de Lazareff, pero ahora se limitó a quedarse sentado, con un humor sombrío y melancólico, mirando la pared.

Después de reflexionar sobre el tiempo que habían pasado juntos, llegó a la conclusión de que Roxanne no lo había engañado, que él no había sido el objetivo de una operación del espionaje británico. No podía recordar una sola vez que ella le hubiera preguntado algo que pudiera relacionarse con el tipo de información que buscarían los espías. Así que, en efecto, aquello no tenía que ver con él. Había mantenido una relación amorosa con una mujer enviada a Salónica por los servicios secretos británicos. Luego estalló la guerra, era más que posible una ocupación por una fuerza del Eje, y ellos la habían sacado de allí. O quizá, simplemente, contaba con amigos bien situados, amigos con poder para organizar el vuelo de un Lysander de la RAF a Grecia. No, en realidad ella lo confesó. «No tenía que ver contigo». Tenía que ver con alguien más. Los alemanes, los italianos, el cónsul de la Francia de Vichy. Había muchas posibilidades.

¿Debería decírselo a alguien? ¿Qué le diría exactamente? ¿Y a quién? ¿A Spiraki? Nunca. ¿A Vangelis? ¿Por qué? Su trabajo implicaba discreción, mantener las cosas en calma. Bien, se lo diría. ¿Y si ella regresaba? Podría ser más fácil si no volvía. Si lo hacía tendrían que alcanzar algún tipo de entendimiento. ¿O hacer como que no había pasado nada? Meneó la cabeza. «Esta guerra... hay que ver lo que hace». La verdad era que ya echaba de menos a Roxanne. Quizá no estaban enamorados, pero habían sido amantes apasionados; ella había sido para él un lugar cálido en un mundo frío. Y ahora tenía que ir al norte y matar italianos, quizá fuera él quien no regresara.

Sonó el teléfono y Saltiel contestó. Dijo «ya» y «muy bien» varias veces, tomó notas y colgó.

—¿Quién era? —preguntó Zannis.

—El secretario del alcalde. —Se alisó el cabello hacia atrás con una mano y suspiró—. A veces no sé si reír o llorar.

Sibylla levantó la vista de su suéter.

—Parece que el alcalde tiene una sobrina, su sobrina favorita, recién casada. Vive junto a la calle de la Reina Olga.

—Ya sé quién es —dijo Zannis—. Es una chica muy guapa.

—Bien, quizá la haya trastornado la guerra, quizá, no sé, otra cosa. En cualquier caso, esta tarde fue a dar de comer a su pájaro, un periquito, se dejó abierta la puerta de la jaula y él echó a volar.

Zannis aguardó un momento y luego preguntó:

—¿Y ya está?

—Sí.

Sibylla apartó la mirada y, mientras empezaba a darle a las agujas, emitió un ruidito: no era una carcajada sino un bufido.

—¿Es eso verdad? ¿No lo estás diciendo para hacer una gracia?

—No. Es la verdad.

Ahora fue Zannis quien resopló.

—Bien, imagino que deberás llamarla. Y decirle... ¿qué? ¿Que ponga un anuncio en el periódico? No podemos salir en su busca.

—Aconséjale que deje la ventana abierta —dijo Sibylla— y también la puerta de la jaula, y que ponga dentro algo de comer.

Saltiel hizo la llamada, con voz tranquilizadora y compasiva, estuvo conversando un buen rato. Diez minutos después el teléfono sonó de nuevo y esta vez era el Estado Mayor General.

20:35. Empezó a llover suavemente, no un aguacero, lo justo para hacer brillar el pavimento bajo las farolas. Pero eso significaba que estaría nevando en las montañas. Zannis esperaba en la esquina de la Vía Egnatia, junto al callejón de Santarozza, con un petate colgando del hombro. El vardari, el viento que soplaba procedente del valle

del Vardar, cortaba como una navaja, y Zannis se apartó, se puso de cara al puerto y observó cómo el faro iluminaba las nubes sobre el mar. Al cabo de un momento descargaron un trueno y resonó en la lejanía, hacia el sur.

Había mantenido una actividad intensa desde que dejó el despacho. Tomó un taxi para regresar al callejón de Santarozza, cogió algo de ropa interior, calcetines y un suéter, luego sacó su vieja pistola de inspector, la misma versión de la Walther PPK que tenía Saltiel, y una caja de munición. Luego se puso su uniforme de reservista, parecido al que llevaban los oficiales británicos, con un correaje Sam Browne terciado. Buscó y acabó por encontrar en una maleta su gorra de oficial y, con *Melissa* a su lado, salió corriendo en busca de otro taxi.

Una vez en casa de su madre, en la parte alta, su talante era tranquilo y decidido: había aceptado su destino. Cubrieron de mimos a *Melissa*, le dieron de comer, dispusieron su cuenco con agua y su manta, y entregaron a Zannis un paquete envuelto en periódico —trozos de cordero asado en pan de pita— que él guardó en su petate, encima de la pistola y de la ropa interior. Por alguna razón, esto trajo a su memoria una escena de Homero, un desdibujado recuerdo de la escuela, en la que uno de los héroes se dispone a ir a la guerra. Probablemente, pensó Zannis, tenía que ver con el cordero y la pita, aunque eso no encajaba en la historia. Una vez que hubo asegurado el cierre del petate, su hermano, su madre y su abuela lo abrazaron; luego su abuela le puso una medalla ortodoxa en la mano.

—Le salvó la vida a tu abuelo —dijo—. Consévala siempre. ¿Me lo prometes, Constantino?

Se lo prometió. *Melissa* se sentó junto a él, mientras Zannis se despedía, y le lamió una oreja. La perra se daba cuenta de lo que ocurría.

En la esquina, Zannis miró su reloj y arrastró los pies. «Bien —pensó—, si tienes que ir a la guerra también tendrás que despedirte de Vía Egnatia». Era una calle antigua, abierta en el siglo II a. C. como calzada militar para el Imperio Romano. Empezaba como la Vía Apia, en Roma, llegaba hasta Brindisi, donde salvaba el Adriático hasta la albanesa Durrës, y allí la calzada tomaba el nombre de Vía Egnatia. Discurría hasta Salónica y continuaba hacia el este, para alcanzar Bizancio-Constantinopla. De modo que unía las dos mitades del Imperio Bizantino, la católica romana e itálica al oeste, y la ortodoxa y griega al este. Mil seiscientos años de calzada, hasta que los turcos ganaron una guerra.

Zannis encendió un cigarrillo, volvió a mirar el reloj y luego vio un par de faros acercarse a él por la calle. Un coche del Estado Mayor, de fabricación francesa, viejo y cuadrado, una reliquia, con un banderín blanquiazul tremolando en la antena. Cuando el coche se detuvo ante él, un capitán, que ocupaba el asiento del pasajero, abrió la portezuela posterior desde dentro.

—Teniente Zannis... —dijo.

Zannis saludó y montó. Otros dos hombres acomodados en el asiento trasero se movieron para dejarle sitio. El vehículo estaba lleno de humo, y la lluvia goteaba por un rasgón de la capota.

El conductor tuvo que emplearse a fondo para circular por las oscuras carreteras de montaña, con el limpiaparabrisas barriendo el cristal. Dijo ser empleado de la compañía de teléfonos en Salónica, como supervisor de mantenimiento, «pero pasé años trabajando en las líneas, en subcentrales y en todo el sistema». Los otros dos hombres se limitaron a dar sus nombres y, todavía civiles, le estrecharon la mano, aunque ellos eran sargentos y Zannis, que había sido destinado a una unidad de reservistas, era teniente. El capitán era un verdadero capitán, en servicio activo, de aspecto muy elegante con su uniforme, su bigotito y sus gafas.

—Estoy destinado en comunicaciones —explicó—, comunicaciones de todas clases. —Y no dijo más.

Durante un rato las carreteras de montaña permanecieron desiertas, pero luego, al ascender por un tramo empinado que giraba bruscamente a la derecha, se encontraron detrás de un camión militar. Los faros revelaron la presencia de soldados con fusiles entre las rodillas, sentados en dos bancos dispuestos a lo largo de la caja del camión. Uno de ellos agitó el brazo a modo de saludo.

—*Evzones* —dijo el capitán.

Tiradores de primera. Sus uniformes de gala —faldellín blanco y gorro con borla— derivaban de los *kleftes* que lucharon contra los turcos. Una vez que cambiaban los uniformes de gala por los tradicionales de campaña, los *evzones* eran las unidades de combate de élite del Ejército.

—No creo —añadió el capitán— que los italianos se pongan contentos cuando los vean llegar.

—Yo fui uno de ellos —dijo el hombre que estaba junto a Zannis. En la cuarentena avanzada, había servido en el Ejército como radiotelegrafista—. Pero fue hace años. Ahora trabajo en una farmacia.

La curva de la carretera parecía continuar indefinidamente, con paredes de piedra a pico alzándose sobre ellos, con su silueta recortada en el cielo nocturno. Cuando por fin la carretera se hizo recta, el conductor se pasó al carril izquierdo y trató de rebasar el lento camión. Metro a metro, el automóvil ganaba terreno.

—¿Podemos hacer esto? —preguntó el capitán.

—*Skata* —dijo el conductor—. Si piso más el acelerador, el pie me va a llegar al suelo.

Cuando llegaron a la altura de la cabina del camión, su conductor bajó el cristal de la ventanilla, se volvió y les sonrió, sacó la mano y les indicó que pasaran con cómica impaciencia: más aprisa, más aprisa. Zannis observaba el horizonte en busca de faros que avanzaran hacia ellos, pero no los había.

—Una carrera de caracoles —dijo el hombre junto a Zannis.

El conductor del camión se asomó a la ventanilla y gritó.

El capitán preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—Moved el culo —aclaró Zannis.

El capitán se echó a reír.

—Pobre cacharro. Hizo la guerra en Francia.

Pasaron otra curva antes de regresar finalmente al carril derecho.

—¿Puede usted decirnos adónde vamos? —preguntó Zannis.

—No puedo estar seguro. Ahora mismo se supone que nuestra base está en Trikkala, pero eso puede cambiar. A las cinco de esta tarde, los italianos —la División de los Alpini, las tropas de montaña— han avanzado más de quince kilómetros en territorio griego. Se dirigen a Jannina, apoyados por una columna de carros. Es el centro de un ataque en tres direcciones que cortará la única línea de ferrocarril y las dos carreteras principales. Si lo consiguen, no llegarán refuerzos desde Macedonia. Claro que es el plan que uno diseñaría en la academia militar. — Hizo una pausa mientras el coche derrapaba y el conductor juraba y se peleaba con el volante. Cuando el vehículo se estabilizó, el capitán dijo—: De todos modos, dudo que lleguen a Jannina, y es probable que no alcancen Trikkala.

—¿Por qué no? —preguntó el radiotelegrafista.

—Oh... Digamos que sabíamos que venían. No cuándo, pero sí por dónde y cómo. Así que preparamos... algunas cosas.

El silencio que siguió a esa afirmación fue como de agradecimiento. El radiotelegrafista murmuró:

—Humm —lo que significaba algo así como «esa es la manera de hacer las cosas». Luego dijo—: Jodidos *tnakaronades*.

Era la forma despectiva para designar a los italianos. Los despreciaban. Era como si sus antiguos enemigos —búlgaros, albaneses y turcos— fueran por lo menos adversarios serios, mientras que un ataque de Italia solo merecía desdén. En agosto, frente a la isla de Teños, un submarino italiano había torpedeado el crucero *Helle*, en puerto, a plena vista de las gentes de la isla, y durante una fiesta religiosa. Eso se consideró más una cobardía que una agresión, un ataque de los católicos a una festividad ortodoxa, y por tanto algo especialmente deshonroso. No era que los italianos no les hubieran desagradado antes de eso. Les desagradaban desde hacía siglos.

Unos minutos más tarde, el conductor detuvo el coche —no había ningún sitio donde hacerse a un lado— y, uno junto a otro, todos orinaron hacia el precipicio. Había mucha distancia hasta abajo, según vio Zannis. Mucha, mucha distancia. Mientras se abrochaba la bragueta, el camión que transportaba a los *evzones* llegó con el motor resoplando. Cuando el conductor vio el coche del Estado Mayor, lo rebasó describiendo una curva y, al pasar al lado de los hombres de pie en el borde del

precipicio y al observar en qué se ocupaban, dio un golpe al claxon que retumbó en la ladera. Luego los soldados, conforme su camión se alejaba ruidosamente, les dirigieron una variedad de sugerencias e insultos, todos ellos obscenos.

El conductor, que se hallaba junto a Zannis, soltó un juramento y añadió:

—Ahora tendré que pasarles otra vez.

—Oh, bueno —comentó el capitán, dándose un par de sacudidas—, cosas de la guerra.



## UNA PUERTA TRASERA AL INFIERNO

Pobre Mussolini.

Él, como todo el mundo en Europa que fuera al cine, había visto los Noticiarios Pathé. Primero un título relampagueaba sobre una pantalla negra: ¡ALEMANIA INVADE POLONIA! Seguían filmaciones de combates, los pánzer de la Wehrmacht cargando a través de la estepa polaca, acompañados de música grave y dramática. Música pesada. Y las palabras de un narrador con una voz profunda, teatral. El efecto era poderoso: aquí se estaba haciendo Historia, ante vuestros propios ojos.

Mussolini lo odiaba; no podía quitarse esas imágenes de la mente. Tenía la sensación de que todo cuanto hiciera parecer poderoso a Hitler lo empequeñecía a él, pero quince meses más tarde llegó la ocasión de poner las cosas en su sitio: estaba más que harto de que se le hiciera mofa como conquistador de... ¡Niza! Ahora había mostrado al mundo quién era quién y qué era qué. Porque él tenía sus propios carros de combate, una formación acorazada conocida como la División blindada Centauro, así llamada por la mítica figura griega del centauro, medio hombre, medio caballo. Se representaba siempre con el torso humano y la parte posterior equina, aunque había quienes sugerían que, en el caso del ejército de Mussolini, debía ser al contrario. Mussolini recorría a zancadas las estancias de su palacio de Roma y le daba vueltas al asunto. ¿Era la guerra relámpago, la *blitzkrieg*, una exclusiva de Adolf Hitler? ¡No lo era! Irrumpiría en Grecia como los pánzer de Hitler lo habían hecho en Polonia. Y sus generales, cuya política coincidía puntualmente con la suya, lo alentaban. Los Centauri aplastarían los viñedos y los olivares de Grecia. Nada podría detenerlos, porque el ejército griego no tenía un solo carro de combate, ni uno. ¡Ja! ¡Los machacaría!

Pero eso no iba a suceder. El problema era la orografía de la Grecia del norte: cordilleras y montañas con picos abruptos; después de todo, aquello eran los Balcanes, y *balkan* significa «montaña» en turco. Así que Mussolini debería atacar los angostos valles una vez que los Alpini ocupasen las alturas. Lo cual pudo haberse llevado a cabo, pero allí estaban los *evzones*, un regimiento de los cuales se oponía a la División de los Alpini.

Los griegos, al contrario de lo que esperaban los italianos, luchaban a muerte.

Les costó terribles bajas, pero derrotaron a los Alpini, que se dispersaron y huyeron hacia la frontera albanesa. Ahora los griegos dominaban las montañas, y cuando los Centauri llegaron rugiendo a los valles, ocurrieron dos cosas. La primera, que muchos de los carros se metieron en una enorme zanja que había sido excavada en su camino, a menudo cerrándoles el paso; y la segunda, que los que escaparon de la zanja fueron bombardeados por la artillería de montaña, con cañones cortos

provistos de grandes ruedas. Esos cañones, con su correspondiente munición, habían sido llevados a lo alto de las montañas en mulos y cuando los mulos se derrumbaban y morían de agotamiento, por hombres.

Cuando finalizaba la primera semana de noviembre, estaba claro que la invasión italiana había sido frenada. Mussolini montó en cólera, relevó a los generales. En esto, los refuerzos griegos llegaron a las aldeas de montaña, y empezó a nevar. Por primera vez el imparable Eje había sido detenido. Y a ello la prensa mundial le prestó atención: titulares en primera plana por doquier en Europa. Lo cual incluía a Berlín, donde esos acontecimientos se veían, por decirlo suavemente, con considerable irritación. El pobre Mussolini había sido humillado una vez más, y ahora el ejército griego estaba a punto de penetrar en Albania.

En Trikkala, una antigua y pequeña ciudad atravesada por un río, los picos coronados de nieve de las montañas del Pindó eran visibles cuando salía el sol. Lo cual, afortunadamente, no sucedió la primera semana de noviembre. El cielo permaneció cubierto, y los pilotos de los bombarderos italianos se dedicaban a jugar a las cartas en sus aeródromos de Albania.

Al menos la unidad de Zannis estaba bajo techo, pues se instaló en la escuela local, junto a los demás reservistas. Empujaron los pupitres contra la pared para dormir en el suelo. Secos, pero aburridos. Cada miembro de la unidad había sido dotado para la guerra con una manta, un casco y un fusil francés Lebel, fabricado en 1917. El capitán se llevó aparte a Zannis y le preguntó:

—¿Ha disparado alguna vez uno de esos?

—No, nunca.

—Mal asunto. Le convendría practicar, pero no podemos malgastar la munición. —Introdujo un proyectil, accionó el cerrojo y tendió el arma a Zannis—. Tiene capacidad para tres balas. Usted corre el cerrojo, mira por el alza, encuentra un italiano y aprieta el gatillo. No es complicado.

Aquella primera semana había poco que hacer. El Estado Mayor General tenía su base en Atenas, con una posición adelantada en Jannina. Pero si las cosas iban mal en Jannina ellos tendrían que servir como estación de enlace, tomar la información que llegara por teléfono —las líneas terminaban en Trikkala— y transmitirla a los oficiales del frente por radiotelegrafía.

—Somos simplemente una unidad de reserva —dijo el capitán—. Y esperemos seguir siéndolo.

El oficial de enlace con el Estado Mayor General yugoslavo, al parecer aún trataba de alcanzar Trikkala. Allí, si es que llegaba, podría añadirse a la unidad que estaba a la espera. Yugoslavia no había entrado en guerra. Griegos y serbios habían sido aliados en la primera guerra balcánica de 1912, y de nuevo en las campañas balcánicas contra Alemania, Bulgaria y Turquía en la guerra de 1914, y cada uno

manifestaba gran respeto por la capacidad del otro en el campo de batalla. Ahora, si Yugoslavia atacaba a Mussolini, estaba claro que Hitler atacaría Yugoslavia, de modo que Belgrado permanecía en alerta, pero el ejército no había sido movilizad.

Mientras tanto, aguardaban. Por la mañana temprano, Spyro, el farmacéutico convertido en radiotelegrafista, se sentaba a una mesa de maestro y tecleaba un mensaje. Le habían ordenado que así lo hiciera, para practicar a diario, y enviar un mensaje cada mañana, a fin de asegurarse de que el sistema funcionaba. Mientras Zannis observaba, el otro enviaba y recibía, mientras llevaba un registro en un trozo de papel. Un día, tras quitarse los auriculares, Spyro sonreía:

—¿Qué ocurre? —preguntó Zannis.

—Ese tipo de Metsovon... —Alargó el papel a Zannis—. Eche un vistazo.

TRIKKALA INFORMA 9 NOVIEMBRE.  
¿POR QUÉ ME MANDA MENSAJES?  
ME HAN ORDENADO ENVIAR UNO DIARIO.  
¿NO SABE QUE AQUÍ ESTAMOS OCUPADOS?  
TENGO QUE CUMPLIR ÓRDENES.  
¿QUÉ CLASE DE HOMBRE ES USTED?  
UN SOLDADO.  
ENTONCES VENGA AQUÍ Y COMBATA.  
ESO ME VENDRÍA BIEN.  
ESPERAMOS VERLE POR AQUÍ.

Llovía todos los días y todos los días atravesaban Trikkala largas filas de italianos, camino de un campamento de prisioneros de guerra situado en algún lugar al sur de la ciudad. Zannis no pudo evitar compadecerlos, helados, empapados y abatidos, cabizbajos mientras pasaban, caminando con dificultad, frente a la escuela. Cuando aparecían las columnas, los reservistas sacaban comida o cigarrillos, lo que pudieran guardar, para los agotados soldados griegos que custodiaban a los prisioneros.

Avanzada la tarde, Zannis caminó junto a uno de los soldados y le dio una chocolatina que había comprado.

—¿Qué tal por ahí arriba? —preguntó.

—Tratamos de no congelarnos —respondió el otro—. Se ha llegado a un punto en que combatir es un alivio.

—¿Muchos combates?

—Depende. En ocasiones avanzamos y ellos retroceden. De vez en cuando deciden combatir pero, como puede ver, casi siempre se limitan a rendirse. Arrojan sus fusiles y gritan: «¡Bella Grecia! ¡Bella Grecia!». Cuando dijo eso, uno de los prisioneros se volvió y se lo quedó mirando.

—¿Hermosa Grecia?

El soldado se encogió de hombros y se ajustó la correa del fusil al hombro.

—Eso es lo que dicen.

—¿Y qué quieren decir? ¿Que Grecia es hermosa, que les gusta mucho y que nunca quisieron luchar contra nosotros?

—Quizá. Pero entonces ¿por qué han venido a jodernos?

—Los mandó Mussolini.

El soldado asintió y dijo:

—Pues que lo jodan a él también. —Siguió marchando, arrojó el envoltorio de su chocolatina y empezó a comérselo despacio. Cuando lo hubo terminado se volvió, le hizo una señal de despedida a Zannis y gritó—: ¡Gracias!

La segunda semana de noviembre, las fuerzas griegas habían cruzado la frontera albanesa y tomado la importante ciudad de Koritsa, varias aldeas y el puerto de Santi Quaranta, lo cual significaba que sus aliados británicos podían reabastecer a los griegos de manera más eficaz. Al comienzo de la guerra, tenían que llevar sus barcos al puerto del Pireo. El martes de aquella semana, se dejó caer por allí el oficial de enlace yugoslavo. Lo acompañaba un cabo que cargaba con su petate y, además, con una maleta metálica como las utilizadas para transportar un radiotelégrafo. Los dos hombres estaban en la puerta de la escuela, empapados.

—A ver si encontramos una taberna —propuso Zannis al oficial—. Su cabo puede instalarse arriba.

Zannis lo llevó hacia la calle principal, con una tela impermeable echada sobre la cabeza y los hombros. Los reservistas habían descubierto que sus capotes, una vez empapados, nunca se secaban, de modo que recurrían a lo que tenían a mano, y recorrían Trikkala como monjes con hábitos verdes.

—Me llamo Pavlic —se presentó el oficial—. Capitán Pavlic. De la reserva.

—Costa Zannis. Oficialmente, teniente Zannis.

Se estrecharon las manos torpemente mientras caminaban. Zannis pensó que Pavlic era unos pocos años mayor que él. Tenía el rostro curtido, el cabello color arena y los ojos pequeños, con profundas patas de gallo, como si hubiera pasado la vida en el mar, como perpetuo vigía.

—Su griego es muy bueno —observó Zannis.

—Tiene que serlo. Me crié aquí, en Volos. Mi madre era medio griega y mi padre trabajaba para la familia de ella. Supongo que por eso me han destinado aquí. —Anduvieron un trecho, y luego Pavlic dijo—: Perdone, hablando de todo, que haya tardado tanto. Yo iba en un mercante británico y sufrimos una avería. Hubo que ir a puerto para repararlo.

—No se ha perdido nada. Aquí apenas pasa nada.

—De todos modos debo informar a diario. Tenemos a otro oficial en Jannina, y es un pez gordo, un coronel, adscrito a su Cuartel General en Atenas. Por supuesto que todo son formalidades, a menos que nos movilicemos. Y, créame, no vamos a hacer semejante cosa.

En la taberna, las mesas de tablas sin pulir estaban atestadas de hombres de la localidad y de reservistas, el aire era denso a causa del humo de los cigarrillos y del olor a la *retsina* derramada, un fuego de sarmientos húmedos crujía y chisporroteaba en una chimenea de cerámica. No daba mucho calor, pero hacía mucho ruido, y a su manera procuraba comodidad. El mozo que servía las bebidas los vio de pie, corrió hacia ellos y les dijo:

—Busquen un sitio donde sentarse.

Pero no había mesa disponible, de modo que se acodaron en la barra. Zannis pidió dos *retsinas*.

—Aquí la *retsina* es buena —dijo—. Casera.

Cuando llegaron los vasos de vino, Zannis levantó su vaso.

—A su salud.

—A la suya. —Cuando hubo bebido un sorbo, Pavlic añadió—: Tiene razón, es buena. ¿De dónde es usted?

—De Salónica. Soy policía allí.

—¡No!

—¿No le gusta la policía?

—Diablo, no es eso. Es que yo también lo soy.

—¿Usted? ¿De veras? ¿Dónde?

—En Zagreb.

—*Skata!* ¡Qué coincidencia!

—Quizá su Estado Mayor General lo hizo adrede.

—Oh, sí, seguro que tiene razón. Uno puede fiarse de un policía.

Pavlic compuso una sonrisa irónica y dijo:

—La mayor parte del tiempo.

Zannis se echó a reír y admitió:

—Hacemos lo que tenemos que hacer, es verdad. ¿Es usted detective en Zagreb?

—Lo fui durante veinte años, y espero que usted lo sepa todo acerca de eso. Pero ahora, desde hace un año o así, me encargo de los coches, en el parque móvil.

—¿Lo prefiere?

—En absoluto. Fue, cómo lo diría, un traslado político. Ciertas personas convencieron a los responsables del departamento, el comisario y sus amigos en el ayuntamiento.

Tales cosas sucedían en todas las épocas, pero Zannis no pudo evitar sorprenderse de lo que acababa de oír.

—¿Los sobornaron?

—No, no los sobornaron. ¿Los intimidaron? ¿Los persuadieron? Cualquiera lo sabe. Yo no. Lo que sucedió fue que no cedí. De hecho, aún trabajé más duramente, investigando ciertos delitos. Delitos cometidos por los *ustashi*, los fascistas croatas, muy amigos de Mussolini. Reciben dinero de él. Quizá usted esté enterado de eso.

—No, no lo estoy, pero no me sorprende.

—Por supuesto que ellos se consideran patriotas, luchadores por la independencia de Croacia (cantan sobre ella en los bares), pero de hecho son terroristas nazis. Y cuando se informaba de que habían dado una paliza a alguien, o quemado su casa, o lo habían asesinado delante de su familia (su método favorito, dicho sea de paso), yo iba tras ellos. Los cazaba. No porque fueran a la cárcel, que no iban, sino porque era una cuestión de honor para mí. Y no solo para mí. Éramos muchos.

El rostro de Zannis reflejó lo que sentía: desagrado. Tras una pausa, dijo:

—Podría haber sido peor.

—Es cierto. Tengo suerte de estar vivo. Pero ya sabe cómo van las cosas: uno no puede tomar eso en cuenta cuando uno hace lo que hacemos nosotros.

—No, no se puede. Al menos yo no puedo. Supongo que soy un fatalista.

Zannis apuró su *retsina*, llamó la atención de la mujer tras la barra, alzó su vaso vacío y lo agitó. La mujer se apresuró a servir otros dos vinos. Pavlic hizo amago de pagar, pero Zannis se lo impidió y lanzó unas monedas sobre la barra.

—Aquí, en la pintoresca Trikkala, el anfitrión soy yo.

—Muy bien. La próxima me toca a mí. —Pavlic levantó su vaso hacia Zannis, bebió, echó mano a un bolsillo de su guerrera y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Fuma? Tome uno de estos.

En el paquete, un marinero con barba miraba a través de un salvavidas.

—Players —leyó Zannis—. ¿Ingleses?

—Sí. Los conseguí en el mercante. —Pavlic prendió sus cigarrillos con un encendedor de acero—. ¿A qué se dedica en Salónica?

—Llevo una pequeña oficina en la que nos encargamos de... casos especiales. Nos ocupamos de los ricos y poderosos, de los extranjeros, de los diplomáticos... De todo lo que es demasiado delicado para las investigaciones habituales. Informo a mi jefe superior, que se ha convertido en un buen amigo mío desde hace tiempo.

—Qué suerte.

—Sí.

—Pero ustedes tienen algo similar a los *ustashi*: los de la ORMI... Solían trabajar juntos, si estoy bien informado. La Organización Revolucionaria Macedonia del Interior, ¿no?

—Eso es. Y se fundó en Salónica el siglo pasado. Son macedonios eslavos, búlgaros en su mayoría, que quieren una Macedonia separada de Grecia. Pero gracias a Dios llevan unos años quietos.

—Mejor..., especialmente para sus judíos de Salónica. Porque nuestros judíos, en Zagreb, encabezan la lista de los *ustashi*. Querrían cargarse a los serbios y a los croatas que se les oponen, pero con quienes realmente la tienen tomada es con los judíos. Si alguna vez los *ustashi* se hicieran con el control de la ciudad, bueno...

Zannis oyó las palabras *nuestros judíos* como si Pavlic les hubiera dado énfasis. Por alguna razón, cruzó por su mente una imagen fugaz de Emilia Krebs.

—Eso no sucederá en Salónica. Ni con la ORMI ni con nadie.

—Lo que les están haciendo en Alemania es una jodida vergüenza. Y la policía quieta, mirando. —El rostro de Pavlic reflejaba ira, con su corazón de policía ofendido por la idea de que se permitiera a los criminales hacer lo que les viniera en gana—. Política... —concluyó, como si la palabra fuera un juramento.

Permanecieron en silencio un rato, tomando sus vinos y fumando sus cigarrillos ingleses. Luego, Pavlic hizo una seña con la cabeza en dirección a la ventana y dijo:

—De todos modos hay alguna buena noticia.

A través del cristal empañado, al otro lado de las moscas muertas en el alféizar, Zannis vio que la calle mojada frente a la taberna desprendía vapor.

—Por fin. Ha llovido días enteros.

Pavlic apagó el cigarrillo, dispuesto a abandonar la taberna.

—Una vez que mi cabo ponga el radiotransmisor en funcionamiento, anunciaré a los de Belgrado: «Pavlic informando: Ha salido el sol». Zannis sonrió mientras seguía a Pavlic afuera. El capitán se detuvo un momento y cerró los ojos al tiempo que levantaba el rostro hacia el sol.

—Por cierto, me llamo Marko.

—Costa.

Y emprendieron el regreso a la escuela.

Los oficiales ponían su mejor empeño en tener ocupados a los reservistas —gimnasia, instrucción, todo lo que se les pudiera ocurrir—, pero los soldados tenían que esperar allí hasta que fueran necesarios; su tarea consistía en esperar, y así el tiempo pasaba muy despacio. Por la noche, cuando el frío del suelo del aula traspasaba su manta, a Zannis le resultaba difícil dormir. Pensaba en Roxanne, y revivía algunos de sus momentos más cálidos juntos: el aspecto de su rostro cuando alcanzaban el clímax; las veces en que ella pensaba en algo que de modo particular la excitaba. O quizá tales ideas se le ocurrían a Roxanne cuando estaba ensimismada, perdida en sus fantasías, y las experimentaba cuando tenía ocasión. Eso era cierto en su caso, así que, probablemente, también era cierto en el de ella.

Pero con hombres roncando a ambos lados, las fantasías de esa clase no conducían a ningún lado. En lugar de eso, su mente retrocedía a su vida reciente en Salónica, que ahora le parecía distante, remota. En ocasiones recordaba a aquel agente alemán; más a menudo, a Emilia Krebs y a los dos niños. Pero, más a menudo aún, a las hermanas Rosenblum, de las que había tenido noticia durante la desesperante e intermitente llamada telefónica desde Suiza. Supuso que se trataba de dos hermanas solteras: mayores y bibliotecarias. Indefensas, vulnerables, intentando encontrar su camino alguna noche oscura en Budapest o dondequiera que hubieran ido a parar. Sin la menor capacidad para desenvolverse en la vida clandestina, con patrullas fronterizas, redadas de la policía, informadores o ciudadanos fascistas que reconocían a un judío nada más verlo, con independencia de la calidad de sus

documentos falsos.

¿Hubiera podido ayudarlas? ¿Cómo? Estaba completamente seguro de que Emilia Krebs no se detendría en lo que estaba haciendo: Alemania era ahora la verdadera esencia del infierno: un tormento continuo, sin escapatoria. Y sus fugitivos serían capturados por la máquina construida para cazarlos. Una y otra vez. Este pensamiento le caló hondo, y no podía dejar de darle vueltas.

La población militar de Trikkala empezó a disminuir a medida que los reservistas eran enviados al combate para reemplazar a los muertos y heridos. Pavlic y Zannis trabajaban juntos, el segundo como encargado de recibir del capitán informes sobre la situación, que entregaba a Pavlic para, una vez traducidos, transmitirlos al Estado Mayor General yugoslavo. De vez en cuando Pavlic quería saber más, y a veces Zannis acudía al capitán y le pedía más, y a veces se le suministraban aclaraciones o ampliaciones. La mayor parte de los informes incluían las cifras diarias —enemigos muertos, heridos y capturados— y los nombres —aldeas, ríos y posiciones tomadas o abandonadas—, a medida que la infantería griega avanzaba por las montañas de Albania cubiertas de nieve. Los yugoslavos leían los informes, pero no era necesario su apoyo, de modo que no hacían nada. La ayuda a los griegos procedía de sus aliados británicos.

Un oficial superior, por ejemplo, apareció con un camión una mañana, un camión con un montón de cajas de madera. Con un aspecto que se aproximaba al de quien actúa en un escenario, a ese oficial, que se mantenía tieso como una baqueta y llevaba un espléndido mostacho propio de los militares de caballería, solo le faltaba el monóculo. Unos cuarenta reservistas, entre ellos Zannis, se organizaron para trasladar la carga del camión hasta una aldea a unos kilómetros del frente. Los reservistas permanecían ante la escuela mientras el oficial británico se dirigía a ellos en griego clásico: Shakespeare dando un discurso a un pelotón de zapadores del East London. Pero nadie sonrió.

—Soldados —dijo el oficial, con un volumen de voz adecuado para una plaza de armas—, estas cajas son importantes. Contienen fusiles anticarro, ametralladoras del cincuenta y cinco, con trípodes, accionadas por un solo soldado, como las Bren. Las cajas cuadradas contienen munición anticarro, y ustedes las transportarán por turnos, porque son pesadas.

Había dos camiones para los reservistas, y consiguieron avanzar hacia el norte, siguiendo pistas de tierra surcadas de roderas pero, con la altitud, la nieve se hizo más profunda y pronto tuvieron que pasar más tiempo empujando sus vehículos que viajando en ellos. Así que a descargar las cajas y echar a andar. Lo cual fue muy fatigoso en medio de la nieve. Zannis sudó y luego tuvo escalofríos cuando el sudor se le secaba por efecto del aire gélido de la montaña. Un reservista se torció un tobillo, otro sentía dolores en el pecho: realmente ninguno de ellos estaba en forma



para combatir.

Cuando oscureció, Zannis se envolvió en su manta y en su capote impermeable y durmió sobre la nieve. El viento silbó entre los árboles toda la noche, y cuando el frío lo despertó, oyó lobos en la distancia. Por la mañana estaba agotado y necesitó de toda su fuerza de voluntad para continuar caminando. Spyro, el exfarmacéutico, dijo:

—No sé cuánto tiempo más podré hacer esto.

Luego volvió a agarrar el asa de cuerda de su lado de la caja y ambos avanzaron pesadamente. Sobre ellos, muy arriba, un águila volaba en círculos en el cielo gris.

Llegaron a la aldea a última hora de la tarde, y allí los soldados de las posiciones avanzadas se hicieron cargo de los fusiles anticarro y del resto del envío. Cuando la pequeña aglomeración de casas se hizo visible, aparecieron los perros —«Los primos de *Melissa*», pensó Zannis— ladrando y amenazando, hasta que un penetrante silbato los devolvió a sus casas al trote. Cuando la columna llegó al centro de la aldea, los reservistas guardaron silencio. El aljibe de la aldea, que podía llevar allí mil años, ya no estaba: quedaban restos de mampostería, piedras rotas y ennegrecidas, pero eso era todo. Y las casas a los lados del aljibe estaban en ruinas.

—Fue una bomba —decían los aldeanos.

Habían visto los aviones por encima de ellos: uno descendió hacia la aldea y soltó una bomba. La observaron mientras caía. Mató a dos mujeres, un niño y una cabra, e hizo saltar el aljibe por los aires.

—¿Por qué? —preguntaban los aldeanos—. ¿Por qué nos han hecho esto a nosotros?

A finales de octubre, cuando la guerra llegó a Trikkala, Behar la vio como una oportunidad. Era albanés, su familia llevaba viviendo en Trikkala desde los tiempos de los turcos otomanos, pero él no era menos albanés por eso. De veinticinco años de edad al empezar la guerra, Behar era ladrón desde los catorce. No es que fuera muy bueno, vamos, que no lo era. Siendo adolescente había pasado unos meses en el calabozo por robar una radio, y más tarde cumplió un año de cárcel por tratar de vender neumáticos robados, por cuenta de un hombre llamado Pappou. Este nombre significaba «abuelo», un mote, no tanto porque fuera viejo y canoso, sino porque había sido un delincuente durante mucho tiempo, y la gente le tenía tanto miedo que había aceptado ese sobrenombre como señal de respeto. En ocasiones Pappou, como un abuelo, ayudaba a su pequeña «familia» de Trikkala: les daba algo que vender y les permitía quedarse con algo del dinero. Así que para Behar era mejor estar a bien con Pappou.

Con la guerra, y con los soldados en Trikkala, Behar pensó que podría prosperar. Aquella gente procedía de ciudades del sur. Para Behar tenían aspecto de ricos, y los

ricos gastan a manos llenas: quizá les gustaría una chica guapa para que les diera calor, o un poco de hachís. Se decía que iban a liberar Albania de los italianos, pero Behar nunca había estado en Albania y no le preocupaba lo más mínimo quién mandara allí. No, lo que le importaba a Behar era que aquella gente pudiera desear cosas o, si no las deseaba, que pudiera desprenderse de lo que tenía: relojes de pulsera, por ejemplo, o fusiles. De una u otra manera, Behar iba a sacarles el dinero.

Pero los soldados no eran objetivos tan fáciles; iban siempre juntos, no pasaban borrachos por un callejón —al menos no por los callejones donde él los buscaba— y visitaban el burdel cuando querían chicas. Al cabo de unos días, Behar empezó a desesperarse: la guerra no iba a depararle ninguna oportunidad.

Pero entonces, en la segunda semana de la guerra, Pappou acudió en su ayuda. Behar vivía en una casucha en el extremo del pueblo, con su madre y dos hermanas. Nunca había suficiente leña para la estufa, de modo que se helaban en invierno y aguardaban ansiosamente la primavera. Una tarde, cuando estaba tumbado en su catre, llegó un chico con un mensaje: debía ir a ver a Pappou al día siguiente. A las dos, dijo el chico, en la barbería que regentaba Pappou, y en cuya trastienda hacía negocios.

Behar estaba emocionado. Se encaminó hacia la casa de su hermano mayor, que tenía una navaja, y allí se afeitó la cara, dolorosamente, utilizando solo agua fría, porque su hermano no andaba tan sobrado como para disponer de jabón. Behar se aseguró de llegar puntualmente a la barbería. Llevaba su mugriento traje viejo, la única ropa que poseía, pero se había peinado y se tocaba con su sombrero de ala estrecha, debidamente ladeado sobre el ojo izquierdo. Era lo mejor que podía hacer. Camino de la barbería se miró en la luna de un escaparate: canijo y encorvado, con las manos en los bolsillos y una cara que no estaba mal, pensó, aunque se había roto la nariz un día que trató de robar comida en la cárcel.

Para Behar, la barbería era un país encantado, donde unos espejos pulidos reflejaban azulejos blancos, donde el aire lo caldeaba un tambor niquelado que calentaba las toallas con vapor, y olía al agua de rosas utilizada para perfumar a los clientes una vez acabado el servicio. Cuando llegó Behar había dos hombres en los sillones, uno con el rostro envuelto en una toalla, al parecer dormido, aunque el cigarro que sostenía en su mano aún humeaba; y el otro en pleno corte de pelo. Mientras daba tijeretazos, el barbero hablaba a su cliente en voz baja y tranquila. El tiempo parecía que iba a cambiar, o tal vez no.

Cuando Behar entró en la trastienda, Pappou, sentado a una mesa, abrió los brazos en señal de bienvenida.

—¡Behar! ¡Aquí estás! ¡A la hora convenida! Buen chico.

Sentado frente a Pappou había un hombre que se limitaba a sonreír y asentir. Aquel amigo, explicó Pappou, no era de Trikkala y necesitaba a alguien fiable para un trabajo sencillo que le explicaría en un minuto. El desconocido asintió de nuevo.

—Te pagaré muy bien —dijo Pappou— si eres cuidadoso y haces exactamente lo

que se te diga. ¿Podrás, muchacho?

Con gran entusiasmo, Behar respondió que sí podía. Luego, para su considerable sorpresa, Pappou se levantó, abandonó la trastienda y cerró la puerta tras él. Una vez fuera, pudo oírse a Pappou bromear con los barberos, de modo que no estaba escuchando junto a la puerta.

El desconocido se inclinó y formuló a Behar algunas preguntas. Por su forma de hablar, era extranjero. Bien afeitado, de labios gruesos y con una papada que denotaba prosperidad, tenía una sonrisa rígida que Behar consideró, sin que fuera capaz de precisar la razón, como más bien escalofriante, mientras que sus ojos no sonreían en absoluto. Las preguntas no fueron complicadas. ¿Dónde vivía? ¿Le gustaba Trikkala? ¿Lo trataban bien allí? Behar respondía con monosílabos, acompañados con la que esperaba fuera una sonrisa atractiva. El extranjero quiso saber si estaba dispuesto a ganarse mil dracmas. Behar ahogó una exclamación. La sonrisa del extranjero se ensanchó: era una buena respuesta.

El extranjero se inclinó para acercarse más y habló en tono confidencial. ¿Sabía Behar dónde vivían todos aquellos soldados que habían llegado a Trikkala? Bueno, parecían estar por todas partes. Ocupaban los dos hostales, algunos se habían establecido en la escuela, otros en casas vacías; en cualquier lugar donde pudieran encontrar un techo que los resguardara de la lluvia. Muy bien, ahora vamos con la primera parte del trabajo. El extranjero vio que Behar era un tipo espabilado, que no necesitaba escribir nada, así que no lo hizo.

—Ahora, todo lo que tienes que hacer es...

Cuando se lo hubo dicho, lo explicó de nuevo y luego le hizo repetir las instrucciones. Estaba claro que aquel extranjero era muy cuidadoso.

Aquella misma tarde empezó el trabajo, con trescientas dracmas ya en el bolsillo. Una fortuna. En otro tiempo trató de dedicarse —con resultados desastrosos— al cambio de moneda para turistas, y se enteró de que mil dracmas valían noventa dólares americanos. Para Behar, eso era más que mil dracmas: una cantidad de ensueño o de cine.

Pero entonces el placer se trocó en sufrimiento. Cuando la luz se diluía en aquella tarde de noviembre, caminaba por las calles de Trikkala, con los ojos dirigidos a los tejados. Sabía dónde vivían los reservistas, o creía saberlo, y fue de un lugar a otro, yendo y viniendo por la ciudad, pero no tuvo suerte. Acabó desesperado. ¿Y si el forastero estaba equivocado? ¿Y si el maldito objeto no existía? ¿Qué haría entonces? ¿Devolver las trescientas dracmas? Bueno, ya no las tenía. Porque inmediatamente después de dejar al extranjero, y enloquecido por su buena fortuna, visitó una pastelería, donde compró un trozo de *bougatsa* relleno de crema, espolvoreado de azúcar por encima. ¡Qué bueno! Y luego —era rico, ¿no?—, otro, este con queso, aún más caro. Y ahora ¿qué? ¿Cómo recuperar lo que había gastado?

Treinta minutos más tarde intervino el destino. Y, para variar, favoreció a Behar cuando, por tercera vez en una hora, recorría la calle frente a la escuela. Los soldados entraban y salían, atareados, ocupados en importantes asuntos militares. En lo alto, el cielo se había oscurecido, preparándose para verter una bonita lluvia fría. Entonces, solo por un momento, una densa nube se desplazó a un lado y unos escasos rayos de sol, ahora bajo en el horizonte, incidieron en la chimenea de la escuela con el ángulo adecuado. Y Behar percibió un destello plateado. ¡Por fin! ¡Allí estaba! Tal como el extranjero lo describió. Un cable procedente de algún lugar del edificio y fijado con una piedra colocada sobre la superficie de cemento. Inmediatamente, apartó la vista.

La lluvia se demoraba. Afortunadamente para Behar, se alejó y fue a caer en algún otro sitio, porque para la segunda parte del trabajo necesitaba la luz del sol. La cual, a la mañana siguiente, se derramó por la ventana de su casucha y lo impulsó, silbando, a la mejor zona de la ciudad, a aquella donde las personas estaban habituadas a ciertos lujos. Pero también resultó ser una búsqueda difícil, puesto que los huertecillos de detrás de las casas estaban tapiados, de modo que Behar tenía que encontrar una calle desierta, tener en cuenta los cristales incrustados en el cemento de lo alto de la tapia —había aprendido años atrás, después de una mala experiencia—, agarrarse bien e impulsarse hacia arriba. Sus primeros intentos no dieron resultado. Luego, al final de una calle tranquila, encontró lo que andaba buscando: un huerto con dos higueras, un tendedero entre ambas y ropa puesta a secar: calzoncillos, bragas, dos toallas, dos fundas de almohada y dos grandes sábanas blancas.

Acabó de encaramarse y permaneció subido a la tapia. ¿Habría alguien en casa? ¿Debía ir a la puerta principal y llamar? ¿Vive aquí Panos? No. Se quedó mirando la casa: en las ventanas, los postigos estaban cerrados y todo permanecía silencioso y tranquilo. Inspiró profundamente, contó hasta tres y saltó la tapia. Podría robar la ropa interior. Pero resistió el impulso. Arrancó una de las sábanas de la cuerda y corrió de regreso a la tapia. Se subió, se aseguró de que la calle seguía desierta y saltó al otro lado. Dobló la sábana, la introdujo bajo su chaqueta y se alejó.

De vuelta en casa, ensayó. Concentrándose —las restantes setecientas dracmas destellaban en su mente—, descubrió que podía envolverse con la sábana el torso desnudo y luego abrochase la camisa casi hasta arriba, si bien no pudo remeterla en los pantalones.

Ahora venía la parte difícil. Permaneció en casa durante las primeras horas de la noche, y no salió hasta que la campana del ayuntamiento dio las doce.

Cuando llegó a la escuela, la calle estaba vacía, aunque había luces en las ventanas de los dos pisos. Pero él no tenía intención de entrar. Por nada del mundo querría pasar por delante de todos aquellos soldados. No, para los Behar de este mundo solo contaba el desagüe situado en una esquina, hacia la parte posterior del edificio. Aquellas tuberías estaban formadas por segmentos encajados mediante pestañas, que se sucedían cada noventa centímetros. Conocía las tuberías, pues había trepado por ellas muchas veces a lo largo de su furtiva vida. Primero, zapatos fuera:

las suelas estaban tan desgastadas y eran tan finas que no tenían agarre. No llevaba calcetines, de modo que trepó descalzo e impulsándose con las manos.

En pocos minutos estuvo en la azotea. Se agachó, manteniendo su silueta por debajo de la línea de visión desde la calle, y se arrastró hasta la chimenea. Sí, allí estaba el cable. Quiso tocarlo: aquel alambre valía mil dracmas, pero no tenía idea de para qué podía servir. Quizá estaba cargado con alguna misteriosa forma de corriente eléctrica y le quemaría los dedos. Ciertamente se trataba de un cable secreto —lo había deducido por el tono del extranjero—, de manera que «déjalo en paz». Se quitó la chaqueta y la camisa, desenvolvió la sábana y la extendió sobre el tejado.

¿Y el viento...? Buscó un peso en el oscuro tejado, pero solo encontró algo de estuco desprendido allá donde una grieta recorría un rincón. Arrancó unos trozos y los colocó en las esquinas de la sábana. Servirían. Debajo de él, en el segundo piso de la escuela, podía oír voces, una carcajada, otra voz, otra carcajada. Se deslizó por el desagüe, bajó a la calle, se calzó los zapatos y, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo, se encaminó a casa. ¿Qué significaba esa sábana en la azotea? No lo sabía ni le importaba. Él solo sabía lo que aquello significaba para él.

A la mañana siguiente corrió a la barbería. En la trastienda, Pappou se mostró frío y temeroso.

¿Estaba hecho? ¿Todo... se había hecho adecuadamente?

Behar dijo que sí. Pappou se sentó, tranquilo, con los ojos penetrando hasta el alma de Behar. Luego cogió el teléfono e hizo una breve llamada. Preguntó por alguien con nombre griego, esperó y, finalmente, dijo:

—Puede venir a cortarse el pelo cuando quiera. El barbero lo está esperando.

Eso fue todo. El extranjero apareció diez minutos más tarde, y Pappou salió de la trastienda.

El extranjero preguntó dónde había encontrado el cable. Behar se lo dijo.

—Si subo yo a la azotea, ¿qué veré?

—Una gran sábana blanca, señor.

—¿Extendida?

—Sí, señor.

—Behar. —Una pausa—. Si alguna vez, alguna vez, le hablas a alguien de esto, lo sabremos. ¿Comprendido? —Con un gesto lento, metódico, se pasó el índice de lado a lado de la garganta; un gesto ejecutado con tanta elocuencia que Behar pensó que realmente podía ver el cuchillo—. ¿Comprendido? —repitió el extranjero alzando las cejas.

Un atemorizado Behar asintió expresivamente. Lo comprendía demasiado bien. El extranjero fijó en él la mirada durante un rato, luego se echó mano al bolsillo y contó siete billetes de cien dracmas.

*28 de noviembre.* Para Costa Zannis comenzó como un día normal, luego cambió.

Se encontraba junto al capitán, en una angosta habitación de la escuela, la cual, gracias a una mesa de maestro, se había convertido en lo que pasaba por una oficina de enlace. Pavlic estaba a punto de reunirse con ellos para pasar el rato más rutinario imaginable: mañana agradable, tarea cotidiana y charla tranquila. Zannis y el capitán miraban un mapa dibujado a mano, con unas marcas y líneas que indicaban alguna colina en Albania.

Entonces el capitán agarró a Zannis por el antebrazo. Una presa como si lo atornillara: súbita, instintiva.

Zannis empezó a hablar:

—Qué...

Pero el capitán le hizo una seña con el brazo instándole a guardar silencio, y permaneció inmóvil y alerta, con la cabeza alzada, como un perro a la escucha. Zannis oyó un zumbido distante: motores de aviones acercándose. El sonido llegaba tenue, pero no era el usual. El capitán lo soltó y salió corriendo. Zannis lo siguió. Desde el norte, se aproximaban dos aviones, uno ligeramente por encima del otro. El capitán se apresuró a entrar de nuevo en la escuela y cogió la ametralladora Bren que estaba apoyada en un rincón del vestíbulo. Las ventanas vibraron cuando los aviones sobrevolaron el tejado y el capitán salió a la calle, con Zannis tras él. Pero el capitán le gritó que permaneciera dentro, Zannis cumplió la orden, se detuvo en la entrada. Gracias a eso siguió vivo.

Frente a la escuela, el capitán observaba el cielo, balanceando la Bren a izquierda y derecha. El ruido de los motores de los aviones se alejó: se dirigían a otro lugar. Pero fue una esperanza vana, porque el volumen aumentó bruscamente cuando dieron la vuelta para regresar hacia la escuela. El capitán se situó frente a ellos, alzó la Bren, la boca destelló, unos casquillos cayeron al suelo y luego las ametralladoras de los aviones abrieron fuego en la distancia, el capitán se tambaleó, luchó por mantener el equilibrio y cayó de rodillas.

Lo que ocurrió después fue confuso. Zannis no llegó a oír explosión alguna, el mundo se volvió negro, y cuando recuperó los sentidos se encontró tumbado boca abajo y pugnando por respirar. Obligó a sus ojos a abrirse: no vio más que polvo gris cortado por una franja de luz solar. Trató de moverse: no pudo. Se llevó la mano atrás para descubrir que estaba inmovilizado en el suelo por una viga caída, atravesada sobre la parte posterior de sus piernas. Presa del pánico, trató de liberarse del terrible peso. Luego olió a quemado, el corazón le martilleaba y sin saber muy bien cómo consiguió ponerse en pie. «Sal». Lo intentó, pero su primer paso —fue entonces cuando descubrió que había perdido el zapato— se apoyó en algo blando. Cubierto de polvo gris, había un cuerpo del revés. Alguien pasó junto a él corriendo. Zannis pudo ver que gritaba, pero no oyó nada. Se volvió hacia el cuerpo. No podía dejar que se quemara. Lo agarró por los pies y, al estirarlo, el cuerpo sufrió un violento espasmo. Una de esas piernas sangraba, de modo que tomó la otra, la levantó, volvió el cuerpo boca arriba y vio que era Pavlic.

Mientras arrastraba el cuerpo de Pavlic hacia la entrada, se produjo un estruendoso crujido y la parte posterior del segundo piso se derrumbó sobre el primero. Zannis tiró de nuevo y el cuerpo de Pavlic se movió. Podía percibir, de vez en cuando, como destellos anaranjados, y calor en la piel de su rostro. ¿Estaría vivo Pavlic? Miró abajo, advirtió que su visión era borrosa, comprobó que no llevaba las gafas y, de pronto, se puso furioso. Casi deseaba —por un instante fue como un niño de diez años asustado— ponerse a buscarlas. Casi. Luego comprendió que se hallaba en estado de shock y que su mente no funcionaba con normalidad. Inspiró hondamente, lo que hizo que el pecho le ardiera. Tosió, recuperó la serenidad y arrastró el cuerpo de Pavlic fuera del edificio. La parte posterior de la cabeza de Pavlic rebotó en los peldaños. De inmediato apareció alguien a su lado. Reconoció a una mujer que trabajaba en la estafeta de Correos, frente a la escuela.

—Espacio —dijo—. Espacio, espacio. Creo que aún vive.

Rodeó a Zannis, cogió a Pavlic por debajo de los brazos y lo deslizó por el pavimento.

Con un pie descalzo, e incapaz de ver gran cosa, regresó a la escuela. Cuando entraba en el edificio, un reservista salió por la puerta arrastrándose, y Zannis comprendió que aún había personas vivas dentro. Pero el humo lo cegaba y el calor lo echaba atrás. De nuevo en la calle, se sentó y se sujetó la cabeza con las manos. No lejos de él, vio las que creyó que eran las botas del capitán, con las suelas rotas y los dedos de los pies sobresaliendo. Zannis apartó la vista, trató de masajearse el tobillo y descubrió que tenía la mano húmeda. La sangre le manaba por debajo de una pernera y se vertía sobre el empeine, y sobre el polvo gris que cubría la calle. Muy bien, iría al hospital. Pero cuando trató de ponerse en pie no pudo, así que se quedó allí sentado, sujetándose la cabeza, frente a la escuela en llamas.

No tenía muchas heridas. Se lo dijeron más tarde, en un consultorio de dentista donde se acogía a los heridos leves, porque la clínica —no había hospital en Trikkala— estaba reservada para los más graves. Los reservistas yacían en el suelo de la recepción, y el dentista trataba de que estuvieran cómodos, colocándoles bajo la cabeza almohadones. Zannis podía oír ahora con un oído, le habían suturado una herida en la pierna, y le dolía la muñeca izquierda. Se dedicó a abrir y cerrar la mano, tratando de que mejorase, pero el movimiento solo le agudizaba el dolor.

Al anoecer se dio cuenta de que ya se había cansado de estar herido, y decidió salir y comprobar lo que quedaba de su unidad. En la calle la gente se fijaba en él, probablemente porque una enfermera le había cortado la pernera del pantalón. Zannis percibía sus miradas y sonreía —«Tranquilo, estoy bien»—, pero los transeúntes ponían una expresión de lástima y meneaban la cabeza. No tanto por un soldado con una pierna desnuda y un solo zapato, sino por el bombardeo de su escuela y por los hombres que habían perecido: porque la guerra había alcanzado a su ciudad.

Y aquello no iba con ellos. Y lo sabían.

Dos días más tarde, Zannis fue a la clínica a ver a Pavlic. Algunos heridos yacían ahora en colchones en el suelo, pero Pavlic disponía de una cama, y un vendaje le cubría un lado de la cara. Se alegró al ver a Zannis, ahora debidamente vestido. Tras estrecharse las manos le agradeció a Zannis la visita.

—Aquí se aburre uno mucho.

Luego también le dio las gracias «por todo lo demás». Zannis se limitó a hacer un gesto desdeñoso: «No hablemos de eso». —Aun así, gracias.

—Tenga —dijo Zannis, tendiendo a Pavlic tres paquetes de cigarrillos, una caja de cerillas, el periódico matinal de Atenas y dos revistas. Revistas alemanas. Pavlic sostuvo una, admirado: una Brunilda desnuda, pechugona, pubis frondoso, fotografiada en el momento de lanzar un saque de voleibol.

—*El nudista moderno* —leyó Pavlic—. Gracias, esta la podré intercambiar.

—Debería ver lo que tenemos en Salónica.

—Lo imagino. ¿Qué va usted a hacer ahora?

—Vuelvo a casa, según me han dicho. He perdido la audición de un oído. Y dicen que podrían darme una medallita si les sobra alguna. ¿Y usted?

—Conmoción cerebral, cortes y magulladuras. —Se encogió de hombros—. Debo quedarme unos días, y luego me han ordenado regresar a Zagreb. Sospecho que creen que lo que yo hacía aquí no era muy importante.

Preferirán que me ocupe del mantenimiento de los coches de la policía.

—Marko —dijo Zannis. Algo en su voz hizo que Pavlic prestara atención—. Quiero pedirle que haga algo.

—Adelante.

Zannis hizo una pausa y al cabo explicó:

—Ahora hay judíos que acuden a Salónica. Fugitivos de Alemania, huidos. Al menos algunos de ellos han desaparecido por el camino. Adonde han ido, no lo sé.

—Quizá al puerto de Constanza.

—Algunos sí.

—Pero tal como están las cosas en Rumania, les resultaría más fácil escapar si lo intentan desde Grecia.

—Si yo estoy allí, echaré una mano. Tenemos más barcos y más contrabandistas. Somos la puerta trasera de Europa. —Al cabo de un momento preguntó—: ¿Qué piensa usted sobre esos judíos que huyen?

—No lo sé. —Dudó y finalmente añadió—: Que Dios los ayude. Creo que es lo que yo haría.

—¿Estaría usted dispuesto a ayudarlos?

Pavlic tardó en responder. Seguía sujetando la revista de desnudos.

—Costa, la verdad es que nunca pensé en ello..., en algo así. No sé si yo... No,



eso no es verdad, yo podría, desde luego que podría. Quizá no yo personalmente, pero tengo amigos.

—Porque...

Pero Pavlic lo interrumpió:

—No sé usted, pero yo veía venir esto. No exactamente lo que usted cuenta, pero algo parecido. Fue en septiembre del treinta y ocho. Cuando Chamberlain concertó una paz por separado con Hitler. Recuerdo muy bien lo que pensé: «Ahora Checoslovaquia; ¿cuál será el próximo? Tarde o temprano nos tocará a nosotros. Entonces, ¿qué hago si nos ocupan? ¿Nada?». —Esta palabra provocó en Pavlic la leve sonrisa del hombre que ha contado un chiste malo—. Bien —continuó—. «Nada» no existe, al menos para la policía. Cuando alguien se apodera de tu país, o lo ayudas o lo combates. Porque ellos vendrán a por ti; preguntarán, ordenarán: «Busque a este hombre, esta casa, esta organización. Usted es de Zagreb —o de Budapest o de Salónica— y conoce esto; échenos una mano». Y si obedeces, o si los obedeces durante el día y no haces algo más por las noches, entonces...

—¿Entonces?

Por un momento, Pavlic guardó silencio. Finalmente, dijo:

—¿Cómo decirlo? Estás deshonrado. Acabado. Nunca volverás a ser el mismo.

—No todo el mundo piensa de esa manera, Marko. Algunos estarían dispuestos a trabajar para ellos.

—Lo sé, no se puede cambiar la naturaleza humana. Pero están los que resistirán. Siempre ha sido así entre los conquistadores y los conquistados. De modo que cada cual —bien, quizá no cada cual, pero cada cual como usted y como yo— tendrá que tomar partido.

—Creo que yo ya lo he tomado —dijo Zannis, casi como si no hubiera querido decirlo.

—¿Cómo lo haría usted? ¿Iría de Berlín a Viena? ¿Cruzaría Hungría y luego descendería a Yugoslavia y, a través de ella, alcanzaría Grecia? Por ferrocarril, claro está. Si fuera de ciudad en ciudad tendría que pasar por Rumania, quiero decir ir de Budapest a Bucarest, y si lo hiciera así sería mejor que contara con algunos contactos de confianza, Costa, o con un montón —un buen montón— de dinero. Y aun así no es algo seguro, ¿sabe? Tal como están las cosas en estos tiempos, si usted compra a alguien es probable que ese alguien lo venda a usted a un tercero.

—Es mejor mantenerse al oeste de Rumania. La línea férrea baja hasta Salónica por Nis. O bien ir desde Nis a Bulgaria. Tengo un amigo en Sofía y creo que puedo contar con él.

—¿No está seguro?

—Nunca se puede estar seguro.

—¿Cómo nos comunicamos? ¿Por teléfono?

Por su tono era evidente que eso estaba descartado.

—¿En su despacho hay un teletipo?

—Oh, sí, jodido aparato. Los alemanes nos lo impusieron... Nunca calla. Es espantoso.

—Pues esa es la manera. Algo así como «Buscamos al señor x; creemos que llega a la estación de Zagreb a las once y media procedente de Budapest». Luego, una descripción. Y si alguien interviene la línea, estamos buscando a un delincuente.

La expresión de Pavlic era pensativa: «¿Podría funcionar?». Luego, lentamente, asintió más para sí que para Zannis.

—No está mal. Está bastante bien.

—Pero debo decirle que es peligroso.

—Desde luego. Pero también lo es cruzar la calle.

—¿Sabe su número de teletipo?

Pavlic se quedó con la mirada fija y al cabo reconoció:

—Ni idea. Empieza mal esta conspiración. —Luego añadió—. En realidad, quien maneja el aparato es una mecanógrafa.

—Yo sé mi número. ¿Me presta esa revista un momento?

Pavlic le alargó *El nudista moderno*. Zannis sacó un lápiz de un bolsillo de su guerrera y pasó las hojas hasta la última, donde un grupo de hombres y mujeres desnudos, con los brazos de unos sobre los hombros de los otros, sonreía a la cámara bajo el titular AMIGOS DEL SOL, DÜSSELDORF. Zannis escribió: «811 305 SAGR». —Las letras significan: Salónica, Grecia. Una vez que se conecte, el teletipo escribirá las iniciales de «quién es usted», y usted tecleará en respuesta su número. —Devolvió la revista a Pavlic—. Quizá no debería usted meterse en esto.

—¿El mensaje se transmite por línea telefónica?

—Telegráfica. A través de la central de Correos de Atenas.

—Creo que sería mejor que la mecanógrafa me enseñara cómo se hace.

—¿Es alguien de su confianza?

Pavlic lo pensó y admitió:

—No.

Empujando un carrito con una rueda chirriante, una enfermera iba pasando entre las camas.

—Ahí viene el almuerzo —dijo Pavlic.

Zannis se levantó para marcharse.

—Deberíamos hablar algo más sobre esto, mientras tengamos ocasión.

—Vuelva esta noche. Yo no voy a ir a ninguna parte.

*7 de diciembre.* Zannis no lamentaba estar en casa, pero su felicidad tampoco era completa. Esto último lo mantuvo oculto; ¿para qué arruinar el placer de la familia? Su madre se mostró muy tierna con él, su abuela le cocinó todo lo que creyó que le gustaría, y a dondequiera que fuese aquella primera semana, *Melissa* se mantenía a su lado: no iba a dejarle escapar otra vez. En cuanto a su hermano, *Ari*, este tenía

noticias emocionantes que omitió durante los primeros y alegres minutos de la llegada a casa, pero su madre se le adelantó:

—¡Y Ari tiene un trabajo!

Con tantos hombres ausentes, combatiendo, había empleos para cualquiera que deseara trabajar, y a Ari lo habían contratado como revisor en la línea de tranvías.

Insistió en que eso era algo que su hermano mayor tenía que ver por sí mismo. De modo que Zannis montó en el tranvía Cuatro, que iba a Ano Toumba, y le permitió exhibirse con orgullo. —Ari miraba de reojo para asegurarse de que la sonrisa de Zannis seguía en su sitio— mientras recogía los billetes y los perforaba con un artilugio plateado. Era muy concienzudo y se tomaba su tiempo, asegurándose de que lo hacía de la forma adecuada. Era inevitable que algunos pasajeros tuvieran prisa o se mostraran irritables, pero comprendían que Ari era una de esas almas delicadas que requieren un poco de compasión —¿era esa una característica nacional? Zannis sospechaba que podría serlo— y casi nadie lo reconvenía.

De este modo Zannis volvió a la vida cotidiana, pero no lo abandonaba cierta incomodidad. Capaz de oír solo por un oído, en ocasiones lo sobresaltaban sonidos repentinos, y consideró que eso era humillante. Una sensación que de ningún modo mejoró el hecho de que, inmediatamente antes de su retorno a Salónica, el ejército griego hubiera conseguido encontrar para él una medallita que se negó a lucir, y se mostraba reacio a responder a preguntas de cómo la había conseguido. Lo peor de todo, sentía la ausencia de un asunto amoroso; lo sentía en la falta de afecto, lo sentía mientras comía solo en los restaurantes, pero lo sentía más profundamente en la cama o fuera de la cama pero pensando en la cama. A decir verdad, todo el tiempo. En el caos que siguió al bombardeo de la escuela de Trikkala, alguna diosa se había hecho cargo de su condición de mortal y había rozado su mejilla con sus labios. Eso, imaginaba él, había afectado a aquella parte de su ser en la que alentaba el deseo. O quizá fuera solo la guerra.

La noche del día 7, Vangelis le ofreció una fiesta de bienvenida. Casi todos los asistentes eran personas a las que Zannis conocía, si bien, en algunos casos, solo de vista. Gabi Saltiel, más canoso y fatigado que nunca, continuaba conduciendo una ambulancia por las noches, pero se cambió el turno con otro conductor y llevó a su esposa a la fiesta. Sibylla, con su peinado en forma de casco, sobrecargado de laca para la ocasión, iba acompañada de su marido, que trabajaba como contable en un hotel. Había un par de mandos policiales, un consignatario de barcos, un abogado criminalista, un fiscal, dos profesoras de ballet a las que había conocido a través de Roxanne, un profesor universitario de economía e incluso una antigua novia, Tasia Loukas, funcionaría del ayuntamiento de Salónica.

Tasia —por Anastasia— se presentó tarde y él le tendió ambas manos mientras percibía la agradable y fuerte fragancia de algún perfume muy sensual. Era baja de estatura y muy vivaz, iba enteramente vestida de negro, tenía un oscuro pelo espeso, marcadas cejas y ojos también oscuros —y fieros— que desafiaban al mundo desde

detrás de unas gafas con cristales tintados de gris. ¿Tenía Vangelis algo en mente cuando invitó a Tasia?, se preguntó Zannis. Él había mantenido dos breves y fogosos episodios amorosos con ella, el primero hacía seis años y el segundo, unos meses antes de conocer a Roxanne. Tasia era muy libre y estaba decidida a seguir siéndolo. «Nunca me casaré —le había dicho—. La verdad es que me gusta ir con una mujer de vez en cuando. Una mujer me proporciona algo que nunca consigo de un hombre». Con eso se proponía ser provocativa, pensó Zannis, pero no se sintió especialmente provocado y le hizo saber que aquello no le preocupaba de manera especial. Y de veras era así. «Es muy emocionante —dijo ella—. Sobre todo porque debo mantenerlo en secreto». Un destello evocador iluminó el rostro de Tasia mientras hablaba, acompañado de una sonrisa deliciosamente perversa, como si evocara el día de su conquista.

Vangelis daba fiestas famosas por su calidad —excelente vino tinto, botellas y botellas— y tenía montones de discos de Duke Ellington. Mientras la fiesta se arremolinaba a su alrededor, Zannis y Tasia mantuvieron dos conversaciones. La hablada no tuvo nada de especial —cómo estaba él, cómo estaba ella—. La no hablada fue mucho más interesante.

—Sería mejor que fuera a saludar a Vangelis —dijo ella y, con renuencia, según le pareció a él, le soltó las manos.

—No te vayas sin decírmelo, Tasia.

—No lo haré.

Su lugar lo ocuparon el profesor de economía y su novia, en quien Zannis reconoció a una sobrina o prima del poeta Elias. Habían aguardado su turno para saludar al héroe. Preguntado sobre su experiencia de la guerra, Zannis ofreció una versión breve y muy corregida de las semanas pasadas en Trikkala, que terminó con estas palabras:

—En cualquier caso, al final hemos ganado.

El profesor miró por encima de su copa de vino.

—¿Realmente lo cree así?

—Lo vi. Y los periódicos no mienten.

El profesor emitió un sonido como un refunfuño en voz baja, que significaba: «Sí, pero». —Hemos vencido en el campo de batalla. Y si no los mandamos de vuelta a Italia, haremos tablas, lo que ya es bueno. Pero vencer de verdad, tal vez no.

—Qué cínico eres —dijo amablemente su novia.

Tenía un rostro largo e inteligente. Se volvió hacia la mesa que tenía al lado, pinchó un *dolma*, una hoja de parra rellena, la puso en un plato y procedió a cortarlo con el canto del tenedor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Cuanto más dure esto —explicó el profesor—, más probable será que Hitler tenga que detenerlo. El Eje no puede mostrar debilidad.

—Ya he oído eso —replicó Zannis—. Es una teoría. Hay otras.

El profesor bebió de su copa. Su amiga acabó de comer su *dolma*. Zannis no sabía cómo seguir con la conversación.

—Quizá tenga usted razón. Bien, entonces, ¿qué podemos hacer al respecto? ¿Retirarnos?

—Tampoco podemos hacer eso.

—O sea, que nos irá mal tanto si lo hacemos como si no.

—Sí —afirmó el profesor.

—No lo escuche —intervino la amiga del profesor—. Siempre ve el lado sombrío.

El guerrero que había en Zannis quería discutir: «¿Y qué hay del ejército británico?». Porque si Alemania los atacaba, su aliado llegaría con todas sus fuerzas por el Mediterráneo. Hasta el momento, Gran Bretaña y Alemania se bombardeaban mutuamente, pero la invasión de Inglaterra no se había producido. Según una teoría, tras Dunkerque, Hitler no creía que una operación anfibia de ese alcance pudiera tener éxito hasta que la RAF hubiese sido neutralizada.

Pero al profesor le aburría la política y se dirigió al bufé.

—El *mutabbal* está muy sabroso —dijo, a modo de conclusión.

Luego se le aproximó uno de sus antiguos colegas —bromas propias del departamento y anécdotas nostálgicas—, quien, a su vez, fue reemplazado por una mujer que daba clases en la Escuela de Ballet Monte Olimpo. ¿Sabía Zannis algo de Roxanne? No, ¿y ella? Ni una palabra, lo cual era muy alarmante, esperaba que Roxanne no estuviera metida en dificultades.

Unos minutos más tarde, Zannis supo que no lo estaba. Francis Escovil, el escritor de viajes inglés y, según Zannis sospechaba, espía, apareció como por arte de magia a su lado.

—Oh, está perfectamente. Hace dos semanas recibí una postal suya. Está en Inglaterra, en Blighty. Aguantando las bombas, pero feliz de estar en casa.

—Me alegra oír eso.

—Sí, sin duda tan atareada como una abeja. Es probable que por eso usted no haya sabido nada de ella.

—Desde luego —Zannis se disponía a decir «dele recuerdos», pero lo pensó mejor. Podía ser mal interpretado. En lugar de eso, preguntó—: ¿Cómo conoció usted a Vangelis?

—No lo conocía. Estoy aquí con Sophia, que da clases en la escuela.

—Oh.

Aquello planteaba más preguntas de las que contestaba, pero Zannis sabía que nunca oiría nada útil de labios del infinitamente escurridizo inglés. En realidad a Zannis no le gustaba Escovil, y este lo sabía.

—Oiga, podríamos comer juntos alguna vez —dijo Escovil, tratando de hablar como de pasada, como si aquello no guardara relación con lo anterior.

«¿Qué se propone?». —Podríamos, aunque estoy bastante ocupado. Llámeme al

despacho. ¿Tiene usted el número?

—Creo que podría encontrarlo...

«Apuesto a que lo encuentra». —... en alguna parte. Roxanne me lo apuntó en un papel.

Escovil seguía allí, sonriéndole sin irse.

—¿Sigue escribiendo artículos? —preguntó Zannis, en busca de un terreno seguro.

—Trato de hacerlo. He estado en toda clase de monasterios, hasta que me han salido monjes por las orejas. Fui a uno donde te izan por lo alto de un peñasco. Es la única manera de llegar. Un cesto grande y una cuerda deshilachada y vieja. Le pregunté al sacerdote: «¿Cuándo cambian la cuerda?». ¿Sabe lo que me contestó?

—¿Qué?

—¡Cuando se rompe!

Escovil se echó a reír, en voz alta y enseñando la dentadura.

—Es una buena historia, con tal de que no sea uno el que esté en el cesto. —Con el rabillo del ojo vio que Tasia se dirigía hacia él—. Hablaremos más tarde —le dijo a Escovil, y se volvió para ir al encuentro de Tasia.

—Me voy a casa —dijo ella.

—¿Podrías quedarte un poco más?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Soy el huésped de honor. No puedo irme todavía.

—Es verdad —reconoció. Lo miró a los ojos. No sonreía, pero jugaba con las comisuras de la boca—. Entonces me quedaré. Pero no mucho rato, Costa. Realmente no conozco a estas personas.

Él le tocó el brazo ligeramente, con dos dedos.

—Solo un poco.

Tenía un piso espacioso, cerca del ayuntamiento y, obviamente, caro. Siempre se preguntó de dónde sacaba el dinero Tasia, pero ella nunca decía nada al respecto. Quizá su familia, pensaba él. Una vez dentro, ella dio de comer a los gatos, llenó dos vasitos de *ouzo* e hizo sentar a Zannis en un sofá blanco. Ella se instaló en el otro extremo, se acurrucó en el rincón, se quitó los zapatos sacudiéndoselos, descansó las piernas en los cojines, pronunció «Salud», y alzó su vaso. Después de beber, ella dijo:

—Mmm. Toda la noche he estado deseando esto. Detesto beber vino. Quítate los zapatos y levanta los pies. Es mejor, ¿verdad? ¿Las fiestas hacen que te duelan los pies? A mí sí me duelen: los tacones altos, ¿sabes? Soy una campesina. Oh, sí, masajea más fuerte; bueno..., bueno... No pares, sí, ahí... Ahh, es perfecto. Ahora el otro, no quiero que se sienta olvidado... Sí, así, un poco más arriba, quizá... No, yo decía más arriba, continúa, continúa... No, hasta arriba del todo no; solo hasta ahí abajo, debajo del culo... Ahí, perfecto, te gusta. ¿Recuerdas?

Al día siguiente estaba cansado, y nada parecía muy importante. Tasia llevaba mucho tiempo sin amantes, y lo mismo le sucedía a Zannis. Ambos intentaron recuperar el tiempo perdido y lo consiguieron. Pero entonces, poco después de las once, en la que parecía otra mañana de trabajo, se encontró con algo más de lo que hubiera querido. Y con más de lo que se imaginaba.

Una carta. Traída por el cartero, que apareció en la puerta del despacho. No era lo habitual; el correo solía depositarse en un buzón en el vestíbulo del edificio, pero aquel día no fue así; aquel día el cartero cargó con su bolsa de cuero los cinco tramos de escalera, fue hasta la mesa de Zannis, esperó un momento a recobrar el resuello, alzó un sobre y preguntó: —¿Es para usted?

Obviamente se trataba de una carta de negocios, con el remitente impreso en la esquina superior izquierda:

Hofbau und Sohn Maschinenfabrik GmbH  
28, Heigenstrasse  
Brandenburg  
DEUTSCHLAND

Con una dirección escrita a máquina:

*Herr* C. N. Zannis  
Behilfliches Generaldirektor  
Das Royale Kleidersteiler  
122, Via Egnatia  
Salonika  
HELLAS

—Sí —dijo Zannis—. Es para mí.

En apariencia la carta procedía de un fabricante de tricotosas industriales, de Brandemburgo —no lejos de Berlín—, dirigida al subdirector general de la Compañía Real de Confecciones de Salónica. «Bien hecho», pensó.

El cartero se inclinó en dirección a Zannis y le habló en tono confidencial:

—No entro en que quiera usted hacer este tipo de cosas. En estos tiempos... Bueno, ya sabe a qué me refiero. Pero estuve a punto de devolver esto a la central de Correos, de modo que para lo sucesivo avíseme. ¿De acuerdo?

—Así lo haré. Y sepa que sabré apreciar este arreglo.

El cartero le guiñó el ojo.

—Cuente conmigo.

Cuando el cartero se hubo ido, Zannis abrió cuidadosamente el sobre con un

abrecartas y extrajo una única hoja doblada, que contenía una carta comercial, con la dirección impresa en el encabezamiento, y un texto mecanografiado.

30 de noviembre de 1940

Muy señor mío:

Paso a contestar su carta del 17 de noviembre.

Hemos recibido su giro postal por un importe de 232 RM.

Me complace informarlo de que con esta fecha se ha procedido a enviarle por ferrocarril los 4 recambios para motores y los 11 husos y 14 bobinas de repuesto para nuestro modelo de tricotosa 25-C.

Le agradecemos su pedido. Hofbau und Sohn confía en que siga usted satisfecho con nuestros productos.

Atentamente, S. Weickel

—¿Sibylla?

Zannis estuvo a punto de pedirle una plancha, pero se detuvo en seco. Ella respondió:

—¿Sí?

Pero él le dijo que no era nada. Se encargaría personalmente del asunto.

Porque preveía el futuro.

Sí, había alguna posibilidad de que las teorías más pesimistas sobre la evolución de la guerra fueran acertadas: Alemania salvaría la dignidad de su socio italiano e invadiría Grecia. Sí, los británicos enviarían una fuerza expedicionaria a Grecia, harían honor a su tratado. Pero Zannis sabía bien lo que había sucedido en Bélgica y en Francia, la caótica retirada de Dunkerque. Aquello no funcionó entonces y podría no funcionar esta vez. El ejército griego combatiría duramente, pero sería arrollado. No podría hacer frente a los blindados y la aviación de los alemanes. Salónica sería ocupada y sus habitantes resistirían. Él resistiría. ¿Y qué significaba eso? Significaba octavillas y emisiones de radio clandestinas, significaba sabotaje, significaba matar alemanes. Lo cual acarrearía represalias, investigaciones e interrogatorios. Él no podía, no quería comprometer a Saltiel y Sibylla, ponerlos en peligro con informaciones que no debían conocer. Si las conocían serían culpables.

Así pues, Zannis abandonó el despacho a mediodía, se encaminó al mercado, encontró un puesto de planchas usadas en todos los grados de deterioro y compró el mejor modelo eléctrico que tenían.

—Funciona bien —dijo el dueño del puesto.

—¿Cómo lo sabe?

—Puedo decírselo. Las entiendo. Esta se la dejaron en el Hotel Lux Palace, y las



inscripciones están en inglés.

Zannis regresó a su piso, dejó la plancha en la mesa de la cocina y se fue a su despacho, pero no podía esperar toda la tarde y volvió temprano a casa.

Primero hizo una prueba. Quemó unos papeles y, finalmente, ajustó el mando en Warm. Luego extendió la carta sobre una hoja de periódico en la mesa de madera de la cocina y presionó con la plancha el encabezamiento de la carta. Nada. La desplazó al texto situado en la parte media —«Me complace informarlo de que con esta fecha»—, pero nada otra vez. ¡No! Una marca borrosa había aparecido sobre la «p» de «complace». «Más calor». Movi6 el mando hasta Low, esper6 a que la plancha se calentara, presion6, cont6 hasta cinco y aparecieron partes de tres letras. Lo intent6 de nuevo, contando lentamente hasta diez, y all6 estaba: «... ción KALCHER UND KRO...».

Diez minutos m6s tarde, ten6a el mensaje completo, en peque6as letras may6sculas de color sepia, entre las l6neas del texto comercial:

Responda a la direcci6n KALCHER UND KROHN, abogados, 17, Arbenstrasse, Berl6n. Escriba como H. H. STRAUB. El 26 de diciembre, un hombre y su esposa, que viajan bajo el nombre de HARTMANN, llegan a Budapest procedentes de Viena, embarcados en una excursi6n de tres d6as en el vapor *Leverkusen*. 6l tiene 55 a6os y lleva corbata verde; ella, 52, y lleva un sombrero de fieltro tambi6n verde. ¿Puede usted ayudarles a llegar desde Budapest a Belgrado? Sepa que el 6ltimo env6o se perdi6 all6 al intervenir agentes de la Gestapo. ¿Puede usted encontrar un barco que zarpe de su puerto? Ayuda, por favor.

«El 6ltimo env6o» supuso que se refer6a a las hermanas Rosenblum, a menos que hubiera habido otros que 6l desconoc6a. Tambi6n perdidos. ¿Budapest? ¿C6mo diablos pod6a ser de ayuda en Budapest? No conoc6a a nadie en Hungr6a. ¿Por qu6 deber6a ser 6l quien ayudara? ¿Por qu6 cre6a Emilia Krebs que podr6a? ¿En qu6 se equivocaba aquella mujer? «No, c6lmate», se dijo. No es arrogancia. Es desesperaci6n. Y, pens6ndolo mejor, pod6a haber una posibilidad. En cualquier caso, lo intentar6a.

Aquella noche no lleg6 a dormir realmente. El mirar al techo daba paso a duermevelas intermitentes y a sue6os espantosos que lo despertaban, para volver a mirar al techo, con la mente disparada. Finalmente desisti6 y se present6 en el despacho a las siete y media. El fr6o de diciembre los hab6a alcanzado: el h6medo invierno mediterr6neo, la misma grisalla, con d6as cenicientos, la ciudad gris que

había llegado a apreciar en París. Encendió las luces del despacho y sacó una caja de sus fichas. Sí, su memoria no lo traicionaba: «Sami Pal». Su nombre húngaro verdadero, aunque cualquiera sabía. Pal era un apellido común en Hungría. Quizá fuera un alias.

Szamuel *Sami* Pal. Nacido en Budapest en 1904. Pasaporte húngaro B91-427 expedido el 3 de enero de 1922, posiblemente falso o alterado. También usa un pasaporte Nansen HK33156. Residente en Salónica desde el 4 de mayo de 1931 (visado renovable) en varias casas de huéspedes. Regenta un negocio en plaza Vardar, 14, en una habitación en un sótano realquilada a la arrendataria que ocupa el piso de encima, *madame Zizi*, echadora de cartas y astróloga. El negocio se conoce como Agencia Mundial - Investigación confidencial. Teléfono: Salónica 38-727.

Según los archivos policiales de Salónica: investigado (no imputado) por sustracción de documentos del despacho del cónsul francés en mayo de 1933. Detenido en septiembre de 1934 acusado por R. J. Wilson, ejecutivo de una compañía petrolera británica, de aproximación a su ayuda de cámara con fines de espionaje. Exonerado al negarse el ayuda de cámara a testificar, probablemente sobornado. Detenido en junio de 1938, acusado de venta de un pasaporte robado. Exonerado al no poder hallarse al testigo. Investigado por el Organismo de Seguridad Estatal (Spiraki). Noviembre de 1939. Consultada a la policía de Salónica. Ninguna conclusión remitida a esta oficina.

Previamente a su llegada a Salónica, Sami Pal se cree que escapó de la cárcel de una ciudad desconocida de Suiza, según un informante local, quien sostiene que Pal trafica con mercancías robadas de los almacenes portuarios, y también con pasaportes y documentos robados.

*9 de diciembre.* Para la entrevista, Zannis pidió que le prestaran una sala de interrogatorios en la comisaría del Distrito Segundo, que fue su último destino como detective. Sus antiguos amigos estuvieron encantados de verlo.

—Eh, Costa, grandísimo cabrón, ¿vuelves a reunirte con los esclavos?

Sami Pal aguardaba en un banco, en la sala de espera —llevaba allí mucho rato. Zannis se había asegurado de que así fuera— en medio de la lastimosa muchedumbre de víctimas y malhechores que siempre se encuentra en las comisarías. Para la ocasión, Zannis había escogido dos apoyos: la automática de Saltiel —su propia arma había desaparecido en el hundimiento de la escuela de Trikkala— y una chapa prendida en el cinturón, cerca de la hebilla, donde seguro que Sami Pal la vería.

Convocado por teléfono la tarde anterior, Sami presentaba un aspecto inmejorable. Pero siempre era así. Pocos años antes, un compañero detective lo había

localizado en una taberna del barrio de Bara y Zannis lo había visto, como suele decirse, rondando por allí. Muy acicalado, llevaba el traje más barato que había podido encontrar, de un gris metálico, corbata con estampado de flores, gabardina doblada sobre el regazo y un clavel blanco en el ojal; un reloj grande y caro, que podía ser de oro, un anillo con lo que seguramente era un diamante, y una sonrisa nerviosa pero muy abierta. Cuando Zannis se le acercó —«Hola, Sami, vamos a hablar un rato»— se dio cuenta, por el mareante aroma de clavo, que Sami había visitado al barbero. Para Zannis y para el mundo en general, a Sami Pal, con cara de diablillo vicioso, le cuadraba el viejo dicho: «Después de que se va, contamos las cucharas». La sala de interrogatorios tenía una amplia ventana con una rejilla de alambre, una gastada mesa y dos sillas. Zannis se presentó, rebajándose el rango:

—Soy el capitán Zannis.

—Sí, señor. Sé quién es usted.

—Oh. ¿Y quién soy, Sami?

La prominente nuez de Sami subió y volvió a bajar.

—Usted es importante, señor.

—Importante para ti, Sami. Esa es la verdad.

—Sí, señor. Lo sé.

—¿Te gusta Salónica?

—Hum, sí. Sí, señor. Es una hermosa ciudad.

—¿Piensas quedarte aquí?

Tras una pausa, Sami dijo:

—Me gustaría, señor.

Zannis asintió. ¿Quién no querría quedarse en una ciudad tan hermosa?

—Bien, creo que es posible. Sí, muy posible. ¿Tienes suficiente trabajo?

—Sí, señor. Estoy ocupado. Siempre hay maridos y mujeres que sospechan lo peor. Las cosas del amor, señor.

—¿Y los pasaportes, Sami? ¿Trabajas en eso?

De nuevo la nuez del húngaro subió y bajó.

—No, señor. Nunca. Nunca hice tal cosa.

—No me mientas.

Zannis dejó que Sami Pal se justificara.

—Ahora no, señor. Quizá en el pasado, cuando necesitaba dinero, tal vez, pero ahora no, se lo juro.

—Muy bien, digamos que te creo.

—Gracias, señor. Puede usted creer a Sami.

—Y ahora, ¿qué tal si yo necesitara un favor?

El rostro de Sami Pal reveló el alivio que sentía. Aquello no era lo que había temido, y había tenido veinticuatro horas para considerar sus pecados recientes. Pasó el dedo por el clavel y dijo:

—Cualquier cosa. Cualquier cosa, lo que sea. Usted dirá, señor.

Zannis encendió un cigarrillo, tomándose su tiempo.

—¿Quieres uno de estos?

Advertía que Sami deseaba uno, pero no se atrevía a aceptarlo.

—No, señor. Muchas gracias, de todos modos.

—Dime, Sami, ¿tienes contactos en Budapest?

Sami Pal quedó sorprendido. Aquello era lo último que pensaba oír, pero reaccionó con rapidez:

—Los tengo. Viajo allí dos o tres veces al año, para ver a algunos amigos con los que me crié. Y a mi familia. También a ella la veo.

—Esos amigos, ¿tienen empleos? ¿Cinco días a la semana? ¿Llevan el sueldo a casa y lo entregan a su mujer? ¿Es eso lo que hacen?

—Algunos de ellos... lo hacen. Son personas de lo más normal.

—Pero no todos.

—Bueno...

Sami se quedó con la boca abierta, pero no pronunció palabra.

—Por favor, Sami, no me jodas. ¿De acuerdo?

—No lo pretendía; quiero decir... que no... sí, no todos ellos hacen eso. Uno o dos de ellos, hum, viven a su manera.

—Delincuentes.

—Algunos los llamarían así.

—Ese es el favor, Sami. Eso es lo que te mantendrá en esta hermosa ciudad. Eso es lo que puede impedir que yo meta tú triste culo en un tren y te mande a Ginebra. Y puedo hacerlo, porque tú tenías razón. Soy importante, y ahora, muy importante para ti.

—Son delincuentes, capitán Zannis. Así es como se vive en esa ciudad si no has nacido en una buena familia. Si no te inclinas ante los que mandan; tienes que buscar una manera de sobrevivir. Así que haces un poco de esto y otro poco de aquello, y llega un día en que no puedes volverte atrás, tu vida es la que es, y tus amigos, la gente que te protege, que te ayuda, están fuera de la ley. No es muy bueno. Porque terminas con que los polis van a por ti o, más adelante, algún otro tipo, de otra parte de la ciudad, te mete una bala en la tripa. Entonces es hora de irse; ha estado bien, y adiós mundo. Allí las cosas son así. Siempre han sido así.

—Esos amigos no son «lobos solitarios».

—Oh, no, allí no. Yendo por tu cuenta no durarías mucho.

—¿O sea, que forman bandas? ¿Es esa la palabra? ¿Como los sicilianos?

—Sí, señor.

—¿Tienen nombres esas bandas?

Sami Pal se quedó pensativo, preparándose para mentir o porque dudaba de verdad. Zannis no estaba seguro. Finalmente dijo:

—A veces nosotros usamos el... hum, o sea, a veces ellos usan el nombre de su jefe.

Ese «nosotros» interesó a Zannis. Era el extremo de una cuerda, tal vez, de la que podía tirarse cuidadosamente hasta que condujera a algún lugar, quizá a mercancía robada o a prostitutas que viajaran entre las dos ciudades. Y no años atrás, sino aquella misma semana. Pero ese indicio solo tenía interés para Zannis el policía, no para Zannis el activista de una red clandestina. Así pues, dijo:

—¿Y a cuál pertenecías tú, Sami? Cuando vivías allí.

Sami Pal bajó la mirada hacia la mesa. Fuera lo que fuese, no era una rata, un soplón. Al principio, Zannis, por instinto, se sintió impulsado a mostrar enfado, pero se contuvo.

—Si me das su nombre no será investigado, Sami. Tienes mi palabra.

Sami Pal tomó aliento, levantó la vista y dijo:

—Gypsy Gus.

—¿Cómo?

—Gypsy Gus. ¿No conoce a Gypsy Gus?

—¿Por qué habría de conocerlo? ¿Es gitano?

Sami Pal se echó a reír.

—No, no. Se fue de Hungría de joven y se convirtió en luchador, un famoso luchador en Estados Unidos, capitán, en Chicago. Pensé que tal vez usted sabía quién era. Fue famoso.

—Entonces, ¿cuál es su verdadero nombre?

Al cabo de un momento, Sami Pal dijo:

—Gustav Husar.

Zannis repitió el nombre para sus adentros, hasta que lo memorizó. No iba a escribir nada delante de Sami Pal. Todavía no.

—Dime lo que hacen Husar y sus amigos.

—Lo acostumbrado. Prestan dinero, protegen a los comerciantes de la vecindad, ayudan a alguien a vender algo que no necesita.

Zannis hizo un esfuerzo por no romper a reír por la forma en que Sami Pal consideraba el delito. Ni que fueran *boy scouts*.

—En cualquier caso, así es como solía ser.

En los buenos tiempos pasados.

—¿Y ahora?

—Ahora domina la mala sangre. No solía ser así, cada cual tenía su parte de la ciudad, cada cual se ocupaba de su propio negocio. Pero luego, hará unos tres años, algunas de las, bueno, las que usted llama bandas, establecieron relaciones amistosas con algunos policías, quizá hubo dinero que cambió de manos, y la idea era ayudar a ciertas personas y quizá perjudicar a otras. Después de que Hitler se hiciera con el poder en Alemania, señor, en Budapest se nos vino encima lo mismo: tipos de uniforme marchando por las calles. Había en la ciudad personas a las que les gustaba lo que decía Hitler, que pensaban que era el tipo de vida que debía adoptarse en Hungría. Pero no mi gente, capitán, no mi gente.

—¿Por qué no, Sami? ¿Por qué no tu gente?

—Bien, nosotros estábamos siempre en Pest. El río nos separaba de los esnobs de Budapest. Es para las clases trabajadoras, ¿sabe? Nosotros no somos rojos, nunca lo fuimos, a diferencia de los rusos, pero no podíamos dejar que aquellos tipos se salieran con la suya. Hubo peleas. Porque si los trabajadores estaban tomándose una copa en un sitio y se presentaban unos fulanos con barras de hierro buscando camorra, nosotros echábamos una mano. Quizá alguno de los nuestros tenía una pistola y sabía usarla, ¿comprende?

«Lo tengo». Pero Zannis se limitó a asentir.

—¿Y qué hay de los judíos en Budapest?

Sami se encogió de hombros.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Qué es lo que... tu gente piensa de ellos?

—Les traen sin cuidado. Había uno que solía trabajar con nosotros. Ahora está en chirona, pero a nadie le importaba lo que era. —Tras una pausa, Sami Pal prosiguió—: Sabíamos que era judío, pero no se dejaba mechones de pelo por los lados ni llevaba barba ni nada, y tampoco usaba sombrero.

Zannis tamborileó en la mesa con los dedos. ¿Funcionaría aquello?

—Ese Gypsy Gus, Gustav Husar, ¿tiene aspecto de gitano?

—No, señor. —Sami Pal sonrió ante la idea—. Lo hicieron pasar por gitano porque procedía de Hungría, y así lo sacaban en las fotografías. Bigotazo, como el de un organillero, un aro de oro en la oreja, una camisa estrambótica y un sombrero. Ya sabe, capitán, Gypsy Gus.

—¿Y dónde podría encontrarlo en Budapest?

Sami Pal se quedó helado. Con los ojos de la imaginación ya veía a su antiguo jefe capturado por la policía —pistolas apuntándole, sacando las esposas—, y todo porque Sami Pal lo había vendido a los polis de Salónica.

Zannis leyó perfectamente sus pensamientos. Con la mano extendida, la palma hacia la mesa, hizo el gesto que significaba «Tranquilo, tranquilo». Y suavizó su tono:

—¿Recuerdas mi promesa, Sami? Te lo he dicho. Nadie va a hacerle nada a tu amigo. Yo solo quiero hablar con él. No sobre un delito. A mí no me importa lo que haya hecho. Necesito su ayuda, nada más. ¿Recuerdas el letrero en tu puerta, en la plaza Vardar? Pone investigación confidencial. Bien, pues ahora te han encargado una. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran, y continuó—: Y será confidencial, Sami, un secreto, para siempre, entre tú y yo. No te vas a ir de la lengua con tus amiguitas, ni se la vas a jugar a tu amigo de la policía. ¿Entendido?

—Sí, señor. Tengo su promesa.

Su tono era el de un escolar.

—¿Y...?

—Le podrá encontrar en el Ilka's Bar. Cuando Gypsy Gus trabajaba de forzado en

un circo, en Esztergom, antes de irse a Chicago, Ilka era su, hum, su ayudante en la pista, con faldita y todo eso.

Ahora Zannis puso un bloc y un lápiz sobre la mesa, frente a Sami Pal.

—Escríbemelo, Sami, para que no me olvide. El nombre del bar y la dirección.

—Yo solo sé escribir en húngaro, capitán.

—Pues escríbelo en húngaro.

Zannis aguardó pacientemente mientras Sami Pal trazaba las letras, una por una, en el papel.

—No sé la dirección; solo sé que está debajo del puente Széchenyi, el puente de las cadenas, en el lado de Pest, en un callejón detrás de la calle Zrínyi. No hay placa, pero todo el mundo conoce el Ilka's Bar.

—¿Y cómo funciona eso? ¿Dejas un mensaje en el bar?

—No, el bar es su... despacho. Creo que se podría decir así. Pero no aparece hasta la tarde, capitán. A Gypsy Gus le gusta levantarse tarde.

*11 de diciembre.* Ahora venía la parte difícil. Tenía que decírselo a Vangelis. Podía hacer lo que se proponía a espaldas del mundo entero, pero no de Vangelis. Zannis telefoneó y luego se dirigió al despacho de la jefatura superior de policía, en la misma plaza que el ayuntamiento. Vangelis estaba como siempre: mata de pelo blanco, tupido bigote blanco amarillo por la nicotina, porque llevaba fumando toda su larga y agitada vida. Y a medida que pasaba el tiempo, una expresión cada vez más traviesa se le había dibujado en su rostro, en sus ojos y en la disposición de la boca: «Conozco el mundo. Valiente broma». Vangelis le ofreció un café, traído de un *kafeneion*, y ambos encendieron unos cigarrillos Papastratos nº 1.

Dedicaron unos minutos a hablar de la salud y de la familia.

—Su hermano se desempeña estupendamente como revisor en los tranvías, ¿eh?  
—dijo Vangelis, y el placer de este cambio de suerte en la vida de Ari producía una sonrisa particularmente beatífica en san Vangelis, la cual desapareció cuando dijo—: El alcalde sigue telefoneándome a propósito de su sobrina, Costa. ¿Qué hay de ese periquito perdido?

Zannis meneó la cabeza.

—¿Quiere que escriba otro informe? ¿Diciendo que seguimos buscando?

—Lo que sea, por favor, para quitarme de encima a ese idiota.

Zannis dijo que redactaría el informe, y luego le explicó a Vangelis lo que se proponía hacer. Sin nombres, sin detalles. Solo que trataba de ayudar a algunos fugitivos a cruzar los Balcanes, y que por ese motivo podía pasar uno o dos días en Budapest.

Vangelis no reaccionó. O quizá su reacción consistió en no reaccionar. Tomó un sorbo de café, dejó la taza y dijo:

—En tren se tarda mucho en llegar a Budapest. Si le conviene no alejarse de su

trabajo tanto tiempo, quizá debería volar. Los aviones vuelven a funcionar, de momento.

—Creo que no tengo dinero para ir en avión.

—Oh, bueno. Si es por eso... —Buscó en el cajón inferior de su mesa y sacó un talonario de cheques. Mientras escribía dijo—: Es para el Banco de Comercio y Depósitos, en la calle Victoros Hougo, cerca de la legación española. —Vangelis arrancó cuidadosamente el cheque del talonario y se lo alargó a Zannis. La firma decía «Alexandras Manos», y la cantidad ascendía a mil francos suizos—. No lo presente en la ventanilla, Costa. Entréguéselo al señor Pereira, el director.

Zannis levantó la vista del cheque y enarcó las cejas.

—¿Conoció al señor Manos? Un gran tipo, tenía una tienda de paraguas en Monastir. Lamento decirle que falleció hace mucho.

—No, no lo conocía —dijo Zannis, captando la ironía en la voz de Vangelis.

—En un trabajo como el mío, uno tiene que disponer de esta clase de recursos, Costa. A lo largo de los años han sido muy útiles. Esenciales.

Zannis asintió.

—¿Algo más, Costa? Sí, lleve su arma y su placa para su viaje a Hungría, muchacho. Será un servidor de la ley, un asunto oficial.

—Gracias, jefe.

—Oh, no se preocupe. Piense que quizá ha llegado el momento en que deberá disponer de una de esas cuentas para usted, considerando... sus intenciones. Ahora, déjeme ver... —Vangelis se quedó pensativo un momento, se recostó en su silla y luego se enderezó—. ¿Conoce a Nikolas Vasilou?

—Sé quién es, claro está, pero no lo conozco.

Vasilou era uno de los hombres más ricos de Salónica y probablemente de toda Grecia. Se decía que compraba y vendía barcos, en particular petroleros, como si fueran caramelos.

—Debería conocerlo. Avíseme cuando regrese y haré alguna gestión.

Zannis se dispuso a darle las gracias una vez más, pero Vangelis lo interrumpió:

—Necesitará dinero, Costa.

Zannis comprendió que era el momento de irse y se puso de pie. Vangelis se levantó a medias de su butaca y le tendió la mano. Zannis la tomó: frágil y leve. Eso lo afectó: nunca pensaba en su jefe como un anciano, pero lo era.

Vangelis sonrió e indicó con una mano la puerta, invitando a Zannis a abandonar su despacho. Eso significaba: «Ahora váyase y haga lo que tiene que hacer». Un gesto seco, pero afectuoso más allá de las palabras.

Al día siguiente estuvo ocupado. En primer lugar, y debido al personal ausente — la guerra, la jodida guerra—, su oficina tenía que encargarse de algunas investigaciones criminales rutinarias. Así, ahora se les había asignado el asesinato, en



Ano Toumba, de un trabajador portuario al que se halló apuñalado en su cama. Nadie tenía idea de quién lo hizo ni por qué. A mediodía, Zannis y Saltiel habían hablado con los estibadores, y luego con algunos de los parientes de aquel hombre. No estaba casado, no podía permitírsele, no jugaba ni frecuentaba a las chicas de Bara, ni había causado mal a nadie. Trabajaba duramente, jugaba al dominó en la taberna, y esa era su vida. Entonces, ¿por qué? Nadie lo sabía, nadie ofreció siquiera las acostumbradas teorías de majadero.

Después del almuerzo hizo efectivo el cheque de Vangelis, visitó la legación húngara, donde le dieron el visado, y luego adquirió un billete en la oficina de la TAE: hasta Sofía y de allí, por Lufthansa, a Budapest. Con el billete en la mano, no dejaba de sentirse emocionado, pues nunca había viajado en avión. Bien, ahora viajaría. No tenía miedo. Ni el más mínimo.

Pasadas las seis llegó frente a su portal, donde fue saludado por *Melissa*, que lo esperaba, subió cansadamente las escaleras y encontró que la puerta no tenía echada la llave. Y a Tasia Loukas desnuda en su cama.

—Me acordé de dónde dejabas la llave. Encima de la puerta.

Se apoyaba en un codo, llevaba sus gafas de cristales tintados y leía la versión griega de una de las novelas francesas de espías que tenía Zannis, *El hombre de Damasco*.

—No te contrariará verme, ¿verdad?

Le bajó la sábana hasta la cintura y la besó suavemente por dos veces, a modo de respuesta. Luego se fue a la cocina y dio a *Melissa* un hueso de carnero, un pedazo de pan y dos huevos.

—Tengo que darme una ducha —dijo al regresar al dormitorio—. Verdaderamente debo dármele, ha sido un día complicado.

—Te reservo una sorpresa —dijo Tasia.

—Oh.

—Pero luego. A las once tenemos que irnos.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verás. Es una bonita sorpresa.

Empezó a desabrocharse la camisa, y ella lo observó atentamente mientras se desnudaba.

—Veo que ahora te planchas tú mismo la ropa.

La plancha seguía en la mesa de la cocina.

—Sí. Un pequeño ahorro.

—Me gustaría ver cómo lo haces —dijo ella, divertida—. ¿Me dejarás?

—Estoy aprendiendo.

Se quitó los calzoncillos y se agachó para recogerlos.

—Ven y siéntate conmigo un momento. No me importa que huelas mal.

¿Cómo negarse?

Se sentó en el borde de la cama y ella empezó a acariciarlo, observando el

resultado con ojo de experta.

—Estuve imaginándolo todo el día en el trabajo —dijo con voz tierna—. Una vocecita en mi cabeza no dejaba de decirme: «Tasia, necesitas un buen polvo», así que aquí estoy. ¿Creías que estabas demasiado cansado?

—Me lo preguntaba.

—Pues no lo estabas, como puede verse.

Se despertó de repente y miró el reloj: las 9:33. Podía oír la lluvia repiquetear en el callejón de Santarozza, y un suave ronquido de *Melissa*, que ahora se detuvo súbitamente porque ella también se había despertado, un instante después que él. Siempre lo sabía. ¿Cómo? Un misterio perruno. Tasia dormía boca abajo, con el brazo bajo la almohada, la boca abierta y el rostro levemente contraído por un sueño. Movía los labios: ¿a quién le estaba hablando? Mientras la observaba, ella abrió un ojo.

—Estás despierto.

—Llueve.

Primer ataque de una campaña para que se quedaran en casa.

Ella se sentó, arrugó la nariz y luego saltó de la cama y, meneando las caderas, se dirigió al baño, cerró casi del todo la puerta y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—Humm.

Cuando salió, empezó a rebuscar en su ropa, que estaba doblada en una silla.

—Tengo que contarte una historia divertida —dijo mientras se ponía las bragas.

«Oh, no, sigue queriendo salir». No habían comido nada, así que tendría que llevarla a algún sitio, aunque para él hacer el amor era un sustituto del alimento.

—¿Ah, sí?

—Me olvidé de contártela.

Zannis esperó mientras ella se ponía el sostén, que se abrochó por delante para darle luego la vuelta.

—Tengo un sobrinito. Un chico guapo, de unos cuatro años. ¿Y sabes lo que hizo? Cuando te lo diga no lo creerás.

—¿Qué?

—Trató de matar a Hitler.

—¿Qué?

—Trató de matar a Hitler. Tienen una de esas radios de onda corta, y estaban escuchando un programa musical. Luego dieron las noticias y allí estaba Hitler, gritando y chillando, y la muchedumbre ovacionándolo. Ya sabes cómo suena eso. En cualquier caso, el crío escuchó un momento, luego cogió un lápiz y lo clavó en el altavoz.

Tasia se echó a reír. Zannis rió también y dijo:

—Tiene gracia. ¿De verdad ocurrió eso?

—Sí —confirmó. Se puso un suéter negro, y luego se peinó, echándose el pelo hacia atrás con los dedos—. ¿Tienes hambre?

La sorpresa realmente lo fue. Salieron del piso, se detuvieron en una taberna para tomarse unos calamares fritos y un vaso de vino, y Tasia le dijo lo que había planeado. Un amigo suyo era el dueño de un cine que, hasta el intercambio de poblaciones de 1923, había sido una mezquita turca, y había conseguido una copia de *El gran dictador*, de Charlie Chaplin.

—No habrá subtítulos —advirtió Tasia—, pero tú entiendes el inglés, ¿verdad?

—Algo. No mucho.

—No te preocupes, te las apañarás. Hace un pase para los amigos. De otro modo tendríamos que esperar mucho tiempo para el estreno oficial.

La proyección estuvo acompañada de considerables bisbiseos, pues había personas que pedían a sus vecinos que les explicaran el diálogo, pero no importaba. A Hitler se le llamaba Adenoid Hynkel y Mussolini aparecía como Benzino Napaloni, que Zannis suponía que era gracioso si uno hablaba inglés. Mussolini tomaba el pelo, atormentaba y manipulaba a su colega dictador, lo cual tampoco necesitaba traducción. Si bien era la primera película sonora de Chaplin, la acción cómica era lo mejor del film. Todos reían con la lucha por la comida y aplaudieron la danza de Hitler con un enorme globo terráqueo, en la que daba literalmente puntapiés al mundo. El discurso político final fue pronunciado en griego por el dueño del local, quien se situó a un lado de la pantalla y lo leyó de un folio.

Zannis no encontró tan graciosa la manera en que Mussolini provocaba a Hitler. La película había sido prohibida en Alemania, pero Hitler la había visto en una sesión privada. Aquel personajillo solapado que era Goebbels había hecho que la viera. A Hitler no le gustó. Así pues, ¿consideraba un cómico que los socios del Eje resultaban ridículos? Quizá él hubiera escrito otro guión. Cuando hubo terminado la película y el público se dispersó en la calle, Zannis no sonreía. Y, según vio, no era el único.

—¡Qué! —exclamó una Tasia triunfante—. ¿Qué crees que pensará Adolf de eso?

—No sabría decírtelo —respondió Zannis—. Se lo preguntaré cuando venga por aquí.

*14 de diciembre.* El avión Bréguet dio sacudidas y se agitó al luchar contra las turbulencias sobre las montañas. Zannis se alarmó al principio, pero luego se relajó y disfrutó de la vista. Demasiado pronto descendieron al aeropuerto de Sofía, luego se precipitaron hacia la pista —demasiado rápido, demasiado rápido— y, en el momento en que las ruedas chocaban con el asfalto y Zannis se aferraba a los brazos de su

asiento, algo estalló en su oído izquierdo, y el ruido de los motores se hizo súbitamente más fuerte. ¡Podía oír con ambos oídos! Estaba feliz, y dedicó una amplia sonrisa a un adusto oficial de aduanas búlgaro, lo cual hizo concebir a este más sospechas de las habituales.

Anocheceía cuando aterrizaron en Budapest, y Zannis tomó un taxi hasta la estación del ferrocarril y se registró en uno de los hoteles al otro lado de la plaza. En su habitación, miró por la ventana. Contemplaba los grandes copos de nieve arrastrados por el viento que danzaban, a la gente apeándose apresuradamente de los trenes o montando en ellos, sujetándose los sombreros para que no volaran. Buscó a los hombres que vigilaban la estación. ¿Qué les ocurría a los fugitivos que llegaban allí? ¿Quién los cazaba? ¿Cómo se organizaba aquello?

Al día siguiente, esperó hasta la una de la tarde, cruzó en un taxi el puente Széchenyi y se dirigió al Ilka's Bar. El local era pequeño y oscuro, y estaba casi vacío: había un único cliente, una mujer alta y atractiva que llevaba un sombrero con velo. No era una cliente habitual, pues se sentaba nerviosa y erguida, mirando directamente hacia delante, retorciendo un pañuelo en las manos.

A Gustav Husar no se lo veía por ninguna parte. Excepto en las paredes: una brillante fotografía de un amenazador Gypsy Gus aplicando una llave a la cabeza de un tipo calvo, con unos leotardos de lentejuelas, y recortes enmarcados de periódicos: Gypsy Gus con el brazo en torno a una actriz rubia que sujetaba una larga boquilla con su mano enguantada; Gypsy Gus flanqueado por cuatro hombres que solo podían ser gánsters de Chicago; Gypsy Gus sentado sobre otro luchador mientras el árbitro alzaba su mano, dispuesto a dar una palmada en la lona.

Zannis tomó una taza de café y luego otra. Unos cuarenta y cinco minutos después de su llegada, dos hombres entraron en el bar, caminando pausadamente, uno con un ligero bulto bajo el hombro izquierdo de su abrigo. Hizo una seña con la cabeza al camarero, miró a la mujer y dirigió una prolongada mirada a Zannis, que mantenía la vista fija en su taza de café. Cuando el otro hombre se fue, el camarero cogió una naranja, la partió por la mitad y empezó a exprimirla. Como en el Ilka's reinaba el silencio, el rumor del zumo al caer en un vaso sonó bastante alto.

El cálculo del tiempo que hizo el camarero fue exquisito, de tal modo que cuando Gustav Husar entró en el bar pudo llevarse su vaso de naranjada a una mesa del rincón. Zannis se dispuso a levantarse, pero la mujer alta ya se apresuraba hacia la mesa. No quedaba mucho del luchador Gypsy; solo los hombros cuadrados y el cuerpo macizo de un hombre forzado de nacimiento y ahora ataviado con un abrigo de cachemir y un elegante pañuelo de seda. Su voluminosa cabeza, cubierta con una boina negra, únicamente conservaba un mechón de cabellos grisáceos. Tenía las facciones toscas y sus orejas eran carnosas en los bordes. Los ojos, muy juntos y penetrantes. La palabra que acudió a la mente de Zannis fue «astuto».

Mientras Husar y la mujer hablaban en susurros, ella se llevó la mano bajo el velo y se secó los ojos con el pañuelo. Husar le dio unos golpecitos en el brazo, ella abrió

el bolso y sacó un sobre. Se lo alargó a Husar, quien lo deslizó al bolsillo de su abrigo. Luego ella se dirigió a toda prisa a la puerta, con la cabeza alta pero todavía secándose los ojos. El hombre del abrigo con el bulto se acercó de pronto a la mesa de Zannis y le dijo algo en húngaro. Él le indicó que no comprendía.

—Hablo alemán —dijo en ese idioma—. Y un poco de inglés.

Previendo las dificultades que tendría para hablar con precisión con el húngaro, se había estudiado con un libro de frases las palabras que sabía que iba a necesitar.

El hombre se volvió, fue a donde estaba Husar y habló brevemente con él. Husar se quedó mirando un momento a Zannis y luego se le acercó. Como Zannis había dado por sentado, Husar preguntó:

—¿Habla usted inglés?

—Algo.

—¿De dónde es usted? Ilka está en el despacho. Ella lo habla todo.

—¿Griego?

—¡Griego! —Husar se lo quedó mirando como si fuera una novedad pensada para diversión suya—. Usted tiene todo el aspecto de ser un poli griego.

—¿Cómo sabe que soy poli? —preguntó Zannis pronunciando cuidadosamente cada palabra.

Husar se encogió de hombros.

—Lo sé. Siempre lo sé. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Un favor. Necesito un favor. Sami Pal me dio su nombre.

Aquello no le gustó a Husar.

—Oh —se limitó a exclamar, pero era más que suficiente.

—Sami me dio su nombre, señor Husar, nada más.

—De acuerdo. ¿Y entonces?

—Un favor. Y le pagaré por él.

Husar se relajó visiblemente. Un poli corrupto, entendió.

—¿Sí? ¿Y cuánto paga usted?

—Dos mil dólares.

Husar juró en húngaro y abrió mucho los ojos.

—Yo no mato a políticos, señor...

—Zannis. Mi nombre de pila es Costa.

—¿Su verdadero nombre? A mí me da igual, pero...

—Lo es.

—Conforme. ¿Qué quiere de mí?

«Voy a decirle que no, pero quiero oír de qué se trata». —¿Conoce a personas huidas de Alemania?

—A algunas, sí. Las que han tenido suerte.

—Yo las ayudo.

Husar le dirigió una prolongada e inquieta mirada. Finalmente preguntó:

—¿No será usted de la Gestapo?

—No. Pregunte a Sami.

—De acuerdo. Tal vez le crea. Pongamos que usted me da dos mil dólares. Y luego ¿qué?

—Unas personas abandonan... —Por un momento el inglés de Zannis le falló; luego funcionó—. Unas personas abandonan el barco que procede de Viena y toman el tren hacia Yugoslavia. Zagreb, tal vez Belgrado. Usted las oculta y las ayuda a tomar el tren.

Husar hinchó los carrillos, resopló y adoptó una expresión de inseguridad.

—No es a eso a lo que me dedico, señor. Yo dirijo negocios aquí, en Budapest.

—Esto es un negocio.

—Eso no es un negocio, no me vacile. Es política.

Zannis esperó. Husar bebió de su zumo.

—¿Quiere zumo de naranja?

—No, gracias.

—Le he preguntado si era de la Gestapo porque andan por ahí rondando, ¿comprende? Y esos individuos usan trucos. Trucos astutos. —Se inclinó hacia delante y dijo—: Los alemanes tratan de apoderarse de esto. Y hay húngaros dispuestos a ayudarlos. Pero yo no. Nosotros no, ¿sabe? ¿Tienen también ese problema en Grecia?

—No.

—Pues aquí sí. —Bebió más zumo y tomó una decisión—. ¿Cómo averiguo yo qué personas son? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—¿Tiene algún poli conocido, señor Husar?

—Gus.

—Gus.

—Sí, desde luego lo tengo. Algunos.

—Le enviaría... un telegrama, un telegrama policial.

—¿Sí? ¿Como una orden de busca y captura?

—Sí. Ese policía tiene que ser detective.

—Lo tengo. Es fácil.

—Deme solo el nombre.

—Primero los dólares, señor.

—Dentro de una semana.

—¿No los trae?

Zannis negó con la cabeza.

Husar estuvo a punto de echarse a reír.

—Solamente un poli...

—Tendrá el dinero.

—De acuerdo. Vuelva esta noche. Entonces, quizá.

Zannis se levantó. Husar lo imitó y se estrecharon las manos. Husar dijo:

—El dinero no es para mí. Yo podría hacerlo de balde, porque no me gustan los

alemanes y yo no les gusto a ellos. Así que deje que me informe sobre usted. Llamaré a Sami hoy mismo.

—Volveré por la noche.

Aquel atardecer volvió a nevar. Grandes y lentos copos iban a la deriva frente a las farolas, pero el Ilka's Bar era cálido, resplandeciente y estaba atestado. Se echaba de ver que era una cueva de ladrones, pero se respiraba como un aire de estar en familia. Gustav Husar reía y bromeaba, y apoyó un voluminoso brazo sobre los hombros de Zannis, dando a entender que encajaba allí, entre sus muchachos. Matones de todas clases, al menos dos de ellos con cicatrices de cuchilladas en la cara, y sus mujeres cargadas de maquillaje. Había incluso un adolescente, con piel oscura e inquietos ojos oscuros, que le dijo a Zannis que se llamaba Akos. Hablaba un poco de alemán, el tal Akos, y le explicó que su nombre significaba «halcón blanco». De lo cual se sentía muy orgulloso. Zannis tuvo la sensación de que era peligroso. Los polis sabían esas cosas. Muy peligroso. Pero aquella noche estaba tan amistoso como el que más. Zannis conoció también a Ilka, antaño hermosa, todavía *sexy*, y fue ella quien le entregó una hoja de papel con el nombre de un policía, un número de teletipo y una manera de mandar el dinero —por giro telegráfico— a cierta persona en cierto banco.

«La gente de Sami Pal —pensó Zannis—, estaba muy organizada».

*19 de diciembre.* Vangelis podía haber esperado semanas para poner en contacto a Zannis con el dinero secreto, y Zannis no hubiera dicho una palabra, pero cada mañana había titulares de periódicos, y discursos por la radio, y conversaciones en las tabernas, de modo que nadie esperaba semanas para hacer algo; ya no.

Así que Vangelis telefoneó la mañana del día 19. «Venga a almorzar —dijo— al Club de Salonique, a la una y media. ¿Sí?». «Sí». Se acercaba con rapidez el 26 de diciembre, cuando los «Hartmann» abandonarían Berlín, y Zannis sabía que debía ingresar los dos mil dólares en la cuenta que Husar controlaba en Budapest.

Zannis fue rigurosamente puntual, pero se había equivocado. Ese fue su primer pensamiento. Por los vasos en la mesa y por el cenicero, podía ver que Vangelis y Nikolas Vasilou llevaban allí un rato. Entonces, cuando ambos se levantaron para saludarlo, Zannis se dio cuenta de que, sencillamente, san Vangelis se había adelantado para contarle cosas a Vasilou acerca de él, de Zannis, que no podía decir después de que él llegara.

—¿Me he retrasado? —preguntó Zannis.

—*Skata!* ¡Qué memoria la mía! —exclamó Vangelis. Y luego—: Es culpa mía, Costa. Pero no importa. Aquí estamos.

Vasilou era más alto que Zannis, enjuto y de espalda recta, con una prominente

nariz en forma de pico, pómulos salientes, rizos de cabello plateado peinados hacia atrás con brillantina y una línea delgada por boca.

—Encantado de conocerlo —dijo, evaluando con la mirada a Zannis.

¿Amigo? ¿Adversario? ¿Presa?

Pidieron una segunda botella de *retsina* y cordero asado con patatas. Y hablaron. La guerra, la política local, la ciudad, el tiempo, la guerra. El plato principal acabó por llegar, y hablaron algo más. Zannis participó poco en la conversación, ya que su categoría era muy inferior a la de sus compañeros de mesa. Sonreía ante sus ocurrencias, asentía ante las muestras de su perspicacia y trataba de no mancharse la corbata. Finalmente, cuando llegaron unos *baklavas* de lo más mustios sobre unos platos de la porcelana francesa del club, Vangelis se excusó para ir al baño.

Vasilou, hombre de negocios, no malgastaba el tiempo.

—Su jefe me dice que usted necesita, ¿cómo diría?... ¿Dinero reservado? ¿Un fondo secreto?

—Es verdad.

Zannis tuvo la sensación de que Vasilou permanecía indeciso, de modo que cobró fuerza en su interior el instinto de persuadirlo diciendo más, de decir demasiado. Pero, no sin dificultades, se contuvo.

—Dinero que no puede proceder de las arcas de la ciudad.

Zannis asintió. Al cabo de un momento dijo:

—¿Querría usted que lo informara de su destino?

—No, no es necesario —respondió Vasilou, protegiéndose—. ¿De cuánto estamos hablando?

Zannis dio la cantidad en dracmas, doscientas cincuenta mil, en tono neutro, sin dramatismos.

—Tendré que pagar en dólares. Así funcionan hoy día las cosas en Europa.

—Un dineral, amigo mío. Unos veinticinco mil dólares.

—Lo sé —admitió Zannis con expresión sombría—. ¿Quizá es demasiado?

Vasilou no mordió el anzuelo y no asumió el papel de potentado. En lugar de eso pareció pensativo: «¿En qué me estoy metiendo?». El silencio se hizo más espeso. Zannis se percató de las conversaciones en voz baja en las otras mesas, la discreta música en un comedor privado. Vasilou miró a lo lejos, hacia la ventana, y luego sus ojos encontraron los de Zannis y le sostuvo la mirada.

—¿Puede usted confirmarme que ese dinero se gastará en beneficio de nuestro país?

—Desde luego que sí.

Eso era mentira. Vasilou casi era consciente de ello, pero no del todo.

—¿Está seguro?

Lo mejor que pudo decir fue:

—Tiene mi palabra.

Vasilou tardó en responder.



—Muy bien.

Por su tono, aquello no estaba «muy bien», pero había quedado atrapado y no tenía salida. Vangelis regresó a la mesa, pero no se sentó.

—Debo olvidarme de los *baklavas* —dijo, mirando su reloj.

—Se los pueden envolver —dijo Vasilou, buscando al camarero.

—No, no. En otra ocasión. Y realmente no debería.

Vangelis estrechó las manos de los dos y abandonó el comedor.

—Un amigo valioso —comentó Vasilou—. Habla muy bien de usted, ¿sabe?

—Le debo mucho. Todo. Y él cree en... lo que estoy haciendo.

—Sí, ya lo sé. Me lo dijo. —Vasilou hizo una pausa—. También me dijo que algún día usted podría llegar a ser jefe superior de policía aquí, en Salónica.

—Eso queda muy lejos, y yo no pienso en tales cosas.

«Sería mejor que fuera pensándolas». Vasilou introdujo una mano en su chaqueta —descubriendo una franja de forro de seda blanca— y sacó un talonario y una pluma de plata.

—¿Se lo extiendo a su nombre? ¿A su propio nombre? Puede convertir esta cantidad en dólares en el banco.

Vasilou rellenó el cheque, lo firmó y se lo alargó a Zannis.

Hablaron brevemente después de aquello y luego abandonaron juntos el club. Bajaron las escaleras, y frente a la puerta principal había un Rolls-Royce blanco parado junto al bordillo. Mientras se despedían, Zannis miró por encima del hombro de Vasilou. El rostro de la mujer que observaba por la ventanilla junto al asiento posterior era lo más hermoso que había visto nunca. Cutis oliváceo, cabello dorado —dorado, no rubio—, echado hacia atrás, ojos que insinuaban una forma almendrada, como si los hubiera trazado un pintor bizantino.

Vasilou se volvió para ver lo que Zannis estaba contemplando, e hizo una seña con la mano a la mujer. Por un instante el rostro de ella permaneció inmóvil, para luego cobrar vida, como una actriz ante la cámara: las comisuras de sus carnosos labios se curvaron hacia arriba, pero el resto de aquel rostro perfecto permaneció totalmente sereno. Impecable.

—¿Quiere que lo deje en algún sitio? —preguntó Vasilou.

Lo dijo sin convicción. Zannis había obtenido de él todo lo que iba a conseguir por un día.

—No, gracias. Caminaré.

La ventanilla del Rolls bajó lentamente. Ella vestía una blusa de seda de color bronce, y llevaba una gargantilla de perlas.

—¿Puedes sentarte delante, querido? Llevo paquetes atrás.

Vasilou dirigió a Zannis una mirada especial: «Las mujeres siempre de compras». Un chófer se deslizó desde detrás del volante, rodeó el coche y abrió la portezuela delantera.

—Gracias de nuevo —dijo Zannis.

Vasilou asintió, brusca y displicentemente, como si Zannis, por el hecho de haber tomado su dinero, se hubiera convertido en un sirviente. Luego se apresuró a montar en su coche.

*26 de diciembre.* Solo los ricos podían permitirse vivir en el distrito de Dahlem, en Berlín, un barrio de mansiones con jardín. Las casas estaban sólidamente construidas; de sobria piedra o ladrillo, a menudo de tres pisos, en ocasiones con una torre esquinera; los parterres de césped y los que estaban cubiertos de plantas se disponían con esa precisión que solo logran los jardineros. Sin embargo, el último mes de 1940, ocultos acá y allá —uno no deseaba que vieran que le afectaba la escasez— quedaban los restos invernales de los huertos. Tras un muro de piedra vista, una conejera. Y la salida del débil sol revelaba la presencia de dos o tres gallos. ¡En Dahlem! Pero la guerra en el mar estaba teniendo sus efectos en Berlín y en toda Alemania.

A las cinco y media, una mañana que le parecía cruelmente fría, húmeda y oscura, Emilia Krebs hizo sonar la campanilla de la puerta de los Gruen. También ella vivía en Dahlem, no lejos de allí, y hubiera ido en coche de no haber estado la gasolina tan severamente racionada. Cuando abrió la puerta un caballero alto y de aspecto distinguido, Emilia dijo:

—Buenos días, *Herr* Hartmann.

Ese era el nuevo nombre de *Herr* Gruen, su alias para el viaje a Salónica.

Él asintió. «Sí, lo sé». —Hola, Emmi —la saludó.

Emilia llevaba un termo con auténtico café, difícil de encontrar en aquellos días, y una bolsa de panecillos recién salidos del horno, hechos con harina blanca. Al entrar, encontró la sala de estar de los Gruen casi vacía, pues gran parte del mobiliario se había vendido. En las paredes se habían fijado carteles para cubrir los espacios donde otrora colgaron costosas pinturas. El teléfono estaba en el suelo, con el cordón desenchufado de la clavija de la pared: la Gestapo podía oír la conversación de uno si el aparato estaba conectado. Saludó a *Frau* Gruen, tan pálida y agotada como su marido, y luego se dirigió al armario ropero del vestíbulo y abrió la puerta. Los abrigos de invierno de los Gruen, adquiridos recientemente en un puesto de ropa usada, estaban muy desgastados pero resultaban aceptables. Ella sabía que no podían parecer aristócratas venidos a menos.

Finalmente, Emilia Krebs trató de mostrarse alegre. Los Gruen —él había sido un prominente abogado mercantilista— eran viejos amigos, amigos fieles, pero hoy iban a abandonar Alemania. Casi todo su dinero había desaparecido, su coche había desaparecido y pronto su casa iba a desaparecer. Desde el seno de la administración nazi les había llegado la voz —por boca del antiguo pasante de *Herr* Gruen— de que ellos también desaparecerían a finales de enero. Figuraban en una lista. Era cuestión de tiempo.

*Frau Gruen* sirvió café en unas tazas desportilladas, pero rechazó un panecillo.

—No puedo comer —dijo en tono de disculpa.

Era baja de estatura y gruesa, y en tiempos mejores había sido la más risueña de las mujeres; cualquiera podía hacerla reír. Ahora siguió la mirada que Emilia dirigía a un rincón de la sala, donde un sombrero de fieltro verde había quedado encima de una silla de jardín.

—Déjeme que se lo enseñe, Emmi —dijo. Fue a buscar el sombrero, se lo caló y se echó el ala sobre un ojo—. ¿Qué tal? ¿Qué aspecto tengo?

«El de una judía de mediana edad». —Perfecto. Muy Marlene Dietrich.

Estaba previsto que el sombrero proyectara cierta sombra, oscureciendo el rostro de su amiga, pero si los Gruen, viajando como Hartmann, tropezaban con dificultades, se debería al aspecto de *Frau Gruen*. Sus documentos, pasaportes y visados de salida eran unas excelentes imitaciones, porque los amigos de Emilia en la resistencia habían conseguido relacionarse con una célula comunista —que dejaba octavillas antinazis en edificios públicos—, y esa conexión había traído otra con una de las personas más deseables de conocer en aquellos días en Berlín: un impresor.

Emilia y los Gruen tomaron sus tazas de café en silencio. Ya no había más que decir. Una vez concluido el café, habló Emilia:

—¿Quieren que los acompañe hasta el tranvía?

—Gracias Emmi —respondió *Herr Gruen*—, pero iremos solos. Nos despediremos de usted ahora.

Y así lo hicieron.

Salieron temprano, buscando los trenes más repletos, y no quedaron decepcionados. Durante el viaje hasta Dresde, dos horas y media, permanecieron de pie en el pasillo, en medio de una aglomeración de gentes de todas clases, muchas con voluminosos bultos y maletas. Su propio equipaje consistía en una simple maleta de piel, para no despertar las sospechas de los agentes de aduanas. En aquel tramo del viaje fueron ignorados, y el control de pasaportes en el lado alemán de la frontera checa fue formulario. Se dirigían a Viena, parte del Reich, y ese era el caso de la mayoría de los demás pasajeros. No resultó tan rutinario el control de entrada al otro lado de la frontera. Para entonces eran las dos y media. Los aduaneros eran alemanes de los Sudetes, y por tanto se mostraban concienzudos. Uno de ellos dirigió una prolongada mirada a *Frau Gruen*, pero no era lo bastante descortés como para decir lo que pensaba: que tenía aspecto de judía. Se la quedó mirando, pero eso fue todo, y de este modo dejó de advertir el sudor en el nacimiento del pelo del marido... en una tarde de frío helador. Pero sus documentos estaban en regla y el aduanero selló sus visados.

Viena estaba lejos de Praga, a unas ocho horas en el expreso. En este los Hartmann ocuparon un compartimento de primera clase, donde los pasajeros raras veces eran sometidos a las inspecciones aleatorias de los agentes de la Gestapo. No había que molestar a las personas poderosas. Los Gruen, en la conversación preparatoria con Emilia y con los amigos de esta, decidieron que la charla amistosa era arriesgada, así que mejor permanecer silenciosos y distantes. Pero ciertos viajeros, especialmente los nuevos ricos, consideraban que la primera clase era una oportunidad para conversar con personas interesantes, y no resultaba fácil darles de lado. Así, una mujer sentada frente a *Frau* Gruen dijo:

—¿Qué les lleva a ustedes a Viena?

—Desgraciadamente, la madre de mi esposa ha fallecido —respondió *Herr* Gruen—. Vamos al funeral.

Después de esto, los dejaron solos. Una mentira útil, pensaron. ¿Cómo iban a saber que aquella mujer y su tímido marido iban a estar a bordo del *Leverkusen*, el barco que iba a Budapest?

En la guerra de 1914, los imperios alemán y austrohúngaro combatieron como aliados. Tras la rendición de 1918, Hungría se convirtió en un Estado separado, pero Alemania, con una nueva guerra en el horizonte a finales de los años treinta, procuró reconstruir la alianza, cortejando a los húngaros con la esperanza de que se unieran a Hitler en su planeada conquista de Europa. «Debemos ser amigos», decía la diplomacia alemana, acentuando el «debemos»; de modo que cobraron importancia los vínculos comerciales. De ahí la excursión de ida y vuelta en el vapor que recorría el Danubio, en una y otra dirección, entre Viena y Budapest. Es cierto que cruzaba la frontera del Reich, pero Hungría era un país amigo y era divertido. Una banda tocaba en el muelle de Viena, y otra en el muelle de Budapest. La comida a bordo del *Leverkusen*, aun en época de racionamiento, era abundante: tantas patatas como uno quisiera. No es que no hubiera control de pasaportes; lo había, bajo grandes estandartes con la esvástica, pero los SS austríacos mantenían sus pastores alsacianos con bozal y a distancia, y tenían órdenes de ser cordiales con sus aliados de la otra orilla.

—El hielo en el río no es demasiado malo; todavía no —le dijo uno a *Herr* Gruen, quien para la ocasión llevaba una insignia del partido nazi en la solapa.

—Hay que alegrarse de eso —replicó *Herr* Gruen, con su mejor sonrisa.

—Lo pasará bien en Budapest, *Herr* Hartmann.

—Eso espero. Y luego, vuelta al trabajo.

—En Berlín, por lo que veo.

—Sí, nos gusta aquello, pero siempre es bueno cambiar un poco de aires.

El oficial se mostró de acuerdo, selló el visado de salida, alzó el brazo derecho y exclamó amistosamente:

—Heil Hitler!

—*Sieg Heil!* —respondieron los Gruen a dúo.

Luego, aliviados, subieron a la pasarela. De pie junto a la barandilla del barco, observando a los pasajeros desfilan por el control fronterizo, estaban la mujer del tren y su tímido marido.

—¿No es esa...? —dijo ella.

Tuvo que alzar la voz, porque el bom, bom de la tuba de la banda que tocaba en el muelle era contundente.

—Sí lo es, querida.

—Muy curioso, Hansi. Él dijo que iban a un funeral. En Viena.

—Quizá no oíste bien.

—No, no. Estoy segura de que lo oí.

Ahora empezó a sospechar que el placer de su compañía había sido rechazado, y empezó a enojarse. Pobre Hansi. El enfado de su mujer podía durar días.

—Oh, quién sabe —dijo él.

—No, Hansi —replicó ella secamente—. Nos deben una explicación.

Pero ¿dónde estaban? Los Gruen habían tomado un camarote de primera clase para el viaje a Budapest, y se proponían permanecer ocultos. Pero hambrientos como estaban, *Herr Gruen* acudió finalmente al comedor, donde comió a toda prisa y pidió un bocadillo de queso para llevárselo al camarote. Cuando abandonaba el comedor, allí estaba la mujer del tren. Su marido no se veía por ningún lado, pero ella, sentada en un sofá nada más pasar la puerta, se levantó cuando lo vio.

—Caballero.

—¿Sí?

—Perdone, pero ¿no dijo en el tren que acudían al funeral de la madre de su esposa, en Viena?

*Herr Gruen* se estremeció. ¿Por qué lo atacaba de repente aquella terrorífica mujer de mejillas congestionadas y con los brazos cruzados sobre el pecho? No respondió, parecía un colegial atrapado en falta por el maestro.

—Bien —dijo, para ganar tiempo—, dije eso, *meine Frau*, y me temo que no dije la verdad.

—¿Oh?

Aquello era una amenaza.

—No deseaba que se sintiera violenta, *meine Frau*, y consideré que no podía responder honorablemente a su pregunta.

—¿Y por qué no?

Admitir que había mentido no la había aplacado. La perspectiva de una confrontación sería provocar en ella una especie de excitación sexual.

—Porque estamos casados, pero no el uno con el otro.

La mujer abrió la boca, pero de ella no salió palabra alguna.

—Estamos enamorados, *meine Frau*, muy enamorados. —Hizo una pausa y luego dijo—: Trágicamente.

Ahora ella se sonrojó y balbució una excusa.

Para ella, pensó *Herr Gruen*, sería tan bueno como ganar un combate. Humillación. Posiblemente mejor. Solo cuando estuvo de regreso en el camarote se dio cuenta de que tenía la camisa empapada de sudor.

*27 de diciembre.* A la luz sin sol de una mañana de invierno, los músicos gitanos del muelle del Danubio parecían fuera de lugar, como si se hubieran perdido camino de un club nocturno. Aun así, tocaban sus violines y rasgueaban sus guitarras mientras los pasajeros desembarcaban del *Leverkusen*. Los Gruen descendieron por la pasarela tomados de la mano y se sintieron más tranquilos de lo que habían estado desde hacía mucho, mucho tiempo. Era cierto que su tren a Belgrado no partía hasta la mañana del día veintinueve, de modo que deberían pasar dos noches en el hotel. Esto no los preocupaba: ya no estaban en territorio alemán y el hotel sería lujoso. Un oficial húngaro selló sus pasaportes en el comedor del barco, y empezaron a sentirse como viajeros normales mientras se encaminaban a la hilera de taxis que aguardaba en el muelle.

Pero precisamente entonces alguien se interpuso en su camino.

Se trataba de un extraño hombrecillo, bajo, oscuro y vagamente amenazador, tocado con un sombrero marrón de ala estrecha, con una tarjeta metida en la cinta que decía: «Hotel Astoria». No era un mal hotel, pero no era el suyo.

—Hola, hola —dijo el hombrecillo.

—Buenos días —lo saludó *Herr Gruen*—. Nosotros no vamos al Astoria. Tenemos reserva en el Duna Palota.

Los Gruen echaron a andar, alejándose, pero el hombrecillo alzó una mano: «Alto». —No —replicó—, no pueden ir allí.

Su alemán era tosco, pero se entendía.

—Discúlpenos, por favor —dijo *Herr Gruen*, ahora menos cortés.

El hombrecillo pareció desconcertado.

—Ustedes son los Hartmann, ¿verdad? ¿Corbata verde, sombrero verde?

*Herr Gruen* abrió mucho los ojos. *Frau Gruen* dijo:

—Sí, lo somos. ¿Y qué?

—Me llamo Akos, que significa «halcón blanco». Me envía su amigo de Salónica, y estoy aquí para decirles que si ponen un pie en el Duna, eso será su final.

—¿Qué ocurre? —preguntó *Herr Gruen*.

—El Duna Palota es un hotel grande y lujoso, *Herr Hartmann*, pero los alemanes tienen sobornados a todos los camareros, a todos los mozos, a todas las criadas. Ustedes no durarían allí una hora, porque ellos reconocen a los fugitivos en cuanto

los ven.

—Entonces, ¿nos alojaremos en el Astoria?

—¿Qué? Oh, lo olvidé. —Akos se quitó el sombrero, sacó la tarjeta de la cinta y se la guardó en el bolsillo—. No, me pongo esto para el muelle. El lugar adonde los llevo no es tan bonito, pero estarán seguros. —Miró a los lados, a algo que había atraído su atención, algo que no le gustó—. Vamos —dijo—. Deme eso para que no llamemos la atención —añadió, cogiéndole a *Frau* Gruen la maleta.

Caminaron hasta la fila de taxis, la dejaron atrás, y se dirigieron a un taxi aparcado en una calle secundaria. Akos abrió la portezuela para los Gruen, y dirigió una mirada al muelle mientras ellos se instalaban en el asiento posterior.

El taxi arrancó y giró varias veces por callejas, mientras Akos, de vez en cuando, desplazaba el retrovisor para poder ver por la ventanilla trasera. El conductor dijo algo en húngaro y Akos le respondió brevemente. Cruzaron un puente y prosiguieron unos minutos más, hasta entrar en una calle estrecha con letreros de neón apagados.

—Esto se pone muy animado de noche —explicó Akos.

A la mitad de la manzana se detuvieron frente a un hotel, un viejo edificio de dos ventanas de anchura, con los ladrillos ennegrecidos por un siglo de hollín.

—Ya hemos llegado —dijo Akos. Los Gruen miraron por la ventanilla: «¿Aquí?»—. No se preocupen —continuó Akos—. Sobrevivirán. ¡Esperen a llegar a Serbia!

El olor en el interior era penetrante: humo, alcantarilla, ajo y solo Dios sabía qué más. No había conserje —una campanilla en el mostrador y una cortina en un vano de la puerta—, y Akos los condujo escaleras arriba, tres tramos ante los que se abrían silenciosos corredores.

La habitación era estrecha, y también la cama, con una manta sobre el colchón. La pintura de las paredes llevaba desconchada años.

—Si quieren comer —explicó Akos— bajen y toquen la campanilla. Alguien les traerá algo, pero no salgan del hotel. —Se situó a un lado de la ventana, apartó la cortina un par de centímetros con el índice, y murmuró para sí en húngaro. Sonó como un juramento. Y dirigiéndose a los Gruen añadió—: Volveré. Debo ocuparme de algo.

Gus quería mantener a salvo a aquella gente, y Akos se sentía orgulloso de haber sido elegido para la tarea. Pero ahora tenía un problema. Un hombre al que había visto en el muelle miraba a cada pasajero que desembarcaba del *Leverkusen*; luego un taxi siguió al suyo a través de aquel laberinto de calles secundarias y ahora el hotel estaba siendo vigilado por el mismo hombre. No era joven, tenía la clase de cabeza que parece haber sido aplastada, bigote de cepillo y cutis céreo. Llevaba un abrigo mugriento, de color gris perla. ¿Quién era? ¿Un policía? Akos no lo creía. Desde luego el tipo actuaba como un detective: se mostraba furtivo y estaba solo. Lo más

probable era que se tratase de algún miserable soplón de poca monta que vendía a los fugitivos a cambio de dinero. Dinero de los polis de Budapest o incluso de los alemanes.

Aquellas personas a las que él había ocultado en el hotel estaban huyendo, seguramente con documentación falsa. ¿Y cómo se había enterado de eso el soplón? Porque cuando la gente huía de los nazis lo hacía a través de Budapest, y cuando uno ve algo con bastante frecuencia, aprende a reconocerlo; puede olerlo. Y si el tipo se equivocaba, ¿qué? Seguía siendo un perro faldero de la poli.

La próxima vez le saldría bien. Los polis se nutrían de informadores; así era como hacían su trabajo. Trataron de utilizar a Akos, pero solo una vez. Se encogió de hombros, no sabía nada: soy el tipo más tonto de la ciudad. En la banda que dirigía Gus no se permitían ratas. Corrían historias, malas historias, así que mejor ser leal. Akos salió del hotel, alejándose del hombre, que permanecía en la puerta de una tienda abandonada, y luego, con la cabeza gacha y a la carrera, dio la vuelta a la manzana y fue hacia él por detrás.

Akos llevaba un cuchillo pequeño, sencillo, con un mango barato de madera y una hoja de siete centímetros y medio. Pero era cuanto necesitaba uno si sabía lo que hacía. Una hoja de solo siete centímetros y medio, pero él la mantenía afilada como una navaja, de modo que la protegía con una vaina de cuero. Al acercarse al hombre, sacó el cuchillo de la vaina y lo sujetó a la altura de su pierna. ¿Qué hacer? ¿Dentro y fuera? Si uno daba en el sitio adecuado, y la víctima no emitía ningún sonido; se limitaba a caerse, como si el aire hubiera escapado de ella. Pero entonces tenía uno un cadáver, un asesinato, con lo que vendrían los polis a husmear. Registrarían el hotel.

Akos puso la mano en el hombro izquierdo del hombre y, cuando este se volvió, dio una vuelta para colocarse en su lado ciego. Sobresaltado, el hombre abrió la boca, dispuesto a contar cualquier excusa, pero no lo hizo. «Qué corbata tan fea», pensó Akos. Granate, con un jinete en medio. ¿Quién llevaría semejante cosa? Agarró el extremo de la corbata entre el pulgar y el índice, como si la estudiara, luego el cuchillo relampagueó, el sujeto no llegó a verlo, debajo del nudo. Ah, pero quizá Akos no era tan hábil como pensaba, porque la hoja no solo cortó la corbata, sino que se llevó también un botón de la camisa, el cual voló por los aires, aterrizó con un clic en el pavimento y se alejó rodando. Sujetando todavía el extremo de la corbata, Akos la dobló por la mitad y la introdujo en el bolsillo de la camisa del hombre. Este resopló, espantado.

—Pudo haber sido una oreja —dijo Akos—. Creo que deberías largarte al lugar del que hayas venido. Y olvida lo sucedido. Porque si no lo haces...

Akos apartó el cuchillo. El hombre dijo:

—Sí, señor. Sí, señor.

Se volvió y escapó corriendo.



29 de diciembre. El tren estaba clasificado como «expreso», pero en ningún momento corrió, sino que se limitó a resoplar y arrastrarse a través de la llanura húngara, dejando atrás campos cubiertos de nieve donde los cuervos aguardaban en las ramas desnudas de los árboles, entre la neblina y la niebla, como un paisaje de un poema o de un sueño. Los Gruen estaban a nueve horas de Belgrado, en la neutral Yugoslavia, y Alemania se desvanecía con cada traqueteo.

Y así, lentamente, empezaron a creer que habían escapado. El mísero hotel de Budapest fue aterrador: ninguno de los dos había estado nunca en un lugar semejante. Pero con la aparición de Akos, el pequeño gángster —¡vaya personaje!—, se había tendido una mano hacia ellos. Ahora, todo lo que tenían que hacer era contemplar el paisaje y conversar sobre el desconocido futuro, una vida diferente a la que habían previsto, pero una vida. Este optimismo, sin embargo, se reveló infundado.

Pasaron fácilmente la aduana húngara. Luego el tren se detuvo en Subotica, la primera ciudad yugoslava, en Serbia, para el control fronterizo. Diez hombres uniformados subieron al tren y condujeron a los Gruen y a muchos otros pasajeros a la estación. Los uniformados eran feroces. «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué habían hecho ellos?». Uno o dos hablaban algo de alemán, pero no dieron explicaciones: la antigua prerrogativa de los guardias fronterizos. Gesticulaban violentamente, daban empujones a los pasajeros, juraban en serbio y se llevaron todos los documentos para examinarlos a puerta cerrada en el despacho del jefe de estación. Los pasajeros fueron obligados a permanecer de pie cara a la pared. Durante más de una hora.

Cuando regresaron, se llevaron a *Frau* Gruen y a otras dos mujeres al despacho y les mandaron desnudarse hasta quedarse en bragas, mientras dos hombres con traje y corbata paseaban las manos por cada costura y cada dobladillo de sus vestidos y chaquetas. *Frau* Gruen comprendió que Emilia Krebs la había salvado, pues le advirtió que ni se le ocurriera coserse joyas, monedas o documentos o cualquier otra cosa en su ropa. Y al parecer la ropa de las demás mujeres tampoco escondía nada. A medida que la búsqueda avanzaba, las mujeres se miraron unas a otras: «¿Por qué nos están haciendo esto?». Más tarde, *Frau* Gruen supo que su marido y otros hombres habían sido objeto de idéntico tratamiento. Y los pasajeros creían que se habían llevado detenido a un hombre.

No estaban seguros. Cuando se les permitió volver a montar en el tren, se reunieron en el pasillo del vagón de primera clase. Solo después de que la locomotora diera una sacudida hacia delante y la estación quedó atrás, se entabló una discusión. ¿No iba con ellos un hombre gordo y pelirrojo? Quizá, sencillamente, se había apeado en Subotica. No, uno de los pasajeros no lo creía así. Había hablado con aquel hombre, y dijo que era polaco. Bien, sí, quizá lo era, pero eso no significaba que no viviera en Subotica. La discusión continuó mientras el tren avanzaba con lentitud por un valle helado. Nadie aseguraba haber visto que se lo llevaran, pero alguien dijo:

«Es así como se hace», y de nuevo no hubo acuerdo. ¿Desaparición misteriosa? ¿Detención? Los pasajeros tenían historias que contar. Habían presenciado detenciones. Acabaron por regresar a sus compartimentos, mostrándose de acuerdo en un solo punto: el hombre había desaparecido.

Veinte minutos más tarde, una mujer fue a ver a los Gruen. Se la habían llevado al despacho sola, como si se les hubiera ocurrido en el último momento. Mientras estaba allí, un oficial, que hablaba un alemán vacilante, trató de telefonar a una oficina de Berlín. En la mano llevaba una hoja de papel con el apellido «Hartmann» escrito y lo que creyó que eran números de pasaporte.

—No sé su nombre, pero le estoy diciendo a todo el mundo a quién buscan.

Los Gruen guardaron silencio. No podían hacer otra cosa que quedársela mirando.

—No se preocupen. No lo conseguí. Algo iba mal en la línea, quizá una tormenta en el norte. Gritó e insistió, y al final la telefonista se hartó de él y cortó la comunicación.

Al cabo de un momento, *Herr Gruen*, con el corazón latiéndole con fuerza, admitió que ellos eran los Hartmann, y le dio las gracias. Más tarde se preguntó: ¿Fue eso prudente? Sin duda era adecuado, pero, tal vez, había sido un error.

Cuando el tren se detuvo en Novi Sad, la estación anterior a Belgrado, un teniente uniformado de la policía abrió la puerta del compartimento de los Gruen, como si buscara un asiento vacío. Cuando *Herr Gruen* lo miró, el teniente le sostuvo la mirada e hizo un gesto, un sutil movimiento con la cabeza hacia el pasillo. Aguardó allí hasta que *Herr Gruen* se reunió con él. Luego caminaron juntos a lo largo del vagón. Explicó que tenía un amigo en Zagreb, el cual le había pedido que se ocupara de la seguridad de «los Hartmann» al pasar el control de la policía en la estación de Belgrado. Sabía que allí debían cambiar de tren, para tomar la línea que se dirigía al sur, a Nis, no lejos de la frontera griega.

Así, cuando se apearon en la estación de Belgrado, el teniente los acompañó, habló brevemente con los aduaneros, y a los Gruen se les franqueó el paso. En la sala de espera de la estación, el teniente compró un periódico y se sentó cerca de ellos, sin quitarles ojo. Cuando se anunció el tren con destino a Nis, los siguió a lo largo del andén y, una vez que hubieron encontrado asiento, se detuvo ante la ventanilla y les hizo una señal de despedida.

El tren a Nis era lento y estaba sucio y atestado. No había vagón de primera. Frente a los Gruen, al otro lado del pasillo, una mujer viajaba con dos conejos en una jaula, y en el extremo del vagón, un grupo de soldados se emborrachó, estuvo cantando un rato y luego se dedicó a buscar gresca. A los Gruen nada de eso les importaba lo más mínimo; habían viajado al corazón de los Balcanes y estaban lejos de Europa central; por lo tanto, los conejos, los soldados borrachos y las mujeres con pañuelos negros en la cabeza significaban seguridad, significaban refugio.

En Skopje, capital de la Macedonia yugoslava, pasaron toda la noche en la sala de espera y, bajo una suave lluvia que llegó con el alba, montaron el tren que seguía el curso del río Vardar hasta la estación aduanera de Gevgelija, y luego cruzaba la frontera griega en Polykastro. Finalmente en suelo griego, a la vista de la bandera blanquiazul, *Frau Gruen* se derrumbó y rompió a llorar. *Herr Gruen* la consoló lo mejor que pudo, bajo la mirada de unos soldados griegos, servidores de unas ametralladoras y de un cañón antiaéreo. Grecia estaba en guerra, y los guardias fronterizos se mostraban corteses, pero concienzudos. Cuando los Gruen se encaminaban hacia el tren que esperaba, un hombre vestido de paisano se colocó a su lado.

—Me llamo Costa Zannis —dijo, y añadió que era oficial de la policía de Salónica, que los escoltaría hasta esa ciudad y que arreglaría su tránsito a Turquía.

*Frau Gruen* le tomó la mano entre las suyas y de nuevo se echó a llorar.

—Lo sé —dijo él suavemente—. Ha sido un largo viaje. —Le retiró la mano y sonrió—. Será mejor que subamos al tren.

El tren que llevaba a Salónica era muy viejo. Cada compartimento ocupaba toda la anchura del vagón y tenía su propia portezuela al exterior, donde un estrecho estribo permitía al revisor pasar de un compartimento a otro para comprobar los billetes. Las portezuelas estaban flanqueadas por lámparas de petróleo, de latón, y los asientos eran de madera, con respaldos muy curvos. Mientras el tren avanzaba traqueteando, Zannis sacó un bloc y un lápiz del bolsillo de su gabardina.

—Perdonen. Ya sé que están agotados, pero debo formularles unas preguntas, y ustedes deben tratar de ser lo más exactos posible. —Se dispuso a escribir en una hoja en blanco del bloc—. Es para los demás. Los que harán este mismo viaje.

En Berlín, en el cuartel general de la Gestapo, en la Prinz-Albrechtstrasse, el *Hauptsturmführer* Albert Hauser tenía una fotografía de su padre en su mesa de despacho. Se trataba de un retrato de estudio hecho durante la Gran Guerra, pero parecía anterior a ella, como un retrato del siglo pasado: un hombre rotundo, solemne, sentado muy tieso en la regia silla proporcionada por el estudio. El sujeto llevaba un bigote con las guías hacia arriba, un casco de estilo prusiano y uniforme, pues había sido, como el propio Hauser, oficial de policía en la ciudad de Düsseldorf. Un buen policía aquel viejo Hauser, severo, implacable y, en buena medida, con esas mismas particularidades, un buen padre. Su hijo siguió su profesión.

Aquel día gélido de mediados de enero, Hauser no se parecía en nada al de la fotografía. Tenía una complexión recia, con rasgos rotundos y pelo al estilo prusiano: casi rasurado a los lados y dos centímetros y medio en lo alto de la cabeza. Hauser fumaba puros, una vieja costumbre de sus días como detective en Düsseldorf, un antídoto contra el hedor de la muerte, dulzón y nauseabundo, al que nadie acababa de habituarse. Pero el quehacer de un policía implicaba asesinatos, suicidios y cadáveres

de una semana, de gentes que morían solas, y por eso Hauser fumaba puros.

Estaba a gusto con su trabajo en Düsseldorf, pero a medida que su familia crecía, a mitad de los años treinta, necesitó más dinero.

—Deberías venir y trabajar para nosotros —le dijo un antiguo colega—. Ingresa en las SS y luego trabaja para la Gestapo; siempre estamos dispuestos a admitir a hombres de talento.

Hauser no se preocupaba mucho de política; le gustaban las tranquilas veladas en casa, y ser miembro de las SS parecía comportar marchas y cánticos, y asistir a concentraciones nazis y a bulliciosas rondas en las cervecerías. Aunque nada de eso atraía a Hauser, se inscribió en las SS, donde fue bienvenido, y descubrió que nadie le insistía con marchas ni cánticos; simplemente deseaban sus conocimientos: su capacidad para descubrir el delito, para investigar y dar caza a los delincuentes y detenerlos. Por supuesto que trabajando para la Gestapo los delincuentes eran distintos de aquellos a los que perseguía en Düsseldorf. Ya no se trataba de descuidados, ladrones o asesinos, sino de judíos y comunistas que violaban las leyes del Estado nazi. Leyes sobre huidas y documentos falsos, el impago de los impuestos especiales que gravaban a los judíos y, en el caso de los comunistas, la agitación y la propaganda encaminadas a socavar el Estado. A Hauser eso no le importaba; las leyes eran las leyes —uno no tenía más que aprender cómo funcionaban—, y quienes las quebrantaban eran delincuentes. Nada podía ser más simple. En enero de 1941 fue ascendido a *Hauptsturmführer*, capitán, y para su nivel desde luego que estaba muy bien pagado.

A las nueve y media de aquella mañana apagó su puro, era caro, pues ahora podía permitirse tales cosas, e introdujo los brazos en las mangas de su abrigo, un abrigo muy bonito y cálido. Desde su despacho en el tercer piso, bajó a la Prinz-Albrechtstrasse, donde su ayudante, un tipo delgado, más bien avinagrado, llamado Matzig, lo esperaba al volante de un Mercedes. Tenía que trabajar con Matzig, antiguo detective de Ulm, pero no se preocupaba mucho por él. Era un hombre que se tomaba su condición de miembro del Partido muy en serio: leía, y de hecho estudiaba, ciertos libros y asistía sin parar a los mítines. Bueno, cada cual es cada cual, y él no contaba mucho con Matzig y trabajaba principalmente por su cuenta. Pero hoy iban a practicar una detención, una pareja apellidada Gruen, un abogado y su esposa, judíos, sospechosos de contactos con los comunistas. Su departamento de la Gestapo tenía una larga lista con esa clase de gentes, intelectuales ricos de Berlín en su mayor parte, y, paulatinamente, los iba deteniendo y encarcelando para interrogarlos, de modo que pudieran ser convencidos para que confesaran sus delitos, y proporcionaran nombres de otros, procesarlos y condenarlos a prisión.

Matzig conducía con precaución, demasiado despacio para el gusto de Hauser —aquel enano era irritante en muchos aspectos—, pero no tardaron en llegar al distrito de Dahlem, con sus jardines, uno de los barrios más bonitos de Berlín, donde residían muchos de la lista de Hauser. Matzig aparcó el coche. Mientras recorrían el sendero

hacia la puerta de los Gruen, Hauser se aseguró instintivamente de que llevaba su arma, una Walther PPK, la versión más reducida de la pistola reglamentaria de la policía. No es que la necesitara. Aquellas detenciones eran fáciles. Uno solo tenía que abrir la portezuela trasera del coche y los delincuentes montaban. No como en los viejos tiempos. Los actuales eran más tranquilos y, cosa importante para un hombre de familia como Hauser, más seguros.

Matzig pulsó el timbre de la puerta y oyeron un repique en el interior de la casa.

# UN REY FRANCÉS

TORMENTAS EN ENERO.  
LA NIEVE CUBRÍA LAS ALDEAS DE MONTAÑA.

Una lluvia con rachas de viento se abatía sobre la cornisa marítima de Salónica, donde los transeúntes se tambaleaban, luchando con sus paraguas y frunciendo el ceño cada vez que los alcanzaba una ráfaga. Cuando, después del trabajo, Zannis regresó al callejón de Santaroza, *Melissa* le dio la bienvenida sacudiéndose y soltando un roción que decoró la pared del vestíbulo. El aire quedó impregnado con el olor almizclado. Últimamente Zannis permanecía a menudo solo, pues Tasia Loukas no lo visitaba con mucha frecuencia. Lo notaba como distraído, y estaba en lo cierto. Una y otra vez la imaginación de Zannis volvía a la calle frente al Club de Salonique. Tras la ventanilla del Rolls-Royce, una tez olivácea de cabello dorado y la sonrisa de una actriz.

«Eres idiota —se dijo— por complacerte en semejantes fantasías. Pero eso no es nada nuevo». A lo largo de los siglos, desde siempre, no había un solo hombre en el mundo que no hubiera deseado lo que nunca iba a tener.

—¿Conoces a Vasilou? —preguntó a Tasia—. ¿Y a su mujer? ¿Cómo se llama?

—¿Te refieres a Demetria? ¿La diosa?

—Sí.

—A él lo conozco de vista. No se mezcla con gente como yo. ¿Por qué lo preguntas?

—Mera curiosidad.

—Pero no tendrás curiosidad por ella. ¿Verdad, muchachito?

—¿Ella? No.

—Más te vale.

Así que «Demetria».

E hizo planes. Absurdos: «Oh, no, la casa está ardiendo, yo la salvaré». O no tan absurdos: «¿Un cóctel? Me gustaría». Mientras tanto, muchos planes más reales absorbían su jornada, planes que implicaban a trenes balcánicos y documentos turcos. Después de que los Gruen partieran hacia Estambul, seis nuevos refugiados —una pareja, un hombre solo, una familia de tres miembros— aparecieron en la estación de Salónica. Por razones de economía, y porque la dirección se mostró comprensiva, Zannis los alojó en el Tobacco Hotel, una reliquia aún funcional del siglo XIX. Allí, demacrados y exhaustos, trataron de recuperarse de los largos días y noches pasados en la ruta de huida. Y de la lenta y brutal sucesión de tormentos sufridos en la Alemania nazi. Durante siete años.

Como el eslabón final de la cadena, Ahmet Celebi, estaba harto de la insulsa

comida del Club de Salonique, ahora Zannis trataba exclusivamente con *madame* Urglu, en teoría ayudante del agregado comercial, pero en realidad oficial de inteligencia de la legación turca. *Madame* Urglu tenía una presencia intimidatoria, con su rostro adusto e hinchado, sus gafas pendientes de una cadena y su... bien, su naturaleza inquisitiva. Se reunieron en una taberna regentada por griegos llegados a Salónica como consecuencia del gran intercambio de población, por lo que se llamaba Esmirna Traicionada. *Madame* Urglu sentía debilidad por aquel guiso de pescado.

—Así pues —dijo—, resulta que esto es un, hum, proyecto ya en marcha. Una «operación», ¿no?

—Eso es —respondió Zannis—. Alguien tiene que ayudar a esas personas.

—¿No pueden quedarse en Salónica?

—Serían bien recibidas. Esta ciudad siempre ha acogido a refugiados. —Zannis partió por la mitad un panecillo—. Pero la Wehrmacht está en Rumania, y quizá no se detenga allí.

—Esperemos que no entre en Bulgaria. Eso pondría a los alemanes en nuestra frontera.

—Ahora mismo solo son turistas en Bulgaria. Jóvenes muy en forma, en parejas, con cámaras caras, apasionados por la antigua cultura búlgara, los aeródromos y las instalaciones portuarias.

*Madame* Urglu sonrió.

—Qué *finesse* la de nuestros amigos teutones. —Sacó un mejillón de su guiso, que estaba apenas abierto, se lo quedó mirando un momento y lo dejó en un cuenco—. Pero al menos no están en Grecia. Y los ingleses también hacen lo que pueden.

En la isla de Creta había ahora sesenta mil soldados de la Commonwealth, divisiones de Australia y Nueva Zelanda.

—Estamos agradecidos —dijo Zannis—. Pero no podemos estar seguros de cómo ven eso los alemanes. ¿Provocación? ¿Disuasión? Y Mussolini debe estar chillándole a Hitler porque la RAF bombardea a los italianos en Albania.

—Cosa que aplaudimos. Extraoficialmente, por supuesto. Y no lo digo por cortesía. Sé que han emplazado baterías costeras en Salónica.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la orilla, donde unos largos cañones apuntaban ahora al Egeo.

—Tienen que hacerlo.

—Cabe preguntarse si la cosa va a empeorar.

—Es posible —comentó Zannis, preparándose para el ataque.

—Quizá vengan más cañones. O, incluso, un escuadrón de la RAF, —Nos haría felices tenerlos.

—¿No ha oído nada al respecto?

—A mí no me dicen esas cosas, *madame* Urglu. Soy solo un policía.

—Oh, por favor. No sea evasivo conmigo.

—De veras que no lo sé.

—Pero estoy segura de que podría averiguarlo. Si quisiera.

—Eso no. Es sabido que los militares son muy reservados.

Por un instante, una mirada de irritación y unos labios apretados oscurecieron el rostro de *madame* Urglu. Luego dijo:

—Naturalmente. —Y con cierta resignación añadió—: Lo son. Aun así, podría haber algún arreglo para que yo me enterara de esos planes. Una siempre quiere hacer bien su trabajo.

—¿Y quién no? —replicó Zannis, dando a entender que no se sentía ofendido.

—Y a usted le gustaría que yo pudiera hacer mi trabajo sin problemas, ¿verdad?

—Usted sabe que sí.

—Entonces, tal vez en alguna ocasión, si usted descubriese...

—Comprendido. Quizá no sea imposible.

—Dios... —se lamentó *madame* Urglu, levemente compungida: «Qué mundo este». Zannis sonrió: «Y usted que lo diga». Luego pidió:

—Necesito seis visados esta vez.

—¡Seis!

—Sí, por el norte andan cada día más desesperados.

—Ay, ay. ¿No se arreglaría con cinco?

—*Madame* Urglu, por favor.

—Muy bien. Seis. Son quinientos dólares cada uno. Confío en que lleve usted el dinero.

—La última vez eran cuatrocientos cada uno.

—Lo sé, pero nuestro amigo de Estambul...

—¿Por qué no le doy dos mil, cuatrocientos hoy y el resto en nuestro próximo encuentro?

—Vale. ¡Si no hay más remedio! Le mandaré los papeles en cuanto estén listos.

—Gracias, *madame* Urglu —dijo Zannis, con toda intención.

—Por supuesto que podrían ser gratis. No costaría mucho. Realmente, no costaría mucho.

La expresión de *madame* Urglu se suavizó. Zannis se percató de que casi rogaba. Él asintió con una mirada compasiva.

—Sí. Lo sé.

Lo que sabía exactamente no lo dijo. Quizá que el interés nacional era una maquinaria lenta, y que con el tiempo los destruiría a ambos. Sin duda ella era consciente de que él nunca espía a su aliado británico. No es que no pudiera, porque sí podía, pero *madame* Urglu comprendía muy bien cuál era su situación en la política de Salónica. Entre otras cosas, Zannis había visto un memorándum interno del departamento de policía. «Interrupción de tráfico prevista a partir del 2 de febrero,



debida a una importante construcción en la línea de costa». ¿Un nuevo parque municipal? Pero él no quería, no podía revelar tales cosas, sin que importara lo poco que significaría para los turcos saber con antelación qué refuerzos les llegaban a los griegos. Acabarían viéndolos. Pero «acabarían» era el término clave. Hasta entonces, bien, uno no espiaba a un amigo leal. Eso no se hacía.

Pero todos lo hacían.

El conserje —portero, mozo, mensajero— del Tobacco Hotel era un tipo viejo, de figura erguida, que luchó valientemente, en su día, contra los gendarmes turcos. El ayudante del gerente había encontrado para él, probablemente en algún mercado, un uniforme de portero procedente de algún hotel desaparecido. Las charreteras estaban desfleadas, tres de los botones dorados habían sido sustituidos, y el poseedor original era obviamente más alto y corpulento que el actual. Pero ese era el uniforme que tenía, y lo llevaba con orgullo.

Era muy consciente de que los nuevos huéspedes hablaban alemán, y que claramente pasaban por un momento difícil. Uno en particular lo conmovió: una mujer delgada como un raíl, con el pelo gris muy corto. Probablemente una aristócrata en el pasado. Nunca dejaba de darle propina, solo una moneda o dos, cuando le llevaba algo de comer. Sí, una propina raquíca, pero era todo lo que estaba a su alcance, y nunca dejaba de hacerlo.

Camino del trabajo una mañana, dio un rodeo por el mercado del barrio, y allí estaba su joven sobrino, un muchacho agradable que trabajaba en un puesto de flores. Charlaron unos minutos, y cuando se marchó, el sobrino le alargó un ramito y le dijo:

—Anda, tío, llévatelo. Alegra tu habitación.

Le dio las gracias y, más tarde, obedeciendo a un súbito impulso, llevó el ramo a la habitación de la delicada dama.

—Acéptelo, por favor —dijo, colocando el ramo en un vaso de agua—. Para alegrar su habitación.

Cuánto la conmovió aquel acto de generosidad. Él no quiso aceptar la moneda que ella le ofrecía.

En lugar de eso hablaron. Al menos ella. Él no quiso sentarse, sino que permaneció de pie junto a la puerta mientras ella le contaba su historia. Provenía de Berlín y de una familia eminente en otro tiempo, pero después de que Hitler alcanzara el poder su situación decayó rápidamente. Casi todos sus familiares se marcharon años atrás, y ella finalmente había tenido que seguirlos. Tuvo un viaje espantoso, a Hungría y a través de los Balcanes: vagones sin calefacción, casi sin nada para comer y controles policiales todos los días. Afortunadamente, algunas personas la ayudaron, por lo que estaba agradecida. Aparte de eso, no fue más explícita. Él dijo que le deseaba un futuro mejor, y se marchó con un movimiento de cabeza que sugería una reverencia. Y, en efecto, las flores alegraron la habitación.

Dos días después, él mantuvo su reunión semanal con el escritor británico de viajes llamado Escovil, residente en la ciudad desde no hacía mucho. Se encontraron, como de costumbre, en una vieja iglesia bizantina, y allí el conserje le hizo partícipe de cotilleos sobre la ciudad y sobre las diversas actividades desarrolladas en el hotel. Escovil siempre se mostraba curioso acerca de los huéspedes extranjeros.

¿Hacía mal? No lo creía así. Él nunca hubiera facilitado información a un alemán, ni siquiera a un francés, pero los británicos eran otra historia. Habían sido buenos amigos de Grecia desde el siglo XIX, cuando el gran poeta inglés Lordos Vyronos, o sea lord Byron, acudió a luchar en sus guerras por la independencia; y los británicos habían peleado y muerto en las colinas de Macedonia en 1917, cuando se enfrentaron al ejército búlgaro.

Aquella tarde, el conserje le habló al escritor de viajes acerca de la aristocrática dama alemana y de su difícil itinerario hasta Salónica. ¿Era la única?, quiso saber Escovil. No, había algunos otros y, según había oído, se esperaban más. Y era una buena cosa. En aquellos tiempos de guerra, la gente no viajaba tan a menudo, y había demasiadas habitaciones vacías en el hotel. Esas habitaciones se pagaban al contado, en persona, por un oficial de policía bien considerado, Constantino Zannis, miembro de una familia de Salónica de toda la vida.

Francis Escovil se apresuró a regresar a la habitación que tenía en la pensión Bastasini, donde se había alojado Roxanne Brown. Redactó un informe de su conversación con el conserje y luego condujo hasta una casa en una aldea de pescadores, donde su operador de radio cifró el mensaje y lo radiotelegrafió a Londres.

La noche siguiente, el servicio secreto mandó la respuesta. ¡Estaban muy emocionados! ¿Podía conseguir al menos un nombre? ¿Un nombre verdadero? Durante algunos años había tenido contactos con alemanes antinazis en Berlín: intelectuales, abogados, obreros comunistas y aristócratas. Unos judíos y otros no. ¿Aquellas personas estaban utilizando la ruta de huida de ese grupo? ¿U otra que ellos desconocían? ¿Intervenían los espías de las organizaciones judías de Palestina? ¿Podía reclutarse a aquel policía, Zannis? ¿Sobornarlo? ¿Coaccionarlo? ¿Intimidararlo? ¡Averigüe más! ¡Máxima urgencia!

A pesar suyo, Escovil casi se divirtió. «¿Tengo yo que ponerle el cascabel a ese gato?». Aquello le recordaba algo que había oído sobre Churchill, quien encabezaba sus minuciosos memorándums con la frase «Quiero acción para este día». El ayudante de Escovil se divertía menos; los grupos de números de cinco dígitos requerían mucho tiempo para ser descifrados.

—¿Qué diablos has hecho? —gruñó Platón.

Así se conocía a aquel sordomudo en la aldea de pescadores. Su verdadero nombre era Geary, antiguo cabo de los Guardias Irlandeses y famoso alborotador de

pub. Una vez, para subrayar la naturaleza de su relación, Escovil le cogió la mano mientras paseaban por la aldea. Esa era una costumbre bastante común entre hombres en Grecia, pero a Geary no le gustó, y en voz baja dijo:

—Deja ya de joderme con la manita, mariconazo.

Para Escovil, una radiotelegrafista griega hubiera sido un arreglo más creíble, pero no se encontró a ninguna, de modo que «Platón» tuvo que servir.

En cualquier caso, el mensaje radiado a Londres no fue muy largo. Trataría de enterarse de algún nombre. A Zannis podía pedírsele que ayudara, pero cualquier tipo de presión no serviría.

El 18 de enero, a Zannis le entregaron en mano un sobre. El mensaje que contenía estaba mecanografiado: el coronel Simonides, del Cuartel General del Real Ejército Griego requería su presencia en una reunión con «ciertos residentes en Salónica» en una casa de las viviendas de la base militar, al este de la ciudad. La reunión iba a celebrarse al día siguiente, a las seis de la tarde. La invitación, según comprendió Zannis al releerla, estaba muy cerca de ser una orden.

Tomó un taxi hasta la base, donde tuvo que mostrar sus documentos de identidad a un teniente, lista en mano, en el cuerpo de guardia, junto a la entrada. Lo escoltaron hasta la que parecía la residencia de un alto mando, con buen mobiliario aunque gastado. Al entrar en un amplio vestíbulo, Zannis vio que muchos de los invitados lo habían precedido en lo que tenía el aspecto de una reunión social: varios hombres ricos y poderosos de Salónica, algunos con sus esposas. Estaba allí el rabino principal de la ciudad, y también Spiraki, jefe local de la Seguridad Estatal, así como Vangelis, que le hizo una seña desde el otro lado de la estancia. En un rincón, un profesor de la universidad conversaba con un periodista bien considerado. Según estimó Zannis, había casi cincuenta personas en la atestada habitación, sentadas, de pie y tomando café, disponible a un lado de la puerta.

Un oficial uniformado —de aspecto severo, tez ligeramente enrojecida, bigote negro— golpeó con una cucharilla una taza de café para atraer la atención. Cuando Zannis miró a los reunidos vio, oculto por dos corpulentos invitados, un relámpago de cabello dorado. ¿Estaba allí Vasilou? Debería estar. Entonces, ¿ese cabello dorado era de quien él creía? ¿Podía ser? Su corazón se aceleró, y empezó a situarse en una posición que le permitiera ver mejor.

Pero entonces el oficial se aclaró la garganta y dijo: —Ciudadanos de Salónica, permítanme que me presente. Soy el coronel Simonides, y lo primero que quisiera pedirles es que, por favor, consideren esta reunión confidencial. No hablen de ella con compañeros ni con amigos sin pensar. Nosotros —esto es, el Cuartel General del Ejército— los hemos escogido a ustedes cuidadosamente. Son esenciales para el funcionamiento de la ciudad, esenciales, opinamos, para la propia Grecia.

»Quisiera pedirles dos cosas más: por favor, no me hagan preguntas cuando termine de hablar. Por razones que atañen a la futura seguridad de Salónica, no estaré en condiciones de responder. Y en segundo lugar, por favor, no nos busquen más

tarde y nos pidan ayuda. Si esta información les parece útil y desean actuar con arreglo a ella, pueden proceder según crean oportuno. Y si tienen que compartir la información, también pueden hacerlo, pero escojan cuidadosamente a quién se la comunican y no deben decir de dónde procede. ¿Están de acuerdo?

Miró alrededor de la estancia. Todos guardaron silencio y sus rostros permanecieron muy serios. Zannis observó que el cabello dorado se movía ligeramente y luego se quedó quieto. El coronel habló en tono decidido:

—Muy bien. Nuestra guerra con Italia continúa; ciertamente estamos venciendo, aunque de momento hemos llegado a un punto muerto en Albania central, y prevemos una contraofensiva italiana en primavera. No importa. La rechazaremos. Y sé que estarán de acuerdo en que la última palabra que puede definir al ejército griego, o incluso a casi todos los griegos, es «derrotista». —De nuevo miró en derredor, como si desafiara a cualquiera que pudiese, incluso privadamente, contradecir su afirmación. Luego, tras una pausa, con un músculo moviéndose en su mejilla, añadió—: Sin embargo...

Lo que siguió era conocido, en terminología militar, como una «apreciación estratégica», aunque expresada para una audiencia civil y despojada de cualquier referencia que pudiera revelar información secreta. Las personas reunidas en la habitación ya sabían gran parte de lo que dijo Simonides. O, más bien, lo veían venir. Rumania y Hungría habían firmado tratados con Alemania; hasta el momento, Yugoslavia y Bulgaria se habían negado a hacer otro tanto. Hasta el momento. El Estado Mayor General griego había realizado estudios —una bonita palabra, pensó Zannis— que indicaban que, con el deshielo primaveral en los Balcanes, esa situación cambiaría y, una vez que la Wehrmacht cruzara las fronteras yugoslava y búlgara, la griega sería la siguiente. Metaxas, el primer ministro de Grecia, no cedería a la presión, de modo que habría guerra con Alemania. El coronel dijo:

—Lucharemos duramente, y los británicos lucharán a nuestro lado, pero cuando una nación de setenta y cinco millones de habitantes entra en guerra con una nación de ocho millones, el desenlace es inevitable. Y lo que sugerimos esta noche es que se preparen ustedes para esa eventualidad. —Simonides hizo una pausa y dejó que aquello calara—. Con el tiempo, Hitler será derrotado, calculamos que después de una guerra larga y difícil. Aquí habrá ocupación, resistencia e insurgencia, y después, cuando la guerra termine, Grecia, como ya hicimos después de expulsar a los turcos, tendrá que restaurarse una vez más como Estado. Juzgamos que las personas reunidas en esta sala prestarán una ayuda significativa y desempeñarán un papel importante en la recuperación. Por eso los queremos vivos. Y a este respecto deberían meditar sobre el hecho de que los alemanes no tardarán en saber quiénes son ustedes. Y personas como ustedes han sido asesinadas en Polonia, en un intento de descabezar la potencial resistencia, y nosotros no queremos que corran esa suerte.

Al cabo de un momento prosiguió:

—En cuanto a lo que pueden hacer y cómo, está claro que les corresponde a

ustedes decidirlo. Les hemos invitado aquí esta noche solo para decirles que no es prematuro empezar los preparativos. Esta es, me temo, la única manera de asegurarse su propia seguridad y la de sus familiares más próximos. —Hizo una pausa y dijo—: Gracias por asistir a esta reunión.

Giró sobre sus talones y abandonó la estancia. Por un momento nadie dijo una palabra. Luego, el hombre que estaba de pie junto a Zannis se volvió hacia él y se presentó. Mediada la cincuentena, gafas, calvicie: alguien que no habría destacado entre una multitud.

—Es usted Costa Zannis, ¿verdad? Del departamento de policía.

—Sí, lo soy. ¿Y a qué se dedica usted en Salónica?

—Soy el jefe de tráfico de los ferrocarriles. ¿Qué saca en claro de todo esto?

—No estoy seguro. «¿Lárguense mientras puedan?». Algo así.

—¿Y usted lo hará?

—No, me quedaré. ¿Y usted?

—Realmente no he pensado en ello. ¿Adónde podría ir?

Se encogió de hombros, dijo que iba a tomarse un café y se encaminó hacia la mesa junto a la puerta.

Zannis volvió a inspeccionar la sala. Ahora tuvo su recompensa. Demetria Vasilou estaba de pie contra el respaldo de un sofá, conversando con una mujer mayor. Escuchaba con aparente interés, pero por un instante se volvió hacia él y le sonrió. No con la sonrisa de una actriz, sino con el brevísimo reconocimiento de que reparaba en él, que sabía quién era, que lo recordaba. Luego volvió a la conversación. Aquella noche llevaba una blusa azul celeste, de nuevo una gargantilla de perlas y una suave falda de lana gris, no exactamente ceñida, pero lo bastante ajustada para revelar sus formas. Empezó a hablar con la mujer que tenía enfrente con un aire exento de frivolidad, como si estuviera diciendo algo importante. Cruzó los brazos por encima de la cintura y se echó atrás, de modo que el borde superior del sofá oprimió la curva de su hermoso trasero durante un segundo, y luego durante otro más. Al erguirse, y cuando la mujer frente a ella empezó a hablar, Demetria lo volvió a mirar y, por un instante, sus ojos se encontraron.

Su mente se aceleró. ¿Había visto lo que había creído ver? ¿Significaba eso lo que creía que significaba? «Aquí estoy, para ti». No, no, imposible. Cansada de estar de pie, ella se había limitado a apoyarse un momento en un sofá, y el deseo le hizo creer a él que eso era un gesto de seducción. Pero una voz en su interior sabía más. Era una señal. No abierta, pero tampoco sutil. «Es la manera como las mujeres hacen las cosas». ¿No? ¿Tal vez? Se la quedó mirando; no podía dejar de hacerlo. Su perfil era como, como... Ahora recordó que Tasia la llamó «la diosa», como si la gente se refiriese a ella de esa manera. ¿Una ironía? Para él no. «Bien, ya basta. Vete para allá y háblale. ¡Sé valiente!». Sus pies no llegaron a moverse. El jefe de tráfico se materializó ante él con dos tazas de café. Tendiéndole una, dijo:

—Pensé que podía gustarle un café.

Zannis no pudo escapar. Decepcionado, observó que Vasilou aparecía, tomaba a Demetria del brazo y se marchaba con su premio.

22 de enero. La carta de Zannis en la que confirmaba otra llegada a Salónica se cruzó con la de Emilia Krebs dirigida a la Royale Garment Company. Dos hombres saldrían de Berlín el 29 con documentación a nombre de Brandt y Wald, ambos profesores universitarios. Esta vez, como señal de reconocimiento, Brandt, que lucía barba recortada, sujetaría un par de guantes en la mano izquierda. Después de que Zannis informara a Emilia de las dificultades en la estación fronteriza de Subotica, los refugiados se dirigían ahora al oeste, de Budapest a Zagreb, y luego de nuevo hacia el este, hasta Novi Sad y Belgrado. Esta desviación añadía otro día al viaje, y Zannis tan solo podía esperar que hubieran hecho la elección adecuada. Mojando su pluma en la solución de Panadon, confirmó las fechas de la llegada y de la partida de tres refugiados a Turquía. Al día siguiente, en el despacho, envió mensajes por teletipo a Pavlic, en Zagreb, y al policía de Gustav Husar en Budapest: Orden de búsqueda para ser interrogados por la policía de Salónica contra un tal Wald y un tal Brandt, con barba recortada y que se sabe que solía llevar un par de guantes en la mano izquierda. Se creía que llegaban —aquí la fecha— a Budapest «en el vapor de recreo» y a Zagreb en tren expreso.

Cuando los mensajes por teletipo hubieron sido confirmados, regresó a su escritorio. Escribió en un bloc «¿Belgrado / Skopje?». Basándose en sus interrogatorios a los refugiados del Tobacco Hotel, descubrió que Emilia Krebs contaba con un espía que viajaba en aquel tren.

Trazó un recuadro para destacar lo que acababa de escribir y lo resaltó con un trazo grueso. Ese hombre se limitaba a dirigirles alguna mirada, según los refugiados, pero no una vez, sino dos o tres. «Como para asegurarse de que estábamos a salvo». Algunos refugiados se lo confirmaron. Los Gruen no. Pero los que informaron sobre aquel hombre coincidieron en que apareció en el andén de Skopje. Una vez más, el lápiz de Zannis resiguió el recuadro. Aquella noche escribiría otra vez a los abogados Kalcher und Krohn. Tenía que preguntarle a Emilia quién era aquel hombre. ¿Por qué no se lo había dicho? Y ojalá ella supiera quién era. Dios quisiera que fuera así.

A última hora de la mañana invitó a almorzar a Gabi Saltiel. Se fueron temprano —Esmirna Traicionada estaba siempre llena— y tomaron la mesa más discreta, en un rincón. Aquel día la taberna tenía pulpo recién pescado. Uno particularmente grande colgaba de un gancho fijado en el techo de la cocina, el cliente entraba, indicaba el tamaño deseado de su ración, y uno de los cocineros se lo cortaba con un temible cuchillo de pescadero. A Zannis no le inquietaba mucho el cuchillo, se había acostumbrado a ellos cuando era detective, sabía de sobra lo que podían hacer.

Mientras esperaban el almuerzo —el pulpo, asado sobre carbón, se volvía tierno y se asemejaba a la langosta— encendieron unos cigarrillos y bebieron *ouzo*.

—¿Qué tal las cosas por casa? —preguntó Zannis.

—Como siempre. Nada demasiado emocionante. —Saltiel hizo una pausa y añadió—. Gracias al Cielo.

Se detuvo y aguardó. Tenía la sensación de que había algo de lo que Zannis quería hablarle.

—Gabi. Creo que no sería mala idea hablar del futuro.

Saltiel siguió esperando. «¿Y ahora con qué me vas a salir?». —He empezado a oír cosas sobre los alemanes. Quizá entren en Bulgaria.

—¿Cosas reales? ¿O solo... conversaciones?

—Cosas reales.

La expresión de Saltiel se endureció.

—Malas noticias para nosotros, jefe, si eso es cierto, porque nuestro turno es el siguiente.

Zannis se mostró de acuerdo.

—¿Qué te propones hacer si eso sucediera? Porque... Bien, si los alemanes toman la ciudad se interesarán por nuestro despacho.

—¿Saben algo de nosotros?

—Creo que sería mejor pensar que sí. Y si lo saben, una vez que las cosas se calmen, nos llamarán. Primero educadamente; luego no.

—Costa —Saltiel se echó atrás en su silla—, ¿qué estás diciendo?

—Haz planes, Gabi. Y luego vete. —Al cabo de un instante, añadió—: Aunque no trabajaras en el despacho deberías pensarlo. Porque para los judíos...

—Lo sé. Ya hemos hablado de eso. Hablado y hablado. —Guardaron silencio un momento, y luego Saltiel forzó a Zannis a que se centrara de nuevo en la conversación—. Así que hay que irse. ¿Cuándo? ¿La semana que viene?

—Si la Wehrmacht cruza el Danubio y entra en Bulgaria desde Rumania...

—Es muy duro pensar en eso, Costa —dijo Saltiel en un tono vagamente irritado—. Abandonar el sitio donde uno ha vivido siempre porque más adelante puede suceder algo. —Meneó la cabeza—. ¿Has hablado con Sibylla?

—Todavía no, pero lo haré.

Saltiel se quedó un momento pensativo, y luego preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevaría eso, el avance alemán? No abundan los puentes sobre el Danubio, como sabes. Esos países no se caen muy bien.

—No lo sé. Días. No semanas.

—¿Utilizarán el puente del ferrocarril en Vidin?

—Podrían usar pontones.

—Aquí viene el camarero —dijo Saltiel, aplastando ostentosamente su cigarrillo.

Estuvieron un rato comiendo, Zannis diciéndose a sí mismo que si no comía algo tendría hambre más tarde. Luego habló Saltiel:

—Oh, a propósito, ¿has oído lo del hombre de la sinagoga...?

Zannis levantó la vista, con el cuchillo y el tenedor suspendidos encima del plato. ¿Era una broma?

—... que fotografiaba libros?

—¿Qué?

—Ya sabes que las sinagogas de Salónica son famosas por sus textos sagrados: talmudes, torás, de quinientos o seiscientos años de antigüedad. Muy valiosos. Pues la semana pasada, el rabino de la sinagoga de la calle Athonos se olvidó las gafas en su despacho, y a altas horas de la noche regresó a buscarlas y descubrió a un tipo que había sacado algunos libros y que, iluminándose con una lámpara de escritorio, estaba tomando fotografías.

—Ese hombre que hacía fotografías ¿dijo algo?

—Eché a correr. El rabino tiene ochenta años y no pudo alcanzarlo. Quizá le gritó, no lo sé. Luego llamó a dos o tres rabinos de otras sinagogas, y todos dijeron que habían encontrado sus libros desordenados, aunque en el momento no le dieron importancia.

Zannis depositó el cuchillo y el tenedor en el plato. Ya no iba a poder comer más.

—¿No robó nada?

—No. Fotografiaba.

—Lo cual significa —dijo Zannis, hablando despacio— que alguien está haciendo un inventario, para saber lo que hay que robar. —Tras una pausa, añadió—: En algún momento, en el futuro.

El camarero se percató de que Zannis no tocaba el plato y se acercó a la mesa.

—¿Todo bien, caballeros?

Zannis se lo quedó mirando. «Por hoy ya tengo bastante pulpo». —Sí, todo bien. Es que no tengo hambre.

De regreso hacia la Vía Egnatia, se cruzaron con Sami Pal, tan peripuesto como siempre, con un clavel rojo en el ojal de la chaqueta, de pie en la puerta de un estanco.

—Buenas tardes, capitán.

—Sami.

Cuando hubieron doblado la esquina, Saltiel dijo:

—Ah, el habilidoso Sami Pal. ¿Ahora eres capitán?

—Así lo cree él.

—Hay cosas que no me cuentas, jefe.

—Las hay. Quizá uno de estos días pueda contártelas. Mientras tanto, ¿cuántos visados turcos necesitarás?

Saltiel volvió la cabeza hacia Zannis y alzó una ceja.

—¿Qué has estado haciendo, Costa?



—Asuntos privados. ¿Cuántos?

Saltiel se quedó pensando.

—Es extraño. Uno nunca cuenta los miembros de su familia. Somos diez, incluyendo los nietos. ¿Realmente puedes conseguir diez visados turcos?

—Sí.

—¿Cuánto costarán?

—Ya me ocuparé yo de eso.

Casi para sí, Saltiel dijo:

—¿Cómo, santo Dios, podría yo ganarme la vida en Turquía?

—Cuando la Wehrmacht alcance la frontera macedonia, algo se te ocurrirá.

Saltiel se quedó pensativo un momento.

—De momento no hagas nada. Tengo que discutir esto con la familia. ¿Hay un límite de tiempo?

Zannis lo pensó, y concluyó:

—Ahora mismo, no.

De nuevo en el despacho, Zannis cogió el teléfono y llamó a Vangelis, le repitió la historia de Saltiel y le preguntó qué podía hacerse.

—No mucho. Doy por supuesto que echan el cerrojo a las puertas de la sinagoga. Más allá de eso, no sé.

—Eso podría ser cosa de la legación alemana.

—Supongo. Es posible.

—¿Comprende lo que significa?

—Desde luego que sí. —La voz de Vangelis adoptó un tono cortante—. Los nazis cuentan con una especie de comisión para el estudio de la cultura y la religión judías. Quizá sea cosa suya. Roban en todas partes, ¿por qué no aquí?

—¿Qué tal si me entrevistara con el cónsul y le preguntara sobre el caso?

—¿Von Kragen? Se limitaría a mandarlo a paseo educadamente.

—¿Y qué hay con Spiraki?

—No, no estaría interesado.

—Entonces, ¿qué?

—Déjelo correr, Costa. Rómpace los cojones con otro asunto.

Mirando por la ventana de su despacho, Zannis se encontró rememorando su conversación con Saltiel. Diez visados. Sabía que cuantos más visados solicitara, más lo presionaría *madame* Urglu: «Dígame algo». Y luego, ¿cuánto dinero le quedaba? Suficiente, pensó. Claro que la operación de Emilia Krebs llevaba desarrollándose meses, y los sobornos y los pagos a Gustav Husar acabarían por agotar su cuenta bancaria secreta. Así pues, debía establecer contacto con Vasilou. ¿Tenía su número

de teléfono? Hojeó su fichero. Sí, allí estaba: el del despacho frente al mar y el de su casa. El número de su casa.

Había razones para que no lo hiciera. Una razón: si Vasilou averiguaba... Pero no iba a averiguarlo. Y si lo hacía, había otros hombres ricos en la ciudad, incluidos potentados judíos, a los que podría recurrir. Con una mano apoyada en el teléfono, Zannis luchó consigo mismo, pero tenía claro cuál sería el desenlace. En su imaginación, Demetria se apretaba una vez más contra el respaldo del sofá. «Mira lo que tengo para ti». Eso es lo que ella quiso decir. ¿Entonces? Entonces esto: pronto el mundo se iba a acabar, el mundo que él conocía, y su vida —él no iba a huir— llegarían a su fin. «Así que mejor amar por última vez antes de que llegue ese día...». Marcó el número.

¿Cometía un error? Contestó un hombre, que dijo:

—Aquí Plakos.

Lo intentó de nuevo. Ahora, una voz de mujer:

—Casa Vasilou.

—¿Está *madame* Vasilou?

—Un momento, por favor.

Pudo oír un aspirador y una voz que daba instrucciones. Luego alguien cogió el teléfono y una voz dijo:

—Aquí Demetria.

—Buenos días. Soy Costa Zannis.

Esperó, listo para encarrilar la llamada hacia alguna indagación desprovista de significado. Todo dependía de lo que ella dijera a continuación.

Silencio. Solo el aspirador. Luego:

—Oh, señor Ionides; por favor, discúlpeme, pero no podré pasar por la oficina esta tarde. Desgraciadamente debo asistir a un entierro en el Cementerio Evangelista a las cuatro. Ya habrá otra ocasión.

—Allí estaré —dijo Zannis.

Más silencio, y luego ella colgó el teléfono. Cuando Zannis colgó a su vez, se dio cuenta de que la mano le temblaba.

Hizo un gran esfuerzo por no dejar el despacho demasiado pronto, y acabó haciendo precisamente eso. «No puedo seguir aquí sentado». Había estado lloviznando todo el día, con un cielo invernal plomizo, de modo que cogió el paraguas. A las cuatro menos veinte llegó al cementerio y decidió caminar hasta el borde del mar, rodeó la Torre Blanca, una antigua prisión turca que ahora se veía mucho en las tarjetas postales, y luego ascendió por la colina.

Al franquear la puerta principal, salían los asistentes a un entierro, encabezados

por un sacerdote ortodoxo, todos vestidos de negro y secándose los ojos con pañuelos. Obligándose a caminar lentamente, avanzó por la avenida central, hasta llegar a la parte más antigua del cementerio, después de pasar por largas hileras de tumbas: lápidas torcidas, grupos de cipreses y panteones con pilares y cancelas de hierro oxidado. Mientras caminaba buscaba con la mirada a través de la lluvia, la bruma y la incierta luz, pero no encontró ni un alma; solo los muertos. Luego, desde lo alto de una avenida escalonada que se estaba desmoronando, distinguió junto al alto muro que bordeaba el cementerio una figura ataviada con un impermeable marrón. Se cubría la cabeza con un pañuelo negro y agarraba fuertemente un ramo de anémonas.

Ella lo vio mientras él se acercaba y permaneció quieta, con los talones apropiadamente juntos, erguida, esperando. Cuando solo los separaban treinta centímetros, él se detuvo y se miraron, como inseguros de qué hacer después. Finalmente, Zannis dijo:

—Demetria.

Luego, muy despacio, alzó la mano y él le tocó los labios con dos dedos. Cuando lo hizo, ella cerró los ojos, dejó caer el ramo y también llevó sus dedos a los labios de él. Al cabo de un momento lo soltó, y cuando Zannis retiraba la mano, dijo muy quedo:

—Dios mío...

«No puedo creer que esto esté pasando». Cuando se inclinó hacia delante, como para besarla, ella, al borde de las lágrimas, objetó:

—Por favor, aquí no es seguro.

—¿Podemos ir... a algún otro sitio?

Ella negó tristemente con la cabeza.

—Yo... —empezó a decir Zannis. Demetria se lo quedó mirando, a punto ya de llorar—. Me he ena...

—¡No lo digas! Lo sé. —Le estaba suplicando—. Me harás llorar.

Él no comprendía.

Ella se dio cuenta y dijo:

—No debo, no debo...

Lo miró a los ojos, y sus labios temblaron, los volvió hacia dentro y los apretó. Pero él se dio cuenta de que no podía contenerse.

—¡Rápido! ¡Piensa en algo gracioso!

Demetria dejó escapar una gran carcajada, y se llevó la palma de la mano a la boca. Luego recuperó la compostura y se le acercó hasta casi tocarlo. Él pensó que era increíblemente hermosa. Sobre sus ojos castaños, la suave piel olivácea de su frente iba al encuentro de su cabello dorado, que sobresalía del borde del pañuelo.

—No me recuerdas, ¿verdad?

—¿Recordarte?

—De hace mucho tiempo.

Zannis no tenía idea de qué decir.

—No te acuerdas. ¿Cómo podrías? Yo tenía doce años y tú debías de tener ¿dieciséis? Nuestras escuelas estaban una al lado de la otra.

—¿Nos conocíamos?

—Yo sabía quién eras, y te miraba a menudo, pero nunca hablamos. Yo no era más que una niña flacucha.

Una criatura. Tenía el pelo largo y llevaba unos pendientes de oro...

Él trató de recordar, pero sin resultado.

—¿Mejor ahora? ¿Se han acabado las lágrimas?

—Sí, gracias a Dios. Ellos ven, saben si he estado llorando... Tendría los ojos enrojecidos. Me vigilan.

—¿La servidumbre?

—Sí. Les paga espléndidamente, compra su lealtad.

No lejos de ellos, en una hilera de tumbas, una mujer estaba arrodillada, a pesar del suelo mojado, y colocaba flores al pie de una lápida. Demetria siguió la mirada de Zannis y luego retrocedió.

—Me conoce demasiada gente.

—Tengo un piso. En el callejón de Santarozza.

Ella no respondió y dirigió la mirada al suelo, ocultándole los ojos a Zannis. Finalmente, con voz apenas audible, dijo:

—No soy tan valiente.

Su pañuelo, en lo alto de la cabeza, se estaba volviendo oscuro a causa de la lluvia, y él le alargó el paraguas, tratando de protegerse ambos o, al menos, a ella. Luego, tratando de que no pudiera verlo la mujer que estaba junto a la tumba, la tomó de la mano. Estaba fría, mojada y, por un momento, desprovista de vida. Pero lentamente se volvió más firme, hasta que agarró la mano de Zannis. Este precisó:

—Cerca de la estación.

Zannis le soltó la mano y tomó un papelito en el que había escrito el teléfono del despacho. Al tendérselo, se agitó con el viento. Cuando ella se lo hubo guardado, Zannis le dijo:

—Si no me llamas, te llamaré yo. Por la tarde.

—Sí. Ya conozco eso de «la tarde». —Su sonrisa, al hablar, era triste, compungida, como debe ser la de los amantes secretos. Hundió las manos en los bolsillos del impermeable—. Ahora creo que sería mejor que me fuera a casa.

—¿Puedo darte un beso de despedida?

Lentamente, ella movió la cabeza. Eso significaba «no», pero fue —la manera de hacerlo, la expresión de su rostro— el gesto más seductor que Zannis había visto nunca. Con las manos aún en los bolsillos, dio media vuelta y se alejó, se volvió hacia él una vez, y luego, al final del sendero, inició el descenso por la avenida escalonada y desapareció.

Los dos hombres del servicio secreto fueron a ver a Francis Escovil en Salónica. Bueno, casi en Salónica: en la bahía. Llegaron en un yate procedente de Alejandría, anclaron fuera de puerto y enviaron al capitán a la pensión Bastasini con un sobre. Escovil no estaba, de modo que el capitán esperó en el vestíbulo. Los huéspedes que iban y venían lo miraban y observaban su uniforme: de ningún país, de la tierra de los yates. Cuando Escovil regresó, el capitán le cedió el paso, escaleras arriba, y subió tras él. Ya en la habitación, le entregó el sobre y luego se marcharon juntos y se dirigieron al embarcadero, donde los aguardaban dos marineros en un bote de remos.

Una vez a bordo, fue conducido al salón: suntuoso veinte años antes, ahora se hallaba en una dulce decadencia, con las telas desteñidas, los metales empañados y la atmósfera mohosa. Al aproximarse el bote, Escovil observó que llevaba el nombre de *Amenhotep II*. Un yate egipcio.

Escovil no había visto nunca a aquellos hombres. Se presentaron como Jones y Wilkins, y tal vez eran Jones y Wilkins, o tal vez no. A Escovil no le importaba quiénes dijeran ser. Él sabía lo que eran. Jones era alto, huesudo y sombrío; tal fue la descripción que Escovil hizo para sí, añadiendo: «Aunque sombrío a propósito de sabe Dios qué». Wilkins tenía aspecto de militar: tieso, bigotudo, hostil y potencialmente peligroso. Para el enemigo, para su mujer, para su perro. «Bueno, quizá no su perro», pensó Escovil. Probablemente, con él era muy sentimental. «Solo tú me quieres, *Fido*». Escovil tuvo la certidumbre de que estaba en lo cierto, de modo que le produjo alivio comprobar que Jones era quien llevaba la voz cantante. En cualquier caso, eso parecía. Quizá a Wilkins lo habían enviado solo para atemorizarlo, o estaba impaciente por dar un paseo por mar.

Le dieron un gran vaso de whisky con soda y ellos también se sirvieron. Se instalaron en las malolientes butacas y sonrieron. Ambos. El whisky era absolutamente horrible.

—Tenemos una pequeña pesadilla —dijo Jones—. Así que deberá usted ayudarnos a librarnos de ella. —Su voz insinuaba a las claras una queja—. Realmente esto supone un lío para alguien, y nosotros somos los encargados de poner orden.

—¿Ese alguien tiene nombre? —preguntó Escovil.

—No podemos decírselo —replicó Jones.

Fijó la mirada en Escovil. «¿Está usted loco?».

—Comprendo —admitió Escovil, levemente divertido.

Esa no era en absoluto la respuesta adecuada.

—Claro que lo comprende —dijo Wilkins.

Solo en Inglaterra, pensó Escovil, podía pronunciarse el «claro que lo comprende» de forma que significara: «Le voy a rebanar el pescuezo». Batiéndose en retirada, tomó un sorbo de whisky y trató de parecer sumiso. Aquello era la guerra, y él se había comprometido a luchar contra un sucio enemigo, pero nunca sería uno de ellos, un Jones o un Wilkins. No le gustaban y nunca le gustarían.

—Érase una vez —empezó a contar Jones, vaso en mano, recostándose en la butaca y cruzando las piernas— un hombrecito llamado Henry Byer. A usted no le sonará el nombre, pero seguro que le sonaría si hubiera sido uno de sus colegas en los laboratorios de Cambridge durante los años veinte. El tal Harry, como lo llaman, es físico, y brillante. Estudiaba las ondas sonoras y las emisiones de radio, por entonces todo muy teórico. Nadie había oído hablar de la radionavegación. Eso ayuda a los bombarderos a volar de noche, y pueden encontrar sus objetivos usando ondas de radio, ondas localizadoras, como las llamaríamos ahora. ¿Quién podía saber que una onda de radio se convertiría en un arma decisiva para ganar o perder una guerra? Ahora los alemanes tienen sus propios radiolocalizadores, pero utilizando los métodos que descubrió Harry Byer podemos alterarlos. Y la Luftwaffe quizá sepa que lo estamos haciendo, pero no sabe cómo. Harry Byer sí lo sabe.

Jones se detuvo para beber, y luego continuó:

—En cualquier caso, a Harry le fue bien en la vida: una cátedra en Cambridge, donde trabajaba en el laboratorio de física, se casó con su amorcito, una chica muy guapa...

—Está como un tren —dijo Wilkins—. Menuda delantera.

Indicó la magnitud del busto poniendo las manos en forma de cuenco.

—Mmmm —lo secundó Escovil, enarcando las cejas apreciativamente. Cosas de hombres.

Jones carraspeó y prosiguió:

—Sí, bueno. Pero en el verano del treinta y nueve la vida se volvió amarga para Byer, porque la mujer encontró a alguien que le gustaba más. Harry era, ¿cómo lo diría? Físicamente poco agraciado, ¿sabe? Desde luego muy inteligente, pero llegó el día en que su mucha inteligencia no pudo... competir.

»Pero, bueno, ¿a quién le importaba eso? Sin embargo, Harry se lo tomó mal, oh, muy mal, sí. Y precisamente entonces llegó el primero de septiembre y Adolf mandó sus tanques a Polonia. Harry Byer, con un cabreo monumental, se fue a Londres y se alistó en la RAF. ¡Que se enterara su mujer! ¡Iría y se dejaría matar! ¡Ja! ¡Toma ya!

Algo retumbó dentro de Wilkins, como Escovil averiguó un momento después, era una carcajada.

—Oh, pero ¿sabe, Escovil?, cierto aristócrata debía haber cuidado de ese tipo, que es esencial para el esfuerzo de guerra. Porque Hitler dispone de legiones de payasos de las SS que desfilan con el paso de la oca, pero Gran Bretaña tiene científicos. Y los científicos ganan. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Pero nuestro aristócrata, que se supone que estaba vigilando, un aristócrata con muchos títulos, puedo añadir, que se reúne en mansiones campestres con gente divinamente importante, patinó. No intervino inmediatamente, cuando aún podía hacerse algo al respecto. O no se lo dijeron o lo ignoraba.

—Lo segundo, diría yo —propuso Wilkins.

—Arthur tiene razón. Porque esa clase de individuos no comete equivocaciones. Simplemente sigue adelante. Nada de cagadas. Todo sale siempre a pedir de boca. Pero como habrá adivinado, en realidad no todo sale a pedir de boca.

»La RAF no podía permitir que Harry Byer pilotara un avión. Claro que no. ¡Santo cielo! ¡Es una especie de gnomo, un alfeñique! Lo enrolaron como ametrallador de cola, cabía en la torreta. Así que, a bordo de su bombardero Wellington, se dedicó a soltar bombas incendiarias sobre los alemanes, ¡y bien hecho!

—Amén —dijo Escovil.

—Bien, el amén, como usted dice, estuvo a punto de cumplirse porque a principios de enero el Wellington de Harry fue alcanzado por las baterías antiaéreas sobre el Ruhr. El piloto hace un audaz esfuerzo, pero no sirve, y la tripulación se lanza en paracaídas sobre Francia. Ahora interviene la suerte. Parte de la tripulación es capturada, pero Harry aterriza en el campo del granjero adecuado, y los franceses, tal vez un grupo de la resistencia, o franceses simplemente, se hacen cargo de él y lo mandan clandestinamente a París. Y allí sigue, mientras ellos tratan de hacer los arreglos precisos para sacarlo del país.

»Y precisamente ahora le cuentan al aristócrata lo que le ha pasado a Harry, y él suelta un estruendoso rugido. ¿Y a quién supone que dirige el rugido para que corrija ese desaguizado? A nosotros, ¿a quiénes si no?

Jones esperó. Escovil sabía que había sido convocado para interpretar su papel, y lo que se le ocurrió fue:

—Y ahora ustedes me rugen a mí.

Qué impertinente.

—No estamos rugiendo, Francis. Todavía —repuso Wilkins.

—Entonces, ¿qué he de hacer?

—Pues sacarlo de allí. ¿Qué otra cosa? —terció Jones.

Había un archivador en la mesa, junto a la butaca de Jones. Este lo abrió, sacó una fotografía y se la tendió a Escovil, que tuvo que levantarse a cogerla. Cuando volvió a su butaca, Jones le dijo:

—Ese es. Tomada cuando llegó a París, para asegurarnos de que tenían a quien decían tener.

En la fotografía, Harry Byer parecía una lechuza que hubiera entrado volando en un granero: pico ganchudo por nariz, ojillos, boquita fruncida; y la pared del granero había dejado unos morados junto al ojo derecho y en la comisura derecha de la boca. ¿Herido al ser derribado su avión? ¿Víctima de una paliza?

—¿Cuándo se tomó? —preguntó.

Escovil se levantó, tratando de devolver la fotografía, pero Jones le hizo una seña para que volviera a sentarse y respondió:

—Más o menos una semana después del aterrizaje.

—¿Y cómo, hum, nos hemos enterado del asunto?

—Quienesquiera que sean esas personas, estaban en contacto con una célula

clandestina que maneja una radio.

—Que transmite a Londres.

—A los franceses de Londres.

—Oh.

—Exactamente.

—¿Suponen que los alemanes los tienen controlados y que esperan a ver quién asoma?

—No tenemos ni idea.

Silencio. Wilkins había adoptado ahora la misma postura que su colega: vaso en mano, piernas cruzadas. Escovil pensó que eran bastante buenos. Finalmente dijo:

—O sea, que quieren mandarme para allá.

Jones emitió una risa semejante a un cacareo.

—¿Está atontado o qué? Claro que no. Usted mandará a su agente, como se llame, el policía.

—¿Constantino Zannis? No es mi agente. ¿Quién les ha dicho eso?

Wilkins se inclinó hacia delante y dijo:

—Oh, maldita sea; claro que lo es. —Eché una mirada a su reloj—. Le llevará unos diez minutos, diría yo, más o menos.

«Me gustaría verte a ti diciéndole eso a Zannis». Pero Escovil sabía que no tenía objeto iniciar una discusión que no podía ganar.

—París está lejos. ¿Por qué no sacan a Byer de Francia en un pesquero?

—Opción rechazada —dijo Jones—. Por el momento. Los alemanes han echado el cierre a las costas. Volveremos a utilizarlas más adelante, pero ahora mismo usted tendrá que emplear su ruta de huida.

—No es mía.

—Ahora lo es.

«Joder». —¿Y por qué tiene que ir Zannis?

—Porque Byer nunca lograría salir por sí mismo. No habla una palabra de ningún idioma del continente. Puede leer una publicación científica en alemán, pero no puede pedir un plato. Y, lo que es más importante, si lo capturan tenemos que ser capaces de demostrar que hicimos todo lo posible. Tenemos que demostrar que nos ocupamos del asunto.

Escovil contuvo un suspiro.

—Muy bien, se lo pediré.

—No —objetó Wilkins, ahora muy irritado—. Se lo dirá. Aunque, por supuesto, debe parecer que «se lo pide».

Jones dijo:

—Hágalo como quiera, pero métase en la cabeza, Francis, que nosotros no admitimos un no por respuesta.

—Se levantó, cogió el vaso de Wilkins y luego el de Escovil, y sirvió más bebida. Cuando estuvo acomodado de nuevo, precisó: —Consígalo.



Empleó un tono de voz que era nuevo para Escovil, y continuó explicando cómo pensaban poder llevar a cabo la operación. Escovil pensó que eran unos cabrones redomados, pero al menos, gracias al Cielo, unos cabrones inteligentes.

27 de enero. Una llamada telefónica de Escovil a primera hora de la tarde. ¿Podían verse? ¿En privado? La reacción instintiva de Zannis fue negarse, cortésmente o no tan cortésmente, porque la expresión «en privado» no dejaba lugar a dudas: los espías querían algo. Y aquel no era un buen día para pedirle nada a Zannis porque estaba abatido. Había esperado una llamada de Demetria; esperó y esperó, pero no se produjo. Habían transcurrido, como arrastrándose, cinco días, y cada vez que sonaba el teléfono le daba un vuelco el corazón: «¡Es ella!». Pero nunca lo era. Ahora tenía que aceptar que o ella lo había pensado mejor o que esperaba a que él la llamara, tal como le había prometido y casi amenazado. Mientras tanto, los espías iban tras él. El otoño anterior, cuando estaba con Roxanne, se hubiera reído. Pero el mundo había cambiado, la guerra avanzaba hacia el sur y solo la alianza con los británicos podía salvar el país.

Y ellos lo sabían.

—De veras es importante —dijo Escovil—. ¿Hay algún lugar donde...?

«Skata». —Puede venir al despacho después de las seis —contestó Zannis con voz cortante—. ¿Sabe dónde está?

—No.

«Ya lo creo que lo sabe». Zannis le dio las señas y añadió:

—Esto es muy discreto una vez que todos se han ido a casa. No tiene que preocuparse.

«Y al diablo con las habituales librerías e iglesias vacías». A las seis y cinco, allí estaba.

—Hola.

Había estado bebiendo. Zannis pudo olerlo. Y tenía unas ojeras que, con su cabello color arena echado sobre la frente, le hacían parecer más que nunca un muchacho envejecido. Bajo una gabardina raída, una chaqueta de *tweed* maltrecha. Una vez sentado al otro lado de la mesa escritorio, Zannis dijo:

—¿Qué es lo que quiere?

Aquella pregunta tan directa hizo que Escovil carraspeará.

—Tenemos que pedirle un favor.

«Nosotros». Bien, ya había salido eso. ¿Qué tocaba ahora? No fue algo que quisiera oír.

—Tiene que ver con su capacidad para traer refugiados, para traerlos en secreto desde el norte de Europa hasta Salónica.

—¿Están enterados de eso?

—Lo estamos.

El tono de Escovil era de disculpa. Los servicios secretos eran lo que eran y, a veces, lamentablemente, funcionaban.

—¿Y qué?

—Necesitamos que nos ayude con uno de nuestros fugitivos. Un importante fugitivo para el esfuerzo de guerra británico.

Zannis encendió un cigarrillo. Luego dijo:

—No.

El prender el cigarrillo le dio la oportunidad de corregir su primera respuesta, que hubiera sido: «Salga de mi despacho». Escovil lo miró abatido.

—Claro. Es la respuesta adecuada para usted. Es lo que yo diría en su lugar.

«Entonces, adiós». —Usted teme —continuó Escovil— que eso pueda hacer peligrar su red.

—Podría muy bien destruirla, Escovil. ¿Y qué pasa entonces con los hombres y mujeres que tratan de salir de Alemania? Yo se lo diré: los atraparán, los detendrán y quedarán a merced de las SS. ¿Quiere más?

—No hace falta —respondió Escovil en voz muy baja—. Lo sé. —Permaneció silencioso un rato y luego dijo—: Lo cual podría suceder de todos modos, aun si se niega a ayudarnos.

—Sucederá.

—Entonces...

—Es cuestión de tiempo. Cuanto más sigamos con esto, más vidas se salvan. Y si alguno de nuestros fugitivos es capturado, podemos tratar de resolver el problema, y continuar. Las personas escapan continuamente, y la organización encargada de capturarlas se adapta, obtiene toda la información que puede y se pone manos a la obra al día siguiente. Pero si descubren a un fugitivo importante, quizá un agente secreto, eso sugiere la existencia de otros, y entonces esa organización dedicará más gente y más dinero, habrá más presión de las alturas. Y eso sería el fin para nosotros.

—No es un agente secreto.

—¿No?

—No. Es un aviador derribado. Un científico al que no debía habersele permitido alistarse en la RAF y desde luego no debía habersele permitido participar en misiones de bombardeo. Pero escapó a la atención del departamento que, humm, se ocupa de esas personalidades. Y ahora queremos que vuelva.

—¿Y no pueden hacerlo volver por sus propios medios? ¿Ustedes?

—No me gusta decirlo, pero eso es lo que estamos haciendo.

—Y no me gusta decirlo, pero están ustedes poniendo en peligro muchas vidas.

—Bien, francamente, no hay otra opción. No queremos hacerlo, preferiríamos no hacerlo, pero parece que es así como se va a hacer.

Zannis se quedó pensativo.

—¿No tiene otra alternativa?

—Hoy por hoy, no.

—Le diré algo, Escovil. Si descubro que me está mintiendo, va a salir de aquí en el próximo barco.

—Entiendo su punto de vista, pero eso no sucederá. ¿No se da cuenta? Esto tiene un gran alcance. Afecta a la guerra misma, a todo. —Hizo una pausa, y al cabo dijo —: Y no miento.

—Ah, bueno, en tal caso...

—No miento. Y puede asegurarse de que la persona en cuestión es exactamente quien digo que es.

—¿De veras? ¿Y exactamente cómo podría asegurarme?

—Preguntádoselo a esa persona.

Zannis no se fue directamente a casa. Se detuvo en la taberna del barrio, se tomó un *ouzo*, luego otro, y consideró la posibilidad de un tercero, pero, sintiéndose culpable por descuidar la comida de *Melissa*, se apresuró a regresar al callejón de Santaroza. Entonces se dio cuenta de que el tercer *ouzo* no hubiera surtido mucho más efecto que los dos primeros, los cuales no habían surtido efecto alguno. Su mente estaba demasiado ocupada, demasiado embrollada para que la aliviara el alcohol. Este lo levantaba a uno por breve tiempo, y luego, vuelta a lo mismo. «¡Lo siento!». Sencillamente, no podía convencerse a sí mismo de que Escovil mentía. Años de trabajo como policía habían afilado sus instintos en ese terreno, y confiaba en ellos más que nunca. Tras la pequeña sorpresa de Escovil —«Preguntádoselo a esa persona»—, le explicó la operación, que estaba astutamente concebida y tenía sentido. Mucho sentido, en la medida en que Zannis estuviera dispuesto a aceptar cierto nivel de riesgo. ¿Y quién —en aquellos tiempos y circunstancias— no lo aceptaría? Él, sí. Tenía que ir a París. Él tenía que ir a París. Y hacer lo que había que hacer. Y eso era todo.

Tumbado en la cama en ropa interior, alargó la mano hasta la mesita de noche y echó otra vez un vistazo a la fotografía que le habían dado. Sí, Byer era exactamente quien Escovil le había dicho que era, morados incluidos. ¿Y cómo se las había arreglado la organización de Escovil para sacar de Francia la fotografía? Escovil manifestó su ignorancia al respecto y, como antes, Zannis lo creyó. A continuación estudió la segunda fotografía de Byer, la que figuraba en el pasaporte de Sardakis, una auténtica foto de pasaporte, al parecer, y un auténtico pasaporte griego. Quizá para ellos no resultaba tan difícil pero, aun así, era impresionante. ¿Era ese un hombre de los que matarían a su mujer y al amante de esta en un acceso de celos? Bien, seguramente lo era: el lechuzo, el intelectual de apariencia inofensiva. *Skata!* Él había visto a muchos asesinos. Y ese era exactamente el aspecto que tenían.

Devolvió el pasaporte y la fotografía a la mesita de noche y dirigió su mente hacia lo que tenía que hacer por la mañana. El arma. ¿Por qué no había reemplazado su Walther, perdida en el bombardeo de Trikkala? ¿Por qué era tan...?

El teléfono. ¿Quién lo llamaría allí? ¿Su madre? Ella no tenía teléfono pero, en caso de emergencia...

—¿Diga?

—Hola. Soy yo.

«¡Ella!». —Demetria. ¿Yo... yo te di este número?

—¿Estás enfadado conmigo?

—¡Santo Dios, no!

—Lo tenía Vasilou, en un fichero en su estudio.

—¿Todo... va bien?

—Ahora, mejor. Pero ha sido una semana terrible. De repente, Vasilou se puso afectuoso, volvió temprano del despacho y quería lo que ya sabes. Pero yo había comido pescado en mal estado. Le dio un ataque de rabia, se puso a gritar. ¡Compraría el restaurante y despediría al cocinero! Mientras tanto, me escondí en el cuarto de baño. —El recuerdo de aquel momento arrancó de ella una especie de gorjeo—. En cualquier caso, por fin puedo telefonearte. Esta noche libra la servidumbre, pero se han entretenido antes de irse, y he calculado que ya no estabas en el trabajo.

—¿Puedes venir aquí, ahora? ¿Aunque sea por un momento? Solo para verte...

—Oh, Costa, no puedo.

Pero con su tono de voz le dio a entender lo mucho que deseaba ir y, casi lo mejor, nunca había pronunciado antes su nombre. Oírse lo estremeció.

—¿Mañana?

—Pasado. Él se va a Atenas, las criadas acuden a un bautizo y yo le he dicho a todo el mundo que estoy invitada a una partida de *mah-jong*. Así que puedo verte a las cinco, y dispondré de dos horas, a menos...

—¿A menos que qué?

—Debo advertirte, Costa, que él es un enemigo peligroso, un enemigo muy peligroso. Algunas de las personas que trabajan para él harían... cualquier cosa.

Zannis se preguntó por qué pensaba ella que Vasilou los descubriría tan pronto, pero entonces lo supo.

—Demetria, ¿quieres decírselo? ¿Lo dejas y te vienes conmigo? ¿Ahora?

Hubo un rumor en la línea. Finalmente, ella dijo:

—Ahora no. Todavía no.

Zannis pensó que lo estaba poniendo a prueba. «Sé que te acostarás conmigo, pero ¿te quedarás a mi lado?». —No le tengo miedo, Demetria.

—No le tienes miedo a nadie, ¿verdad?

—No. Tú dime el día y la hora que quieras irte, y es cosa hecha. —Como ella no hablaba, añadió—: ¿Sigues amándole?

—No, nunca lo amé; realmente no. Hubo un momento en que pensé que podría. Sí, supongo que eso pensé. —Tras un momento, continuó—: ¿Sabes? Soy su tercera esposa. Simplemente quería algo distinto, una nueva posesión, pero aun así yo tenía esperanzas. Era enérgico, masculino, rico. ¿Quién era yo para rechazarlo como marido? Y me casé —con todo lo que eso significa en este país—, estaba agradecida,

y él era honorable. Fue a ver a mi padre y le pidió mi mano. Muy pasado de moda, muy tradicional, y eso me conmovió. Estaba sola, me hacía mayor y al menos me aguardaba una vida de lujo.

—Creo que eso le puede pasar a cualquiera.

—Sí, supongo que podría ser. Y yo soy cualquiera, Costa, dentro de... todo esto.

—Me temo que no eres precisamente cualquiera. Para mí no lo eres.

—Lo sé. Lo vi. Desde el coche, cuando salisteis tú y Vasilou. —Dudó y luego suspiró—. Quiero decírtelo todo, pero no por teléfono. —Una pausa, y luego—: No me has dicho dónde vives.

—En el callejón de Santaroza no hay números, pero es la cuarta casa desde la esquina en dirección a la bahía. La puerta es de madera vieja, sin pintar. Estoy en el segundo piso.

Ella aguardó un momento y dijo:

—Ahora tengo que marcharme. Pero solo serán dos días. Un día y parte de otro.

—A las cinco.

—Sí, a las cinco —confirmó ella, con voz adorable, y colgó el teléfono.

La mejor armería de Salónica estaba en el extremo occidental de la Vía Egnatia, en lo que había sido, antes del Gran Incendio, el barrio judío de la ciudad. El propietario, llamado Moisés, estaba allí desde hacía más de treinta años. Pero sus escopetas de cerrojo lateral no se hacían viejas. Llevaba siempre un Homburg negro, un sombrero muy formal, chaleco y corbata de colorido vistoso, y las mangas de la camisa abotonadas en los puños. La tienda olía a aceite de engrasar armas, bastante parecido al de los plátanos. Moisés siempre había hecho descuento a los policías, de modo que Zannis mostró la placa.

—Es usted Costa Zannis, ¿verdad?

—Así es.

—¿En qué puedo servirle?

—Necesito una Walther, el modelo PPK de detective, y una funda. También una caja con munición.

Moisés meneó la cabeza con gesto grave.

—Pensé qué tal vez deseaba alguna reparación.

—No, un arma nueva.

—Ay, perdone, pero no tengo ninguna.

—Bien, pues usada. Tal vez sea mejor, incluso.

—Me temo que todas están agotadas. Nuevas, usadas... todas.

—¿Qué quiere decir con que todas están agotadas?

—Se han acabado. Todo se ha vendido: fusiles de caza, escopetas y todas las pistolas. —Se encogió de hombros—. Desearía poder ayudarle. He escrito a la casa Walther y el mes que viene me darán una respuesta.

Zannis se paró a pensar.

—Moisés, tengo que pedirle como un favor especial para mí que trate de encontrar y comprar una. Pagaré lo que sea.

Moisés se rascó el cogote y adoptó una expresión dubitativa.

—No sé, nunca he hecho algo así. Una vez que el cliente la compra, es suya. La cosa va así.

—Desde luego. Pero debo tener una. Una PPK.

—Bueno, un cliente me compró veinte unidades del modelo PPK, supongo que podría arreglarse con diecinueve. Me pregunto si quizá sería mejor que se la pidiera usted mismo.

—¿Le molestaría a esa persona que usted me diera su nombre?

Moisés lo consideró.

—No. Todo el mundo en esta ciudad lo conoce. Y, pensándolo bien, imagino que usted también.

—¿Quién es?

—Elias, el hombre que solo usa el nombre de pila. Ya sabe, el poeta.

—¿Veinte pistolas?

—No es tan extraño. ¿Quién puede prever el futuro?

—Quizá Elias pueda. Me pondré en contacto con él.

—Dígale que yo me resistí a darle su nombre.

—No le importará.

—Poetas que compran Waiters... No recuerdo nada igual, y llevo aquí treinta años.

Zannis regresó caminando al despacho. «Jodida guerra», pensó. Salónica se estaba preparando para la resistencia, la gente compraba armas y las escondía. Pero Elias, un paso por delante de los demás, se proponía ir —cargado de regalos— a las aldeas de montaña, y allí, cuando llegaran los alemanes, los bandidos se convertirían de nuevo en *andartes*, guerrilleros, como habían hecho durante la ocupación turca.

Zannis telefoneó a Elias y una hora más tarde se reunió con él en un *kafeneion*. Ceremoniosamente, Elias le tendió una caja que contenía una Walther. Cuando Zannis se dispuso a buscar en el bolsillo, Elias alzó una mano.

—No aceptaré de usted ni una dracma, Costa. Es un placer. Mi regalo, mi gesto. Porque mi tarea, como poeta griego, consiste en ser oracular, en ver el futuro, y yo sé lo que hará esta arma y a quién. Como he dicho, es un placer.

29 de enero. Un emocionado Costa Zannis abandonó su despacho a las tres para recoger las sábanas que había mandado lavar «y planchar, Elena». Una vez en su piso, hizo la cama y empezó a barrer el suelo, pero se detuvo al darse cuenta de que a esta tarea debía precederla otra, y empezó a cepillar a *Melissa*. Probablemente ella prefería la comida a un cepillado, pero este era casi tan necesario como aquella. La

perra se puso de costado, con la lengua colgándole de un lado de la boca, para que Zannis pudiera cepillarle el pecho.

—Sí, *Melissa*, vamos a tener una invitada. Una invitada importante.

La cola de *Melissa* descargó un golpe en el suelo.

Canturreaba algo cuya letra había olvidado cuando sonó un golpe seco en la puerta. Zannis miró el reloj. «¡Se ha adelantado!». Eran poco más de las cuatro, pero qué importaba; así tendrían más tiempo para estar juntos. Abrió la puerta y allí estaba un detective: ¿Tellos? Sí, creía que era él. Unos años antes habían servido en la misma brigada. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

—Entre.

—Vangelis me ha enviado en su busca —dijo Tellos, excusándose—. Fui al despacho, pero no estaba allí. Tengo un coche abajo.

—¿Qué ocurre?

—¿No se ha enterado?

—No.

—El general Metaxas ha muerto. En un hospital de Atenas.

—¿Asesinado?

—No, aunque la gente anda diciendo toda clase de cosas: que si envenenado por los italianos... lo que usted quiera. Se inventan conspiraciones de todo tipo.

—Pero falsas.

—Vangelis ha hablado con gente de Atenas. Al general lo operaron de amígdalas y murió a causa de una toxemia. En cualquier caso, podemos enfrentarnos a manifestaciones, disturbios, quién sabe a qué, de modo que hay una reunión en casa del alcalde, al este del puerto, y Vangelis quiere que usted asista.

Zannis estaba rabioso. Temía que Tellos lo percibiera, y se cubrió el rostro con las manos. ¿Qué destino adverso maquinaba para apartarlo de lo que más deseaba en el mundo?

Tellos apoyó una mano en su hombro.

—Lo comprendo. Ese hombre salvó a Grecia y ahora ha muerto.

*30 de enero.* No hubo disturbios. El gobierno de Metaxas nunca fue popular; sin duda la mitad de la población hubiera preferido una república, largamente defendida por Venizelos, la noble voz de la democracia griega. Pero Venizelos había muerto en el exilio en 1936, mientras que Metaxas, aun siendo un dictador, había regido bien el país durante aquella guerra. Ahora el rey Jorge II había nombrado nuevo primer ministro a Alexandras Koryzis, exgobernador del Banco de Grecia. Apenas alguien había oído hablar de él. Por eso no hubo marchas por las calles. En lugar de eso, melancolía y silencio. Pobre Grecia, qué mala suerte. ¿Por qué el destino trataba tan mal a los griegos?

Zannis podría haber tenido sentimientos similares, pero apenas quedaba espacio

en su desdichado corazón para emocionarse con la política nacional, pues tenía que irse a París al día siguiente y, si la operación se malograba, nunca volvería a ver a Demetria. Eso lo desgarraba. Si solo hubieran podido encontrarse, si solo hubieran hecho el amor. Dos horas robadas, ¿era eso mucho pedir? Así lo parecía, pues sus horas juntos les fueron robadas por un quiebro del destino: un hombre con amigdalitis. Zannis no podía dejar de permanecer meditabundo, airado y triste.

Pero tenía que lograrlo, porque sus dificultades iban más allá de eso, y él mismo las había provocado. Sabía que iba a estar ausente al menos diez días, y durante ese tiempo era más que probable que llegara al despacho una carta de Emilia Krebs. Así que no tuvo otra elección que confiar en Gabi Saltiel —y en Sibylla, que no podía quedar excluida— todo lo relativo a la ruta de huida. Saltiel nunca decía una palabra áspera, pero Zannis pudo comprender que había herido sus sentimientos: ¿por qué no había confiado en él desde el principio? En cuanto a Sibylla, los sentimientos no contaban. Ella, sencillamente, trataría de que todo saliera bien.

No todo resultaba tan fácil.

—Mezcla seis tabletas de Panadon en un vaso de agua y utiliza una pluma limpia.

Y el resto: la plancha, la dirección del abogado de Berlín, los números de teletipo de los policías de Zagreb y Budapest.

—Puede confiar en nosotros, jefe —le dijo Sibylla.

Zannis comprendió que hablaba en serio.

Luego, el ojo de Zannis inevitablemente se dirigió al teléfono. No se atrevía. Humm, quizá sí. ¡No, no se atrevería! Pero sí, se atrevió. Vasilou continuaría en Atenas, y Zannis no podía soportar la idea de dejar, quizá para siempre, a la mujer que amaba, sin más que una llamada a una puerta que no tuvo respuesta.

Muy despacio, tentando al destino pero incapaz de detenerse, hizo girar el disco con el índice, marcando cada cifra hasta notar bien el tope. Pero entonces, por fin, le sonrió la buena suerte: fue Demetria quien descolgó el teléfono. Zannis habló deprisa, por si ella tenía que colgar.

—Lo siento, me fueron a buscar para una reunión. Por lo de Metaxas.

—Comprendo —dijo ella, con voz entrecortada e indecisa—. Quizá... podría intentarlo... la semana que viene. —Luego, su mente se puso a trabajar con rapidez, y añadió—: Para otra prueba.

Al fondo:

—¿Y ahora quién demonios es?

*Skata!* Vasilou.

—Es la modista, querido.

—Pues abrevia, que estoy esperando una llamada.

—Sí, querido. Será solo un minuto.

—Oh, Dios mío —exclamó Zannis—. No comprendí...

—El dobladillo es demasiado largo, así que...

—Estaré fuera diez días. Te llamaré.



Sonido de pasos acercándose.

—¿Es que no puedes colgar? —chilló Vasilou—. ¡Déjame que te enseñe cómo se hace!

Los pasos se hicieron más audibles.

—Tengo que despedirme. —Su voz sonó temblorosa—. Pero, por favor...

Alguien colgó el teléfono de golpe.

En el cuartel de la Gestapo, en la Prinz-Albrechtstrasse de Berlín, el *Hauptsturmführer* Albert Hauser estudiaba una larga lista de nombres mecanografiados en papel amarillo. Cuando un nombre atraía su atención, rebuscaba en un fichero metálico de cartulinas de doce y medio por veinte, dispuestas en orden alfabético, donde se recogía información acerca de cada uno de los nombres. Si eso era insuficiente, disponía de expedientes para la mayoría de los nombres; expedientes llenos de páginas de información obtenida mediante vigilancia, informantes pagados, denuncias e interrogatorios. La lista amarilla era una especie de «Quién es Quién» de los disidentes de Berlín, todos ellos sospechosos —algunos más que sospechosos— de actividades contra el Reich. Esos intereses estaban definidos de una manera más bien vaga, de modo que no resultaba difícil decir la cosa equivocada, conocer a la persona equivocada o tener el libro equivocado. «¡Y bienvenido a la lista!». De la A a la Z, la lista constaba de seis páginas y media. Algunos de los nombres tenían una señal al lado, una observación de Hauser para su propio uso: interrogación, admiración —¡vaya por Dios!—, asterisco y otros; incluso una «x», la última, por ejemplo, junto a una pareja cuyos nombres aparecieron pronto en la sección D. Esa pareja, después de haber sido presionada por la Gestapo, se suicidó, pero Hauser pensaba que se suicidó de una manera irritante, pues cuando se hallaron sus cadáveres no hubo forma de identificarlos. Unos rencorosos. Irse a una ciudad distante y resolver el asunto en la habitación de un hotelito, después de quemar los documentos de identidad. Desafiantes incluso después de muertos. Realmente, muy fastidiosos.

Pasó la página. Junto al apellido GRUEN, dos entradas, para marido y mujer, con sendos interrogantes. Desaparecidos en el que debía haber sido su último día de libertad. ¿Huidos? ¿Adónde? Una palabra usada por aquella gente —judíos, comunistas e incluso aristócratas— era sumergirse. Significaba esconderse en un piso, compartir la comida de un amigo obtenida con cupones de racionamiento, salir raramente o nunca, y solo con identificación prestada o falsa.

Otros, como la pareja D, se daban muerte. Pero otros más lograban huir del país. A Suiza, si tenían suerte. O, en ocasiones, a la zona no ocupada de Francia, donde los organismos policiales de Vichy se dedicaban a capturarlos, pero no siempre. El problema de la zona no ocupada, la parte sur del país, era que los fugitivos podían dirigirse a Marsella. Y una vez en Marsella, con algo de dinero, uno podía hacer casi

todo. «Eso es lo que pasa —pensaba Hauser— en las ciudades portuarias», como Nápoles. U Odessa, incluso bajo el poder de la implacable NKVD. ¿Adónde más podían ir? El ojo interior de Hauser vagó por un imaginario mapa de Europa. ¿Constanza, en Rumania? Una distancia muy larga para un fugitivo. Lo mismo que Varna, en la costa búlgara del mar Negro.

«A trabajar, holgazán», se dijo Hauser. Basta de soñar despierto. ¿Dónde estaban aquellos Gruen? Se levantó y se acercó a la pared, donde grandes hojas de papel marrón mostraban diagramas de relaciones entre los disidentes. Líneas continuas, líneas de puntos, algunas trazadas con lápiz rojo: quién se reunía con quién, quién trabajaba con quién, quién telefoneaba a quién, y así sucesivamente. Hauser localizó el círculo que contenía el nombre GRUEN y resiguió las líneas radiales con el índice. No tenían muchos amigos. Allí estaba, por ejemplo, el nombre, encerrado en un círculo, de Krebs. ¿Y quién era ese?

Volvió a su lista y le dio la vuelta hasta encontrar la «K»: KREBS, EMILIA, y KREBS, HUGO. Este último estaba marcado con un triángulo, que significaba, en el sistema de Hauser, algo así como «cuidado». Ahora, a sus fichas. Sí, ahí estaba, realmente se merecía ese triángulo. Ese Krebs era un coronel del Estado Mayor General, y no debía ser molestado. *Scheisse!* Tenía que andar de puntillas en aquel trabajo. O terminabas en Varsovia, Dios nos libre. Pero él seguía cavilando, y echó un vistazo a KREBS, EMILIA. Intima y vieja amiga de los Gruen, vecinos en Dahlem, judía. «Hum, fíjate en eso. Este coronel Krebs debe ser muy poderoso para tener una esposa judía y andar por ahí con ella». Lo apartaron del curso de estos pensamientos dos golpes en la puerta y la entrada de la administrativa jefe del departamento: alta, de cabello desvaído y de mediana edad. Traudl, inquietante, con su cabello recogido atrás y sus maneras más tirantes aún, pero inteligente e implacable en su dedicación al trabajo. Eso no era de sorprender, en otro tiempo había trabajado para algunos de los mejores despachos de abogados de la ciudad, regentados en su mayoría, ay, por judíos. Luego, con el ascenso de Hitler, vio la luz y se puso a trabajar para la Gestapo.

—¿*Hauptsturmführer* Hauser? Perdone la intromisión, pero le traigo su café de la mañana.

—Gracias, Traudl —dijo, mientras la mujer ponía sobre la mesa la taza humeante.

—¿Algo más, señor?

—No, gracias. Voy a salir un momento.

Tomó un sorbo de café. Verdadero café, y fuerte. Ah, los pequeños placeres del cargo. Volvió a su papeleo y tamborileó sobre la lista amarilla. «Así pues, ¿a quién va a ir hoy a ver la Gestapo?». Él ya lo sabía; un leve mecanismo se disparó en su cerebro y lo decidió a ir a casa de Emilia Krebs. Eso no era molestar al marido, ¿verdad? No, ciertamente no. El nunca lo sabría porque ella tampoco llegaría a saberlo. Tan solo una vigilancia casual. Un vistazo.

Hauser descolgó el teléfono y marcó un número de dos cifras que lo comunicaba con el despacho del *Untersturmführer* —teniente— Matzig.

—¿Matzi?

—Sí, señor.

—Vamos a dar una vuelta. Necesito tomar el aire.

—Sacaré el coche.

Así que otro recorrido por Dahlem. ¡Señor, aquel barrio era un nido de disidentes! Pero al fin y al cabo no había mucho que ver. Hauser y Matzig charlaban ociosamente sentados dentro del coche y esperaban: la principal actividad de la vida de todo investigador. La oscuridad invernal llegó pronto, y empezó a caer una ligera nevada. El coronel acabó por regresar al hogar después del trabajo y se apeó de un coche de la Wehrmacht. El coronel desapareció dentro de la casa, y aunque los dos oficiales de la Gestapo aguardaron una hora más, eso fue todo por aquel día.

Al día siguiente lo intentaron más temprano, esperaron más tiempo y fueron recompensados con una visión de los Krebs saliendo a cenar. Hauser y Matzig esperaron delante del Horcher mientras la pareja cenaba. No tenía ninguna gracia ir a los mejores restaurantes de Berlín sin llevarse un bocado a la boca. Después de la cena, el matrimonio regresó a casa. Matzig llevó el Mercedes hasta el lugar de observación escogido, Hauser encendió un cigarro y dijo:

—Vámonos a casa, Matzi. Le dedicaremos otro día mañana.

Realmente era lo único que podía hacer pero, como en cualquier trabajo, uno tenía que presentar a los jefes algún éxito, algún logro, y todavía no disponía de nada que justificara mínimamente una entrevista.

Pero la paciencia tiene su recompensa, al menos algunas veces, porque poco después de las cinco, el tercer día, la encantadora Emilia Krebs, con un sobrio abrigo gris y un sombrero a juego de ala ancha, cartera en mano, salió de la casa, recorrió deprisa el sendero que la separaba de la acera y giró a la izquierda, hacia el centro de Berlín. Cuando hubo dejado atrás el seto bajo que bordeaba su jardín, apareció un individuo con abrigo oscuro: medio calvo, pesado, con gafas. Un intelectual, por su aspecto. La siguió a lo largo de una manzana. Hauser y Matzig intercambiaron una mirada. Luego, sin que hicieran falta palabras, Matzig accionó el contacto, puso el coche en marcha y rebasó a Emilia Krebs, para detenerse en una calle lateral desde la que se veía la parada de tranvía más cercana.

Ella llegó poco después, seguida por el hombre del abrigo oscuro. Mantuvieron cierta distancia entre ellos, mezclados con algunas personas, todos esperando el tranvía. Este apareció cinco minutos más tarde, haciendo sonar la campanilla, y disminuyó la marcha hasta pararse. Emilia Krebs y los demás montaron, pero el hombre del abrigo permaneció donde estaba y, una vez que se hubo alejado el tranvía, se volvió y se fue por donde había llegado.

—¿Ves lo que yo estoy viendo? —preguntó Hauser.

—¿Crees que es un remolque?

La función de un remolque, en una operación clandestina, consistía en asegurarse de que a la persona que llevaba delante no la seguían.

—¿Y qué si no?

6 de febrero. París. París ocupado: triste y roto, frío y húmedo, la esvástica por todas partes. Siguiendo el plan de la operación, Zannis era un policía destacado en París para escoltar a un detenido de regreso a Salónica. Con gabardina y un traje azul gastado, desgastados zapatones negros, y la pistola en su funda, en el cinturón, tomó un taxi hasta el hotel de viajeros de comercio que le había indicado Escovil —en una callecita próxima a la Gare du Nord— y durmió toda la tarde, recuperándose de los días de tren. Luego, hacia las ocho de la noche, salió, encontró un taxi y fue en busca de comida francesa y de sexo francés. Si alguien estaba vigilando, eso es lo que creería.

Se apeó del taxi en la Place de la Bastille, dio con el café asignado al segundo intento y también con la mujer. Según el plan, estaría leyendo *Le Soir*, el tabloide vespertino, y marcando con un lápiz los anuncios clasificados.

—Perdone —dijo Zannis—, ¿está esperando a Émile?

No había estado en Francia desde hacía unos diez años, pero la lengua, aunque vacilante y torpe, seguía allí.

—Espero a mi abuelo —respondió ella, para completar el protocolo de identificación. Luego consultó su reloj y añadió—: Será mejor que vayamos a lo nuestro. Me llamará Didi.

¡Didi! Dios santo. Quienquiera que fuese ella —y había dedicado a su personaje sus mejores esfuerzos: escote excesivo, pendientes de «diamantes», carmín de color escarlata—, aquella mujer nunca había ligado en un café, ni nunca había conocido a una mujer que ligara en los cafés. ¿Qué era, una baronesa? Posiblemente, pensó Zannis: cabeza estrecha, orejas pequeñas, ventanas de la nariz delgadas, una barbilla aristocrática. ¿Didi? «Joder, esta gente va a conseguir que me maten». —Larguémonos, bonita —dijo Zannis con una ruda sonrisa, un gesto con la cabeza en dirección a la puerta y ofreciéndole el brazo.

La aristócrata se estremeció. Luego se recuperó, se levantó, tomó el brazo de Zannis, lo oprimió contra la copa de champán de su noble seno y salieron. Rodearon la Place Bastille y se dirigieron a una *brasserie* situada en una calle lateral. Zannis respiró profundamente. Aquellas personas eran valientes, resistían la ocupación y ponían sus vidas en peligro. Lo hacían lo mejor que podían.

Así que el investigador griego, por si alguien estaba observando —y no había manera de saber si era así o no—, había encontrado a una chica para la velada y ahora se la llevaba a cenar. El restaurante se llamaba Brasserie Heininger, y junto a la entrada un hombre con delantal y un impermeable de pescador se dedicaba abrir ostras sobre un lecho de hielo triturado.

Cuando Zannis abrió la puerta, el interior le causó impresión: era mucho más lujoso que cualquier otro lugar donde hubiera estado cuando vivía en París. La decoración de la *brasserie* era muy Belle Époque: banquetas de felpa roja, latón brillante, grandes espejos con marco dorado alineados en las paredes, los camareros con bigotazos, las conversaciones en voz alta y frenéticas, y la atmósfera cargada de humo con olores de perfume y salchichas a la parrilla. Mientras el *maître* los conducía a una mesa —que la putilla de Didi había reservado con antelación—, Zannis vio lo que le pareció como la mitad de la oficialidad del París ocupado, gran parte de ella ataviada con el gris de la Wehrmacht y, como para sobresalir de la composición visual, una salpicadura negra de las SS. Mientras se abrían paso entre las mesas, la aristócrata apretó el brazo de Zannis contra su pecho, tan fuerte que él se preguntó si no le estaría haciendo daño, o si ella estaría tan asustada que ni se daba cuenta. Finalmente se sentaron uno al lado del otro en una banqueta, a una mesa donde estaba escrito el número 14 en una tarjeta sobre un pequeño soporte de latón. La aristócrata se colocó muy cerca de él, y luego tomó aire.

—¿Está usted bien? —le preguntó Zannis.

Ella asintió. Había gratitud en su mirada.

—Buena chica, Didi.

Didi le dirigió una sonrisa de complicidad. El camarero les presentó los menús, con la cubierta en letras doradas.

—Aquí se toma *choucroute garnie* —explicó Didi—. Y se pide champán.

¿*Sauerkraut*? Oh, no, no con el estómago que tenía. Superficialmente, Zannis mostraba cierta confianza e indiferencia, pero cada músculo de su cuerpo estaba en tensión. Estaba dispuesto a abrirse paso a tiros en aquel restaurante, pero de ninguna manera estaba preparado para la *sauerkraut*.

—Quizá tengan pescado.

—Nadie pide eso.

Buscó en el menú.

—Marisco.

—Como quiera.

Zannis levantó la vista un momento y preguntó:

—¿Qué demonios es eso? Detrás de su hombro, en el espejo.

—Algo muy famoso. Un recuerdo de un camarero búlgaro asesinado aquí hace unos años.

—Es un orificio de bala.

—Sí, es eso.

—¿No lo reparan? En el sitio de donde vengo lo hubieran reparado al día siguiente.

—Aquí no.

El camarero regresó.

—¿'Sieur et'dame?

Zannis pidió una mariscada para dos, de la que trataría de comer algo, seguido de la *choucroute*, que no comería, y una botella de champán. Mientras el camarero se alejaba a toda prisa, Zannis descubrió a sus vecinos de la mesa contigua: dos oficiales de las SS con sus novias francesas, de pelo crepado y rubio, sombra de ojos verde, labios carnosos. Uno de los SS parecía un niño precoz, con cutis de bebé, frente estrecha y gafas con montura de carey. El otro —Zannis comprendió inmediatamente quién era, qué era— volvió el rostro hacia él, apoyó un codo en la mampara de peluche y dijo:

—Bonsoir, mon ami.

Sus facciones y el destello de sus ojos sugería una visión del mundo cuya mejor descripción sería la palabra «peculiar», pero Zannis advirtió que se trataba de cierta clase de alemán elegante y refinado que había hallado, en el uniforme negro y en la insignia de la calavera, una forma de satisfacer cierto gusto por el mal.

—*Bonsoir* —contestó Zannis.

—Su chica está de muy buen ver. —Movi6 la cabeza para contemplar mejor a Didi—. Hola, preciosa —dijo con una sonrisa taimada, y movió los dedos en señal de saludo. La aristócrata le dirigió una mirada y luego bajó la vista. El oficial de las SS, en ese estado de embriaguez que le hacía amar al mundo, la instó—: Ay, preciosa, no seas tímida.

Zannis se volvió hacia ella y entabló conversación.

—¿Ha caído mucha nieve este invierno?

Desde detrás de él:

—¡Eh! ¡Le estaba hablando!

Zannis se encaró con el alemán y preguntó:

—¿Sí?

—Ustedes, los franceses, pueden ser muy descorteses, ¿sabe?

—Yo no soy francés.

Tal vez el oficial de las SS no quisiera averiguar qué era, pero las novias desde luego sí querían.

—¿No? ¿Qué eres?

—Soy de Grecia.

El oficial les dijo a sus amigos:

—¡Fijaos, es griego! —Y dirigiéndose a Zannis—: ¿Y qué lo trae a París?

Zannis no pudo evitar lanzarle una mirada que decía «Calla tu jodida boca antes de que te la cierre yo». Luego, asegurándose de que su voz era suave, dijo:

—Soy policía y estoy aquí para llevarme a un asesino.

—Oh. Comprendo. Bien, somos unos tipos amistosos, ¿sabe?, y nos preguntábamos qué iban a hacer después de cenar.

—Irnos a casa.

—Es que tengo un piso de gran lujo en la Avenue Foch, y usted y la preciosidad están invitados, bien, a... champán.

La aristócrata hundió sus uñas, como garras, en el muslo de Zannis, que estuvo a punto de aullar.

—Gracias, pero la señora está cansada. La llevaré a casa después de cenar.

El oficial lo miró y movió la cabeza atrás y adelante. La mujer que estaba junto a él dijo:

—¿Klaus? ¿No nos haces caso?

Gracias, Dios mío, por aquella francesita, rubia, aunque llevara el pelo crepado.

—Disfrute de su velada, amigo mío —lo invitó Zannis, empleando un peculiar tono de voz —comprensivo, tranquilizador— que venía utilizando desde que era policía con los borrachos difíciles.

Y casi surtió efecto. El oficial no alcanzaba a decidir si quería o no acabar aquella batalla. Entonces sufrió como unas sacudidas y se le iluminó el rostro. ¿Qué pasaba? Quizá la mano de su novia había hecho algo por debajo de la mesa, algo más tentador que la mano de la aristócrata. Lo que quiera que fuese funcionó, y el oficial se volvió y cuchicheó en la oreja de su chica.

—*Plat de la meri* —exclamó el camarero, plantándose ante la mesa con una fuente de crustáceos que sostenía en alto con las puntas de los dedos en perfecto equilibrio.

Un taxi aguardaba frente a la *brasserie*, y Zannis dio al conductor las señas de su hotel. La aristócrata, muy aliviada, se arrellanó en el asiento y dijo en tono confidencial:

—Gracias a Dios que se ha acabado. Temí que usted le pegara un tiro.

—No era probable.

«Esta cosa de la funda es solo para exhibirla». Y eso creyó hasta su tercer y último encuentro con Escovil. Quien le dijo, en el momento de separarse:

—Finalmente, debo decirle algo un poco... difícil. A saber, que no puede permitir que Byer sea capturado por los alemanes. No podemos permitir que lo interroguen. Así que si le parece que el juego ha terminado, usted tiene que..., que hacer lo que tiene que hacer.

Zannis no respondió. Al principio no podía creer lo que estaba oyendo, joder, o sea que tenía que asesinarle, pero eso iba más allá de lo que estaba dispuesto a hacer.

Durante la guerra París estaba a oscuras. Todas las cortinas y ventanas eran opacas, la ocasional farola estaba pintada de azul, y los faros de los coches se cubrían hasta dejar solo unas ranuras, por lo que el taxi avanzaba con cautela por calles silenciosas y fantasmales. Cuando llegaron al hotel y se quedaron a solas mientras caminaban hacia la puerta, la compañera de Zannis dijo:

—Ya no queda mucho. A su amigo lo han traído al hotel, y está previsto que tomen el primer tren.

—El de las cinco treinta y cinco.

—Sí, el primer tren a Berlín. ¿Tiene toda la documentación?

—Sellada y firmada: salida de la cárcel de la Santé, visados; todo.

El conserje de noche estaba dormido en una silla tras el mostrador de recepción, con un periódico abierto sobre el regazo. Se aseguraron de no despertarlo y subieron en silencio la escalera mientras él roncaba suavemente abajo. Al llegar al tercer piso, Zannis se detuvo ante su puerta y preguntó:

—¿Dónde está?

La aristócrata hizo un movimiento de cabeza señalando arriba.

—Cuarenta y tres.

En su habitación, Zannis se quitó la gabardina y echó un vistazo a su maleta, que parecía intacta, pero él sabía bien que un registro a cargo de un profesional experto no dejaba rastro. La aristócrata esperaba en la puerta y dijo:

—¿Está listo?

Por mucha impaciencia que sintiera, su esmerada educación no le permitía exteriorizarla en el tono de voz. Era una aficionada, pensó Zannis, y ahora tenía más de lo que podía encajar en materia de secreto y peligro.

Subieron otro tramo de escaleras, la aristócrata llamó dos veces a la puerta, luego otras dos, y entonces la puerta se abrió a una habitación oscura. El hombre que había abierto la puerta era bien parecido, con un rostro de rasgos afilados, cabello oscuro y peinado hacia atrás, y parecía estar en posición de firmes. Algo propio de un militar. Zannis pensó que quizá era un oficial superior. La aristócrata y el oficial se besaron ligeramente en la mejilla, y murmuraron algo que Zannis no pudo oír, pero que sin duda era cariñoso. Así que aquellos dos eran marido y mujer. El oficial dijo, dirigiéndose a Zannis y como excusándose:

—No puedo decirle mi nombre. ¿Es usted Zannis? —Sí.

Se estrecharon las manos. El apretón del oficial fue firme.

—Ahora el problema es suyo —dijo, señalando con un movimiento de cabeza el interior de la habitación.

En medio de las sombras, la silueta de un hombre de baja estatura sentado cabizbajo en el borde de la cama.

—¿Harry Byer? —preguntó Zannis.

Un rostro blanco se volvió hacia él.

—Sí —respondió el hombre en inglés—. Más o menos.

Zannis bajó a su habitación y recogió su gabardina y su maleta. Cuando regresó a la 43, el oficial le dijo:

—Disponemos de un coche. Vendrá a las cuatro cuarenta. En realidad, un coche de la policía. De este modo su llegada a la Gare du Nord, que está estrechamente vigilada, parecerá auténtica.

—¿Robado?



—Prestado.

—Mejor.

—Y conducido por un policía. Bueno, al menos alguien de uniforme.

La aristócrata se echó a reír —un cascabeleo de plata— ante la idea de que algún viejo amigo desempeñara el papel de policía. Mientras se disponía a quitarse los pendientes, Zannis advirtió que no llevaba alianza. Comprendió entonces que aquellos dos probablemente no estaban casados, eran amantes. Esto le hizo evocar Salónica y una imagen fugaz de Demetria, junto a él, en una ciudad ocupada.

Zannis cruzó la habitación, los tablones crujieron bajo su peso y desplazó la única silla para situarse de cara a Byer. Luego, muy laboriosamente, en su inglés elemental, le explicó cómo iba a desarrollarse la operación. Cuando mostró a Byer su fotografía en el pasaporte griego, fue recompensado con un parpadeo de esperanza en los ojos de aquel hombre.

—Podría servir —dijo Byer. Tomó el pasaporte y lo estudió—. Hablo un poco de francés, ¿sabe? Lo aprendí en la escuela.

—Sí, lo habla —confirmó el oficial—. Usted háblele despacio.

Zannis se sintió aliviado y recurrió a una mezcla de ambas lenguas, asegurándose, al final de cada frase, de que Byer comprendía lo que le acababa de decir.

—En las fronteras, Harry, y en los trenes, al menos hasta Yugoslavia, no puede decir nada en absoluto, porque se supone que es griego. Y nadie le hablará, una vez que se ponga esto. —Sacó del bolsillo un par de esposas y Byer se las quedó mirando—. Mejor esto que un campo de prisioneros, ¿verdad?

Byer asintió.

—¿Qué hice para acabar en la Santé?

—Mató a su mujer y al amante de ella en Salónica.

Tras un momento, Byer comentó:

—No es mala idea.

Zannis ignoró la ironía.

—Tuvo que ser un asesinato de cierta clase para que los alemanes no sospecharan de que solicitásemos a la policía francesa su detención, después de que huyera a París. —Hizo una pausa y continuó—: El único crimen verosímil era el pasional. Usted no tiene precisamente pinta de gángster.

Zannis se levantó, sacó un cigarrillo del paquete y luego ofreció a los demás. Solo aceptó el oficial, que inhaló complacido cuando Zannis apagó la cerilla. Empezó a hablar, pero algo atrajo su atención, consultó el reloj y dijo, casi para sí mismo:

—Es demasiado pronto para el coche de la policía. —Y dirigiéndose a Zannis—: ¿Lo oye?

En el silencio de la habitación, Zannis aguzó el oído y captó el leve rumor de un motor en ralentí. El oficial se acercó a la ventana y, con un dedo, apartó cuidadosamente la cortina, no más de un par de centímetros.

—Venga y eche un vistazo.

Zannis se reunió con él en la ventana. En la calle, frente al hotel, había junto al bordillo un lustroso Citroën negro, el modelo de lujo, con un morro largo y el compartimento de los pasajeros cuadrado. El aire era lo suficientemente frío como para que saliera una blanca humareda del tubo de escape.

El oficial hablaba bajo, y sus palabras iban dirigidas a Zannis, y a nadie más.

—Los únicos que llevan esos trastos en París son la Gestapo y las SS. Es el coche oficial de los alemanes.

Zannis comprendió inmediatamente, pero le resultaba difícil creerlo.

—Tuvimos un problema en el restaurante con un oficial de las SS. Al parecer nos ha seguido hasta aquí.

—¿Y por qué había de hacerlo?

—Andaba detrás de su amiga. Estaba muy borracho.

—Entonces esperemos que sea él.

—¿Por qué?

—Porque si no lo es, significa que nos han traicionado.

—¿Es eso posible?

—Me temo que sí.

La aristócrata se reunió con ellos junto a la ventana.

—¿Qué está pasando?

Hay un coche ahí afuera. ¿Lo ves? Zannis cree que uno de las SS os ha seguido desde el restaurante.

La aristócrata escrutó más allá de la cortina. Lanzó un juramento y luego preguntó:

—Y ahora ¿qué?

—Tenemos que pensar algo.

—¿Registrarán el hotel? —preguntó ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Byer. Subió la voz hasta que se convirtió en un aullido—. ¿De qué se trata?

—Guarde silencio, Harry —le advirtió el oficial. Y luego—: Sí, podrían registrar el hotel. Quizá está abajo esperando la llegada de una patrulla para irrumpir aquí.

—¿Hay una puerta trasera? —indagó Zannis.

—La hay, pero está cerrada con candado. Y aunque saliéramos por ahí, ¿qué pasará cuando nuestro amigo se presente en el coche de la policía?

Permanecieron silenciosos un momento. El oficial volvió a apartar la cortina y anunció:

—Ahí sigue.

—Eran dos hombres y sus novias —explicó la aristócrata—. Quizá acaben yéndose, creyendo que me quedo en este hotel a dormir.

—Puede que se vayan. O puede que esperen hasta la mañana —dijo el oficial.

—¿Puede alguien estar... tan loco?

Nadie contestó. Finalmente, Zannis preguntó:

—¿Pueden contactar por algún medio con su amigo y prevenirle para que no venga?

El oficial miró su reloj.

—No, ahora ya se ha ido de su hotel. El coche de la policía estaba en Levallois, en un garaje. El propietario nos ayuda.

Silencio otra vez.

La mente de Zannis funcionaba a marchas forzadas. Cuando entró en el hotel vio que al lado había una amplia entrada cerrada con una persiana metálica. Imaginó que no correspondía a una tienda, porque frente a aquella puerta la acera la recorría un vado.

—Si Byer y yo no estamos aquí, ¿importaría que la Gestapo registrara el hotel?

El oficial se quedó pensativo.

—No, quedaríamos nosotros dos solos en la habitación. Y cuando llegue nuestro amigo, verá los vehículos de la Gestapo y pasará de largo.

—Creo que sería mejor hacer algo ahora mismo —concluyó Zannis.

Se puso la gabardina y cogió su pequeña maleta.

—Buena suerte —le deseó el oficial.

Le estrechó la mano. La aristócrata lo besó en ambas mejillas y le advirtió:

—Tenga cuidado.

—Vamos, Harry —dijo Zannis.

En el vestíbulo a oscuras, al pie de la escalera, el conserje de noche seguía roncando, muerto para el mundo. Zannis lo zarandeó por el hombro. Se despertó con un sobresalto y dijo:

—¿Qué... qué desea?

Su aliento olía a vino agrio.

—¿Hay garaje en este hotel?

—Sí.

—¿Qué hay en él?

—Un coche. Pertenece al dueño del hotel. No puede conducirlo. Los boches tratan de confiscar los coches particulares, así que algunas personas los esconden.

—¿El coche está cerrado?

El conserje se puso tieso.

—Oiga, ¿qué está pensando...?

Zannis sacó la Walther y se la mostró al conserje, que dijo:

—Oh... La llave está en el despacho, en la mesa.

Zannis hizo un gesto con la Walther y el conserje se levantó, fue al despacho situado detrás del mostrador de recepción, y buscó en el último cajón de la mesa hasta encontrar las llaves.

—Y ahora quiero la llave de la puerta trasera.

—Está en un clavo, al lado mismo de donde está usted.

—¿Harry?

Byer se acercó, rodeando la mesa, y Zannis le dio la llave.

—Llévela arriba. Dígales que abran la puerta trasera y que se vayan ahora mismo.

Byer salió corriendo y Zannis se volvió de nuevo hacia el conserje.

—¿Tiene echado el cierre la persiana metálica del garaje?

—Desde luego.

—¿Por dentro? ¿Hay algún acceso desde el hotel?

—No. La persiana se abre desde la acera.

—Deme la llave.

Rezongando, el conserje buscó en el cajón central, sacó plumas, un sello de goma, una almohadilla de tinta y diversos papeles, que puso encima del escritorio. Finalmente dio con la llave. Se la ofreció a Zannis, pero este la rechazó.

—¿Tiene gasolina el coche?

—Sí.

—¿Está cargada la batería? ¿Conserva los neumáticos?

—Cargo la batería dos veces por semana, a última hora de la noche. El jefe quiere que siempre esté listo.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—¿Cómo demonios quiere que lo sepa? A lo mejor quiere ir a algún sitio.

Zannis oyó bajar las escaleras a Byer, probablemente despertando a todos los huéspedes del hotel. «Esto no funcionará», pensó. No habría manera de llevar a aquel hombre hasta Salónica. Al cabo de un momento, Byer llegó resollando a la recepción.

—Dicen que gracias.

—Ahora salga a la acera —le dijo Zannis al conserje— y abra la persiana.

—¿Yo?

—¿Ve usted a alguien más?

—¿Por qué no puede hacerlo su compinche?

Zannis le golpeó en el hombro con el cañón de la Walther, lo bastante fuerte.

El conserje murmuró algo que Zannis no quiso oír y dijo:

—De acuerdo, lo que quiera.

Manteniendo a Byer detrás, en el vestíbulo a oscuras, Zannis abrió la puerta del hotel y observó al conserje mientras salía, giraba a la izquierda y se dirigía al garaje cerrado. Al otro lado de la calle, el Citroën seguía parado, pero Zannis solo pudo ver unas sombras desdibujadas tras las ventanillas empañadas.

El conserje entró a toda prisa.

—Hecho. Ese Citroën de ahí afuera... ¿Son...?

—Vuélvase a dormir.

—¿Y qué hay del coche del jefe?

—Mándeme una nota de gastos. Después de la guerra. —Se volvió hacia Byer—. ¿Listo, Harry? No vamos a correr, sino a caminar deprisa. Usted se sube a la parte de

atrás y se tumba en el suelo.

—¿Por qué? —preguntó Byer abriendo mucho los ojos.

—Por si acaso.

Con Byer a su izquierda —el lado más alejado del Citroën— y con la pistola en la mano, en el bolsillo de la gabardina, Zannis salió por la puerta del hotel. La persiana metálica estaba subida y dejaba ver un viejo Peugeot sedán, con los bordes metálicos de los faros salpicados de herrumbre. Pensó que podía engañarlo: el oficial de las SS no lo había visto con gabardina, la seductora Didi no lo acompañaba, y los ocupantes del Citroën no serían capaces de ver mucho a través de las ventanillas empañadas.

Al primer intento, llave equivocada —la del maletero, claro—, pero luego acertó a abrir la portezuela del conductor. Zannis quitó el seguro de la posterior y Byer, tal como se le había ordenado, se echó en el suelo. Cuando Zannis se instaló tras el volante, se abrió la portezuela del conductor del Citroën y se dispuso a apearse el SS con cara de bebé que había visto en la *brasserie*. Luego volvió la cabeza, como si alguien del asiento de atrás le hubiera dicho algo. Zannis buscó el botón de arranque, lo encontró y lo apretó con el pulgar. Nada. «Traicionado». Por la malevolencia del conserje de noche o por un coche viejo en una noche húmeda; daba lo mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó Byer.

Zannis volvió a accionar el botón.

Ahora el otro oficial de las SS salió del Citroën. Del motor del Peugeot, un único y discreto golpe de tos. El SS se dirigía hacia el garaje sin prisas. Se sostenía sobre los pies con cierta inestabilidad, y mantenía una mano fuera de la vista, detrás de la pierna. Zannis mantuvo presionado el botón: un segundo golpe de tos, y luego otro y otro. Entonces el motor rezongó y cobró vida. Zannis pisó a fondo el embrague y metió una marcha que creyó era la primera. No lo era. Al retirar el pie del embrague, el Peugeot se caló. El SS, ahora a menos de diez metros, se divertía y meneó la cabeza: el mundo estaba lleno de tontos, ¿qué podía uno hacer?

El arranque volvió a funcionar, y esta vez Zannis encontró la primera y dio al motor todo el gas que pudo. La mano del SS salió de detrás de la pierna y apareció una pistola Luger sostenida de forma descuidada, apuntando al suelo. Cambió de dirección a fin de bloquear al Peugeot y levantó la otra mano: cual un amistoso poli de tráfico. Zannis frenó en seco, el Peugeot dio una sacudida y se detuvo, y entonces, adoptando una expresión avergonzada y cohibida, bajó el cristal de la ventanilla. Estuvo a punto de golpear al oficial alemán. ¿Qué le ocurría?

El SS sonrió, «así está mejor», y obviamente muy borracho por la manera como andaba, se aproximó al lado del conductor. Se disponía a inclinarse para hablarle, cuando Zannis le disparó en la cara. Se tambaleó hacia atrás, se le cayó la gorra y le manó sangre de la nariz. Zannis hizo fuego dos veces más: el primer tiro le arrancó la parte superior de la oreja y el segundo le dio en la ceja derecha. Después, se

derrumbó.

Zannis pisó a fondo el gas, y la primera aulló. En el momento de girar para seguir por la calle, el SS con cara de bebé salió del Citroën. «Idiota». Zannis hizo dos disparos, pero el coche estaba en movimiento y no creyó haberle alcanzado. O quizá sí, porque lo último que Zannis vio de él fue que renqueaba de regreso a su coche. Como también vio, por el retrovisor, a las dos rubias de pelo crepado escapar como conejos, con sus zapatos de tacón en la mano, corriendo por la calle oscura para salvar la vida. «Ya veis adonde os lleva joder con los alemanes», se dijo Zannis.

Desde atrás, Byer preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? Zannis no respondió. Finalmente, puso el Peugeot en segunda —podía percibir el olor del embrague quemado— y luego en tercera, dio un giro brusco a la derecha para seguir por una calle lateral, y volvió a torcer a la derecha, con lo que iba ahora en dirección norte, hacia la Porte de Clignancourt.

Zannis se internó despacio por las calles secundarias que cruzaban los bulevares principales como una serie de líneas en diagonal. Zannis no podía ir mucho más deprisa de lo permitido. Apagó los faros, resultaba difícil ver en la ciudad a oscuras. Al cabo de diez minutos, detuvo el Peugeot para que Byer pudiera trasladarse al asiento delantero y le explicó los detalles. Byer se lo tomó bastante bien. Después de todo había salido adelante desde que se estrelló el Wellington, y aquello no era más que otra pesadilla. Mientras Zannis conducía hacia el norte, oyó sirenas en la distancia, que convergían en el hotel, pero ya estaba muy lejos de allí. Un par de manzanas más adelante, rebasaron a una pareja de policías franceses en sus bicicletas, con sus largas capas de invierno, pedaleando sin esfuerzo. Uno de ellos le dedicó una mirada agria, y Zannis se preguntó si París estaba sometido a toque de queda, caso frecuente en las ciudades ocupadas. No lo sabía, pero en caso de estar establecido sería un toque de queda de los alemanes, y los policías franceses no iban a molestarse en pararlo.

Por supuesto que eso cambiaría, y violentamente, por la mañana. La Gestapo y la Sûreté pondrían París patas arriba, buscándolo a él —disponían de una buena descripción— y el Peugeot. Quizá, pensó, debió haber atado al conserje a una silla, como prueba de que el hombre no era cómplice del delito, pero no pensó en ello y estaba decidido a escapar del hotel cuanto antes. En cualquier caso, la huida en ferrocarril ya no era posible. Tendría que encontrar otra manera de abandonar el país.

Llegó bastante pronto a Saint-Ouen, y se preguntó si Laurette, su amante cuando vivía allí, seguiría en el piso que compartieron. No importaba si estaba, él no podía acercársele. Momentos después, en el límite de Saint-Ouen, entró en el vasto mercado callejero, un laberinto formado por interminables pasadizos con muchos recodos, flanqueados por puestos cerrados. Clignancourt no tenía límites precisos, sino que se

iba desdibujando hacia el norte en un dédalo de callejones y cobertizos usados como almacenes, y allí Zannis encontró un patio abierto tras un taller con las ventanas cerradas con tablas. Aparcó el coche y encendió un cigarrillo. Aún faltaban horas para el amanecer, y las diez de la mañana quedaban aún más lejos. Estaba muy cansado, y él y Byer acabaron dormitando, despertándose y volviendo a dormir.

10:15. Zannis dejó a Byer en el Peugeot y se dirigió al puesto número cincuenta y cinco, en la sección conocida como Serpette. El mercado estaba casi desierto, muchos puestos permanecían cerrados, y tan solo unos pocos compradores vagaban apáticos por los pasadizos, dejando atrás las viejas porcelanas, las viejas prendas, los viejos mapas y libros, cornamentas para poner encima de la chimenea y un sombrero de copa. Uno tenía que ser listo en aquel lugar para dar con el objeto inapreciable cuyo valor era desconocido para el vendedor, y entonces había que regatear con empeño para conseguir que el exiguo precio aún bajara, de modo que el tipo nunca sospechara que le estaban escamoteando una fortuna. Día tras día, año tras año, los taimados clientes se llevaban sus tesoros, los colocaban en sus salones y presumían de ellos ante sus amistades.

Zannis se sintió aliviado cuando encontró a su tío, al que vio desde atrás mientras estaba sentado con dos amigos, jugando a las cartas en un tablero de mesa de caoba, apoyado sobre tres cajas de fruta colocadas verticalmente. El corazón de Zannis se alegró al verlo: aquella calva, pecosa y con cicatrices, con su mechón de pelo gris como de alambre, no podía pertenecer a nadie más.

—¿Anastas?

Su tío se volvió, sus ojos se abrieron mucho, incrédulos, y luego exclamó:

—¡Constantino!

Se puso de pie y abrazó a su sobrino. Robusto como un toro, Anastas lo retuvo con fuerza mientras Zannis sentía en la mejilla las lágrimas que le caían a su tío.

—Oh, Dios mío, pensé que nunca volvería a verte. —Luego lo tomó por los brazos, retrocedió, se lo quedó mirando amorosamente y dijo—: Constantino, ¿qué coño estás haciendo aquí?

—Es una larga historia, tío.

—El hijo de mi hermano —les dijo a sus amigos—. Miradlo.

—Un buen mozo —comentó uno, en griego.

—¿Sigues jugando, Anastas? —preguntó el otro.

—Lo dejo —respondió Anastas, secándose los ojos.

El tío Anastas quería presentarle en el café de los *antiquaires*, pero Zannis le dijo, todo lo amablemente que pudo, que debían cerrar el puesto y hablar dentro, de modo que Anastas despidió a sus amigos, bajó el cierre del frontal del puesto, y luego fue al

café y regresó con unos carajillos de calvados. Mientras tanto, Zannis había descubierto —sobre una mesa en forma de media luna artísticamente cubierta de polvo— un ejemplar de *Le Matin* de aquel día. Un titular en primera plana: ¡Comandante SS muerto a tiros por gánsters judíos!

El tío, que había tenido tiempo de rumiar el asunto durante su ida y vuelta al café, mostraba gran preocupación a su regreso. Esperó a tomar un sorbo de su carajillo y dijo:

—Será mejor que me lo cuentes todo, Constantino.

Zannis le alargó el periódico.

—*Skala!* Tú no eres judío.

—Ni tampoco gánster.

Anastas encendió una lámpara con pantalla de cristales de colores, leyó las primeras frases del artículo y concluyó:

—Bien, esto los Zannis lo llevan en la sangre. Yo liquidé a mi primer turco a los dieciséis años. Un gendarme, pero solo era cabo, no un comandante.

—Recuerdo la historia.

Anastas dejó el periódico y mostró un semblante desconcertado.

—Pero, dime; ¿por qué has venido a París para hacer eso? Podías haber esperado a que estuvieran en Grecia, que no van a tardar.

—Vine a rescatar a un inglés, tío Anastas.

—Oh, comprendo. ¿Estás metido... en misiones secretas?

—Sí.

—Mal negocio, sobrino. A la gente que se dedica a eso la matan.

—Lo sé. Pero lo que ocurrió anoche fue accidental. Estaba previsto irnos de aquí tranquilamente. Ahora estamos atrapados.

—Oh, «atrapados». No sé... Aquí se esconde toda clase de gente que espera el fin de la guerra, que espera que los americanos muevan el culo y hagan algo.

—Yo no puedo esperar, tío. Tengo que irme y llevarme a mi inglés.

Anastas se quedó pensativo, y finalmente habló:

—No va a ser fácil.

—No, no va a serlo.

—Pero no imposible. ¿Tienes dinero?

—Mucho. La abuela me lo cosió en el forro de la chaqueta.

—Porque eso es lo que cuenta. Y si no tienes bastante...

—No, tío, tengo mucho. En dólares.

—¡Dólares! *Skata*, llevo mucho tiempo sin ver dólares. ¿Cuántos, cientos?

—Miles.

—¡Constantino!

—Es la guerra, tío. Todo está caro.

—Debes de ser muy importante. Vaya, miles.

—Los ingleses no quieren que capturen a ese hombre.



En el exterior del puesto sonaron dos suaves notas de un silbato. Zannis pudo ver, por la rendija entre la parte baja de la persiana y el suelo, un par de zapatos que se alejaban.

—¿Qué pasa?

—La policía.

Anastas tiró de la cadenita de la lámpara, dejando el puesto a oscuras, y luego apoyó el codo en la rodilla y se frotó las comisuras de la boca con el pulgar y el índice.

—¿Qué voy a hacer contigo...? ¿Dónde has escondido a tu inglés?

Zannis describió el edificio y el patio.

—Allí estará seguro, pero no por mucho tiempo. Cuando esos payasos se vayan, llévalo a mi piso.

—Gracias, tío Anastas.

—Qué demonios, eres de la familia. Y tal vez yo tenga una idea.

—¿Cuál?

—Conozco a alguien.

—Siempre es bueno conocer a alguien.

—Más le vale a uno. De otro modo...

Una vez en el piso, Zannis y Byer se dedicaron a esperar. Byer durmió en una *chaise longue*; Zannis, en un sofá adornado con flecos. A última hora de aquella mañana, uno de los compañeros de partida de cartas de Anastas llevó una lata de pintura azul y unas placas de matrícula al patio donde habían escondido el Peugeot. Luego condujo el coche recién pintado a un pueblo próximo, lo aparcó en un barrizal próximo al río y tomó un tren de regreso a París.

—Sospecho que desapareció antes de que yo tomara el tren —le explicó a Anastas—. Estará escondido en un granero hasta que la guerra termine.

—Es más difícil de lo que yo pensaba —dijo Anastas durante la cena. Su esposa francesa había preparado unos filetes con espinacas y cebollas salteadas, y bebieron un buen tinto de botellas sin etiqueta—. El hombre al que conozco... —Anastas hizo una pausa para masticar y luego bebió un trago de vino—. Bueno, tiene que ir a ver a uno al que conoce. —Anastas miró a su sobrino a los ojos, asegurándose de que comprendía—. Así que prepárate para pagar, sobrino.

—¿Cuándo lo conoceré?

—Después de medianoche, a las dos y media. Vendrá a buscarte un coche.

Byer levantó la vista de su plato y dijo:

—Gracias, cariño, por esta maravillosa cena.

—De nada —contestó ella—. Es en tu honor, y en el de Constantino. Para desearos buen viaje.

Sonrió, cálida y afectuosa. Si la ocupación nazi la había afectado, no lo

exteriorizaba de ninguna forma que Zannis pudiera descubrir.

—Bebamos por eso —propuso Anastas.

Y así lo hicieron.

2:30. El reluciente automóvil negro seguramente había costado una fortuna. Zannis nunca había visto uno igual y no tenía idea de qué era. Se detuvo frente a la casa de vecinos donde vivía Anastas, en Saint-Ouen, la portezuela trasera se abrió y Zannis montó. El interior olía a cuero caro. El conductor se volvió hacia él, sosteniéndole la mirada un buen rato, como para asegurarse de que Zannis supiera con quién estaba tratando. Lo sabía. Reconoció la especie: jóvenes seguros de sí mismos, para los que matar era cosa fácil, y lo bastante listos como para sacar provecho de ello. Luego el conductor apoyó las manos en el volante, pero el coche permaneció inmóvil. Se limitó a quedarse sentado, con el potente motor ronroneando.

En los años que llevaba en la policía, Zannis había conocido a hombres corruptos de toda laya, tanto encumbrados como de baja estofa, pero el amigo del amigo de su tío era algo nuevo. Tenía el aspecto, pensó Zannis, de un rey francés: robusto, cabello rubio y ondulado peinado con raya a un lado, cutis lustroso, nariz prominente y una papada que le pendía bajo la barbilla.

—Me han contado que desea abandonar Francia —dijo con voz profunda, acostumbrada a mandar.

—Así es.

—El precio, para dos personas, es dos mil dólares. ¿Lleva consigo el dinero?

—Sí.

—Creo que es usted el hombre que tiroteó a un oficial de las SS. ¿Lo hizo porque odia a los alemanes?

No. Mi amigo estaba tumbado en el suelo del coche y el oficial lo hubiera visto, así que tuve que hacerlo. ¿Por qué desea saberlo?

—Para informar a ciertas personas..., personas que necesitan saber cosas. No se preocupan por lo que se hace. Simplemente solicitan información.

—¿Alemanes?

Aquello lo divirtió.

—Por favor —dijo, no sin amabilidad—. Eso no importa, ¿verdad? —Era como si disfrutara de la ingenuidad de su interlocutor; a Zannis instintivamente eso le gustó—. Hay dos vías para que salga de Francia. La primera opción es un tren de mercancías controlado por los ferroviarios comunistas. Viajando por ese sistema puede ir a Alemania, Italia o España. Pero una vez que haya cruzado la frontera —no habrá inspección de documentos— tendrá que valerse por sí mismo. Espero que haya tomado medidas que le permitan seguir adelante en uno de esos países.

—No las he tomado.

—Comprendo. En ese caso quizá desee viajar en avión.

—¿En avión? —preguntó Zannis, incrédulo.

—Sí, ¿por qué no? ¿No le gusta volar?

—Solo... estoy sorprendido.

El personaje se encogió levemente de hombros.

—Si quiere irse mañana, y en su caso podría no ser una mala idea, el avión se dirige a... —Se inclinó hacia delante, hacia el conductor y dijo—: ¿Léon, en la Francia de Vichy?

—A Sofía.

—Sí, a Sofía.

—Eso sería lo mejor —dijo Zannis.

—Muy bien. —Tendió una mano rolliza y lustrosa, con la palma hacia arriba—. Así que...

Zannis había sacado el dinero del forro de su chaqueta y puesto el grueso fajo en un bolsillo de su abrigo. Contó dos mil dólares en billetes de cincuenta. El hombre junto a él, el rey francés, introdujo el dinero en un portafolios de cuero, asegurándose primero de hacerle sitio. Luego dio instrucciones a Zannis: el nombre del pueblo, cómo identificar la carretera que conducía al aeródromo, y una hora.

—¿Lo ha memorizado todo?

—Sí, no me olvidaré.

—Cuando cuente sus aventuras en Francia, cosa que sin duda hará, yo le pediría como favor personal que guarde silencio acerca de este capítulo en concreto, acerca de mí. ¿Tengo su palabra?

—La tiene.

—¿Mantiene siempre su palabra?

—La mantengo.

—Entonces, buenas noches.

El tío Anastas tenía un amigo —otro emigrado griego— que era propietario de un camión viejo, y él los recogió al amanecer. Pocos minutos después se unieron a una larga hilera de camiones que regresaban, vacíos, después de haber descargado en los mercados de abastos de París. Los soldados les hacían señas de que pasaran de largo en el control de la Porte Maillot. Luego el camión tomó la dirección noroeste desde París, por la carretera que bordeaba el Sena, con indicadores en los que se leía Direction Rouen. Aquella mañana caía una nieve húmeda desde un cielo cargado de nubes grises.

—Hoy no volaremos —dijo Byer, mirando nerviosamente por la ventanilla.

—Quizá tengamos que esperar —admitió Zannis—, aunque cuento con que despeguemos.

—Con este tiempo, no.

Después de hablar, Byer bostezó. Zannis lo estudió. ¿Qué estaba pasando?

—¿Todo va bien?

Byer asintió categóricamente. «No me pasa nada». El limpiaparabrisas embadurnaba el cristal con nieve y con la suciedad de la carretera, y resultaba difícil ver mucho más que eso. El conductor se inclinaba hacia delante, bizqueaba y juraba elocuentemente en griego. Acabó por encontrar la *route départarmentale* a La Roche-Guyon, con el camión derrapando y él dando volantazos en el último minuto. Durante largo rato, la estrecha carretera serpenteó entre cultivos de invierno. Fue Zannis quien advirtió el mojón de piedra con un número grabado. El camión entró lentamente en un camino fangoso, con profundas roderas. Finalmente, cuando creían que habían equivocado la ruta, vieron un avión en un campo labrado. Un bimotor pequeño, para unos pocos pasajeros o un volumen limitado de mercancías, con un distintivo detrás de la cabina: una cruz blanca en un círculo rojo. «Pabellón suizo», pensó Zannis. Vaya, aquel rey francés era muy inteligente. Dos hombres estaban cargando cajas en el avión, a través de una escotilla en la parte inferior del fuselaje.

—Pueden ir andando desde aquí —dijo el conductor.

Mientras maniobraba para situar el camión en la dirección opuesta, Zannis y Byer caminaron con dificultad por el campo, con la nieve impulsada por el viento azotándoles el rostro. Cuando se acercaban al avión, uno de los hombres los vio, interrumpió la carga y esperó hasta que estuvieron junto a él.

—¿Son los pasajeros?

—Sí.

—Mala mañana.

—¿Podremos volar? —preguntó Byer.

—Conmigo sí.

El hombre sonrió. Tenía las mejillas altas y prominentes, el pelo cortado a ras del cuero cabelludo y, Zannis pudo percibirlo, un acusado deje eslavo en su francés. ¿Ruso? ¿Serbio? Llevaba una chaqueta de cuero, una sucia bufanda blanca manchada de aceite —como un aviador de cine— y un revólver en una funda sobre la cadera.

—Échennos una mano. Así despegaremos antes.

Las cajas eran pesadas, con la leyenda MAS 38 esparcida en los bastos tablones. Zannis no estaba seguro, pero tuvo la corazonada de que estaba cargando ametralladoras francesas. Una vez concluida la tarea, el ayudante del piloto se dirigió a la casa de labranza que se divisaba en el horizonte. El piloto se frotó las manos y levantó la mirada al cielo.

—Uno de ustedes puede sentarse en las cajas. El otro puede ocupar el asiento del copiloto.

Echó a andar alrededor del avión, hasta una puerta abierta detrás de la cabina, con una breve escalerilla de acero arrimada al umbral.

Al pie de la escalerilla, Zannis esperó a que Byer montara. Como no lo hacía, Zannis dijo:

—Es hora de irse.

Su voz sonó alegre, pero él sabía que había surgido un problema. Byer seguía allí, en trance, con una palidez mortal en el rostro y los ojos cerrados.

—¿Harry?

No hubo contestación.

—Vamos —insistió Zannis en tono cortante.

«Nada de estupideces, por favor». El piloto los miraba por la ventanilla de la cabina. Pero Byer parecía haber echado raíces en la tierra. Zannis dedujo que algo le había ocurrido cuando el Wellington fue derribado, y ahora no podía montar en el avión.

El piloto agotó su paciencia, los motores cobraron vida y rugieron, y las hélices empezaron a girar. Zannis lo intentó una vez más, alzando su voz por encima del ruido.

—Un paso después del otro, Harry, y estaremos camino de Inglaterra. Piense en Inglaterra, en volver a casa.

Byer seguía inmóvil. Así que Zannis lo agarró por la parte posterior del cuello de la chaqueta y por el cinturón, lo alzó escalerilla arriba y lo empujó dentro del avión. Luego se sentó encima del montón de cajas. Desde la cabina, el piloto dijo a gritos:

—Tengo una botella de vodka. ¿Ayudará eso?

—No, ahora todo va bien —respondió Zannis, también a gritos, al tiempo que cerraba la puerta y colocaba una barra para asegurarla.

El avión empezó a avanzar entre sacudidas por el campo, ganando velocidad hasta que, con su pesada carga, se bamboleó, se elevó y penetró en las espesas nubes grises.

*Melissa* se puso de pie sobre las patas traseras, meneando frenéticamente el rabo, colocando sus grandes patas delanteras en el pecho de Zannis y lamiéndole la cara.

—Sí, chica, sí, estoy de vuelta, hola, sí...

La bienvenida de su familia no fue menos entusiasta. Sabían que había salido con bien de algo peligroso, y se sentían aliviados con su regreso. Una petición para que se quedara a cenar fue amablemente rechazada; quería regresar a su piso, a su cama, deseaba más dormir que comer. Pero prometió regresar a la noche siguiente, y mientras dejaba a *Melissa* en la puerta, la abuela ya estaba pedaleando en su máquina para recoserle a Zannis el forro de su chaqueta. Zannis descendió por la colina en dirección al mar. *Melissa* corría delante de él, volviéndose de vez en cuando para asegurarse de que no desaparecía de nuevo. Una luna en forma de hoz permanecía baja en el cielo nocturno y en las calles reinaba el silencio. Era agradable estar en casa.

El vuelo a Bulgaria había transcurrido sin novedad. En un momento dado —¿era

Alemania lo que había allá abajo? ¿Austria?—, un par de Messerschmitts acudieron a echarles un vistazo, luego los aviones se ladearon y se alejaron. Quizá el rey francés tenía permiso para sobrevolar Alemania con sus cajas, permiso de algún despacho, algún edificio oficial. Quizá de más de un despacho, quizá de más de un edificio oficial, quizá de más de un país. Quizá el rey francés podía hacer lo que quisiera; no le había resultado fácil encontrar sitio en su portafolios para los dos mil dólares. En su momento, Zannis aceptó la invitación del piloto para ocupar el asiento del copiloto. Desde allí observaba el paisaje invernal de aquel territorio sin nombre que se extendía abajo, las colinas y los ríos, y se preguntaba cuál era el destino de las cajas. ¿Ametralladoras a Bulgaria? ¿Para quién? ¿Para disparar contra quién? ¿Debía decirle algo a Lazareff? ¿Decírselo a Bulgaria, el enemigo histórico de Grecia? Le había dado su palabra al rey francés y la mantendría. ¿Incluía eso las cajas?

Bien mirado, no importaba.

Porque el piloto aterrizó en un aeródromo militar al norte de Sofía. Un pelotón de soldados búlgaros aguardaba para descargar la mercancía. El oficial al mando en el aeródromo no tenía ni idea de qué hacer con aquellos pasajeros inesperados y estaba bastante decidido a retenerlos en la base a la espera de órdenes superiores. Pero, ante la insistencia de Zannis, hizo una llamada telefónica al capitán Lazareff, quien envió un coche de la policía, con su conductor, el cual los dejó frente a un restaurante de Sofía.

Allí, ante unos platos de cordero y de arroz *pilaf*, acompañados por una botella de *mastika*, Lazareff y Zannis conversaron en alemán, lo que excluía a Byer quien, de nuevo en tierra firme, apenas se preocupó de eso. Lazareff preguntó educadamente por el vuelo, Zannis respondió que había sido tranquilo, sin problemas. Lazareff sugirió —siempre educadamente, aunque con cierta tirantez en las comisuras de la boca— que sería mejor que Zannis olvidara la carga que había visto en el avión.

—¿Qué carga?

—¿Se lo dirá también aquí, a su amigo? Quienquiera que sea.

—¿Qué amigo?

—¡Ja, ja, ja!

Más *mastika*, de sabor anisado y letal.

—Hablando de todo —dijo Lazareff—, la situación en Rumania es algo peor de lo que se deduce de los periódicos. Calculamos que tienen allí seiscientos ochenta mil hombres, quizá sesenta divisiones de la Wehrmacht, artillería, carros y demás. Tienen que ser alimentados y eso no es barato, de modo que están ahí por alguna razón. O quizá estén para amenazar a los serbios, o a Grecia. Hasta el momento, nuestra respuesta ha sido decirle a Hitler que de ninguna manera estamos dispuestos a firmar su pacto.

—¿De ninguna manera?

—De ninguna manera. Hemos destruido los puentes sobre el Danubio.

—Yo diría que eso es un mensaje.

—Una rabieta. Hemos visto los puntales y flotadores que emplean para tender pontones.

—Aprecio su información —dijo Zannis.

—Espero que sus generales sepan todo eso. Pero creo que también usted debía saberlo, Costa, a fin de que pueda hacer sus... arreglos personales. Ya me entiende.

De ahí derivaron a una conversación de sobremesa. A media tarde, después de que Zannis telefonara a Escovil, y con visados de salida proporcionados por Lazareff, Zannis y Byer estaban en el tren hacia Salónica. A las seis y media, Byer fue entregado a Escovil en la pensión Bastasini.

—¿Cómo han venido tan pronto? —preguntó Escovil, con un matiz de acusación en su tono.

—Es una larga historia. Otro día se la contaré.

—No viajaron en tren.

Aquello no era una pregunta.

—Estaban ustedes vigilando, ¿verdad?

—Desde luego. Así que quisiéramos una explicación.

—Más adelante. Voy a ver a mi familia.

Zannis estaba agotado y en el límite de su paciencia. Escovil supo lo que iba a pasar a continuación, así que desistió, y tras un breve recorrido en taxi, *Melissa* acudió a la puerta a saludar al héroe que regresaba.

De nuevo en su piso, el héroe agotado arrojó el correo en la mesa de la cocina, se lavó las manos y se derrumbó en la cama. Entonces, con la mente cargada con imágenes de los días anteriores, se dio cuenta de que no iba a poder dormir de inmediato, pero aun así se quitó los zapatos y los calcetines y se cubrió con una manta. Trató de volver al inspector Maigret, que lo aguardaba en la mesita de noche, pero el recuerdo del París real se entrometía, y el libro permanecía abierto sobre su pecho mientras rumiaba ese recuerdo. El tío Anastas era un ejemplo brillante de supervivencia, incluso de prosperidad, en una ciudad ocupada; pero se trataba de Anastas, capaz de enfrentarse a todo. Él también podría, llegado el caso. Pero no su familia. Según Lazareff se agotaba el tiempo, los Balcanes iban a ser invadidos, y Grecia. Zannis tenía que hacer planes para salvar a su familia. ¿Adónde podría ir? ¿Cómo podría ayudarla una vez que él se comprometiera con la resistencia y, probablemente, tuviera que esconderse? ¿Acabarían enterándose los alemanes de que había matado a su oficial de las SS y se atreverían a ir tras él en Grecia? Quizá ahora no, pero lo buscarían el día en que entraran en la ciudad.

Para esos problemas no tenía soluciones, de modo que trató de volver a Maigret, pero no podía concentrarse. —«¿Quién era *madame* Cavard?». El tiempo apremiaba —, ¿por qué estaba solo en aquella cama? ¿Qué estaba haciendo Demetria? ¿Estaría acostada en su propia cama? ¿En la cama de Vasilou? Valiente cabrón, por lo que

había oído al teléfono. O sea, que también había que salvar a Demetria. «¿Y si telefonara...?». Despertó sobresaltado y apagó la lámpara. Mientras dormía, Maigret había desaparecido. No, allí estaba, bajo la manta.



## FUGA DE SALÓNICA

10 de febrero de 1941.

Mucho antes del amanecer, Costa Zannis despertó tras una noche de sueños extraños y aterradores. Yacía con los ojos abiertos, infinitamente agradecido de que nada de aquello fuera real; y así, temeroso de que lo aguardaran más horrores si volvía a dormirse, se obligó a levantarse de la cama. Se lavó, se vistió para ir a trabajar, dejó a *Melissa* fuera de la puerta y caminó hasta la cornisa marítima, a un *kafeneion* que permanecía abierto toda la noche para los estibadores y marineros del puerto. Allí bebió café, fumó y miró por la ventana el cielo veteado de nubes rojizas, mientras el sol, alzándose sobre el Egeo, iluminaba las espumas de las olas en la bahía y la nieve en el distante monte Olimpo. Los barcos pesqueros se hacían a la mar, escoltados por bandadas de gaviotas que dejaban oír sus agudos graznidos en medio del silencio matinal.

En el *kafeneion* reinaba la tranquilidad. Solo estaban un camarero dormido, una prostituta cincuentona con el pelo teñido de rojo y un hombre vestido con un suéter de marino mercante y tocado con un gorro de lana. Zannis tomó un periódico de la mañana y leyó en los titulares que alguien había disparado contra el alcalde, y que la bala, después de penetrar en su portafolios, quedó entre los fajos de documentos oficiales que contenía.

La prostituta observaba a Zannis mientras leía y dijo:

—Qué cosa tan terrible.

Zannis emitió un murmullo de asentimiento. Era demasiado temprano para hablar, y una vez en el trabajo lo esperaba todo un día de hablar sin parar. Volviéndose hacia el marinero, la mujer comentó:

—¿No le parece? ¡Dispararle al alcalde!

El hombre alzó las manos y se encogió de hombros. No entendía el griego.

—Aquí siempre pasa algo —dijo el camarero—. Y a la gente como esa nunca la cogen.

Pero cuando Zannis llegó al despacho se encontró con que esta vez sí habían cogido al criminal. En cierto modo. Saltiel tenía los pies encima de la mesa, y había dejado la chaqueta en el respaldo de la silla.

—Lo que se dice en los periódicos es que lo tirotearon ayer por la mañana cuando montaba en su coche. Eso es verdad hasta cierto punto. Pero el detective que interrogó al alcalde me dijo que iba a sentarse en el asiento posterior, puesto que tiene chófer, y que su pie izquierdo tocaba el suelo cuando se inclinó para entrar en el coche, llevando su portafolios en la mano izquierda, ligeramente desplazado detrás de

él. Pruébalo, Costa, y verás lo que pasó.

—¿Qué?

—Tal como lo ve el detective, alguien trató de darle en el culo.

—¿Una advertencia?

—Más bien una lección. He hablado con algunas personas, en especial con la secretaria del alcalde, que lo sabe todo, y lo que pasó fue que la mujer del alcalde lo pescó en la cama con su amante y le obligó a cortar con ella. A la chica eso no le gustó, así que contrató a alguien para pegarle un tiro en el culo. O quizá lo hizo ella misma. Es alguien con quien no se puede jugar, según la secretaria.

—¿El alcalde no se volvió? ¿No vio a nadie?

—Cuando pensaron en ello, el alcalde y el conductor dijeron haber oído el ruido del motor de un coche. O al menos eso es lo que declararon. —Saltiel enarcó las cejas—. Según el alcalde, no se dio cuenta de que le habían disparado hasta que llegó a su despacho y abrió el portafolios. La bala impactó en mitad del expediente «Papadopoulos contra la ciudad de Salónica».

—Así que caso cerrado.

—No, no lo está. El alcalde no quería que *eso* apareciera en los periódicos, de modo que nos han encargado la investigación, y se supone que debemos interrogar a algunos comunistas o terroristas macedonios, o a quien se nos pudiera ocurrir. Al menos para decirle a la prensa que lo estábamos haciendo.

—Quizá un aspirante a un cargo, decepcionado... —dijo Zannis.

—Sí, eso está bien. O un lunático.

—Bien, no vamos a ir a la caza de lunáticos, pero sería mejor que alguien hablara con la chica y le dijera que no lo intentara otra vez.

—¿Alguien? —preguntó Saltiel.

—De acuerdo, Gabi. Dame su número de teléfono.

En su ausencia habían pasado más cosas. Saltiel abrió el cajón de su escritorio y alargó a Zannis un mensaje de Emilia Krebs. En letras de color ocre entre las líneas de los párrafos comerciales mecanografiados, decía que tres hombres y dos mujeres abandonarían Berlín el 11 de febrero, y añadía que no tenía conocimiento del hombre que se había visto en la estación de Skopje. La escritura era mucho más legible que la que Zannis había sido capaz de conseguir.

—¿Quién calentó la carta? —preguntó a Saltiel.

—Sibylla. Yo no he usado una plancha en mi vida.

—Bien hecho, Sibylla. ¿Envió los teletipos?

—Sí. Fueron confirmados y saqué copias para usted.

—Gracias. De verdad.

—Oh, no hay de qué —dijo Sibylla, tan sorprendida como complacida de que Zannis se mostrara tan agradecido—. Haré lo mismo con la próxima, si usted quiere.

Mientras Saltiel regresaba a su escritorio, Zannis se dispuso a telefonar a Demetria a su casa. Estuvo a punto de hacerlo la noche anterior, porque el tiempo que

había pasado en París —los alemanes, el tiroteo, la huida— había tenido su efecto. Durante el vuelo a Sofía pensó: «Tu tiempo se está acabando», y más de una vez. Ahora iba a tratar de conseguirla por cualquier medio que pudiera, y al diablo con las consecuencias. Pero cuando alargaba la mano hacia el teléfono, este sonó.

—Sí, dígame.

—Hola. Llamo desde la pensión Bastasini.

«Escovil».

—¿Y?

—Comprendí que anoche estuviera cansado, pero me gustaría hablar con usted lo antes posible.

Escovil trataba de emplear un tono ligero, pero su voz sonaba forzada y tensa.

—Ahora mismo no puedo —replicó Zannis, frío como el hielo—. Estoy ocupado. La línea dejó oír como un bufido.

—Algunas personas a las que conozco están muy preocupadas.

—¿Por qué? Han conseguido lo que querían.

—Les gustaría conocer... los detalles.

—Pregúntenselos a él.

—Hum, él no está seguro de cómo funciona la cosa. Así que ellos están, bueno, ansiosos por escuchar su historia. Y sería mejor en persona, no por teléfono.

En lugar de arremeter contra Escovil, porque el impulso de hacerlo era muy poderoso, Zannis inspiró profundamente.

—Ya sabe usted dónde estoy.

—Sí.

—Lo veré abajo, en el vestíbulo, dentro de diez minutos. Primero tengo que hacer otra cosa, quizá deba esperarme.

Cuando Escovil respondió, pareció estar leyendo una frase que hubiera escrito de antemano.

—En realidad, mis amigos querían reunirse con usted. Para darle las gracias. Personalmente.

—Venga dentro de diez minutos y solo. ¿Lo ha entendido?

Escovil dudó, y al cabo dijo:

—Allí estaré.

Zannis colgó, pero no dejó el auricular bastante tiempo en la horquilla como para volver a tener tono, así que colgó de nuevo.

Contestó una criada.

—¿Está en casa *madame* Vasilou?

—Se ha ido.

Aquella criada apenas hablaba griego.

—¿Qué quiere decir con que «se ha ido»?

Se esforzó y alzó la voz:

—Ellos se han ido.

—¿Adónde se han ido?

—Se han ido —dijo la criada, y colgó.

Zannis dejó transcurrir diez minutos, y luego bajó la escalera. No podía creerlo. ¿Dónde estaban? ¿Habían abandonado el país? Tenía deseos de romper algo. Y encima, tenía que verse con Escovil, el cual no se había puesto abrigo, sino que se había enrollado una bufanda de lana alrededor del cuello, metiendo los extremos bajo las solapas de su chaqueta abotonada. Con aquellos guantes de piel marrón que también llevaba parecía un terrateniente que viajara a Londres un día de otoño.

Si Escovil ya estaba nervioso por aquella reunión, la expresión del rostro de Zannis no hizo nada por tranquilizarlo.

—He venido directamente.

—¿Qué desea de mí?

—Byer nos dijo que volaron de París a Sofía. ¿Cómo lo arregló? —Al cabo de un momento añadió—: A la gente para la que trabajo le gustaría saber cómo lo hizo.

«Pues a mí no me gustaría que lo supieran». —Me ayudaron unos amigos de París, personas a las que conocí cuando vivía allí.

—¿Y son...?

—Amigos de París. Y ahora permítame preguntarle algo a usted. ¿Quién tuvo la idea de que yo fuera a un restaurante? Porque estoy seguro de que Byer le dijo lo que pasó.

Escovil dudó.

—Una personalidad, en Londres, consideró que usted debía actuar un poco como si fuera un turista. La idea original era la torre Eiffel, pero no encajaba con el horario. Así que se optó por una *brasserie*.

—Muy inteligente. Solo que resultó de lo más estúpido.

—Necesitamos saber más sobre el avión —dijo Escovil, con la desesperación reflejada en su voz—. Podría ser muy importante, muy importante.

—Bien, usted ya sabe todo lo que estoy dispuesto a decirle. Comprendo lo que quiere su gente. Quiere poder utilizar lo que yo utilicé, lo que cualquier servicio de espionaje querría, pero tendrán que arreglárselas por sus propios medios.

—¿Podría, al menos, reunirse con ellos?

Zannis se quedó mirando a Escovil.

—No.

A Escovil le tembló un músculo en la mejilla. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta, pero luego se volvió hacia Zannis.

—Estoy sirviendo en una guerra, Zannis. Y usted también, tanto si le gusta como si no. —Alcanzó la puerta en dos zancadas y, volviendo el rostro, añadió—: Yo en su lugar lo pensaría.

Poco después de las seis, Zannis regresó al callejón de Santarozza. Mientras sacaba

de su pequeño frigorífico los menudillos que el carnicero le había dado para *Melissa*, vio el correo que había arrojado sobre la mesa al volver a casa la noche anterior. Dio de comer a *Melissa*, y luego, buscando cualquier cosa que le permitiera sentirse si no mejor, al menos ocupado, empezó a revisar el montón de sobres. Unas facturas, una invitación para una fiesta elegante y una carta. Sin remitente. Dentro, una única hoja de papel.

5 de febrero C.:

Hemos salido de Salónica hacia Atenas. He dicho que mi madre está enferma y que debía regresar a Kalamaria a cuidarla. Tiene teléfono: 65-245. No sé hasta cuándo podré quedarme, y no sé dónde estás. Espero que leas esto a tiempo.

D.

Llamó inmediatamente y salió unos minutos después. Kalamaria no estaba lejos, a algo más de quince kilómetros hacia el sur. En la cornisa marítima tomó un taxi y pagó generosamente al conductor para que lo llevara a donde le había dicho Demetria, el Hotel Angelina. Llegó a las siete y diez, y tomó una habitación. En febrero el hotel estaba abierto a medias, pero un mozo lo condujo a la habitación 3 — probablemente la mejor, puesto que Zannis era el único huésped— y encendió una pequeña estufa de petróleo situada en un rincón. Produjo una fuerte detonación y una llamarada, y el mozo profirió un juramento al tiempo que saltaba a un lado, pero el artilugio funcionó y, al cabo de diez minutos, la habitación empezó a caldearse.

El Hotel Angelina estaba junto a la bahía, y la habitación tenía una amplia ventana que daba al oeste, al mar. No estaba tan mal aquel cuarto. Paredes estucadas en blanco, una estrecha cama con una manta de invierno, una lámpara en la mesita de noche, una silla y un armario con dos perchas. Zannis colgó su gabardina y su chaqueta en una, y dejó la otra para Demetria. Se sentó brevemente en la silla, luego se echó en la cama, dejó las gafas en la mesita de noche y esperó, con la compañía de un viento racheado que suspiraba, gemía y tamborileaba en la ventana. Llegaron las ocho y pasaron. Las ocho y cuarto. ¿Dónde estaba ella? Las ocho y veinte.

Dos ligeros golpes en la puerta.

Cuando abrió, Demetria estaba allí. Hermosa, sí, pero sin sonreír, y él tuvo la sensación de que, quizá, estaba algo asustada. Había pensado abrazarla —«¡por fin!»—, pero algo le dijo que no lo hiciera, de modo que se limitó a apoyar ligeramente la mano en el hombro de Demetria, y la guió al interior de la habitación.

—Hola, Demetria —dijo con voz de amante—. ¿Me permites el abrigo?

Ella asintió. Zannis pudo percibir su perfume en el cuello del abrigo al colgarlo en

el armario.

Demetria se sentó en el borde de la cama. Llevaba un suéter y una falda de lana, de color pizarra, gruesas medias negras de algodón y zapatos con cordones.

—Oh, Dios mío... —dijo.

—Sí, ya sé...

—Siéntate a mi lado si quieres.

Pero permaneció de pie, indeciso, y tan tenso como ella.

—Puedo ir abajo. Quizá tengan *retsina*.

A ella se le iluminó el rostro.

—Lo que tengan. Aquí hace frío.

Zannis bajó. El hotel no tenía exactamente un bar, sino un estante con botellas, encima de una mesa hecha con tablas. La puerta junto a la mesa estaba entreabierta. Zannis oyó una radio.

—¿Hola? —llamó.

Cuando salió la mujer que le había alquilado la habitación, le compró una botella de *retsina* y ella le dio dos vasos empañados.

—Buenas noches, señor.

Demetria seguía sentada exactamente en el sitio donde la había dejado, frotándose las manos.

—Vaya noche —dijo Zannis.

Sirvió *retsina* en los vasos y le alargó uno a ella. Cuando se sentó a su lado, la cama se hundió bajo el peso de ambos. Demetria se echó a reír.

—Ah, Kalamaria.

—¿Viviste aquí de niña?

—No, mi madre vino después de morir mi padre. Ella nació aquí.

—¿Está enferma de verdad?

—Oh, no, ella no. Nunca. Al menos que yo recuerde.

—¿Le has dicho, esto, lo que estás haciendo?

Demetria sonrió forzosamente.

—Lo sabe, mamá lo sabe. Conoce a su hija.

Entrechocaron sus vasos y bebieron. La *retsina* era fuerte.

—No está tan mal —comentó Zannis.

—No, nada mal. Ha sido una buena idea.

Demetria dejó el vaso en el suelo y se frotó las manos, tratando de calentarlas.

—¿Nos emborracharemos y trataremos de olvidar nuestras desdichas?

—No llegaremos tan lejos.

Cuando ella volvió a coger su vaso, Zannis vio que no llevaba alianza. Se había recogido el cabello echado hacia atrás, sujeto con un elaborado pasador de plata.

—Esta mañana he llamado a tu casa —dijo Zannis—. Llegué anoche, pero no he visto tu carta hasta poco antes de llamarte.

—Ya lo sabía... Sabía que llamarías. Quiero decir que sabía que llamarías a la

casa de Salónica, de modo que telefoneé desde Atenas. No contestó nadie... —Dejó el vaso en el suelo, se frotó las manos y se lamentó—: Tengo las manos tan frías...

«¡Mira que eres tonto!» —Deja que te las coja. —Le tomó las manos, que no estaban tan frías—. Tienes razón. Será mejor que te las caliente.

Le puso la mano izquierda entre las suyas y se la frotó. Al cabo de un rato, ella, sin el menor asomo de retirar la mano, dijo:

—Ahora está mejor.

Valiéndose de su mano libre, bebió *retsina*, y luego devolvió el vaso al suelo.

—Ahora la otra. ¿Qué estabas diciendo?

—Que llamé desde Atenas...

Le frotaba la mano, su piel estaba acariciando la de Demetria.

—¿Y?

Se inclinó ligeramente hacia él.

—Y tú... no estabas en casa.

—No. —Zannis se dio cuenta de que la sombra oscura de su rojo de labios favorecía su cutis—. No..., no estaba.

—Por eso te escribí.

Ahora ella estaba más cerca. Él le tomó ambas manos, con el propósito de acercarla, pero ya se había acercado.

—Y recibí la carta.

—Lo sé. —El rostro de Demetria estaba muy próximo al suyo, hablaba muy bajo—. Tú me lo dijiste.

Él apretó sus labios contra los de ella, que se movieron. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Por eso... —Se besaron de nuevo, él le puso una mano en la espalda, y ella otra en la suya. Con los labios a escasos centímetros de la boca de ella, susurró—:... telefoneé.

La lana del suéter era áspera al tacto de su mano, que subía y bajaba. Aquello resultaba torpe, sentados el uno al lado del otro, pero continuaron así, hasta que él pudo sentir la presión de los pechos. Cuando ella ladeó la cabeza, sus labios se unieron a los de Zannis, los abrió y sus lenguas pudieron tocarse. Ella se estremeció.

Zannis se arrodilló y empezó a desatarle los cordones de los zapatos. Mientras se afanaba con uno de los nudos, ella le paseaba los dedos por el cabello, y luego le acarició la mejilla.

—¿Puedes?

De momento, el nudo se quedó sin deshacer.

Habían dispuesto las ásperas almohadas contra los pies de la cama, de hierro, para mirar por la ventana. Al otro lado de la bahía, una tormenta se abatía sobre el monte Olimpo. Casi siempre, cuando hacía mal tiempo, blancos relámpagos iluminaban las

nubes sobre la cumbre, lo cual significaba, según los antiguos griegos, que Zeus estaba airado. Zannis no lo estaba en absoluto. Demetria yacía de costado junto a él, en el hombro de Zannis había quedado la marca del pasador de plata.

Cuando por fin hubo terminado con sus zapatos, regresó a su lado y asió la cintura del suéter, pero ella le retuvo las manos y dijo, en voz baja y cálida:

—Deja que lo haga yo.

Entonces se puso de pie, apagó la lámpara y se desvistió. No fue demasiado teatral. Se comportaba como si estuviera sola, ante un espejo, tomándose su tiempo, porque siempre lo hacía. Aun así fue una especie de representación, porque estaba claro que le gustaba ser observada. Cuidadosamente doblaba su ropa y colocaba cada prenda en la silla, utilizando esta como... ¿un accesorio de utilería? Llevaba unas bragas altas de seda, muy elegantes, sobre un liguero y, una vez que se hubo despojado de este, se volvió y apoyó un pie en la silla para quitarse la media. Desde esta perspectiva, al curvarse, su trasero se veía más lleno de lo que prometía cuando se apoyó en el respaldo del sofá. Las formas de Demetria en aquella postura ladeada sugerían una seductora pintura, por más que fuera una manera natural y lógica de quitarse una media.

¿O no lo era?

Cuando depositó el liguero encima de su ropa, permaneció inmóvil por un momento, con la cabeza inclinada a un lado. «Aquí está lo que vas a tener». ¿Era aquello lo que él esperaba? Era más rotunda de formas que la Demetria desnuda de su imaginación: pechos pequeños, areolas pequeñas y pequeños pezones erectos.

Sí, Demetria se tomó su tiempo para desvestirse, pero ese no fue el caso de Zannis. Él se quitó la ropa, tirándola por la habitación, la tomó en sus brazos y se abrazaron, muy juntos, saboreando la sensación de piel contra piel. Y allí, apretada entre ambos, había una evidente respuesta a la pregunta silenciosa de Demetria. Hasta aquella noche, Zannis había tenido sentimientos ambivalentes, pues en su corazón una tierna pasión, que él pensaba que era amor, pugnaba con el deseo más elemental. Pero resultó que la tierna pasión debería esperar. Y de eso él fue culpable solo a medias. Quizá menos.

¿Y entonces?

Los relámpagos descargaban en la distancia y, cuando una borrasca pasó sobre el Hotel Angelina, la lluvia impulsada por el viento golpeó la ventana.

—¿Sabes? —dijo Zannis, pronunciando lentamente las palabras—. Podrías no regresar nunca más a Atenas.

Demetria no respondió y Zannis no podía verle la cara, pero se acurrucó contra él, lo cual significaba «no», y él lo supo.



—¿No? —preguntó para asegurarse.

—Es... —dijo ella, eludiendo el «demasiado pronto», y luego volvió a empezar —: Sería demasiado repentino.

—¿Tienes que regresar?

—No.

Y no regresó. Pero, aun así, se dio la vuelta, apartándose de él, y permaneció tumbada boca abajo, con la barbilla entre las manos. Él le acarició la espalda, con una acentuada depresión que daba inicio a sus glúteos.

—¿Te puedes quedar hasta la mañana?

—Bueno, ahora no tengo que ir a ninguna parte.

—¿Queda muy lejos la casa de tu madre?

—No. Está al otro lado de la bahía. Una de esas villas de fachada estucada.

—Oh.

—¿Oh? —replicó ella, imitando su tono—. Sí, mi amor, ahora ya lo sabes.

—¿Qué sé?

—Que ella nunca podría permitirse una cosa así. Ni yo tampoco. Y deberías ver dónde vive mi hermana, en Monastir.

—Oh.

—No creas que me casé por el dinero, como... No quiero decir la palabra.

—Eso no es verdad.

Ella se encogió de hombros.

—Él es rico, ¿y qué?

—Decir que es rico se queda corto. Compra pintura francesa, manuscritos bizantinos y esmeraldas talladas. Gasta el dinero como si fuera agua, en cualquier cosa de la que se encapriche. ¿Te has fijado en un barco blanco, prácticamente nuevo, que hay amarrado en el puerto de Salónica? Creo que era un barco inglés, uno de esos que transportan correo y pasajeros a Oriente. En cualquier caso, está ahí, con toda su tripulación a bordo, listo para zarpar si se le avisa con una hora de antelación. «Por si —como él dice— las cosas van mal por aquí». Entonces nos iríamos para estar seguros.

—¿No os iríais en el yate?

—El yate está en Atenas, en el Pireo. No es lo más aconsejable para navegar en invierno.

—Si las cosas van mal, ¿te irás con él?

—No lo sé. Quizá sí. Quizá no. —Se quedó pensativa—. Tal vez no me invite, llegada la ocasión. Tiene una amiguita últimamente, de diecisiete años, estuvo... interesado por mí solo un tiempo. Así que cuando regrese no quiero que pienses que yo...

En este punto se detuvo.

Zannis suspiró y se le acercó, colocando una pierna sobre las corvas de ella y acariciándola de una forma distinta. Ella volvió la cabeza para que sus rostros

estuvieran juntos.

—Tengo la sensación de que aún no tienes sueño.

—No, todavía no.

*11 de febrero.* Las lluvias continuaban. Colgando de un perchero en un rincón del despacho, tres impermeables goteaban agua en el suelo. Cuando Zannis fue a su mesa, lo esperaba una nota de Saltiel: un nombre y un número de teléfono.

—¿Será la amiguita del alcalde?

—Podría ser.

Saltiel se divertía imaginándose la escena.

—¿Oiga?, ¿*madame* Karras?

—Sí.

—Me llamo Zannis, del departamento de policía de Salónica.

—¿Sí?

Por la forma en que lo dijo, significaba «¿Y qué quiere de mí?».

—Deseo pedirle un favor, *madame* Karras.

—¿Qué favor?

—Que en el futuro se abstenga de disparar contra el alcalde. Por favor.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Sabemos que lo hizo o que contrató a alguien para que lo hiciera, y si no podemos estar seguros de que no va a intentarlo de nuevo, ordenaré que la detengan.

—¿Cómo se atreve! ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Zannis. Z-a-n-n-i-s.

—Usted no puede...

—Sí puedo —la atajó—. Hemos investigado el suceso y sabemos cómo se produjo, y en vez de meterla en la cárcel yo le estoy telefoneando. Es un detalle de cortesía, *madame* Karras. Le ruego que me crea.

—¿De veras? ¿Y dónde estaba la cortesía cuando la necesité? Algunas personas, y no voy a dar nombres, necesitan aprender una lección de cortesía.

—*Madame* Karras, estoy mirando su fotografía. —No era verdad—. Y puedo ver que es una mujer extremadamente atractiva. Seguro que los hombres, muchos hombres, andan tras de usted. Pero, *madame* Karras, permítame sugerir que su historia de amor será más fácil si no le dispara a su amante en la retaguardia.

*Madame* Karras rompió a reír.

—No me diga que ese hijo de puta no lo tenía merecido.

—Yo no puedo decirle eso. Todo lo que puedo decirle es que lo deje en paz.

—Bien...

—¿Decía?

—Que no es usted un mal bicho, Zannis. ¿Está casado?

—Sí, y con cinco hijos. ¿Tomará en cuenta esta llamada?  
—Pensaré en ella.  
—No, querida, tome una decisión. Las esposas están aguardándola.  
—Oh, muy bien.  
—Gracias. Es la opción más inteligente.  
Zannis colgó. Saltiel se reía para sus adentros y meneaba la cabeza.

*12 de febrero.* Aquella mañana Berlín estaba cubierto de hielo, quizá la peor de las trampas que el invierno deparaba a la ciudad prusiana. En el cuartel de la Gestapo en la Prinz-Albrechtstrasse, el Hauptsturmführer Albert Hauser trataba de tomar una decisión respecto a Emilia Krebs. Su lista de nombres estaba reduciéndose: algunos de los sospechosos habían sido detenidos, un éxito para Hauser. Pero otros habían desaparecido, un fracaso para Häuser. Aquello no podía continuar o acabaría en Polonia, un infierno para la seguridad alemana. Pero a ella no podía tocarla. Hauser trabajaba a las órdenes de un botarate que no merecía otro calificativo. Según el chiste sobre la teoría racial nazi, el superhombre ideal de la raza dominadora debía ser tan rubio como Hitler, tan esbelto como Göring y tan alto como Goebbels. Pero el chiste era solo un chiste, y su superior estaba allí porque de verdad era rubio, alto y esbelto. Y un botarate. No pensaba como un policía; pensaba como un nazi: para él la política y la ideología lo eran todo. Y en esa ideología, rango significaba poder, y el poder constituía la categoría suprema.

Hauser fue a verlo para tratar del caso Krebs, pero la entrevista no duró mucho.

—¡Ese hombre, Krebs, es un coronel de la Wehrmacht! —tronó—. ¿Quiere usted que me machaquen?

Hauser deseaba precisamente eso, pero no había esperanza de que sucediera en un plazo previsible. Sin embargo, él era un tipo audaz, y se planteó la posibilidad de sostener con Emilia Krebs una conversación muy privada, muy amistosa, muy cautelosa. ¿Dónde? Desde luego que no en su despacho. ¿En territorio neutral? No era mala idea, pero impracticable. A Hauser no lo invitaban a las cenas y fiestas del círculo social de ella. Y todavía no contaban con un agente infiltrado en ese círculo que pudiera dar con una forma de introducirlo a él. Otro oficial de la Gestapo se estaba ocupando del reclutamiento como informante de un miembro débil y venal del grupo —los había en todas partes, pero uno tenía que pescarlos—, pero aún no era suyo. Así que nada de fiestas. Quedaba la casa de los Krebs, en Dahlem.

Las alarmas se dispararon en la mente de Hauser. «Cariño, la Gestapo ha venido hoy a verme». ¿Qué? ¿A mi casa? ¿A mi hogar? ¿El hogar del importante coronel Krebs de la Wehrmacht? El Ejército despreciaba en secreto a los nazis y aborrecía a las SS. No, una simple llamada telefónica de Krebs, al sanctasanctórum del Cuartel General, y Hauser se dedicaría a tirotear polacos hasta que estos le dispararan a él. Aquella gente estaba loca y de ningún modo había que tener tratos con ella. Así que

mejor no ofender al coronel Krebs.

Sin embargo...

... si la mujer de Krebs estaba complicada en aquellas huidas, y Hauser estaba bastante seguro de que así era, ¿no tendría conocimiento de ello el marido? Y en tal caso, razonó Hauser, ¿no se sentiría impulsado a protegerla? ¿Cómo lo haría? ¿Quejándose a alguien importante del hecho de que la Gestapo la consideraba «persona de interés»? ¿O, quizá, encubriendo todo el asunto? ¿Y cómo lo conseguiría? Diciéndole a ella que acabara con aquello. «Deja de hacer lo que estás haciendo o nos va a caer una encima que nos va a arruinar la vida». Cuando Hauser se entregaba a sus cavilaciones solía mirar por la ventana, pero aquella mañana el cristal estaba cubierto de escarcha, y se encontró mirando la fotografía de su padre, el bigotudo policía de Düsseldorf, que tenía sobre el escritorio. Así que, «papá, ¿qué es lo más seguro para Albert?». Papá lo sabía. «¡La lista!». Cierto. Lo que importaba era la lista. No podía dejar que se redujera porque la situación de Hauser empeoraría. Sería más seguro, a largo plazo, tener una charla con la Krebs.

Se vestiría para estar a tono con las circunstancias: un suéter tejido a mano bajo una chaqueta con botones de cuero. ¿Una pipa? Nunca en su vida había fumado en pipa, ¿le costaría mucho aprender? ¡No, Albert! Un policía con un corte de pelo a la prusiana, casi afeitado en los lados, ¿fumando en pipa? Y luego, torpe al manejarla, probablemente provocaría una quemadura en la alfombra del coronel.

Y eso no le gustaría al coronel. Aunque no se disgustaría si lo ignoraba. Si manejaba la reunión adecuadamente, había una oportunidad de que ella no le dijera nada a su marido. Bastaba con que dejase de hacer lo que estaba haciendo, para protegerlo. Resultaría perfecto.

Así que nada de pipa.

Pero sí, quizá, unas gafas.

Hauser descendió dos tramos de escaleras hasta una dependencia que raras veces se utilizaba. Los hombres de la Gestapo no se disfrazaban; se presentaban en parejas o de tres en tres y aporreaban la puerta. ¡Seguridad del Estado!

Pero no siempre. El encargado de la dependencia encontró para él un par de gafas con montura de acero y cristales sin graduar. Hauser se miró en el espejo. Sí, allí había una versión de sí mismo más suave, más reflexiva. «*Frau Krebs*, soy el *Hauptsturmführer...*» No. «Me llamo *Herr Hauser*. Le ruego me perdone. No la voy a entretenerla mucho».

En Salónica, en los periódicos de la mañana y en la radio, la noticia era como el tambor que acompaña una marcha, un tambor de guerra. El 10 de febrero, Gran Bretaña había cortado relaciones diplomáticas con Rumania, debido a que el gobierno de este país había permitido a Alemania concentrar varias divisiones de la Wehrmacht y almacenar municiones y combustible dentro de sus fronteras. Según los británicos,

era una fuerza expedicionaria.

El 15 de febrero se informó de que Hitler se había reunido con ciertos titulares de ministerios yugoslavos en su refugio de Berchtesgaden, el Nido del Águila. Acompañados, claro está, por un fotógrafo. Allí estaba el águila misma, rodeada de picos nevados, estrechando la mano a un ministro yugoslavo. Obsérvese la postura adoptada por la cabeza del ministro: ¿está haciendo una reverencia o solo inclina la cabeza? ¿Y, oiga, cuál es la diferencia? Los ministros fueron informados de que su país debería cumplir ciertas previsiones estipuladas en el pacto del Eje, tanto si lo firmaban como si no. A saber: incrementar la cooperación económica con Alemania —«véndannos lo que queremos, nosotros fijaremos el precio»—, permiso para el tránsito de soldados y armas a través de Yugoslavia, y pasividad en caso de una ocupación alemana de Bulgaria.

Los periódicos no dieron esta noticia: ¡Bulgaria decreta la movilización general! Pero el 16 de febrero sí dieron esta: ¡Bulgaria firma un pacto de no agresión con Turquía! Mientras se tomaba su café matinal, Zannis leyó que los dos países habían acordado «continuar con su política de mutua confianza, en aras del mantenimiento de la paz y la tranquilidad en los Balcanes en un momento muy difícil, aplicando la reciprocidad en materia de seguridad». Lo cual significaba: «Cuando Bulgaria invada Grecia, Turquía no apoyará a los griegos». Pero el periodista de Salónica no creía que Bulgaria fuera a invadir Grecia. Tampoco Zannis. Y la frase «en aras del mantenimiento de la paz y la tranquilidad en los Balcanes» no procedía de los diplomáticos búlgaros ni de los turcos. La frase era de Hitler.

Ahora todo el mundo lo sabía.

*19 de febrero.* Poco después de las diez de la noche, Costa Zannis estaba en su cama, tratando de no pensar en Demetria. Lector incansable, dejó de lado al inspector Maigret y cogió una novela de Kostykas, un morboso relato de amor y asesinato en una isla del Egeo. Un yate fondeado frente a una aldea de pescadores, una aristócrata inglesa se enamora de un pescador local. ¿Quién mató a *Lady Edwina*? Le daba igual. Mirando la página sin comprender nada, evocó la noche en el hotel, a Demetria mientras dormía, la diosa descansando. El sueño había devuelto a su rostro la serenidad que había visto en el asiento posterior del Rolls-Royce. Pero ella no era en absoluto como él creyó: ahora sabía que era una amante ávida y ansiosa, sin ningún género de inhibiciones. En el pasado, consideraba la felación como una especie de favor que las mujeres le concedían a uno por complacerlo si estaban encandiladas. No era verdad. Zannis se excitó aún más y se quedó atónito cuando vio que ella alzaba la vista, haciendo una pausa, para encontrarse con sus ojos. Tales recuerdos no favorecían la lectura, y estaba a punto de apartar el libro cuando sonó el teléfono. Era ella.

—Hola —dijo Costa con toda su ternura.

—¿Costa...?

No era ella. Otra mujer.

—Soy yo, Roxanne.

¿Roxanne? ¿Por qué ahora? La escuela de ballet, la historia de amor, la súbita partida en el avión, todo eso parecía haber ocurrido mucho tiempo atrás, y había terminado para siempre. Pero por lo visto no era así.

—¿Por qué me llamas?

—Debo hablar contigo, Costa. Por favor, no cuelgues.

—¿Dónde estás?

—Cerca. Y puedo estar en tu piso dentro de unos minutos.

—Bueno...

¿Cómo negarse?

—No podemos hablar por teléfono. Lo que tengo que decirte es reservado. —Lo que quería decir «secreto»—. Te veo ahora mismo —dijo, y colgó.

«Y ahora ¿qué?». Pero, en términos generales, él lo sabía. Cuando la marea política se movía, ciertas criaturas de las profundidades ascendían a la superficie.

A los pocos minutos oyó un coche. Desde la ventana vio que un sedán negro se detenía frente al edificio. Casi no cabía en el callejón de Santaroza. Cuando se apagaron los faros, una figura descendió de la portezuela del pasajero. Zannis salió a la escalera, vigilado por *Melissa*.

Solo llevaba sin verla unos meses, pero no era la misma. Bien vestida, como de costumbre, con un cuerpo esbelto de amazona y piel curtida, pero ¿siempre había tenido tantas canas? Y ahora sus ojos estaban ensombrecidos por la fatiga. Cuando se quedaron frente a frente en la puerta, él le brindó una sonrisa forzada y le tocó el brazo, que terminaba en una mano enguantada. Por encima del hombro de Roxanne, Zannis pudo ver que el conductor del sedán tenía la cara vuelta.

Una vez en el piso, se sentaron a la mesa de la cocina. Roxanne no hizo amago de quitarse el impermeable. Zannis encendió un cigarrillo y dijo:

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Tienes buen aspecto.

—Tú también.

—Me perdonarás por esta visita repentina, ¿verdad?

—No tiene importancia. Creo que debería aclarar cuanto antes que no te voy a decir nada más de lo que le dije a Escovil sobre lo sucedido en París. Yo no traiciono a los amigos. Es así de sencillo.

—No nos preocupa eso. Ahora ya no. Puedes guardarte tus secretos. ¿Has leído los periódicos?

Zannis asintió.

—La situación es peor de lo que escriben. Bulgaria firmará el pacto en algún momento de las próximas dos semanas. Ha pedido ayuda a Moscú pero, parafraseando una expresión búlgara, el tío Iván no remontará el río. Esta vez no.

Yugoslavia será la próxima. Al regente, el príncipe Pablo, le trae sin cuidado. Vive en Florencia y colecciona obras de arte. El verdadero poder está en manos del primer ministro, Cvetkovic, que simpatiza con los nazis, y él también firmará. Luego os tocará a vosotros.

—No es mucho lo que podemos hacer.

—A menos...

—¿A menos?

Ella dudó, y escogió las palabras cuidadosamente.

—Tenemos razones para creer que habrá un golpe de Estado en Belgrado.

Zannis se sobresaltó, y lo exteriorizó. Esa posibilidad nunca se le había ocurrido.

—Una última oportunidad de detener a Hitler en los Balcanes —dijo Roxanne.

—¿Realmente eso lo detendrá?

—Quizá no desee luchar contra los serbios. La mayor parte de Croacia se colocará al lado de Hitler, a fin de separarse de Yugoslavia.

Zannis quería creerlo.

—Los serbios son duros peleando.

—Sí. Y Hitler lo sabe. En la Gran Guerra, los alemanes hicieron pedazos Serbia. Los soldados alemanes lo robaron todo. Los serbios lo recuerdan. Los hirió. O sea, que para la Wehrmacht aquello es una ratonera.

—¿Y Grecia?

—No lo sé. Pero si Hitler no quiere guerra en los Balcanes y el ejército griego se retira de Albania...

Zannis sonrió de forma adusta.

—Vosotros no nos comprendéis.

—Lo procuramos —dijo ella, muy británica—. En cualquier caso, entendemos que los griegos no cederán. Por eso estoy aquí, porque ese espíritu que tenéis podría impulsarte a ayudarnos en Belgrado.

—Ayudarnos... O sea, en vuestros planes.

Ella movió la cabeza.

—Eso no funciona así, pero podemos ayudar. Y si los serbios acceden, debemos ayudarles.

—¿Y yo formaría parte de eso?

—Sí.

Zannis aplastó su cigarrillo en el cenicero.

—¿Por qué yo? ¿Por qué demonios me he vuelto tan... deseable?

—Siempre fuiste deseable, querido. —Sonrió brevemente, esta vez con sinceridad. Luego la sonrisa se borró—. Pero eres deseable para otros fines. Por una parte eres fiable y, por otra, tienes valor.

—¿Por qué estás tú aquí, Roxanne? Quiero decir, por qué no ha venido Francis Escovil.

—Lo hace lo mejor que puede, pero es un aficionado. Yo soy una profesional.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Sí. En realidad desde siempre.

Zannis suspiró. No había manera de negarse.

—Bien, puesto que eres una profesional, quizá podrías concretar más.

—Sabemos que tienes amigos en la policía de Yugoslavia, y necesitaremos controlar a ciertos elementos del Estado Mayor General; no por mucho tiempo, cuarenta y ocho horas, pero no se les puede permitir que se interpongan en nuestro camino.

Zannis estaba perplejo.

—¿No son siempre los ejércitos los que dan los golpes?

—En este caso lo dará la fuerza aérea. —Roxanne hizo una pausa, y luego continuó—: Te daremos más detalles, nombres, etcétera, pero primero asegúrate de que tus amigos te ayudarán, luego establece contacto con Escovil y se te comunicará el resto. No sabemos el día exacto, de modo que tendrás que moverte con rapidez cuando estemos listos. —Miró su reloj, y al tiempo que se levantaba, alzó de su regazo un pequeño bolso que llevaba en bandolera. Zannis vio que se combaba, como si contuviera algo pesado. ¿Qué había allí dentro? ¿Un arma?—. Ahora tengo que darte las buenas noches. Aún me quedan cosas por hacer esta noche.

La acompañó hasta el descansillo de la escalera y le dijo:

—Una cosa más. Cuando viniste a Salónica, ¿viniste por mí? ¿Era yo un objetivo? ¿Alguien a quien reclutar? Ahora ya no importa. Puedes decírmelo, no me enfadaré.

Ella se detuvo dos peldaños más abajo y respondió:

—No, lo que te dije en el aeródromo era la verdad. Estaba en Salónica por otra cosa. Te conocí y pasó lo que pasó. —Permaneció donde estaba, y cuando finalmente habló de nuevo, con voz apenas audible, bajó la mirada—. Estaba enamorada de ti.

*1 de marzo.* Zannis y Saltiel fueron a almorzar a Esmirna Traicionada y comieron pulpo a la parrilla, que aquella tarde estaba muy sabroso. Como siempre, una radio junto a la caja registradora emitía música local, canciones acompañadas por *bouzoukis*, con el ruido que producía la clientela como fondo. Zannis apenas oía la radio, pero en el momento en que el camarero acudió a retirar sus platos, prestó atención. Porque —primero en el bar, luego en las mesas próximas y finalmente en todo el local— los comensales dejaron de hablar. En el restaurante reinaba ahora un silencio absoluto. El camarero se acercó al aparato y subió el volumen. Era un boletín informativo. El rey Boris de Bulgaria había firmado el pacto del Eje. Tropas alemanas cruzaban el Danubio mediante pontones tendidos durante la última semana de febrero. La Wehrmacht no estaba allí como fuerza ocupante, según declaró el rey Boris, porque Bulgaria era ahora aliada de Alemania. Los alemanes habían ido para asegurar la estabilidad «en todos los Balcanes». Luego, la emisora volvió a transmitir



música.

La taberna no volvió a ser la de antes. Las conversaciones eran contenidas, y muchos clientes pidieron la cuenta, pagaron y se fueron. Algunos de ellos ni habían terminado su plato.

—Bien, eso es lo que hay —dijo Saltiel.

—¿Os vais, Gabi? ¿Cuándo?

—Mi mujer y yo sí. Tu oferta de visados turcos ¿sigue en pie?

—Sí. ¿Y qué hay de tus chicos?

—Mis hijos lo hablaron, sacaron su dinero del banco y ahora tienen ciudadanía española. Salió caro, al final tuve que ayudar, pero la consiguieron. Así que pueden irse a España a vivir, pero no tienen idea de cómo mantendrán a sus familias. También pueden quedarse, porque creen que estarán seguros, como ciudadanos españoles, si los alemanes se dejan caer por aquí.

Zannis asintió —porque comprendía, no porque estuviera de acuerdo— y se dispuso a hablar, pero Saltiel levantó las manos y dijo:

—No te preocupes, Costa. Es su decisión.

—Iré a la legación esta tarde.

—¿Y qué hará tu familia?

—Es la próxima.

—Vayámonos ya.

Pagaron la cuenta y regresaron a la Vía Egnatia. En el despacho, Zannis colocó la chaqueta en su silla y se dispuso a trabajar, pero entonces recordó algo que le llevaría solo un momento. Volvió a bajar los cinco tramos de escalera. En la planta baja pasó bajo la escalera, donde se abría una puerta que daba a un patinillo. Sí, era tal como recordaba: seis cubos metálicos de basura. Dos de ellos llevaban mucho tiempo usándose y estaban corroídos en varios sitios, incluso presentaban algunos agujeros.

A última hora de la tarde, sonó el timbre del teletipo, y cuando Zannis, Saltiel y Sibylla se volvieron a mirar, tabletearon las teclas, se desenrolló el papel amarillo y apareció un mensaje. Era de Pavlic, desde Zagreb. Zannis había estado preocupado por él en los últimos días, porque le había enviado un teletipo —solicitándole un encuentro, en su código— a la mañana siguiente de que Roxanne le dijera «asegúrate de que tus amigos te ayudarán», pero no hubo respuesta. Ahora Pavlic explicaba que había recibido la comunicación anterior, pero que le había sido imposible contestar hasta que su máquina había sido reparada. No obstante, señalaba:

ATENDIENDO A SU SOLICITUD DE 23 DE FEBRERO, TOMAMOS LAS DISPOSICIONES PRECISAS PARA QUE LAS AUTORIDADES LOCALES PROCEDAN A LA DETENCIÓN DEL SUJETO LLAMADO PANOS A SU LLEGADA A LA ESTACIÓN FERROVIARIA DE NLS A LAS 22:05 DEL DÍA 4 DE MARZO.

Zannis tan solo había preguntado si podían reunirse, pero Pavlic intuyó la importancia del asunto y fijó una fecha para el encuentro. Nis estaba a siete horas de tren desde Zagreb y a cuatro horas de Salónica, pero aquel asunto debía ventilarse personalmente.

A las seis de la tarde del 1 de marzo, Zannis se sumó al corro que se apretujaba ante un quiosco de periódicos y logró comprar una edición vespertina. En las cinco horas transcurridas desde que había oído la noticia por la radio de la taberna, la situación había cambiado: se decía que divisiones acorazadas de la Wehrmacht avanzaban hacia el sur, para tomar posiciones en la frontera griega. Bien, tal como Saltiel había dicho, eso es lo que había, y Zannis ya no podía retrasar por más tiempo que su familia abandonara Salónica. Periódico en mano, fue en busca de un taxi.

Mientras el conductor se dirigía al antiguo barrio turco, dejando atrás patios tapiados y viejas fuentes, Zannis ensayó lo que iba a decir, pero no había forma de suavizar el golpe. Sin embargo, enfrentado a los hechos, estos no resultaron tan difíciles como había previsto. Su madre insistió en darle de cenar, y luego él explicó lo que debía hacerse. La familia tenía que irse a Alejandría, y pronto. En esa ciudad había una numerosa comunidad griega, y él entregaría a su madre suficiente dinero para asegurarse de que se instalaría en un piso en un barrio en el que, puntualizó: «hay tiendas griegas e iglesias ortodoxas, y nuestra lengua se habla en todas partes».

Pero él no tardaría en estar luchando en las montañas de Macedonia y no se hallaría en condiciones de mandarles más dinero. No pronunció la palabra «caridad» porque, en aquel momento, se le atragantaba. Su madre, silenciosa frente a las nuevas y temibles dificultades, respondió con un estoico signo de asentimiento, y Ari, incapaz de ocultar lo que sentía, estaba próximo a las lágrimas. Su abuela, cuya generación había luchado contra los turcos durante décadas, se limitó a caminar hasta la máquina de coser y retiró la funda de tela.

—Mientras yo tenga esto, querido Constantino, no nos moriremos de hambre.

Y entonces, conmovido por el ejemplo de su abuela, Ari dijo:

—Yo encontraré algo, Costa. Siempre hay algo. Quizá tengan tranvías en Alejandría.

Zannis, arrastrado por la emoción, apartó la mirada y no respondió. Cuando se hubo recobrado, anunció:

—Mañana os llevaré a la legación egipcia, a fin de que obtengáis la documentación adecuada, y luego compraré los pasajes del barco. Después de eso, deberíais empezar a hacer el equipaje.

De regreso en el callejón de Santaroza, mientras acariciaba la cabeza de *Melissa*, grande y noble, le habló con voz suave:

—Bien, chica buena, vas a hacer un viaje por mar.

*Melissa* meneó el rabo. «Yo también te quiero». Había otra persona que lo

preocupaba, pero aquel día tampoco había carta en su buzón, y el teléfono, por más que lo observara detenidamente, permanecía en silencio.

*4 de marzo.* Nis era una ciudad antigua, una encrucijada de rutas comerciales que se remontaba a la época romana. Lo que proyectaba cierta oscuridad sobre este lugar era una torre de cráneos erigida por los turcos para amedrentar a sus súbditos serbios en el siglo XIX.

La cantina de la estación estaba cerrada, y una anciana, de rodillas, intentaba, con un cepillo y un cubo, limpiar la mugre —del día, del mes, del siglo— de lo que en otro tiempo fue un suelo de baldosines octogonales. Zannis, cuyo tren llegó con una hora de retraso, encontró a Pavlic sentado en un banco de madera, junto a una pareja que custodiaba un saco de arpillera. Pavlic vestía traje y corbata, pero Zannis lo recordaba de otro modo: cabello cortado a cepillo, de color arena, y marcadas patas de gallo en las comisuras de unos ojos estrechos y escrutadores. Levantó la vista de su periódico, se puso en pie y dijo:

—Vamos a alguna otra parte. Estoy un poco cansado de esto.

Hizo un gesto con la cabeza señalando el saco de arpillera del que, en aquel momento, escapó un enérgico cloqueo.

Salieron al andén vacío. Aquella noche ya no circularían más trenes, y algunas de las personas que atestaban la estación esperaban a los que iban a partir por la mañana; otras permanecían allí porque no tenían dónde ir. En el andén, Zannis y Pavlic encontraron una carretilla de madera del revés que utilizaron como banco. Sin necesidad de decirlo, ambos estaban contentos de verse. Cuanto más se acercaba la guerra, la conspiración era una poderosa forma de amistad. Charlaron durante un rato —los fugitivos judíos procedentes de Berlín, los alemanes en Bulgaria—, y luego Zannis dijo:

—He oído que si el gobierno de Cvetkovic firma el pacto, puede ser derrocado.

—Eso dicen. En todos los cafés y bares. «¡No tardaremos en echar a patadas a esos cabrones!»». Lo vienen diciendo desde hace diez años, quizá más.

—Esta vez quienes lo dicen son los británicos.

Pavlic se tomó un momento para pensarlo. Debía de haber una buena razón para que Zannis le hiciera viajar en un tren durante siete horas, y ahora se desvelaba.

—Quiere decir que realmente podría ocurrir.

—Eso digo, y cuando ocurra, si es que ocurre, quieren que yo trabaje con ellos. Me han pedido que organice un grupo policial para ayudar. De detectives.

—Como yo —dijo Pavlic.

—Sí.

—Y como mis amigos de Belgrado.

—Ellos también.

—¿De qué británicos estamos hablando? ¿Diplomáticos?

—Espías.

—Entiendo.

Zannis se encogió de hombros.

—Así están las cosas.

Pavlic guardó silencio un rato, y luego dijo:

—Ayudaría si me fuera posible. Con independencia de lo que yo haga, aquí las cosas van a seguir igual. Si Cvetkovic firma, hay muchas posibilidades de que se desate una guerra de guerrillas en Serbia. No en Croacia, pues los *ustashi* llevan años recibiendo dinero de Mussolini, porque desean que Croacia se convierta en un Estado independiente, aliado de Roma. Pero los serbios no van a querer ser gobernados desde Berlín. En cuanto Hitler empiece a hacer de las suyas —por ejemplo, que trate de enviar su ejército a Grecia—, combatirán. La lucha comenzará en las ciudades y se extenderá a las aldeas. Asesinato de notables, bombas, el tradicional estilo de la Mano Negra.

—¿Y sus amigos de Belgrado?

—Son serbios. Suceda lo que suceda van a quedar atrapados, pero si nos libramos de Cvetkovic y de sus compinches, podemos ganar unos meses de paz. Hoy día cualquier cosa pasa por paz: amenazas, ultimátum, un asesinato de vez en cuando... Y usted sabe, Costa, que con el tiempo cualquier cosa puede suceder. Los Estados Unidos pueden entrar en guerra, Alemania invadir Rusia. Hitler puede ser asesinado o quién sabe qué. Mis amigos se arriesgarán, creo, pero tengo que decirles qué se espera que hagan.

—Nuestra tarea consiste en asegurarnos de que ciertos elementos del Estado Mayor General se quedarán quietos. No mucho tiempo, cuarenta y ocho horas.

—¿Por qué podrían resistirse?

—Podrían ser aliados de Cvetkovic. Quizá comprados con dinero alemán. No puede uno estar seguro de sus motivos. Y todo lo que se precisa, como en Sarajevo en el catorce, es un hombre decidido con una pistola.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Podría ser cualquier día. En cierto modo, depende de Cvetkovic... Puede decidir no firmar.

—Firmará, Costa. Bajo presión, accederá. —Pavlic miró su reloj, se bajó de la carretilla y se sacudió el fondillo de los pantalones—. Creo que sería mejor que encontráramos habitación para pasar la noche, antes de que cierren los hoteles. Por el camino ya hablaremos.

Cuando la tarde siguiente llegó a Salónica, Zannis pasó por la pensión Bastasini y le dijo a Escovil que sus amigos de Belgrado se mostraban de acuerdo en unirse a la operación. El alivio de Escovil fue evidente: una de las muchas cosas que tenía que hacer estaba hecha. Quizá demasiadas cosas, pensó Zannis: podía percibir el olor a

alcohol en el aliento de Escovil.

—Estaremos en contacto —dijo Zannis.

Lo que ahora debían hacer era esperar. De nuevo en su despacho, Zannis llamó por teléfono a Vangelis, y luego fue a verlo.

—Cierre la puerta —dijo Vangelis con un brillo en la mirada. Aquella tarde estaba en su papel de gobernante del reino, en su espléndido despacho con vistas al puerto, camisa almidonada y blanca, corbata de seda dorada, traje perfectamente cortado—. Gracias por cuidar de nuestro estimado alcalde. Y, hablando de todo, los periquitos están de regreso, todo solucionado. —Esto estuvo acompañado por un pícaro movimiento de las cejas—. ¿Y usted en qué anda metido?

—Tendré que ausentarme unos días, jefe. Pronto, en algún momento, pero no sé exactamente cuándo.

—Otra vez.

Zannis asintió.

—Sí, señor —dijo en tono de excusa—. Otra vez.

Vangelis frunció el ceño.

—¿Se encargará Saltiel del despacho?

—Sí.

—¿Qué está haciendo, Costa? ¿Es que su ruta de huida necesita que se ocupe de ella?

—No, señor; esta vez es... una operación británica.

Vangelis movió la cabeza: «¡Cómo está el mundo!». —O sea, que ahora tengo un servicio secreto funcionando en Vía Egnatia, ¿no es así?

Pero solo estaba representando su papel, el de un jefe superior severo, y de repente se cansó de él, porque sabía con precisión adónde se dirigía el mundo.

—Joder, Costa, mejor será que haga lo que quiera, y que lo haga cuanto antes.

—Gracias, señor.

—Es probable que usted haga lo que debe, haciendo eso que hace, pero no me gusta admitirlo... ¿Qué me pasa?

—Nada, señor.

—Quisiera que usted tuviera razón, pero no la tiene. En cualquier caso, probablemente debería volver al trabajo, mientras pueda. Y yo me limitaré a decirle adiós.

La última frase desconcertó a Zannis quien, habiendo sido despedido, se levantó despacio de su silla.

—Lo que quiero decir es, bueno, que Dios lo proteja, Costa.

—Que nos proteja a todos, señor.

—Sí, claro.

Alguien estaba al tanto de algo. Zannis comprobó ávidamente el contenido de su

buzón cuando regresó a casa, pero lo que buscaba no estaba allí. En su lugar, un escrito del Real Ejército Griego en el que se informaba al teniente Zannis, Constantino, que en aquella fecha quedaba exento del servicio activo en caso de movilización de las unidades de reserva, debido a «razones médicas». Firmaba un coronel. ¿Qué era aquello? Zannis volvió a leer la comunicación. No, pensó, era un error. O tal vez una mano invisible lo había movido a él a una casilla en un tablero invisible, porque tales «razones médicas» no existían. El 7 de marzo, 60 000 hombres de la Commonwealth, en su mayor parte divisiones de Australia y Nueva Zelanda, desembarcaron en varios puertos griegos. La ayuda había llegado. Y Zannis pensó, mientras parte de esas tropas desfilaban por la cornisa marítima de Salónica, que una nación capaz de aquello podía hacer las cosas más extraordinarias.

Finalmente, ella telefoneó.

La llamada la recibió en el despacho, a última hora de la tarde.

—Estoy en casa de una amiga, en Atenas.

A Zannis la voz de Demetria le sonó derrotada, cansada y triste.

—Me preguntaba qué te había ocurrido... —dijo Zannis.

—Eso me temía. Que quizá pensaras que yo... no me preocupara.

—No, realmente no.

—Estoy deprimida.

—¿Demetria?

—¿Sí?

—Toma un tren. Esta noche. Y estaré esperándote en la estación.

—Yo quisiera...

—Bien, ¿entonces?

—No sé qué hacer.

Ahora lloraba.

—Te amo, Demetria. No dejes de pensar en ti, te quiero a mi lado. ¿Hay algo que quieras decirme? ¿Me prometes que me lo dirás? Todo.

—¡No! Lo que dices... es hermoso.

—Entonces, ¿qué?

Ahora ella guardó silencio.

—Por favor, no llores.

—No puedo evitarlo. —Dio un resoplido—. Perdóname.

Él hizo una pausa: ¿había un momento peor para decir lo que ahora tenía que decirle?

—Debo decirte algo.

—¿Qué?

La había asustado.

—Tendré que irme pronto. No sé adónde, pero no tardaré. Le dejaré una llave a la

vecina de abajo. Le diré que irás a recogerla.

—¿Adónde vas?

—Cosas del trabajo. Solo serán unos días.

Por un momento ella permaneció callada, y luego dijo, con una voz distinta:

—Comprendo, no puedes decirlo. Pero ¿qué pasa si no vuelves?

—Volveré, no te inquietes por eso.

—¿Tienes un lápiz a mano?

—Sí.

—El número de mi amiga es Atenas, 34-412. Se llama Theodora. Telefonéala cuando vuelvas.

—¿Tres, cuatro? ¿Cuatro, uno, dos?

—Sí. ¿No sabes cuándo te vas a ir?

—Dentro de unos días, tal vez una semana o quizá más. No importa...

—¿Que no importa? ¿Y qué pasa si hay guerra?

«Entonces tú solo estarás segura con Vasilou. En su barco blanco...». Finalmente, en tono resignado, reconoció:

—No lo sé.

Demetria suspiró.

—Nadie lo sabe. Todo lo que hacen es hablar.

Lamentó haberle formulado una pregunta que él no podía contestar, así que ahora deberían ser fuertes de verdad, no como la gente que se limitaba a hablar.

—¿No vas a venir ahora?

—Telefonéame cuando regreses —replicó Demetria con firmeza—. Entonces estaré lista. Te estaré esperando.

Zannis accedió. Le repitió que la amaba y colgaron.

Miró a su alrededor, a su despacho. Saltiel y Sibylla, con las cabezas bajas, estaban enfrascados en su trabajo.

*13 de marzo.* Hitler volvió a solicitar de Yugoslavia que firmara el Pacto del Eje. No dijeron que no. Dijeron: «Lo estamos pensando», el «no» de la diplomacia. Lo cual podría haber servido, pero ahora el tiempo entró en escena. La primavera, la temporada de guerras en Europa, estaba empezando: una vez plantados los campos, los agricultores tomaban sus armas, como venían haciendo desde la Edad Media. Los fríos de marzo retrocedían, y en Europa central y en los Balcanes la lluvia era ligera; una lluvia primaveral, una lluvia bien recibida. El invierno había pasado, y ahora era el tiempo de la acción, de no más discursos, de no más negociaciones. Los asuntos difíciles debían resolverse de una vez por todas. A Hitler le gustaba esa frase, «de una vez por todas», y así el 19 de marzo envió un ultimátum. «Haced lo que digo u os bombardeamos y os invadimos». Costa Zannis paseaba por su dormitorio, fumaba demasiado y le costaba dormir. Sí, tenía documentos y billetes de barco para su

familia, pero solo había podido conseguir reservas para un buque que zarpaba el 30 de marzo. Dentro de diez días. ¿Esperaría tanto Hitler?

La tarde del día 20, estaba en el andén del expreso de Estambul, despidiéndose de Gabi Saltiel y de su esposa. Cuando el tren partió de la estación, Zannis se lo quedó mirando hasta que el último vagón desapareció en la distancia. No estaba solo; había mucha gente mirando cómo el convoy se perdía de vista.

24 de marzo. Belgrado estaba silencioso aquella noche; la población permanecía en sus casas o se resistía a abandonar los cafés. En las principales ciudades había un despliegue policial especial para asegurar la paz y la tranquilidad en las calles. El periódico *Politika*, el más prestigioso de los Balcanes, leído por diplomáticos de toda Europa, se había visto obligado aquella mañana a publicar un editorial de apoyo a la firma por Yugoslavia del Pacto del Eje. Poco antes de la medianoche, dos automóviles blindados trasladaron al primer ministro Cvetkovic y a su ministro de Exteriores a la estación de Topchidersko para que tomaran un tren a Viena. Allí firmarían.

Costa Zannis llegó a Belgrado aquella misma noche, se encontró con Pavlic y se dirigieron al Hotel Majestic, en Knez Mihailova, la principal calle comercial de la ciudad. Mientras recorrían en coche la avenida, Zannis vio una gran bandera con la esvástica colgada en un balcón de un edificio de oficinas de cinco plantas.

—¿Qué es eso?

—La sede de la Oficina Nacional Alemana de Turismo —explicó Pavlic—. Se anticipan a la celebración.

En el Majestic, Zannis dejó su pequeña maleta en la habitación y bajó al bar del hotel. Allí Pavlic lo presentó a un serbio corpulento, de cabello claro, llamado Vlatko. Por la amplitud de sus hombros y de su cuello, un poli hasta el tuétano.

—Es de homicidios —dijo Pavlic, cuando ambos hombres se estrechaban las manos—. Y habla alemán.

Pidieron *slivovitz*, y luego Vlatko comentó:

—Aquí hay calma, pero solo en la superficie. La gente está trastornada.

—Eso no durará —apostilló Pavlic.

—No, mañana habrá grandes disturbios.

Aquello le provocó una sonrisa. Zannis se dio cuenta de que sentía un gran placer, un placer de patriota, imaginando esos grandes disturbios.

Pavlic y Vlatko, sucesivamente, comunicaron a Zannis la noticia del día: una terrorífica pelea a puñetazos en el bar del mejor hotel de Belgrado, el *Srbski Kralj*, el Rey de Serbia. Dos corresponsales norteamericanos y una italiana, su traductora, por un lado, y cinco oficiales de la Wehrmacht —de la legación alemana— por otro. Los norteamericanos pidieron whiskys, los alemanes *schnapps*—, los alemanes reclamaron que los sirvieran los primeros, el barman dudaba. Luego salvajes insultos,



mesas volcadas, platos rotos. La italiana arrojó una bebida a la cara de un alemán, este la golpeó en la cabeza, y a continuación el reportero del *New York Times*, un voluminoso tejano, se enfrentó a dos alemanes.

—Los dejó sin sentido —dijo Vlatko, descargando un grueso puño en la carnosa palma de la otra mano, para dar más fuerza a su relato—. Fríos. En el suelo.

Volvió a sonreír. Pavlic precisó:

—Y se rompió la mano.

—Según he oído, las dos manos.

—Una mano —insistió Pavlic—. Espero que mañana podamos arreglarnos sin recurrir a eso.

Vlatko se encogió de hombros.

—Veremos.

Zannis se sacó del bolsillo la hoja de papel que le había dado Escovil: una lista mecanografiada con veintisiete nombres. La dejó en la mesa y alisó los dobleces con las manos.

—Aquí está. Tenemos un día para encontrar las direcciones.

Pavlic y Vlatko se acercaron para mirar la lista. El segundo preguntó:

—¿Quiénes son estas personas? Algunas militares, eso puedo verlo.

—Son personas cuyos nombres no aparecen en los periódicos —aclaró Zannis.

—Traidores —sentenció Vlatko.

—En cualquier caso, posibles alborotadores —dijo Zannis.

—Bien, los encontraremos.

—Mañana por la noche —prosiguió Zannis—. Cuando estén en sus casas. No queremos arrestarles en el cuartel general. No queremos tiroteos.

—No, creo que no —convino Vlatko, anteponiendo, no sin esfuerzo, el lado sensato de su naturaleza—. Pavlic y yo hemos reclutado a quince detectives, trabajaremos en grupos de tres. Eso debería ser suficiente. —Hizo una pausa y continuó—: Esa gente ¿forma parte de una conspiración?

Zannis no lo creía.

—Lo dudo. Las esposas no van a advertir a los amigos de sus maridos, si es eso lo que está pensando.

—Sería mejor empezar a las siete..., antes de que la gente vaya a los restaurantes o a donde sea.

—Mañana por la noche no saldrán —rebató Pavlic—. Se quedarán en casa con la radio puesta.

—No podemos juntarnos todos aquí —dijo Zannis—. Vlatko, ¿puede tener reunidos a los detectives a las seis? Deberá distribuir los nombres por la tarde, así que los repartiremos ahora.

—¿Dónde meteremos a los detenidos?

—Hay un calabozo —dijo Pavlic— en la prefectura que está cerca de las legaciones extranjeras, en Milosha Velikog. Desalojarán a sus detenidos... para dejar

sitio a los nuestros.

—Amontónelos —propuso Vlatko—. ¿A quién le importa?

—Esas personas podrían ser necesarias más adelante —advirtió Zannis—. Las queremos fuera de la circulación un día y medio. Que sea para ellas una anécdota, no una pesadilla. Las meteríamos en un balneario si pudiéramos.

Vlatko se lo quedó mirando.

—Son ustedes muy amables en Salónica.

—Mientras eso funciona, lo somos. Si no funciona, lo hacemos de la otra manera.

—¿De veras? Creo que aquí pensamos de modo diferente.

Un grupo de hombres entró en el bar riéndose, y pidieron *slivovitz*. Llevaban — como explicó Pavlic en voz baja— el gorro negro de piel de los *chetniks*, el antiguo movimiento serbio de resistencia, con la insignia de la calavera y las tibias cruzadas en el delantero.

—Han venido de las aldeas —dijo Pavlic—. Se están concentrando.

De nuevo en su habitación, Zannis estaba inquieto. La calle, bajo su ventana, permanecía desierta y la ciudad tranquila. No. Más bien silenciosa, y en cierto sentido siniestra. Pensaba en miles de conversaciones en habitaciones a oscuras. No podían oírse, pero sí sentirse, por la energía y la ira que desprendían. Y eso lo encontraba emocionante, a pesar de toda su experiencia e intuición.

A las siete de la mañana siguiente, sonó el teléfono de la habitación. Ningún nombre, ninguna felicitación, solo una voz de británico de clase alta, tajante.

—¿Tiene todo lo que necesita?

—Sí.

—Mañana es el día. Sé que lo hará lo mejor posible.

—Cuenta con ello —replicó Zannis, esperando que su inglés fuera adecuado.

—Ese es el espíritu.

No hubo manera de que pudiera volver a dormirse. Se vistió, metió la Walther en la funda y bajó a tomar un café. Cuando regresó, alguien había deslizado un sobre bajo la puerta: un número de teléfono local y unas pocas palabras explicándole la forma de establecer contacto, utilizando a lo largo del día siguiente teléfonos de cabinas o de bares. Pavlic lo recogería a las diez y recorrerían en coche la ciudad. Hasta entonces no sabía qué hacer, de modo que se sentó en una silla.

En la calle, los habitantes de la ciudad empezaban el día rompiendo cristales. Como los de las grandes ventanas, que acababan haciéndose añicos contra el pavimento. Acompañaba un canto: *Bolje rat, nego pakt!* Zannis podía entenderlo: ¡*Antes guerra que pacto!* Más cristales rotos. Desde su habitación no podía ver nada, pero camino del vestíbulo encontró una ventana al final del pasillo. Abajo, en la calle, unos estudiantes cantaban y rompían escaparates. Los conductores de los coches que pasaban le daban al claxon, gesticulaban y se unían al coro de los estudiantes: «*Bolje*

*rat, nego pakt!*». Uno de los conductores se paró para romper un ejemplar de *Politika* y arrojarlo a la alcantarilla.

A las nueve cincuenta, el coche de Pavlic se detuvo junto al bordillo frente al Majestic. Vlatko ocupaba el asiento del pasajero, de modo que Zannis montó en el posterior, donde, a su lado, descubrió una escopeta con el cañón y la culata recortados unos centímetros. Mientras Pavlic arrancaba, pasó corriendo un grupo de estudiantes, agitando una bandera serbia.

—Se prepara una buena, ¿eh? —comentó Pavlic.

Aquella mañana Vlatko llevaba un sombrero con el ala echada sobre los ojos. A Zannis le recordó a un gángster de película. Se volvió a medias, apoyó el codo en lo alto del respaldo del asiento y dijo:

—Han salido a las calles en las poblaciones de toda Serbia y Montenegro, e incluso en Bosnia. Hemos recibido llamadas de las comisarías locales.

—¿Y tratan de contener las manifestaciones?

Vlatko esbozó una sonrisa lobuna.

—¿Bromea?

—Circulan rumores por todas partes —informó Pavlic—. Hermann Goring asesinado, motines de unidades militares búlgaras e incluso un fantasma: un héroe serbio del pasado se apareció en la fortaleza de Kalemegdan.

—¡Es verdad! —exclamó Vlatko.

—Bien, yo les diré lo que es verdad —prosiguió Pavlic—. Al menos lo que creo que lo es. El príncipe Pedro, de diecisiete años, primo del príncipe Pablo, ha regresado del exilio. Lo cual significa que será coronado rey y que la regencia se ha acabado, que es lo que los monárquicos vienen deseando desde hace años, y no solo ellos.

A Zannis le gustó especialmente lo del fantasma. Quienquiera que se dedicara a propagar los rumores sabía lo que estaba haciendo. Diez minutos más tarde, Vlatko dijo en tono indignado:

—Miren eso, hagan el favor. Nunca se había visto en Belgrado.

Se refería a dos oficiales SS, con sus uniformes negros, que se aproximaban por el centro de la acera. Mientras Zannis observaba, dos hombres que iban en dirección contraria tuvieron que apartarse porque ellos no se desviaban por nadie. Pavlic retiró el pie del acelerador y el coche perdió velocidad al tiempo que sus ocupantes se quedaban mirando a los SS, que decidieron ignorarlos.

El recorrido se prolongó una hora, que dedicaron a localizar las direcciones de los incluidos en su parte de la lista. Dos de los hombres vivían en el mismo edificio, otros dos tenían palacetes en el distrito de los ricos, al norte de la ciudad, junto al Danubio, que en Serbia llamaban Duna. Camino de la prefectura donde se hallaba el calabozo, recorrieron la avenida donde estaban las legaciones extranjeras. Las legaciones italiana, búlgara y húngara, en honor del pacto recién firmado, tenían izada la bandera de la esvástica.

—¿Les parece lo mismo que me parece a mí?

—Sí —afirmó Zannis.

Vlatko miró por la ventanilla.

—Esperad a mañana, cabrones.

Cuando se aproximaban a la prefectura, Zannis dijo:

—Si el príncipe Pedro se convierte en rey, ¿quién estará al frente del gobierno?

—El que sea —replicó Vlatko—. Aunque mejor que sea un militar.

Zannis, contra toda esperanza, aventuró:

—¿No creen que Hitler aceptaría un nuevo gobierno? ¿Un gobierno neutral?

Vlatko negó con la cabeza y comentó, dirigiéndose a Pavlic:

—Todo un soñador tu amigo de Salónica.

En la prefectura, los detectives habían estado escuchando la radio y comunicaron las noticias a Vlatko y a Pavlic.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó Zannis.

—Lo que no ha ocurrido es lo que nos inquieta —le aclaró Pavlic—. Estaba previsto que Cvetkovic pronunciara un discurso a las diez, pero ha sido aplazado hasta las doce. Y ahora se ha vuelto a aplazar. Hasta las seis de la tarde.

—Y entonces será cancelado —pronosticó Vlatko.

—¿Por qué creen eso? —preguntó Zannis.

—Lo sé. Mi instinto de serbio sabe que será cancelado.

Y a las seis de aquella tarde fue cancelado.

19:22. Una noche cálida y ventosa, la primavera estaba en el aire. Pavlic se detuvo frente a un palacete. Las luces permanecían encendidas y un reluciente sedán Vauxhall estaba aparcado en la calle.

—Están en casa —dijo Pavlic.

—No necesita eso, ¿verdad? —preguntó Zannis, señalando la escopeta con un movimiento de cabeza.

—No, déjela. No va a ser necesaria.

No se veía ningún timbre, de modo que Vlatko golpeó la puerta. Esperaron pero nadie apareció, golpeó otra vez. Nada. Ahora la golpeó con fuerza, y veinte segundos más tarde se abrió de par en par.

Para descubrir a uno de los hombres más altos que Zannis había visto nunca. Los sobrepasaba en estatura a ellos, y era ancho y grueso; un hombre apuesto de pelo rubio que se había vuelto gris, y con mirada asesina. Vestía un batín de seda sobre el pijama —quizá puesto precipitadamente, pues la mitad del cuello estaba vuelto hacia dentro— y su rostro sonrojado había palidecido. Mientras bajaba la mirada hacia ellos, una voz de mujer, una voz muy airada, chilló desde el piso de arriba. El gigante la ignoró y preguntó:

—¿Quién demonios son ustedes?

—¿El general Kabyla? —dijo Pavlic.

—Sí. ¿Y qué?

De nuevo la voz desde el piso alto. Kabyla gritó algo y la voz calló.

—Tenemos órdenes de conducirlo a prefectura —informó Pavlic.

Zannis no lo entendía todo, pero siguió el diálogo lo mejor que pudo.

—¿De quién?

—Órdenes.

—A la mierda. Estoy ocupado.

Vlatko sacó una automática y la sujetó contra su costado.

—Vuélvase —dijo, al tiempo que se sacaba del bolsillo de la chaqueta un par de esposas.

—¿Estoy arrestado? ¿Yo?

—Lámelo como quiera —replicó Pavlic, que había perdido la paciencia.

Mientras se volvía y extendía las manos, el general dijo:

—Espero que sepan lo que están haciendo.

Como respuesta, Vlatko cerró las esposas de un manotazo y agarró al general por el codo. El militar gritó por encima del hombro, para que su voz llegara al piso de arriba:

—Quédate dónde estás, gatita. Volveré dentro de veinte minutos.

En la prefectura había ya tres hombres tras los barrotes. Dos de ellos, desconsolados, estaban desplomados en un banco sujeto a la pared con cadenas. Un tercero vestía de una manera más formal: camisa blanca, pajarita negra, faja de etiqueta y pantalones con tirantes, pero sin chaqueta. Era un hombre de aspecto rígido, firme, con bigote recortado, y dejó de pasear por el calabozo cuando un policía recorrió la puerta de barrotes. Mientras Vlatko soltaba las esposas al general, el hombre de etiqueta recorrió los pocos pasos que lo separaban de él y dijo:

—Averiguaremos quién es usted, ¿sabe?, y le ajustaremos las cuentas.

Vlatko empujó al general al calabozo y luego dio un paso hacia el tipo que lo había amenazado, pero Pavlic lo sujetó por el brazo.

—Olvídalo.

El hombre de etiqueta les lanzó una mirada fulminante.

—Puede apostar a que yo no lo olvidaré.

—Diga una palabra más y lo tiraremos al jodido río —dijo Vlatko.

El hombre se volvió y se alejó, reuniéndose con los otros dos en el banco.

A las diez y media se encontraban en el bar del Majestic, tras haber reunido a los otros tres hombres de su lista y haberlos metido en la parte de atrás del coche, donde uno tuvo que sentarse en las rodillas de otro para dejar sitio a Zannis. Cuando el hombre se quejó, ofendido en su dignidad, Vlatko le ofreció meterlo en el maletero. Se calló. De camino a la prefectura, el sobrecargado automóvil se arrastró por

Milosha Velikog, donde Pavlic tuvo que detenerse dos veces, haciendo rechinar los neumáticos, cuando unos coches blindados salieron rugiendo de las calles laterales y les cortaron el paso.

En las horas siguientes, hasta muy pasada la medianoche, los detectives se presentaron en el bar para informar sobre su trabajo, mientras Zannis y Pavlic ponían señales en la lista principal. Alrededor de la una de la madrugada la tarea había finalizado: tenían a veintidós de los veintisiete hombres en el calabozo de la prefectura. Dos de los sujetos que figuraban en la lista no existían, según los detectives: ni rastro de sus nombres en los archivos policiales ni municipales. Un tercero huyó por la puerta trasera y «sencillamente desapareció; está escondido en algún lugar, nos dedicamos a cazarlo durante una hora y no pudimos encontrarlo». Un cuarto hombre llevaba dos años en Viena, según una mujer que ahora ocupaba la vivienda, y un registro reveló que no había ninguna prenda de hombre. El último no estaba en casa. Los detectives irrumpieron en su piso y lo buscaron, pero no estaba. Los vecinos se encogieron de hombros: no sabían nada. Uno de los detectives se quedó por si regresaba, y allí permanecería hasta la mañana.

Hubo, por supuesto, algunos problemas. Uno de los sujetos fue a coger una pistola de un cajón del escritorio y fue golpeado hasta dejarlo sin sentido. Se ofrecieron varios sobornos, y hubo discusiones y amenazas. A uno de los detectives le mordió un perro, a otro le escupieron en la cara.

—Su mujer —explicó el detective—, así que la detuvimos, y ahora está encerrada con los demás.

En dos ocasiones a Pavlic se le preguntó:

—¿Qué será de esa gente?

—De acuerdo con el plan, deben quedar libres al cabo de un día, más o menos —contestaba Pavlic, y dejaba zanjada la cuestión.

Muchos de los detectives se quedaron en el bar. Aquella era una noche importante en la historia nacional, y ellos querían saborear su papel en ella. Zannis los animó a comer y beber lo que quisieran —de la cocina del hotel salieron pollos asados y el *slivovitz* corrió con liberalidad—, pues el dinero facilitado para la operación cubriría fácilmente la cuenta. A las dos de la madrugada, mientras la celebración estaba en su apogeo, Zannis utilizó el teléfono del bar y marcó el número que le habían dado. Una voz femenina respondió al primer timbrado.

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

Su voz tenía acento extranjero, pero Zannis no pudo precisar su nacionalidad.

—Soy Zannis. Tenemos a veintidós de los veintisiete. Encerrados en la prefectura.

—Los nombres, por favor.

Zannis fue leyendo la lista.

—Espere —le interrumpió su interlocutora—. ¿Dice que Szemmer no existe?

—No hay constancia. ¿Es serbio?

A Zannis le había extrañado el nombre.

—Esloveno. Y sí existe. Es muy peligroso.

—No han podido encontrarlo. Si sabe usted dónde buscar, iré yo mismo.

—No. Capitán Franko Szemmer... es todo lo que sabemos.

—Quizá tenga un despacho.

—¿Dónde está usted?

—En el bar del Hotel Majestic.

—Si puedo encontrar algo, me pondré en contacto con usted.

Después de la llamada telefónica, Zannis decidió salir un rato, fumar, mirar las estrellas y tratar de calmarse. La puerta principal estaba cerrada, pero el pomo giró con facilidad y Zannis salió a la acera.

Media manzana más allá, cruzando la calle, alguien más tuvo la misma idea en aquella tensa noche en Belgrado, y Zannis veía la punta roja de su cigarrillo. Había una diferencia entre Zannis y su compañero escrutador de estrellas: este último estaba sentado en la torreta de un carro de combate, con su largo cañón apuntando hacia Knez Mihailova.

Zannis terminó su cigarrillo y regresó al bar.

—Una mala noticia. Hay un tanque ahí fuera.

Pavlic profirió un juramento, un detective próximo los oyó y preguntó si algo había ido mal. Pavlic le respondió:

—Podría ser que Cvetkovic hubiera llamado al Ejército.

La noticia se difundió con gran rapidez.

—Si eso es verdad —dijo uno de los detectives—, ¡la que se nos viene encima!

Se levantó, salió para verlo por sí mismo, y volvió con un aspecto más que preocupado. Habló muy deprisa, y Pavlic le tradujo a Zannis:

—Creo que sería mejor irse por la puerta de atrás.

Al tiempo que la mayoría de los detectives se marchaba, un potente motor pasó rugiendo frente al hotel, el suelo tembló. Zannis fue hasta la puerta y anunció:

—Otro. Ahora tienen la calle bloqueada.

Vlatko se levantó, acabó su bebida y dijo:

—Voy a averiguar qué pasa.

Unos minutos después estaba de vuelta.

—Se han negado a hablar conmigo. Se han limitado a advertirme que no hiciera preguntas.

Zannis marcó el número de teléfono. Cuando la mujer contestó, le informó:

—Hay tanques aquí, bloqueando Knez Mihailova. —Voy a descubrir qué pasa —respondió la mujer, que tomó el número de teléfono y colgó.

En el vestíbulo del hotel, junto a los mullidos asientos y a las macetas con ficus, sobre una mesa, había una voluminosa radio Philco. Pavlic la conectó y buscó una

emisora, pero todo lo que encontró fue un suave zumbido.

Zannis permaneció sin acostarse hasta las cuatro y cuarto, esperando una llamada, pero el teléfono no sonó. «Al diablo con él», pensó, y decidió irse a la cama. El fiel Vlatko, el último de los detectives que quedaba en el bar, le dio las buenas noches y se dirigió hacia una puerta de la cocina que daba a un callejón trasero.

26 de marzo, 7:30. Zannis se descalzó, dejó las gafas y la Walther en la mesita de noche, y se adormiló. El rugido de los motores y las vibraciones causadas por el paso de los carros de combate lo despertaban una y otra vez, y finalmente desistió de seguir en la cama. No desertaría de su puesto, pero si se había recurrido al Ejército, aquello era el fin del golpe de Estado, y él debería escabullirse como pudiera y regresar a Salónica. Alguien no tardaría en descubrir a los leales a Cvetkovic en la prefectura, y en tal caso no le cabía la menor duda de que reclutarían a sus propios sicarios e irían en su busca. O sea, que nada de trenes. Quizá podría robar un coche. Al menos le propondría la idea a Pavlic, cuyo problema se presentaba muchísimo peor que el suyo. Era muy probable que tuviera que abandonar el país. *Skata!* Bien, lo habían intentado, y ahora deberían correr juntos. ¿Adónde ir? Grecia estaba más cerca por el este, hacia Bulgaria, que por el sur, pero recordaba bien la bandera con la esvástica izada en la legación búlgara. ¿Los ayudaría Lazareff? Quizá. Quizá no. Quizá, aunque quisiera, no podría.

Echó a andar por el pasillo y llamó a la puerta de Pavlic. Este contestó enseguida. Iba en ropa interior y llevaba pegada al costado su Walther PPK.

—Oh, es usted. Bien, pues buenos días. ¿Alguna noticia?

—No. Tenemos que largarnos. Me temo, Marko, que...

Había empezado a excusarse, pero Pavlic lo interrumpió con un gesto.

—No se preocupe. Yo sabía en lo que me estaba metiendo. Al menos tratemos de averiguar qué pasa antes de marcharnos.

Esperó a que Pavlic se afeitara, también él lo hacía en los momentos difíciles. Si uno se va a enfrentar al peligro, incluso a la muerte, mejor ir afeitado. Una vez que Pavlic estuvo vestido, bajaron juntos y encontraron el vestíbulo desierto, sin huéspedes ni conserje, y envuelto en un silencio inquietante. Pavlic descorrió el cerrojo de la puerta del hotel y dieron una vuelta por la calle. Las dotaciones de los carros estaban sentadas en sus máquinas, a la espera de órdenes, contentas de relajarse mientras tuvieran oportunidad.

Pavlic habló con los soldados en serbocroata demasiado rápido para que Zannis lo siguiera. Qué hijo de puta más valiente, les estaba sonsacando. Finalmente el sargento al mando se cansó de él, se alejó con paso tranquilo y regresó con un oficial. Ahora el tono de Pavlic cambió: serio y franco, como si dijera: «Vamos, somos compatriotas, no podéis tenerme a oscuras». Pero no hubo suerte. El oficial habló brevemente, luego se fue, de nuevo hacia una barricada hecha de sacos terreros dispuestos a lo



ancho de la calle. Por un hueco que dejaba espacio para pasar, sobresalía el cañón de una ametralladora.

—Bien, ¿qué le han dicho?

El rostro de Pavlic estaba radiante. Tenía la sonrisa de un gato que no solo se ha comido el canario, sino que además se ha bebido una jarra de leche. Así que había sacado algo, pero Pavlic no estaba dispuesto a dar detalles.

—No ha dicho gran cosa, solo que todo se aclarará a lo largo del día.

Zannis estaba desconcertado. Un detalle concreto había despertado su curiosidad.

—Dígame, ¿por qué el oficial vestía uniforme azul?

Pavlic volvió la cabeza en dirección al hotel y, al tiempo que echaban a andar, pasó un brazo por los hombros de Zannis.

—Llevaba uniforme azul, amigo mío, porque es de Aviación.

Tal como se le había dicho, Zannis se marchó en cuanto pudo: tomó el primer tren, que salía a mediodía. Pero avanzaba despacio: frenado por un rebaño de ovejas que cruzaba la vía, detenido por recalentamiento después de coronar un largo desnivel, yendo a paso de tortuga a causa de una repentina tormenta de nieve, parado sin razón aparente en un pueblo junto al río Morava, en algún lugar al norte de Nis cuyo nombre no figuraba en el horario. Era culpa del maquinista, dijo alguien: había parado el tren para hacer una visita a su novia. Avanzada la noche, Zannis llegó a Nis, donde el tren que debía tomar hacia el sur hacía rato que había partido.

A las dos y media de la tarde del 27 de marzo se ponía de nuevo en camino, en dirección a Skopje. En su tren descubrió —embutido en un marco de la ventanilla para cubrir un cristal roto— un periódico griego de aquella misma mañana. ¡Un nuevo gobierno en Yugoslavia! Un golpe encabezado por el general Simovich y las fuerzas aéreas, con el apoyo de la brigada acorazada. Puesto que era un periódico griego la redacción era muy vehemente: las gentes de esta orgullosa nación balcánica se manifestaban «desafiantes», habían «desafiado a los nazis» y continuarían «desafiándolos». El periodista no escatimaba esa palabra. «A Hitler se le niega una victoria», «furia en Berlín», «una derrota del fascismo», «valentía» yugoslava, «decisión», y aquí volvía a repetirse «desafío».

En primera plana, una fotografía en grano grueso: una calle atestada de yugoslavos desfilando, con las bocas abiertas, cantando, algunos con banderas y banderolas, otros con fotografías del príncipe Pedro descolgadas de las paredes y de las repisas de las chimeneas. El discurso radiado del príncipe la tarde del 26 aparecía extractado en la página dos:

¡Serbios, croatas y eslovenos! En este momento tan grave para nuestro pueblo, he decidido tomar el poder regio en mis manos... Los regentes han dimitido... He encargado al general Simovich la formación de un nuevo gobierno... El Ejército y la Armada están a mis órdenes...

El artículo del periódico contenía declaraciones de apoyo de políticos norteamericanos y británicos. Los estadounidenses eran apasionados y rotundos, mientras que los ingleses, según su costumbre, se mostraban más bien reservados.

El mismo día, en Berlín, los periódicos escribían sobre los «criminales y oportunistas» yugoslavos, y clamaban que la minoría étnica alemana del norte de Serbia y de la región del Banato había sido atacada por bandidos serbios: quemaban casas, saqueaban tiendas y violaban a mujeres. Esto venían a ser carteles indicadores. Semejantes falsedades se habían convertido ahora en una especie de código de conducta: utilizado primero en Polonia y luego en Checoslovaquia como pretextos para la invasión. Así que el destino de Yugoslavia ya se estaba decidiendo aquella mañana, y se anunciaba abiertamente para que todos se enterasen.

Una de las personas que se enteró fue Emilia Krebs. Solo había echado un vistazo al periódico, pues estaba ocupada con la partida de otra amiga que había atraído la atención de la Gestapo. Se trataba de una mujer alta, de pelo gris, de ascendencia polaca, eminente etnóloga y profesora universitaria. «¿Sabes? Estudió con Ostrova. Fuimos a una conferencia de Ostrova». Pero ahora había dejado de ser una eminencia, y su situación se había vuelto peligrosa. Así, a las ocho y media Emilia Krebs sirvió panecillos y café, entregó a Ostrova un juego de documentos falsos y le deseó un viaje seguro. Sin duda las noticias de aquella mañana eran inquietantes, y ellas habían hablado al respecto. Sí, habría guerra en los Balcanes, pero todavía no. Quizá, pensaban, al cabo de una semana. «Así que es mejor que me marche hoy», dijo Ostrova, y si a los húngaros les habían obligado a cerrar la frontera, podría cruzar campo través. Las dos mujeres se abrazaron, y una Ostrova decidida salió para tomar el tren a Viena.

Veinte minutos después, Emilia Krebs estaba tomando una segunda taza de café cuando oyó un timbrado.

¿Quién podía llamar a aquellas horas? Probablemente uno de sus compañeros de conspiración, pensó, que tenía miedo, con razón, de confiar en el teléfono.

No obstante, cuando abrió la puerta se halló frente a un hombre que no había visto nunca. De complexión pesada, con pelo cortado a la prusiana, llevaba gafas con montura de acero. Ella pensó que parecía algo así como un profesor de matemáticas de una academia militar. Pero no lo era. Se presentó como «*Herr Albert Hauser*», pero resultó que tampoco era eso, no exactamente. Lo que era lo reveló cuando se sentó en el diván: era el *Hauptsturmführer* Albert Hauser de «la Geheime Staatspolizei», como puntualizó. Un título oficial, la policía secreta del Estado, sencillamente una organización gubernamental más. Pero en Alemania era de uso común la abreviatura de esa denominación, Gestapo.

—Oh, ese nombre se ha convertido en algo tan... —dijo, a la búsqueda de un eufemismo, pero no la halló y optó por terminar—: Usted sabe a qué me refiero, *Frau*

Krebs.

Ella lo sabía.

—He venido porque me preguntaba si usted podría arrojar alguna luz sobre el paradero de cierto matrimonio. *Herr y Frau Gruen*.

Ah, sí, ella los conocía.

—¿Buenos amigos suyos?

—Conocidos.

—Bien, se informó de su desaparición a la policía en diciembre pasado, pero los investigadores no han hecho progresos, así que se ha convertido en mí... preocupación.

No había dicho «caso», pensó ella. «Preocupación». Aquel policía parecía una persona muy amable. Quizá una podría, humm, mostrarse comunicativa con él.

Y un cuerno.

Las manos de Emilia descansaban modestamente recogidas en su regazo, porque no quería que Hauser viera que le temblaban.

—Desgraciadamente, debo considerar la posibilidad de que hayan sido asesinados. No se los ha visto desde entonces, y no hay constancia de que hayan... emigrado.

«Huyeron para salvar la vida, sucio nazi». No, ella no había oído decir que hubieran emigrado, pero pudieron haberlo hecho. ¿Podía tratarse de un error en los archivos?

—¿En nuestros archivos, *Frau Krebs*?

—Sí, *Hauptsturmführer*. En los suyos.

—Lo dudo.

Muy bien, en tal caso era poco lo que ella podía añadir.

—Por favor, *Frau Krebs*, no malinterprete la naturaleza de esta investigación. Ambos sabemos que los Gruen eran... de fe judía. Pero, aun así, nuestros órganos de seguridad son responsables de la protección de todos los ciudadanos alemanes, diga lo que diga la gente.

«Lo que dice la gente es que sois unos asesinos de judíos y que os achicharraréis en el infierno por toda la eternidad. ¿A eso te refieres?». —Sí, estoy enterada de lo que dice la gente, *Herr Hauptsturmführer*. Alguna gente.

—¿Y qué podemos hacer, *meine Frau*?

«Pobre diablo». Aquello continuó, pero no por mucho tiempo, y exteriormente Hauser no mostró en ningún momento la menor fisura: lo cierto era que mostraba una cortesía extrema. Pero él se encontraba allí, en la sala de estar de Emilia, y la taza de café de la fugitiva Ostrova descansaba en el mármol de la cocina. No se había presentado de uniforme, con otros tres oficiales, no había dado puntapiés en la puerta, no la había abofeteado. Pero allí estaba. Y cuando se disponía a marcharse, las manos de Emilia temblaban hasta el punto de que tuvo que agarrárselas detrás de la espalda.

—Que tenga un buen día, *Frau Krebs*. Espero no haberla importunado.

Cerró la puerta tras de sí, produciendo un chasquido, y Emilia llamó a un despacho del Estado Mayor General. Hugo estaba en casa veinte minutos más tarde. Fue la peor conversación que habían sostenido. Porque ella debía partir. Obviamente era una sospechosa y se hallaba bajo vigilancia, pero mientras él estuviera donde estaba, ella permanecería segura y podría abandonar Alemania. Si intentaran irse juntos, ambos serían arrestados.

Aquella tarde tomó el tren a Frankfurt. ¿La vigilaban? Imposible saberlo, pero dio por supuesto que sí. En la espléndida casa en la que se había criado, habló con su abuelo y juntos hicieron planes. Si era el momento de que ella se fuera, también lo era para él. Desde el ascenso de Hitler en 1933, él esperó el tipo de catástrofe que siempre, tarde o temprano, el pueblo alemán atraía sobre sí, pero tal cosa no había sucedido. Al contrario, un triunfo seguía a otro triunfo. Pero había llegado el momento de abandonar aquella insensatez y, como expresó el abuelo de Emilia: «Dejar a esa gente con su locura». A la mañana siguiente, con una simple llamada telefónica, obtuvo los visados de salida para unas vacaciones de una semana en Basilea. No tuvo que acudir a ningún despacho; le bastó mandar a un empleado por los documentos.

—El ayudante del general me pidió que le expresara los mejores deseos de su superior para una estancia placentera en Suiza —dijo el empleado, mientras entregaba a Adler un sobre de papel manila.

No cabía esperar menos de aquel general, pues Adler había hecho de él un general muy rico.

De Frankfurt a la frontera suiza había un largo recorrido en coche, diez horas, pero Emilia Krebs y su abuelo viajaban cómodos en el lujoso Mercedes. La cocinera, triste porque sospechaba que no volvería a verlos, había preparado un voluminoso paquete de bocadillos, paté y pechugas de pollo, y llenó un gran termo de café. La cocinera sabía lo que ellos sabían: que incluso viajando en un Mercedes con chófer, y presentando un aspecto de personas poderosas, era mejor no pararse. A lo largo del itinerario había nazis al acecho, y cuando bebían, lo que sucedía a menudo, tendían a olvidar sus buenas maneras. El chófer conducía a velocidad regular en medio de aquel marzo ventoso. Emilia Krebs y su abuelo veían pasar los pueblos, y aunque el cristal que los separaba del conductor les aseguraba la intimidad, se limitaban a conversar solo de vez en cuando.

—¿A cuántos salvaste, Emmi? —preguntó el anciano Adler.

—Creo que a cuarenta. Perdimos a un hombre, que fue detenido en la frontera húngara, nunca supimos por qué, y a dos hermanas, las Rosenblum, que simplemente desaparecieron. Eran bibliotecarias, mayores. Solo Dios sabe qué ha sido de ellas.

Pero eso fue al principio, más adelante nos organizamos mejor.

—Estoy orgulloso de ti, Emmi, ¿sabes? ¡Cuarenta personas!

—Hicimos lo que pudimos.

Luego, durante un rato, no hablaron, perdidos en sus propios pensamientos. Emilia no lloraba; la mayor parte del tiempo no lo hizo, se contuvo, y sostenía un pañuelo en la mano en previsión de un ocasional desfallecimiento. Su abuelo, a su modo, también estaba desolado. Setecientos años de historia familiar en Alemania se esfumaban. Minutos más tarde, finalmente, dijo:

—Era lo único honorable que se podía hacer.

Ella asintió, agradeciéndole sus amables palabras. «Pero pagamos un precio por el honor», pensó.

Ella lo estaba pagando, y lo mismo su marido, su padre y, de hecho, también pagarían los yugoslavos y los griegos. «Vaya precio más cruel». ¿Fue siempre así? Quizá era algo que ella no podía controlar, pero la vida se había oscurecido por alguna razón. A veces sucedía. Quizá eso era lo que la gente quería expresar con la frase «el mundo se está haciendo pedazos». Pero las más de las veces una no podía preguntar qué pretendían decir, porque las más de las veces lo decían solo para sus adentros.

Horas más tarde llegaron a la frontera suiza. El aduanero alemán miró su documentación, se llevó dos dedos a la visera de la gorra y les indicó que pasaran. El aduanero suizo, mientras apartaba la barrera, se inclinó a su lado e hizo más o menos lo mismo. Y así, unos minutos más tarde, llegaron a Basilea.

*29 de marzo.* Había poco que hacer en el despacho. Ahora solo estaban Sibylla y Zannis. La mesa de Saltiel permanecía desnuda, sin sus fotografías. El teléfono sonaba de vez en cuando. La policía de Salónica continuaba trabajando mientras esperaban. Zannis leía el periódico hasta que ya no podía soportarlo, y luego lo arrojaba a la papelera. Unidades militares alemanas se desplazaban al sur, los diplomáticos decían esto y aquello. Solo era cuestión de tiempo.

—¿Qué hará usted, Sibylla, cuando cerremos el despacho? ¿Necesita ayuda? ¿Algo?

—Yo ya he hecho mis arreglos, jefe.

—Ah, ¿sí?

—Tengo un empleo como contable en el hotel donde trabaja mi marido. Los dueños son buena gente.

—¿Y si los alemanes la interrogan?

—Quizá lo hagan o quizá no, pero si lo hacen yo no sé nada, yo solo era una secretaria. Y existe la posibilidad de que nunca se enteren de que estuve aquí. Los dueños del hotel alargarían mi antigüedad en el puesto de trabajo si se lo pidiera.

—¿Haría eso?

—Quizá. No lo he decidido. —Al cabo de un momento dijo—: No sé lo que tiene usted en mente, pero sea lo que sea, si necesita que alguien lo ayude, no tiene más que pedirlo.

—Gracias, Sibylla.

Zannis aguantó todo el día, y a las seis fue a ver a su familia. Temía este trance, y se encontró con lo que sabía que se iba a encontrar: el caos de la partida. Las maletas abiertas, montones de ropa que no iban a caber, una olla ennegrecida sobre la mesa, esperando un milagro. En medio de todo aquello, su madre estaba asando un cordero.

—Tenemos muchas cosas que llevarnos.

—¿Por qué no las dejáis aquí?

—Las robarán.

—Oh, no lo sabes.

La madre no contestó.

—El *Naxos* zarpa a la una y media —dijo Zannis—. Iremos una hora antes.

—Bien, aún tenemos equipaje por hacer. La ropa de cama...

Zannis encontró *retsina* y se sirvió una generosa cantidad.

—Ponme otra para mí, Constantino —pidió la abuela, mirando un cazo, que luego apartó.

A la mañana siguiente telefoneó a Sibylla y le dijo que llegaría tarde al despacho, quizá a las dos. Luego fue al mercado central, con *Melissa* a su lado, para las compras que le costaba afrontar, pero que debía hacer. Después de revolver los artículos en varios puestos, compró una bolsa de color caqui, con una correa para llevarla en bandolera, pensada tal vez para municiones y procedente de alguno de los ejércitos que a lo largo de la Historia habían conquistado la ciudad. De regreso en casa fue a la cocina, lavó los cuencos para la comida y el agua de *Melissa*, los envolvió en hojas de periódico, los introdujo en la bolsa y añadió la correa. Podría tener que llevarla. Luego pasó a la otra habitación, pero *Melissa* no estaba allí.

La puerta del piso había quedado abierta. Solo echaba el cerrojo por las noches, el pestillo hacía años que no se utilizaba, y *Melissa* podía haber abierto de un cabezazo. «Oh, no». Aun sabiendo que la esperanza era vana, miró bajo la cama. Ni rastro. «¿*Melissa*? ¡*Melissa*!». Ella lo sabía. Extraño animal, que sabía lo que significaba que sus únicas posesiones las metieran en una bolsa de color caqui.

Zannis bajó a toda prisa la escalera. Lo había pensado mucho, y no había posibilidad alguna de que se quedara con él. Luchar en las montañas significaba pasar hambre —cosechas quemadas, casas destruidas—, y los animales, ni los más queridos, no sobrevivirían. En el callejón de Santaroza la llamó, una y otra vez, pero no tuvo otra respuesta que el silencio.

Recorrió la ruta diaria de *Melissa* sin encontrar ayuda a lo largo del camino, porque la calle estaba desierta. Llegó hasta la cornisa marítima, y luego retrocedió,

pasó ante la fuente, escrutando cada callejuela y consultando su reloj. A aquellas horas ya debía estar con su familia. ¿Dónde se había metido? Finalmente, pasó por el callejón donde un vecino tenía un gallinero, y allí, al fondo de todo, estaba ella. Tendida sobre el estómago y con la cabeza apoyada en las patas cruzadas, con un aspecto tan triste como nunca había visto en un perro. Se le acercó hasta colocarse a su lado y le acarició la cabeza.

—Lo siento. Tú sabes que te vas, ¿verdad? Bien, buena chica, no hay más remedio. Ahora tienes que cuidar de la familia.

Cuando se puso de pie ella hizo lo mismo, y regresaron al piso, cabizbajos, el uno junto a la otra. Enfrentándose a lo inevitable.

Llegó a la casa del barrio turco a las once y cuarto y apremió a su familia en las últimas y frenéticas etapas de la preparación del equipaje: solo Dios sabía qué habían olvidado. Se aseguró de que su madre pusiera el dinero en lugar seguro: en un sobre cogido con alfileres en el interior del abrigo. Hizo a Ari responsable de la bolsa de viaje de *Melissa*, colocándosela en bandolera. Aseguró la maleta de su abuela con una larga cuerda. Y encontró un taxi.

A las doce y media llegaron al muelle. El *Naxos* ya humeaba. Distribuida al pie de la pasarela, unas doscientas personas. Y ruidosas: niños llorando, gentes discutiendo y jurando o gritándoles a los amigos. Abrió paso a su familia hasta la pasarela. ¡Los billetes! Rebuscó frenéticamente en su ropa hasta que descubrió que los había puesto en un bolsillo más seguro. Llegaron los agentes de aduanas, agobiados, y trataron de poner en fila aquella masa humana que arrastraba baúles, maletas y bolsas. Pero estaba claro que aquello no iba a funcionar. De repente, fuego de artillería. El estampido rítmico de un cañón Bofors. En medio de chillidos, con gente que se tiraba al suelo, Zannis oteó el horizonte. Muy arriba, las humaredas de los proyectiles al explotar, y un avión pequeño, quizá un avión alemán de reconocimiento. Era evidente que algún servidor de la batería antiaérea, en la bahía, había identificado el distintivo con sus prismáticos y había dado orden de abrir fuego. Sin la menor oportunidad de acertar a semejante altitud. El avión se limitó a sobrevolar en círculo la ciudad y luego enfiló hacia el mar y desapareció en la calima. De la multitud se elevaron no pocas aclamaciones. Un anciano que se encontraba junto a Zannis dijo: —¿Dónde están nuestros aviones? El fuego de artillería había afectado mucho a los pasajeros que se encontraban en el muelle. La que fuera una muchedumbre incontrolada, formaba ahora espontáneamente una larga fila que iba a parar a una mesa de madera y a dos aduaneros sentados en sillas plegables. Cuando le llegó el turno a la familia Zannis, él abrazó y besó a todos, se arrodilló para abrazar a *Melissa*, que ahora, milagrosamente, llevaba su correa, y quitándose las gafas para secarse los ojos, observó que sus formas borrosas le hacían gestos de despedida mientras subían por la pasarela.

En el despacho lo esperaba un telegrama remitido desde Basilea.

TUVE QUE IRME STOP NEGOCIO CERRADO STOP QUE DIOS LO PROTEJA STOP FIRMADO  
AMIGA DE BERLÍN.

—Al menos está a salvo —dijo Sibylla—. Y la operación no podía continuar indefinidamente.

—No, creo que no podía. Quizá otra persona se haya hecho cargo, pero con la guerra inminente en Yugoslavia no durará mucho.

—Ella hizo lo que pudo.

—Sí, lo hizo.

Luego acudió al Banco de Comercio y Depósitos, en la calle Victoros Hougo. Había pagado los billetes del barco para su familia con su propio dinero, pero no pensaba renunciar al fondo secreto, pues el dinero era esencial para la resistencia. Pero él no era la única persona de la ciudad que aquella tarde retiraba cantidades de los bancos. Delante de él guardaban cola catorce personas, todas las cuales esperaban al empleado que se encargaba de las «cuentas especiales».

El hombre no tenía buen aspecto. A Zannis le pareció pálido y ansioso.

—Lo siento, señor, pero no hay dólares. No hay más. Quizá mañana tengamos algunos, pero yo en su lugar no esperaría.

—¿Nada de moneda británica? ¿Soberanos de oro?

El hombre cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No, señor. No desde hace semanas. El oro está muy buscado ahora.

—¿Qué le queda?

—Dracmas, por supuesto. Pesetas españolas y francos suizos.

—Francos suizos.

El empleado, tras comprobar la ficha de la cuenta, se dirigió a la cámara acorazada y regresó con un cajón metálico que contenía fajos de francos suizos, con un clip en la esquina de cada fajo de cien.

—¿Lleva un portafolios, señor?

Zannis lo mostró y, recordando al rey francés que había conocido en París, deslizó los fajos en el portafolios.

Cuando regresó al despacho, encontró un mensaje en el que se le pedía que telefonara a un detective del Distrito Segundo.

—Costa Zannis. ¿Me ha telefoneado usted?

—Alguien ha arrojado un ladrillo a la ventana de la legación alemana. ¿Es eso competencia de su oficina?

—¿Ha hablado con ellos?

—Sí. Fui allí y redacté un informe. El cónsul estaba furioso.



—Ya, ya.

—Oh, sí. Estaba rojo como un tomate y echaba chispas.

Zannis se echó a reír.

—La primera buena noticia del día.

—Entiendo que eso significa que usted no se hace cargo.

—Bueno, es que no puedo ayudarlo.

—Tenía que haberlo visto. Fue maravilloso.

Zannis tuvo que regresar al callejón de Santaroza. No tenía otro sitio adonde ir. La primavera se dejaba sentir pesadamente en el aire aquella tarde, y las dos ancianas habían sacado afuera las sillas y cotilleaban a la puesta del sol. Como siempre, se alegraron de verlo. Una de ellas dijo:

—A propósito, el teléfono ha estado sonando casi toda la tarde.

—Ah, ¿sí?

—Parece que alguien tenía mucho interés en hablar con usted.

Zannis echó a correr escaleras arriba. El piso estaba muy silencioso sin *Melissa*. Se sentó en el borde de la cama y esperó, pero el teléfono solo sonó cuarenta minutos después.

—¿Sí, dígame?

—¡Por fin! Soy yo, Costa.

La voz fuerte y dulce de Demetria.

—¿Dónde estás?

La conexión era sospechosamente clara.

—No estoy lejos. En Salónica.

—¿Has vuelto a casa?

—No, eso se acabó. —Hizo una pausa y continuó—: Estoy en el Lux Palace, en la 601, la suite del último piso.

—Voy ahora mismo.

Resultó ser la misma suite donde conoció a Emilia Krebs. Cuando Demetria abrió la puerta, se miraron largo rato. «Bien, ya ha sucedido; espero que te lo tomes en serio». Zannis mantuvo las manos en los hombros de Demetria, con el propósito de dirigirle una larga mirada a ella, su premio. Vestía la misma blusa de seda, de color bronce, y llevaba la misma gargantilla de perlas que la primera vez que la vio, en el asiento posterior del Rolls-Royce. Finalmente, le levantó el rostro y se tocó los labios cuando ella sonrió.

—Bueno —dijo Demetria—, quizá deberías entrar.

Hizo una seña hacia el sofá, se sentó en el otro extremo y luego se le acercó más. Durante un rato no hablaron. Su alianza quedó sellada en medio de un ambiente creado por los sonidos que llegaban por la ventana abierta: gaviotas, cláxones, voces en la calle. Finalmente, Zannis dijo:

—¿Ha ido muy mal la cosa?

—Bastante mal. Voy a llamar para que nos traigan algo de beber. ¿Qué quieres?

—¿Vino francés? ¿Champán?

Mientras iba hacia el teléfono la miró caminar. No exageraba sus movimientos, pero sabía que él la seguía con los ojos. Después de encargar champán, regresó al sofá.

—Podría haberlo pedido mientras tú venías de camino, pero no sabía si ibas a querer a un camarero del servicio de habitaciones... llamando a la puerta... sin esperarlo.

—Tenemos tiempo. Todo un lujo.

Lo miró a los ojos, emocionada por estar con él, enamorada, y apoyó una mano en la suya. Pero no respondió a lo que él había dicho. No quedaba mucho tiempo, pero no tuvo el coraje de decirlo.

—Sí, un lujo.

La mirada de Zannis recayó en una maleta abierta depositada en un carrito portaequipajes.

—¿Eso es todo lo que te has llevado?

—Oh, no, hay más equipaje en la habitación. Deberías ver lo que he traído. Por eso esperé a regresar a Salónica. Entonces se lo dije.

—¿Y cómo lo tomó?

—Permaneció frío como el hielo. Creo que lo sabía.

O bien en su mezquino y pequeño corazón ya tenía la sensación de que yo estaba alejada de él, o sus espías lo informaron de lo que sucedía.

—Da igual.

—Sí, y estaba demasiado ocupado arreglando sus negocios antes de partir como para pensar en vengarse.

—¿Se va a Estados Unidos?

Asintió.

—Me hubiera gustado verle, pero...

Una llamada a la puerta.

—Servicio de habitaciones.

Bebieron champán, entrecuchando las copas en silencio. Zannis sirvió una segunda, luego una tercera, y su efecto se hizo sentir. Al otro lado de la ventana oscurecía, y lucían en el horizonte las últimas masas nubosas iluminadas por el sol, bajo ya. Demetria dijo que era hermoso y luego bostezó.

—Oh, Dios mío, perdona... No he podido evitarlo.

—Estás cansada, no me sorprende, y el champán...

—Estoy agotada.

—Yo también. He tenido un día difícil, hasta que has llamado.

—Quizá deberíamos dormir.

—¿Por qué no? Nos quedaremos aquí esta noche, luego...

—Oh, podemos quedarnos tanto como queramos.

—Es caro, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que no soy rica, pero tengo mucho dinero. Él me lo daba y yo lo ahorraba. Y hay más.

—¿Más?

—Te lo enseñaré. —Se acercó a la maleta y regresó con un paquete delgado y largo de hule sujeto con una cuerda—. Un regalo de Vasilou. Solía ir a los monasterios y comprarles cosas a los monjes. —Desató cuidadosamente la cuerda, luego una protección de arpillera y sacó un pergamino enrollado en torno a un eje. Extendió el pergamino con mucha delicadeza—. ¿Ves? Es un decreto imperial de Bizancio.

La escritura era extraña. Zannis no podía entenderla. Al pie, una serie de rúbricas que brillaban a la luz de la lámpara.

—La firma del emperador —dijo Demetria—. Basilio II. Cuando el emperador firmaba un decreto, se espolvoreaba con oro y cinabrio, por eso destella.

Zannis fijó su atención en el documento.

—Bien, si vas a firmar un decreto... Parece como si hubiéramos salido perdiendo con la burocracia moderna.

Ella sonrió, y volvió a recoger cuidadosamente el rollo.

—Vasilou encargó a un profesor de la universidad que lo leyera. Ordena la construcción de un acueducto... para una ciudad que ya no existe.

Mientras Demetria devolvía el paquete a su maleta, Zannis apoyó la cabeza en el sofá y, por un momento, cerró los ojos. Ella dijo:

—Muy bien, eso es lo mejor.

Apagó la lámpara y ambos se desnudaron, ella hasta quedarse en bragas y sostén, y él, siguiendo su ejemplo, se quedó en ropa interior. Demetria lo tomó de la mano y lo condujo a la cama, se cubrieron con las sábanas —exquisitamente suaves—, y durmieron abrazados. Durante una hora. Luego él se despertó, ella había abierto sus calzoncillos y lo tenía sujeto con la mano.

Más tarde durmieron de verdad. Y lo siguiente de lo que Zannis tuvo conciencia fue que ella lo despertaba besándolo en la frente.

—¿Qué hora es? —preguntó ella en tono apremiante.

Zannis alargó una mano hasta la mesita de noche, encontró su reloj, se puso las gafas y dijo:

—Las seis y ocho minutos.

—Quiero ver algo, así que no volvamos a dormirnos.

Esperaron hasta las seis y media. Entonces ella lo condujo hasta la ventana. Desde allí, de pie, desnudos y cogidos de la mano, podían contemplar una panorámica del

puerto. En el muelle, el barco blanco hizo sonar su sirena, dos golpes, y avanzó lentamente hacia el Egeo.

—¡Ahí va! —dijo Demetria.

Pospusieron cierta conversación, la inevitable conversación. Estaban muy decididos a dejarla para el futuro, porque se proponían dedicarse cuanto pudieran a su historia de amor. Así que hicieron el amor a última hora de la tarde —primero de una forma, luego de otra—, decidieron ir a todos los cines de Salónica, y comer todo aquello que vieran. Una taberna que él conocía, otra que conocía ella, ¿por qué contenerse? Ahora no, de ninguna manera, y el dinero ya no importaba. Comieron queso feta especiado en aceite, calamares rellenos, pulpo a la parrilla y berenjenas asadas, mejillones, arroz *pilaf* y yogur con miel.

El primer día Zannis no acudió al despacho, simplemente no fue, y luego volvió a faltar. Caminaron por la orilla del mar y por el parque de atracciones de los jardines de Beschinar, y se subieron a la noria. Cuando iban por las calles, claro está, la realidad trataba de apartarlos de su mundo privado: titulares de periódicos con gruesas letras, exhibidos en los quioscos. Él comenzó a hacer un reflexivo comentario sobre uno de ellos, pero ella le puso un dedo en los labios y le dirigió una mirada feroz. Le sorprendió que Demetria tuviera tanto carácter. No eran tan distintos el uno de la otra.

Por último, después de dos días de ausencia, Zannis se presentó en la Vía Egnatia el 3 de abril. Sibylla se limitó a levantar una ceja.

—Cierta inglés anda frenético buscándolo. Llamó una y otra vez, y ayer por la mañana se presentó aquí. Escovil, ¿no es así como se llama? En cualquier caso llevaba una maleta y le dejó un sobre. Está en su mesa.

Zannis se sentó en su silla y miró el sobre, de gran tamaño, amarillo, de papel grueso. «Uno no puede comprar un sobre más caro que este», pensó. Pero por más elegante que fuera, solo se trataba de un sobre de papel, y se podía romper por la mitad. Sibylla estaba ocupada mecanografiando algo, clic, clac. ¿Qué demonios había encontrado para hacer mientras el mundo llegaba a su fin? En su mente, se vio rasgando en dos el sobre, y abriéndolo luego. Una sola hoja de papel de carta, con el mensaje manuscrito, en griego. «Esto vale para el 5 de abril. Después de esa fecha no podrá viajar». Sin firma. ¿Y qué era «esto»? «Un favor de los dioses», se dijo Zannis. Porque era un pasaje de barco, para, entre todos los barcos, el *Bakir*, el que había llevado a un espía alemán a Salónica el mes de octubre anterior. Un barco turco, el barco de una nación neutral, y por tanto a salvo de los submarinos alemanes. Tenía previsto zarpar a las 21 horas del 5 de abril, rumbo a Alejandría, Egipto.

Así que ahora deberían mantener aquella conversación. Zannis, con el pasaje doblado en el bolsillo interior de su chaqueta, regresó despacio, tan despacio como pudo, al Lux Palace. No estaba muy lejos; o no se lo pareció en aquel momento, y

demasiado pronto montó en el viejo ascensor, como una jaula, y subió al sexto piso. A su llamada, Demetria respondió abriendo la puerta de par en par y le hizo un gesto con la mano, propio de un mago en un escenario. «¡Tatachán! ¡Crea lo que ven sus ojos, si puede!»». Había comprado al menos dos docenas de jarrones; no, más, y los había llenado todos con flores, rojas y amarillas, blancas y azules, anémonas, rosas, claveles. Aquello parecía un puesto de flores. El aire era denso a causa del aroma.

—Mandé a dos mozos del hotel al mercado. Y casi tendría que haber enviado a otro. Acabaron agotados.

Qué encanto. Bien, así estaban las cosas. Tocó con un dedo el pasaje de barco que llevaba en el bolsillo, pero no pudo mostrárselo ahora, después de lo que ella había hecho. Demetria lo rodeó y le quitó la chaqueta, deslizándosela por los brazos.

—Ven y siéntate conmigo en el sofá. ¡Y contempla el jardín de Demetria!

4 de abril. 7:20. Medio dormido, alargó los brazos hacia ella: la acariciaría para que se despertara y luego haría algo más. Pero solo halló un cálido hueco en el lado de la cama ocupado por ella, de modo que entreabrió un ojo. Estaba muy concentrada en lo que hacía: vestirse.

—¿Adónde vas?

—A San Cirilo, a misa de ocho.

—Oh.

No tardó en verla desaparecer por la puerta, y luego cayó en una duermevela. Pero quince minutos más tarde, ella reapareció, sonriente y decepcionada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Estaba abarrotada. De bote en bote. No pude ni pasar de la puerta.

Finalmente, a media mañana, mientras holgazaneaban por la suite, llegó el momento. Zannis lo había aplazado un día, pero ya era hora. Ella solo disponía de aquel día y del siguiente para preparar el viaje: el *Bakir* zarparía a las nueve de la noche. Demetria leía en un sillón junto a la ventana —un sillón para el que habían encontrado muchos usos— y él sacó el pasaje de la chaqueta y lo depositó en la mesa, junto a ella.

—¿Qué es eso, Costa?

—Tu pasaje de barco.

Ella guardó silencio un momento y luego preguntó:

—¿Para cuándo?

—Para mañana por la noche.

—¿Qué te hace pensar que voy a utilizarlo?

—Debes hacerlo, Demetria.

—¡Oh! ¿Y tú?

—Yo debo quedarme.

Se quedó mirando el pasaje.

—Creo que sabía que iba a suceder así.

—¿Qué piensas hacer si la guerra llega aquí?

—Permanecer en Salónica. Aunque perdamos y los alemanes tomen la ciudad, no será tan malo. Dicen que en París no les va mal.

—Esto no es París. Para los alemanes se parece más a Varsovia, y en Varsovia las cosas están muy mal. No hay comida. No hay carbón. Pero eso no es lo peor. Tú eres una mujer muy hermosa y deseable. Cuando vas por la calle todos los hombres se vuelven, y las mujeres así son como... como un tesoro para un ejército de ocupación, y ellos se apoderan de los tesoros.

—Me puedo teñir el pelo.

Zannis dibujó una tristísima media sonrisa: «como si eso cambiara las cosas».

Ella permaneció pensativa, fue a decir algo, lo pensó mejor y volvió a cambiar de idea.

—Creía que ibas a protegerme.

«De Vasilou, del mundo». —Lo procuraré, pero... —Desistió de continuar, y luego dijo—: Irán por mí. Tienen una cuenta pendiente conmigo, y esa gente salda sus cuentas. Así que lucharé contra ellos, pero debo ir a una aldea de montaña y luchar desde allí. No ahora mismo. La guerra puede durar seis meses, quizá más. Mira lo que hicimos con los italianos.

—Esos no son italianos, Costa.

—No, no lo son. Así que... —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al pasaje—. No es para siempre. Te encontraré, estaremos juntos de nuevo, cueste lo que cueste.

—Te amo, Costa, te amo con todo mi corazón, pero soy griega y sé lo que pasa cuando luchamos en las montañas. —Alargó el brazo y se aferró a su mano—. Que sea lo que Dios quiera, pero espero volver a verte. —Apartó la mirada de él, dirigiéndola a la ventana y luego al suelo. Finalmente sus ojos volvieron a encontrarse con los suyos—. No me resistiré —dijo en voz baja—. Me iré, me iré —desvió la mirada hacia el pasaje— a Alejandría. ¿Por qué no a Estambul?

—El barco va a Alejandría.

—¿No necesitaré visado?

—Demasiado tarde. Los egipcios te lo darán cuando desembarques. Tendrás que pagar, pero te lo darán.

Asintió, luego lo soltó y se cubrió los ojos con las manos, como si estuviera muy cansada.

—Que se joda este mundo horrible —dijo.

Y luego todo empezó a venirse abajo.

Decidieron que Demetria volviera a hacer el equipaje: llevarse lo que tuviera valor, y trasladar el resto a la casa de Kalamaria y despedirse de su madre. Mientras tanto, Zannis tenía varias cosas que hacer, y acordaron reunirse en el hotel a las tres.

Zannis fue primero a su piso, a buscar la Walther. Era mejor llevarla. Los cielos estaban grises y caía una llovizna, de modo que las señoras no habían sacado sus sillas a la calle, pero una de ellas debía estar mirando por la ventana. Una vez arriba, Zannis recorrió el piso, y poco a poco dedujo que no todo estaba como debía. ¿Le habían robado? No lo creía. No echó nada en falta. Pero la puerta del armario estaba entornada: ¿la había dejado él así? Normalmente no lo hacía. Trató de recordar, pero lo sucedido aquella noche quedaba borroso: había salido a toda prisa cuando llamó Demetria, así que... Pero entonces advirtió que una silla había sido colocada junto a la mesa, una posición adecuada para una silla, pero no su lugar acostumbrado.

Mientras recorría su piso, oyó una llamada insegura a la puerta. Era una de sus vecinas. La invitó a entrar, pero ella permaneció en el rellano y dijo:

—Solo quería decirle que unos amigos suyos vinieron a verle ayer.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Dos hombres, bien vestidos. No parecían ladrones. Los vimos entrar en la casa, y mi amiga del primero no estaba, así que debieron estar... esperándolo a usted. Eso nos pareció.

—¿Cuánto rato estuvieron?

—¿Una hora? Quizá un poco menos.

—¿Tiene alguna idea de quiénes eran?

—No, realmente no. Pero no creo que fueran griegos.

—¿Los... oyó hablar?

—No se trata de eso. No dijeron nada... Era algo que había en ellos. Quizá esté equivocada y a lo mejor venían de Atenas.

Zannis le dio las gracias y luego fue en busca de su Walther y de munición. Se dirigió a la Vía Egnatia. «Ya están aquí —pensó—. Y yo debo ocupar un lugar destacado en su lista».

En el despacho, colgó el impermeable y dejó abierto el paraguas para que se secara. Luego dijo:

—Sibylla, creo que hoy es el día adecuado para deshacernos de los archivos.

Ella se mostró de acuerdo.

—Ya es tiempo, sí. Los yugoslavos se han movilizado.

—No he visto los periódicos.

—Todas las noticias son malas. El ejército alemán está en la frontera entre Hungría y Yugoslavia. Aunque los húngaros, según el periódico, han elevado una protesta.

—¿A quién?

—No lo sé. Quizá al mundo en general. —Se dispuso a reanudar lo que estuviera haciendo, pero se detuvo—. Oh, antes de que se me olvide: ayer se presentaron dos

hombres preguntando por usted.

—¿Quiénes eran?

—Extranjeros que hablaban griego. Bastante educados. ¿Los esperaba usted?

—No.

—¿Qué hago si vuelven?

—Usted no sabe nada de mí. Deshágase de ellos.

A Sibylla le bastó un segundo o dos para comprender.

—¿Alemanes? ¿Ya?

Zannis asintió.

—No importa. Y tenemos un trabajo por hacer. —Empezó a sacar sus fichas de las cajas de zapatos—. También hemos de quemar los expedientes.

—Usted lea el nombre y yo los iré sacando.

Miró la primera ficha —«ABRAVIAN, Alexandre, administrador general, refinería de petróleo Shell»— y dijo:

—Abravian.

Bajó la escalera con la primera carga. En el patinillo, encajado entre altas paredes, el sonido de la lluvia golpeando el suelo tenía una extraña profundidad o, quizá, producía un eco. Uno de los viejos y oxidados cubos que Zannis había escogido estaba a medio llenar, de modo que decidió utilizar el otro. Estrujó unas páginas del periódico de Sibylla, las embutió en el fondo y les prendió fuego. La quema de documentos, aquella antigua tradición de las ciudades invadidas, resultó que también tenía su arte: lo mejor era ir arrojándolos poco a poco a fin de no privar de oxígeno al fuego. Un humo grisáceo se elevó al cielo, junto con pavesas que flotaban para caer en los charcos del suelo del patinillo.

Necesitaron más de una hora. Sibylla trabajaba con una expresión adusta en la boca. Estaba muy contrariada —aquel había sido su trabajo, y lo había llevado a cabo con cuidado y precisión—, y se abstuvieron de conversar más allá de las pocas palabras imprescindibles entre personas que están trabajando juntas, porque no había nada que decir.

Cuando hubieron concluido su tarea, regresaron al despacho. Zannis se quedó un rato, asegurándose de que no se dejaba nada que los alemanes pudieran aprovechar, y luego se puso el impermeable. Mientras se lo abrochaba, sonó el teléfono y contestó Sibylla.

—Es para usted.

—¿Quién es?

Deseaba volver cuanto antes al hotel.

—La secretaria del jefe superior. Creo que sería mejor que hablara con ella.

Zannis cogió el teléfono.

—¿Sí?



La voz al otro lado de la línea era tensa, en algún punto entre el deber y el abatimiento.

—Lamento darle una mala noticia. El jefe Vangelis ha muerto, por su propia mano. A la una y media de la tarde, sirviéndose de su revólver reglamentario.

Aguardó, pero Zannis no podía hablar.

—Ha dejado —inspiró profundamente— varias notas, y hay una para usted. Puede venir y recogerla o se la puedo leer yo ahora.

—Puede leerla.

—«Querido Costa: Usted ha sido para mí un hijo, y un bueno hijo. A lo largo de los años he conocido todas las formas del mal, pero no puedo tolerar el que ahora se nos viene encima, de modo que me marchó antes de que llegue. En cuanto a usted, debe irse, porque no es el momento ni el lugar para que usted dé por terminada su vida». Y firma «Vangelis». ¿Desea que conserve la nota para usted?

Tras un momento, Zannis dijo:

—Sí, iré a buscarla mañana. ¿Qué hay de su familia?

—Se le ha comunicado la noticia.

—Lo siento. Era...

Ella lo interrumpió y dijo:

—Habrà una ceremonia religiosa, no sabemos dónde, pero se lo haré saber. Y ahora, perdone, pero tengo otras llamadas que hacer.

—Sí, desde luego, lo comprendo —dijo Zannis y colgó el teléfono.

5 de abril. 20:20. El capitán del *Bakir* tenía seis pasajeros para Alejandría y ningún camarote vacío, así que los acompañó a la sala de oficiales. Al menos podrían compartir los maltrechos sillones durante la travesía de dos días: era lo mejor que pudo hacer y él sabía que realmente no importaba. Los otros cinco pasajeros —un oficial del Ejército, otro de la Armada y tres civiles— habían conseguido pasaje, sospechaba Zannis, de la misma forma que él: mediante un sobre amarillo. Uno de los civiles exhibía unas generosas carnes y bigotito recortado; muy representativo de cierto tipo mediterráneo, solo le faltaba un fez. El segundo, delgado y encorvado, podía ser un profesor universitario de alguna disciplina arcana, mientras que el tercero no era distinto de Zannis: proporcionado, observador y reservado. Hablaron un poco. El hombre sabía quién era Zannis y dijo haber trabajado para Spiraki. ¿Y dónde estaba Spiraki? Nadie lo sabía, según él. Y si se sorprendieron de que una mujer, una mujer como Demetria, se reuniera con ellos, no lo exteriorizaron. Los británicos hacían lo que hacían, tenían sus razones y allí estaban todos.

Veinte minutos antes de las nueve, el capitán apareció en la sala. Zannis se puso en pie. Si el barco estaba a punto de zarpar, él tenía que desembarcar.

—Puede volver a sentarse —le dijo el capitán—. No vamos a ninguna parte. Esta noche no. Hay problemas con las máquinas. Zarparemos alrededor de las ocho, o sea

mañana por la mañana, de modo que si usted y su esposa, o cualquiera de ustedes, quieren pernoctar en tierra, pueden hacerlo.

Zannis y Demetria se miraron, y luego Zannis hizo un gesto hacia el pasillo.

Cargó con las dos maletas de Demetria, una de las cuales era muy pesada.

—Plata —le dijo cuando le preguntó—. Siempre la puedes vender.

De vuelta en el Lux Palace, la suite 601 no había sido ocupada, de modo que Zannis y Demetria tomaron de nuevo el ascensor. Las flores habían desaparecido.

—Es probable que las criadas se las llevaran a casa —dijo Demetria—. En cualquier caso, así lo espero.

—¿Tienes hambre?

—No. Todo lo contrario.

—Yo estoy igual.

—Estaba a punto de irme... y ahora esto.

Zannis se sentó en el sofá.

—Bien. Unas pocas horas más juntos.

No lo lamentaba. Ella sonrió débilmente, pero sonrió. Sin decir nada, se mostraron de acuerdo en que la idea de hacer el amor una última vez no los atraía en aquel momento. Conversaron un rato, y luego trataron de dormir, sin mucho éxito, echados en silencio en la habitación a oscuras. Y seguían despiertos al amanecer, cuando la primera luz tiñó las nubes de un gris perla y las primeras bombas cayeron sobre Salónica.

La primera estalló en algún lugar próximo al hotel —el estampido fue ensordecedor— e hizo rodar por el suelo a Zannis. Consiguió ponerse de rodillas y, mirando al otro lado de la cama, vio a Demetria devolviéndole la mirada: a ella le había ocurrido lo mismo. Se puso en pie y se acercó a la ventana, que se había resquebrajado de una esquina a otra. Demetria se situó inmediatamente junto a él, rodeándole el pecho con sus brazos y apretándose contra la espalda de Zannis. Abajo, en el puerto, después de buscar en la hilera de barcos amarrados, pudo dar con el *Bakir*. Estaba escorado, y una columna de denso humo negro ascendía desde la cubierta de proa.

—¿Puedes ver el *Bakir*? Ella miró por encima del hombro de Zannis.

—¿Cuál es?

—El incendiado. Quiero decir el segundo, en medio.

—¿Qué hacemos ahora?

Hacia el extremo este de la ciudad, el humo y el estruendo de una explosión; dos segundos más tarde, otra, más próxima, y dos segundos después, otra más, cada una acercándose más a ellos. Los brazos de Demetria se apretaron en torno a Zannis. Todo cuanto podían hacer era mirar y contar en silencio. A tres manzanas de distancia, la azotea de un edificio destelló y un lienzo de muro se derrumbó sobre la

calle. Un segundo, dos. Pero ahí se detuvo. Desde el extremo más alejado de la cornisa marítima, largas cintas anaranjadas de proyectiles trazadores flotaban en lo alto, dirigidas a un bombardero en picado que enfilaba directamente la batería. Los artilleros no dejaron de disparar, el piloto no pudo elevarse y el avión quedó envuelto en llamas antes de estrellarse contra los cañones.

Después de eso, silencio. Muy al este, donde se situaban los depósitos de petróleo, la ondulante humareda negra del combustible ardiendo se alzaba muy alto en el cielo.

—La estación —dijo Zannis—. Es nuestra única oportunidad.

Se vistieron a toda prisa y bajaron al primer piso, Zannis cargado con las maletas de Demetria.

En el vestíbulo, los empleados del hotel y unos pocos huéspedes se congregaban alrededor de una radio.

—Los alemanes han incendiado Belgrado —dijo el jefe de los botones— y están atacando el fuerte Rupel con paracaidistas, pero el fuerte aún resiste.

El paso de Rupel, pensó Zannis, a ochenta kilómetros al norte de Salónica. Él encontró fotografías del fuerte en poder de un espía alemán en el almacén Albala de especias, en octubre. Si la Wehrmacht lo tomaba, estaría en la ciudad en pocos días.

—¿Sale algún tren esta mañana? —preguntó Zannis—. ¿Al este?

El jefe de los botones miró su reloj.

—Pasa de la hora. Debió salir hace veinte minutos, pero quién sabe en una mañana como esta. Así es como funcionan aquí las cosas.

Zannis cargó con las maletas de Demetria. Al hacerlo vio a Sami Pal sentado en una silla, en un rincón, leyendo un periódico, con una taza de café al lado. ¿Sami Pal? ¿El gángster húngaro? ¿En el Lux Palace? Pero Sami parecía estar a gusto, vestido con un costoso abrigo azul celeste y, al parecer absorto en su lectura, no vio a Zannis.

Ya en la calle, una alfombra de cristales rotos destellaba.

—Vámonos —dijo Zannis.

No había taxis, ni coches de ninguna clase, aunque podía oír sirenas en la distancia. Demetria y él avanzaban a paso rápido por la cornisa marítima, tosiendo a causa del acre del humo suspendido en el aire.

—¿Estás bien? —preguntó Zannis.

Demetria asintió, respirando con dificultad, con hollín en torno a la boca y bajo las ventanas de la nariz.

—Llegaremos —dijo.

Necesitaron quince minutos. La estación había sido alcanzada —un agujero en el techo y un cráter negro en un andén—, pero había un tren. Quizá debía haber partido ya, pero los viajeros aún trataban de montar en los atestados vagones. Un revisor permanecía junto a la portezuela de uno de los coches.

—¿Adónde va? —le preguntó Zannis.

—Es el expreso Atenas-Alejandrópolis. Tiene una parada en Kavala, pero puede

que vaya directo hasta Turquía.

—¿Por qué va a ir a Turquía? —indagó Demetria.

—Porque es un tren turco. Se dirige luego a Edirne, pero hoy...

—¿Necesitamos billetes? —quiso saber Zannis.

El revisor se echó a reír.

—Esta mañana no nos preocupamos por eso. Traten de montar, si pueden.

El tren estaba repleto. En el último vagón, cuatro personas permanecían de pie en los escalones de la puerta, y quedaba sitio para otra. Demetria subió el primer peldaño y luego puso un pie en el segundo. Un hombre corpulento y airado la apartó de un empujón desde arriba.

—Aquí no hay sitio.

Su rostro —picado de viruela, una barba bien recortada— estaba poseído por la rabia.

—Deje sitio a la señora, caballero —dijo Zannis.

Se dispuso a ayudar a Demetria a subir el peldaño, pero esta vez el hombre la empujó por los hombros con ambas manos. Zannis la ayudó ahora a regresar al andén, luego se volvió, subió al primer peldaño y golpeó al hombre en el cuello. El barbudo emitió un ruido como si se atragantara, una mujer chilló, Zannis volvió a golpearlo a la altura del corazón, y el otro se dobló por la cintura. La mujer tuvo que agarrarlo para que no cayera.

—Ahora deje sitio —advirtió Zannis— o acabaré con usted.

El hombre se apartó, y Demetria se situó de pie con una de sus maletas colocada verticalmente entre sus piernas. Zannis se preguntaba qué hacer con la otra maleta, cuando Demetria alargó el brazo y lo sujetó por la solapa.

—Por favor, no me dejes aquí.

Junto a ella, el barbudo la miraba con odio. Zannis subió al primer peldaño y se sujetó al asidero, poniéndose a horcajadas sobre la segunda maleta. Pensó apearse en Kavala. Cuando el tren dio una sacudida y emprendió la marcha, Zannis dio un traspie, puso un pie en el andén y, utilizando el asidero, se izó de nuevo al vagón. El tren dio otra sacudida, mientras muchas personas del andén aún trataban de encontrar el modo de montar. Alguien gritó: «¡El techo! ¡Suban al techo!». Poco a poco, el tren fue ganando velocidad. Otro hombre saltó al peldaño más bajo, apretando a Zannis contra el asidero.

—Perdón —se excusó.

—No se preocupe.

Transcurrió una hora y luego otra. Pasaron de Macedonia a Tracia, el tren resoplaba a través de campos de cultivo llanos, siempre a veinte kilómetros de la costa. Los turcos construyeron aquella línea férrea en tiempos del Imperio otomano, y dispusieron el trazado tierra adentro, a fin de que los trenes no pudieran ser bombardeados por barcos de guerra enemigos. Zannis se quedaba colgando cada vez que el convoy tomaba una curva, con el balasto a solo unos centímetros de sus pies, y

la mano entumecida por aferrarse al asidero. No tardarían en llegar a Kavala, donde se proponía abandonar el tren, pero tenía dos problemas. El mono barbudo que se balanceaba cerca de Demetria, y el puesto fronterizo turco... si es que el tren llegaba tan lejos. Demetria carecía de visado de entrada, y Zannis recordaba bien lo que le había ocurrido a Emilia Krebs cuando trató de sobornar a los agentes de aduanas.

Fue el maquinista quien decidió. No aminoró la marcha al llegar a Kavala, sino que aceleró. Zannis no tardó en comprender por qué. En el andén de la estación, una multitud chillaba y gesticulaba cuando el tren la rebasó ruidosamente.

Y al cabo de otras dos horas, en la estación de Alejandrópolis, lo mismo.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó el hombre que estaba junto a Zannis.

—A Edirne, Turquía.

—Mi mujer me está esperando en Alejandrópolis. Se va a enfadar mucho.

Zannis se encogió de hombros.

—Estamos en guerra.

*Edirne. 15:50.* Lentamente, los pasajeros se apearon del tren y se sumaron a una larga y serpenteante cola, custodiada por agentes griegos y turcos, que se daban golpecitos en las palmas de las manos con porras de madera, para infundir disciplina. Los rumores iban y venían a lo largo de la cola: algunas personas tenían visados, y se les permitió entrar en Turquía. Quienes no los tenían, eran devueltos a Grecia. Una muchedumbre con aspecto cansado y derrotado empezó a congregarse en el lado griego de la aduana.

—¿Entraremos? —preguntó Demetria.

—Lo procuraremos.

—¿Necesitas dinero?

—Tengo francos suizos de sobra.

«Si los aceptan». Pero no los aceptaron.

Cuando Zannis y Demetria se acercaron al mostrador, el aduanero turco pidió:

—Pasaportes y visados, por favor.

—Aquí están los pasaportes —dijo Zannis—. No tenemos visados.

—Deberán regresar a Grecia. ¡Siguiente!

Zannis sacó la mano del bolsillo, sosteniendo un fajo de francos suizos. El agente lo miró a los ojos y empezó a golpear la mesa con un lápiz.

—Como se atreva...

—Disculpe.

Esto último fue recitado de un tirón en varias lenguas: alemán, español, francés e inglés, por un hombre que de repente había aparecido junto a la mesa. El agente de aduanas se lo quedó mirando: ¿qué quería? ¿Quién era? Calvo, con un mechón de cabello negro, gafas y un bigote ralo, no parecía gran cosa: un tipo insignificante, con un traje gastado: un don nadie procedente de ninguna parte. Ahora que había atraído

la atención de la pareja, consultó una hojita de papel que llevaba en la mano y, dirigiéndose en francés a Zannis, preguntó:

—¿Es usted Strathos?

—No, Zannis. Constantino Zannis.

El hombre estudió el papel.

—Oh, claro, me he equivocado. Usted es Zannis. Strathos es otro.

Se volvió hacia el agente, sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta, extrajo una carta mecanografiada en turco y se la mostró al aduanero, el cual se puso en pie, saludó militarmente a Zannis y dijo:

—Perdone, capitán Zannis, pero no me di cuenta... No va usted de uniforme. ¿Lo acompaña la señora?

—Así es.

—Por favor... —Y extendió la mano, dándoles la bienvenida a Turquía.

Mientras el hombrecillo los acompañaba hacia un polvoriento Renault, Zannis se extrañó:

—¿Capitán Zannis?

—Es correcto. Usted es oficial del ejército británico. ¿No lo sabía?

—Pues no.

—Bueno, la vida siempre depara sorpresas.

Una vez colocadas las dos maletas en el portaequipajes y habiendo emprendido la marcha, el hombrecillo se volvió y se presentó:

—Me llamo Kolb. O así es como me llaman algunas personas, aunque la mayoría no me llama de ninguna manera. Y, desgraciadamente, los hay que me llaman cosas terribles, pero cuando eso sucede yo procuro estar en otro sitio.

Zannis tradujo para Demetria, acomodada en el asiento trasero. Luego le dijo a Kolb:

—Nos dirigimos al sur, no a Estambul.

—Vamos a Esmirna, quiero decir, a Izmir. Nunca me acostumbraré a ese nombre.

Era un conductor penoso, que se aferraba al volante como si lo quisiera estrangular, esforzando la vista a través del sucio parabrisas, lento como un caracol e impávido ante los cláxones que sonaban detrás. Después de batallar para tomar una curva suave, dijo:

—Usted trabajará allí, en Esmirna... Izmir. Aunque, según creo, para empezar tenían previsto enviarlo a Alejandría. Reuniones, ¿sabe?, con las altas esferas.

—No pudimos ir a Alejandría. Una bomba alcanzó el barco en el puerto.

Zannis se preguntó brevemente cómo Kolb supo que llegaba a Edirne en ferrocarril, y luego recordó a Sami Pal sentado en el vestíbulo del Lux Palace.

—¿El *Bakir*?

—Sí.

—Hummm, lástima. Me gustaba el viejo *Bakir*. En cualquier caso, muchos griegos salen del país, y a algunos los enviaremos de vuelta. Operaciones de resistencia, misiones de espionaje, lo acostumbrado, en una Grecia ocupada. Y queremos que en Esmirna usted forme parte de eso... Es un trabajo importante. ¿Ha estado allí alguna vez?

—No.

—Bien, hay una comunidad de ingleses expatriados, y usted encontrará una manera de arreglárselas con los turcos, ¿no?

—Desde luego.

—Tendrá que firmar algunos documentos, pero hay tiempo para eso.

Zannis se volvió en su asiento, dejó colgando el brazo por encima del respaldo y le comunicó a Demetria lo que había dicho Kolb.

—Esmirna. Entre todos los lugares... —fue su única respuesta, aunque le tomó la mano por un momento.

Un pequeño gesto para una pareja que se había permitido todas las intimidades posibles, pero eso significaba algo aquella tarde, a última hora, en Turquía: «Estamos a salvo por el momento, a salvo de un mundo brutal. Y juntos». O algo así.

El 27 de abril de 1941, las fuerzas de la Wehrmacht ocuparon Atenas y, a las 8:35 de aquella mañana, un destacamento motorizado apareció en la Acrópolis para izar la bandera de la esvástica. Unas semanas más tarde, a finales de mayo, dos muchachos atenienses se deslizaron entre los centinelas alemanes y la arriaron.

Del *Tulsa Star-Tribune* del 5 de junio de 1942:

Se abre una nueva librería en la ciudad. Dos de nuestras residentes recién incorporadas, las hermanas Hedy y Frieda Rosenblum, inaugurarán *The Bookmark* mañana, en el 46 de la S. Cheyenne Avenue, cerca del Corky's Downtown Cafe. Las hermanas Rosenblum, que han estado trabajando como bibliotecarias en Nueva York, fueron invitadas a instalarse en nuestra ciudad por el doctor Harry Gutmann, dentista de nuestra localidad. Asimismo, ambas hermanas están escribiendo un libro sobre cómo consiguieron huir de la Alemania nazi. *The Bookmark* ofrecerá las últimas novedades y contará con una sección especial de libros infantiles.

**Fin**



ALAN FURST (20 de febrero de 1941, Nueva York, Estados Unidos). Licenciado en el Oberlin College en 1962, obtuvo un master en la Universidad de Pennsylvania en 1967. Trabajó en publicidad y como articulista en varias revistas. Escribió con escaso éxito hasta 1988, año en el que obtuvo reconocimiento a su primera novela. Fue profesor de Letras en Montpellier y posteriormente dio clases en París. Es bastante más conocido en Estados Unidos que en Europa, a pesar de que él mismo dice tener espíritu europeo.

Cultiva el género del espionaje histórico, si bien sus personajes son de ficción. Sus novelas, muy bien documentadas, se desarrollan en el periodo entre las dos Guerras Mundiales y la segunda Guerra Mundial, en especial en Europa Central. Tiene un gran rigor histórico y realismo, con grandes dosis de intriga.